

**Relaciones sociales y prácticas de
apropiación espacial en los parques públicos
urbanos.**

**(El caso del Parc de Les Planes
de L'Hospitalet de Llobregat - Barcelona)**

Tesis para optar al título de Doctora en
Antropología Social

Doctoranda: Martha Cecilia Cedeño Pérez

Director de Tesis: Dr. Manuel Delgado Ruiz

**Departamento de Antropología Cultural e Historia de
América y África
Facultad de Geografía e Historia
Programa de Doctorado en Antropología del Espacio y
el Territorio (1999-2001)
Universidad de Barcelona
Barcelona, noviembre de 2005**

IV. LAS INSCRIPCIONES ESPACIALES: RELACIONES, PRÁCTICAS Y TRÁNSITOS COTIDIANOS

Otros ecos
habitan el jardín. ¿Los seguiremos?
(T. S. Elliot, *Cuatro cuartetos*)

En torno a los parques públicos urbanos parece haber percepciones encontradas. Por una parte, persiste una visión idílica que se remonta a sus orígenes y remite al hecho de considerarlos lugares de “salvación”, espacios donde es posible encontrar la armonía entre naturaleza y sociedad, confluencia positiva para el desarrollo del individuo inmerso en las poluciones urbanas. En ese sentido se transforman en ambientes bucólicos amplios cuyo objetivo fundamental es posibilitar las relaciones sociales, la práctica del ocio, la realización de actividades cuyo fin último parece ser el mejoramiento de la calidad de vida ligada a la permanencia estética, a la visión de la belleza natural a través de un paisaje creado racionalmente para tal fin. Por otra parte, hay quienes los consideran lugares complejos que difícilmente contribuyen al bienestar social y urbano, pues tienden a convertirse en frontera, en tierra de nadie donde es visible la realización de una serie de actos considerados anómalos: vandalización, consumo de sustancias prohibidas, delincuencia, etc. Es decir, se perciben como espacios que en algunas ocasiones nacen muertos, como lo plantea Jane Jacobs, porque no responden a las necesidades de la población circunvecina sino a intereses especulativos urbanísticos. La falta de coherencia entre las necesidades vitales de la población y lo que ofrecen, la inadecuada ubicación, la carencia de una dotación física apropiada a los intereses comunitarios, las pocas condiciones de seguridad y hasta las características de su diseño, parecen constituirse en elementos importantes a la hora de señalar la dinámica vital o la muerte de esta clase de lugares. En ambas miradas, sin embargo, subyacen aspectos interesantes a resaltar. Uno de ellos es la confirmación de que los parques públicos, para bien o para mal, hacen parte de la fisonomía de las ciudades, de su vida cotidiana; por tanto son una realidad que está ahí, en los rincones apartados de las zonas marginales o en las áreas visibles de aquellos sectores aparentemente asépticos y algunas veces hasta con recorridos para turistas. Las dos visiones dejan entrever, con todo, cómo en esos espacios se producen actividades sociales disímiles y

complejas, valoradas positiva o negativamente, que en últimas hacen parte de lo que sucede en el entorno dentro del cual están inmersos.

Ambas percepciones llevan a revisar la naturaleza de este tipo de espacio, que si bien a nivel general está dentro de los lineamientos de lo público -fundamentalmente por su accesibilidad y por su aparente apertura a todos y todas-, en su interior parece funcionar otro tipo de dinámica relacionada con prácticas específicas ligadas a relaciones sociales más duraderas en el tiempo, a la pérdida del anonimato por la frecuentación, a la realización de actividades reincidentes que dejan en claro también apropiaciones espaciales de importancia. Dilucidan además que no es posible atenerse únicamente a la visión idílica y placentera con la que se relaciona esta clase de lugares ni tampoco considerarlos como los monstruos productores de ruidos y disturbios socioespaciales, sino más bien observarlos como lugares complejos cuya naturaleza no es otra que la de la ciudad misma, donde se vertebra y cobra sentido. Por ello, en esas contradicciones, en sus máscaras de apacibilidad o abandono, se pueden esconder los vaivenes de una vida cotidiana marcada por múltiples temblores, ínfimos o mayúsculos, que constituyen el hecho urbano y las connotaciones de su carácter ambiguo.

Esa mirada a la complejidad de los parques públicos urbanos podría traducirse en algunas preguntas: ¿Cómo se inserta allí la vida cotidiana? ¿Cuáles son sus características físicas y cómo han sido transformadas o aprovechadas para su constitución formal? ¿Quiénes son sus visitantes /ocupantes más frecuentes? ¿Qué cosas ocurren allí cotidianamente? ¿Cuáles son sus usos? ¿Cómo funciona un espacio público como éste? ¿Son ese remanso de paz que habita nuestra imaginación y nuestra memoria, o la punta del iceberg que esconde un mundo agitado por múltiples movimientos? Y pensando en que son espacios abiertos a percepciones distintas cabría cuestionarse acerca de aquellas características que le confieren esa naturaleza pública, es decir, fijarse en las huellas de una vida cotidiana inmersa en lo público y manifiesta a través de interacciones, de monotonías, de azares, de encuentros recurrentes o inusitados y de tránsitos.

En principio, la vida cotidiana, concebida como la suma de los pequeños acontecimientos, como la coreografía de lo común y, dentro de lo plural, lo parcelario, es un río dentro de cuyas aguas aparentemente tranquilas se

deslizan corrientes que se encuentran, se interceptan, se rozan, se mezclan en un constante fluir de movimientos a veces imperceptibles en la superficie. La metáfora del río sirve para explicar ese carácter dual de la vida cotidiana. Por un lado corresponde a los recorridos de la rutina, de los acontecimientos triviales, unas veces repetitivos otras reinventados al infinito; a los eventos microscópicos cuyos protagonistas son seres anónimos comunes y corrientes. Y por el otro, en sus entresijos, es posible vislumbrar los hilos de la sociedad, puesto que es allí donde se “hace, se deshace y vuelve hacer el vínculo social, es decir, las relaciones entre los seres humanos”.¹ Pero también la vida cotidiana se define y cobra diversos significados en un campo, que por antonomasia se asocia con ella: el espacio público. Lo que se vislumbra en la calle o en un parque no es otra cosa que la plenitud de su presencia con las significaciones que ello conlleva.

En efecto, el parque, como la calle, es el escenario donde las prácticas vitales, producidas en un espacio-tiempo específico, no son otra cosa que la vida cotidiana en su manifestación más densa. Por eso allí es posible percibir sus murmullos, esas “pequeñas fibras que constituyen la trama de la pantalla que de lejos parece invisible (...) los pequeños remiendos, la espuma de los días, los detalles de las estrategias, el ‘ruido’ de los mensajes, lo infraconsciente en relación con lo consciente, la desviación imprevisible con la norma previsible”.² Ahí es posible vislumbrar ese microcosmos de prácticas cotidianas siempre complejas y contradictorias. Y es justo dentro de tal escenario donde lo cotidiano se traduce en los pactos, las ambigüedades, los cruces, los intercambios, los enfrentamientos; en las múltiples formas de hacer, de crear y re-crear un mundo, porque en últimas como dice Certeau lo “cotidiano se inventa con mil maneras de *cazar furtivamente*”.³ Desde esa perspectiva, la vida cotidiana en el parque se deja entrever en los diversos usos y prácticas que allí se desarrollan; en las interacciones y acontecimientos que se desprenden de esas formas de hacer y de estar, pensando “que una manera de pensar está investida de una manera de actuar, y que un arte de combinar es indisociable de un arte de utilizar”.⁴

¹ A. Lindon, *La Vida Cotidiana y su espacio-temporalidad*, Anthropos, Barcelona, 2000, p. 19.

² A. Moles y E. Rohmer, *Micropsicología y vida cotidiana*, Trillas, México, 1983, p. 81

³ Véase la introducción de M. de Certeau a su trabajo *La invención de lo cotidiano*, p. XLII

⁴ *Ibidem*, p. XLV

Por ello en el desvelamiento de las prácticas del espacio, de las maneras de frecuentar y utilizar un lugar como el parque, se vislumbra el espectro de lo público y la vida que lo contiene. Allí se percibe lo social en las distintas puestas en escena, en las interacciones y microeventos que por un lado perfilan la interpretación de una realidad urbana, por parte de unos actores (visitantes/ocupantes/transeúntes) dispuestos a desempeñar bien su papel de seres contradictorios y ambiguos (de encuentros, de tránsitos, de llegadas, de fronteras). Y por el otro, hablan de lo que sucede en el mundo social en el cual están inmersos. En otras palabras, lo que pasa allí no es otra cosa que el reflejo de esa sociedad mayor, visualizada en algunas de sus facetas a través de acciones indicadoras de su complejidad y de la existencia de un mundo no siempre transparente y claro, pero con el nivel de apertura suficiente para percibir esos leves destellos a través de los cuales es posible captar parte de su naturaleza.

La cotidianidad, entonces, se expresa en el recorrido de esas pequeñas cosas inseparables de la naturaleza humana, el trabajo, la conversación, el ocio, el comer, etc., que son la “espuma de los días”, el testimonio palpable de nuestra existencia en el mundo. No podríamos vivir sin ellas pero tampoco podríamos depender totalmente de ellas, mantenemos si se quiere una relación dialéctica que es la que nos permite encontrar esas salidas inesperadas, esas emergencias donde es posible *cazar furtivamente* la realidad. Las emergencias, no son más que los procedimientos concretos utilizados para llevar a cabo cualquier actividad vital, son esas “maneras de hacer” de las que habla Certeau, que a la vez “constituyen las mil prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural...”, en otras palabras, son las distintas formas a través de las cuales inventamos cada día lo cotidiano.⁵

En el caso del Parque Les Planes, su cotidianidad está enmarcada dentro de los límites de lo público, pues es un espacio abierto a múltiples posibilidades y por ello mismo a la especulación de usos y prácticas en todo el sentido de la palabra; pero también lugar de visibilidades, de copresencias y hasta de cierto anonimato.⁶ Aunque estos aspectos prevalecen, es necesario

⁵ *Ibidem*, p. XLIV

⁶ Véase Quéré y Brezger, “L’Étrangeté mutuelle des passants”, pp. 90-91

tener en cuenta algunos matices relacionados con los tiempos lentos, con los encuentros, con la frecuentación de determinadas grupos y sus prácticas, que en cierta medida transforman la noción espacial mediante la privatización, la pérdida del anonimato y un control social fuerte. Lo otro, es que como espacio organizado ha sido pensado para ciertos usos específicos manifiestos en su misma estructura, en su diseño que prioriza algunas prácticas insertas dentro de la recreación y esparcimiento, es decir, ha sido esbozado como mecanismo mediante el cual es factible la administración del ocio de manera regularizada. Y esa regularización se palpa en la constitución de los elementos materiales relacionados con las ideas de recreación desde la práctica deportiva y desde la contemplación del paisaje o sus devaneos; ello señala en cierto modo el camino de su vida cotidiana y el de las personas que lo frecuentan, aunque no es el único posible porque muchos de los usos que se pueden apreciar allí son ajenos también a esos elementos. En últimas, como se ha visto, en esas prácticas cotidianas espaciales de los usuarios/visitantes se manifiesta no sólo la legitimación de un lugar construido para fines preconcebidos sino la impugnación real de sus contenidos formales y materiales mediante su recreación frecuente manifiesta en maneras insólitas e insospechadas de utilización práctica que dejan entrever la aparición de nuevas significaciones y contenidos simbólicos. Así las inscripciones que allí se aprecian lo convierten en una cosa distinta a la que tal vez, un día, soñaron sus diseñadores.

En ese sentido el parque parece escapar a la monotonía de los usos únicos señalados en su construcción para devenir prisma en el cual se vertebran las distintas maneras de utilizar sus espacios. Y esto ha sido posible gracias a la presencia continua de actores dispuestos no sólo a la representación sincrónica sino también a la re-creación constante, a la apropiación inusitada y sistemática de sus territorios, para hacer de ellos campos polivalentes y vitales a la vez.

El análisis de los diversos usos producidos en el parque parte de dos aspectos fundamentales: el discernimiento de los actos y las actividades que se desarrollan cotidianamente allí, insertos dentro de su concepción como lugar de ocio y de entretenimiento; y el desvelamiento de características como la copresencia, la visibilidad y el anonimato, inmersas dentro de su carácter

público.⁷ En este caso, ambos aspectos están estrechamente ligados aunque con matices importantes sobre todo en lo que atañe al anonimato pues como se verá más adelante, la frecuentación más o menos prolongada impide mantener una posición de incógnita después de cierto tiempo. Se pasa de ser un extraño a ser un individuo conocido categorialmente, caracterizado en primera instancia por la información que despide su apariencia y luego por sus actos, o por los dos al mismo tiempo. Ahora bien, las maneras de hacer que se dan en el parque y que indican sus múltiples usos están signadas por varios elementos, esbozados aquí solamente de manera orientativa para mostrar la posición desde la que se conciben.

El tiempo (cronológico y climático): indica los ritmos de la frecuentación relacionados con las estaciones, el sol, el frío, la lluvia, el calor y por su puesto, con los márgenes en los que esa frecuentación es más visible. Señala las distintas maneras de funcionamiento del parque según los *tempos*, y define la consolidación de las distintas atmósferas espaciales. Dentro de ese contexto también es importante considerar la relación entre el uso y el ciclo mayor día/noche que suele motivar formas distintas de utilización y vivencia espacial. En tal sentido, ambas categorías temporales se combinan para mostrar, como se verá más adelante, la circularidad de los usos manifiesta en la reiteración de prácticas sujetas, sin embargo, indefectiblemente a ciertas características ambientales que hablan del espacio como un objeto sensible configurado por rasgos materiales específicos que además señalan parte de su vitalidad cotidiana o su muerte.⁸

El escenario y su decorado: indica los diversos ambientes físicos en los cuales se condensan los núcleos de actividad. Es el mobiliario, el diseño, los objetos materiales usados, poseídos, transitados. Es el paisaje y las propuestas que inducen o no a practicarlos, las opciones de uso que brinda. Son

⁷ Véase J. Lofland, *Analyzing Social Settings*, pp. 13-55.

⁸ Esos tiempos indicarían por tanto la existencia de un tiempo social cualitativo que establece el orden, la duración, la localización espacial de los acontecimientos. Y, por ello mismo, determinaría que el tiempo como tal es “un producto de la vida social (y no al revés), más concretamente del conjunto de relaciones significativas que estructuran la vida social”. Josetxo Beráin, “El triunfo del tiempo (representaciones culturales de temporalidades sociales), en *Política y sociedad*, no. 25, 1997, pp. 101-118

los lugares donde transcurre la acción: los diferentes subsectores o áreas del parque donde se produce una actividad cualquiera. Lo anterior denota que, como teatro de los acontecimientos, está equipado con elementos materiales que son apreciables visualmente y que pueden llegar a cumplir diversas funciones desde servir de marco para la ejecución de acciones a constituirse en soporte fundamental para el desarrollo de las mismas. Su estancia convoca, estimula, sugiere la ejecución o no de actividades y al mismo tiempo refleja la producción de nuevos sentidos espaciales que en determinadas ocasiones pueden llegar a subvertir toda intención de organización y domesticación espacial predeterminada supuestamente en esos mismos elementos.

Los usuarios y usuarias: son los seres que practican el parque, los que lo llenan con su presencia y sus acciones, los encargados de que allí se manifiesten las dimensiones del mundo social, su razón de ser: sin ellos simplemente *no existiría*. Son hombres y mujeres, niños y niñas; personas de todas las edades, de todos los colores, de todas las apariencias. Dentro de esa categoría general se podrían destacar algunos niveles esbozados aquí solo de manera orientativa y provisional. No se pretende reducir a unos parámetros fijos la variedad de actores que se pueden ver en el parque sino más bien organizar esas presencias para intentar una comprensión de sus actividades y prácticas en dicho espacio. **Visitantes**, alude a las personas que van al parque esporádicamente y sin una continuidad aparente, acuden allí de vez en cuando y/o en ocasiones puntuales. **Ocupantes**, remite a aquellas personas cuya frecuentación y actividad es reiterativa y visible durante mucho tiempo. Por lo general viven en los barrios cercanos y en algunas oportunidades desarrollan actividades concretas que pueden ir desde asolear pájaros hasta jugar al fútbol. **Transeúntes**, se relaciona con aquellas personas que ni visitan ni ocupan ese lugar en el sentido esbozado antes, solamente lo cruzan, lo pasan, lo utilizan como vía para llegar a alguna parte. A nivel general aquí también se integran las características visibles de esos usuarios tales como el sexo, el fenotipo, la edad aproximada, algún atisbo vestimentario de su extracción social, únicos parámetros sobre los cuales se puede elaborar una identificación inmediata de los mismos, de “conocerlos” dentro del marco público *a priori* en el que se mueven.

Los actos y actividades: si se atiende a la guía metodológica propuesta por John Lofland, los primeros corresponderían a las acciones en una situación que es temporalmente breve, que dura solo unos pocos segundos, minutos u horas, y las segundas a las acciones en un escenario de mayor duración –días, semanas, meses- constituyendo elementos significativos de las personas involucradas.⁹ Aquí no se toman en ese sentido literal sino más bien como aspectos que engloban las prácticas, las formas de hacer, los usos cotidianos percibidos allí. Se conciben como las inscripciones, marcas, huellas reales de los usuarios y usuarias que, al tiempo, parecen reflejar también esa relación no ajena a contradicciones y ambigüedades entre los objetos materiales y su utilización concreta. Los actos y actividades, en otras palabras, no son más que la acción social, los puntos sobre los cuales se erige y se consolida no sólo la producción sino la construcción social del espacio: su manifestación plena.

Los elementos enumerados anteriormente están muy vinculados entre sí y marcan la dinámica interna del parque. Son los aspectos básicos sobre los cuales se tejen sus características vitales y se ordenan las representaciones que allí aparecen y desaparecen. Están relacionados además con diversos factores: los climáticos señalan, por ejemplo, cómo a nivel general la atmósfera del parque es distinta si es invierno o verano, si es de noche o de día, por ello cada uno de los rincones que lo conforman habla de sus movimientos de manera distinta y ambigua según el momento. En ese sentido es obvio que, tal como asegura Whyte, la relación entre la vitalidad del parque y el aspecto climático es fundamental por una cuestión bastante simple: el sol y el calor atrae a la gente y la lluvia y el frío la aleja.¹⁰ Así que, algunas veces, la diferencia entre el uso y no uso no depende siempre de las características formales y materiales de un lugar sino más bien de esos microclimas que suelen producir grandes efectos a la hora de incitar o no al movimiento. Un espacio abierto y adaptado al calor de los rayos del sol puede hacer la diferencia entre un parque confortable y otro que no lo sea. En ese contexto tiene gran importancia el manejo de elementos naturales como los árboles, el agua, etc. y la disposición de objetos materiales tales como bancos, asientos,

⁹ *Ibidem*, p. 15

¹⁰ Whyte, *City*, p. 133

muros en lugares estratégicos que no sólo permitan el descanso, la contemplación y el reposo sino la interacción social entre los usuarios.

La caracterización personal de los usuarios referida a la edad, el sexo, a la condición social y el origen o procedencia cultural etc., marcan de alguna manera su participación en cada uno de los espacios y de los tiempos: si son mayores hacen una cosa, si son jóvenes y niños otra, si son hombres o mujeres otras. En ese sentido, se puede decir, en términos generales, que los espacios “significan cosas distintas para cada grupo social, y todo espacio puede verse ocupado, a lo largo de un día, de una semana o de un período superior de tiempo, por varios grupos, que le confieren significados diferentes. Las calles y los parques, según sea de día o de noche, o las zonas de veraneo según la estación, se convierten en espacios distintos para la experiencia diaria de quienes lo utilizan o viven en ellos”.¹¹

Además de los factores enumerados arriba también habría que hablar aquí de la relación entre el parque con la calle y su entorno inmediato. La localización del parque ya la sabemos, lo mismo que su disposición para ser calle, puente y separador al mismo y ello conduce a reflexionar sobre algunas cosas. En primer lugar sobre su *centralidad externa* que se refiere a su ubicación dentro un tejido barrial determinado, cuya vitalidad de alguna manera también lo toca, y, la posibilidad de acceso desde diferentes lugares y a través de distintos medios (se puede llegar allí en coche, metro, autobús, en bici, a pie...). Se refiere a la distancia física entre el parque y el mundo exterior y la manera más o menos ágil de salvarla. Es la accesibilidad en todos los sentidos de la palabra. También es importante esa área intersticial o de transición que señala la terminación de la calle y el comienzo del parque que puede invitar o no a entrar en él. Aquí más que la distancia física cuenta la accesibilidad visual. Que haya cierta continuidad y fluidez entre lo interior (el parque) y lo exterior (la calle) parece ser una condición importante a la hora de su buen desempeño como tal. En el caso del Parc de Les planes hay algunos rasgos claramente destacables: la valla metálica que lo separa abruptamente de la calle, en la parte tocante a la avenida Isabel la Católica, pero que en uno

¹¹ Linda McDowell, *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Cátedra, Madrid, 2000, p. 248

de sus tramos se abre de tal suerte que permite ver la plaza urbana y más allá, dando la sensación de una cierta continuidad entre la acera y el parque.



Foto 4: Entrada principal vista desde la calle.

Esta continuidad visual se refuerza en el empleo de un mismo material en la vía de acceso que parte del andén hacia su interior de tal modo que, aunque se sabe que se entra en otro espacio físico, no se experimenta una sensación de ruptura espacial, como se puede ver en la foto de arriba. En ese sentido la uniformidad de la vía opera como un elemento que facilita la transición de un lugar a otro de manera fluida. Aunque la valla parece un objeto separador a través de ella se puede acceder visualmente a una buena parte del parque y las actividades que allí se realizan, es decir, tiene una función ciertamente ambigua que también se puede aplicar a las “puertas” de entrada que están sobre esa misma avenida y que nunca se cierran. El siguiente fragmento del diario de campo habla sobre ello:

Me gusta la idea de andar por un lugar que desconozco. Descubrir sus olores, sus texturas, sus colores, sus formas, sus recorridos y sobre todo me gusta ver y/o imaginar lo que allí ocurre, máxime cuando es un lugar abierto a todas las miradas... Así que hoy he decidido salir a conocer un parque del que me han hablado mucho. Es domingo y hace sol. Esta parte de la ciudad está desierta. Hoy es domingo 28 de enero y son las 2:45 de la tarde. Después de andar 5 manzanas llegamos al parque.

Observamos primero un muro pequeño y luego la valla metálica que deja ver una porción de parque. Un área de césped, muchos árboles grandes, un camino, los bancos vacíos... Más allá hay una puerta junto a un cartel metálico donde se pone un nombre: Parc de Les Planes. Pero no es puerta. A través suyo se entra y se puede observar el camino principal que cruza el parque y termina en unas pronunciadas escaleras. Es curioso pero al principio, cuando pasábamos cerca de aquí pensábamos que este lugar era un cementerio. En fin, que la puerta no lo es, no tiene hoja de cierre: es una abertura que une y se convierte en un acceso permanente a. Luego nos daríamos cuenta que es sólo una ficción de entrada porque hay otras aberturas-puertas sobre esta misma avenida que parecen cumplir una misma función: vías que unen el parque y la calle. Nos daríamos cuenta que solamente aquí hay valla metálica pues los otros costados el parque se abren, son continuidad del paisaje urbano. Debo confesar cierta sensación de engaño con esta puerta: creía que en efecto, era la principal y que se cerraba... lo que implicaba el uso de unos horarios de visita, etc., esa sensación de engaño sin embargo, no significa que ahora no experimente cierta alegría o más bien satisfacción: el parque es, de verdad, un espacio público... (14 de enero de 2001).

Aquí, como se enuncia en las impresiones anteriores, las puertas son, al tiempo, en efecto, entradas al interior del parque, vías que mantienen cierta continuidad, cierta fluidez pero también elementos que demarcan dos territorios diferentes. Un adentro y un afuera cuyas líneas señalan una zona de frontera y transición abrupta y sutil a la vez, su importancia reside justo en ese primer golpe visual que invita inmediatamente a entrar allí o no.¹² Esas áreas de transición suelen ser más fluidas y casi imperceptibles en un buen tramo de la parte norte donde prácticamente, siguiendo el curso de la calle Sant Rafael, se entra al parque casi sin darse cuenta. Los árboles y césped se explayan ante los ojos sin romper con el ambiente circundante sino más bien como su prolongación. La calle se estira a través del verde. Sin embargo, el carácter topográfico recio de la parte superior, junto a La Florida, en uno de sus tramos

¹² Las entradas precarias y los espacios visualmente inaccesibles se constituyen en elementos que también pueden hacer la diferencia entre un lugar exitoso y otro que no lo sea. Un espacio como el parque, que en esencia es para ser usado, debe ser visible desde afuera, es decir, la gente necesita verlo desde la calle y sobre todo ser capaz de entrar en él. Las entradas oscuras o estrechas no son precisamente un estímulo para las visitas, no invitan a ellas, y un lugar demasiado denso, cerrado a la vista en donde no se pueden apreciar sus rasgos generales, tampoco lo es.

de la zona del mirador, señala una barrera -con muro incluido- aunque luego haya un tramo abierto cuyos senderos se convierten en una prolongación de la calle y después el cementerio que es una barrera absoluta, por allí nadie entra. Lo mismo ocurre con un sector del costado sur donde hay un muro que separa el parque de un edificio y de las vías del tren. Existe, no obstante, un pequeño tramo abierto entre el cementerio y el costado sur: el parqueadero. Este es un lugar de transición que conecta los dos espacios a través de elementos comunes tales como árboles y césped que dan la sensación de funcionar como antesala. Todo ello permite decir que, en términos generales, la relación entre el parque y la calle, manifiesta en sus lugares de transición, presenta rasgos como fluidez, continuidad y accesibilidad visual que en determinados momentos operan como incitadores de entrada y uso.

La *centralidad interna*, por otra parte, hace referencia a esa tendencia de la gente a crear o señalar un punto central dentro de cualquier plaza o parque. Es la *centrifugación* de la que habla Jane Jacobs; un lugar que los usuarios coinciden en señalar como su centro: un cruce de caminos, lugar de pausa, un clímax.¹³ Hace alusión a esa búsqueda de sectores que cumplan la función de referencia dado su carácter estratégico de cruce, intersección y que además sean visibles ampliamente. Esa centralidad, en el caso del parque en estudio, parece coincidir física y simbólicamente: el punto en donde se interceptan las dos vías o ejes principales. Lugar visible desde una buena parte del parque donde se puede percibir una suerte de convergencia de los tránsitos y a veces también de actividades. Las dos vías principales señalan un cruce de caminos y los elementos próximos como el campo de fútbol, el área de césped, las escaleras, los caminos elaborados sobre la marcha, esbozan un movimiento social inusitado en ciertos momentos. Así que allí se puede contemplar el ritmo de la gente que pasa, el paseo, los juegos, las parejas, las familias, los encuentros, las pausas.

¹³Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 113. Esa tendencia a buscar puntos centrales no siempre es posible y parece estar supeditada tanto a la extensión de los parques como a las características de su diseño.

Desde este lugar de observación puedo ver perfectamente la gente que pasa por las vías principales del parque. La que baja o sube las escaleras para salir por cualquiera de los costados o la que va y viene por la vía de la riera. Es cuando la gente coincide en ese cruce de caminos cuando se percibe más movimiento aquí, especialmente a esta hora de la mañana. Hombres con mochilas de deportistas, algunas mujeres con carrito de la compra, personas mayores que pasean a sus perros o solas... (viernes, 27 de marzo de 2004, 10:00-1:00 horas)

.....

Hoy es una preciosa tarde de primavera. Es sábado. Estoy sentada en uno de los bancos de la placita arbolada desde donde puedo mirar hacia la parte central del parque. Hay mucho movimiento. Desde aquí escucho los gritos y otros sonidos que vienen desde el campo de fútbol y puedo ver a la gente que se “pega” a la valla para observar lo que ocurre allí. Hay sobre todo hombres casi en la misma posición: las manos arriba sobre la valla y la cara casi pegada a ésta. En la parte de abajo, en el césped, hay una familia conformada por los padres y dos niños pequeños; y, más allá una pareja retozando en la hierba y un par de chicos jugando a la pelota. Y como siempre gente que cruza de aquí para allá. A mi lado, en el banco próximo, se pone una pareja mayor. Ambos están vestidos con pulcritud. Llama la atención los labios pintados, el pelo muy rubio y bien peinado de ella. Están cogidos de la mano pero no hablan nada. Sólo miran en silencio. Yo también. Los tres miramos hacia allí, hacia ese lugar donde se cruzan las vías y en donde hoy parece haber más tránsito de gente y de actividades (17 de abril de 2004, 15:30 – 18:00 horas).

La centralidad interna, definida en este caso por los caminos que se cruzan y el acceso visual desde diversos sectores, parece constituirse en un elemento fundamental para las visitas y los tránsitos. Permite, por ejemplo, cruzar el parque sin estar en él, pasar físicamente por el *medio* de actividades y flujos observando lo que ocurre alrededor sin inmiscuirse aparentemente en nada. Y desde el ángulo de quien está en el césped o en los bancos próximos se constituye en un estupendo escenario para el despliegue de la vista porque siempre en ese sector *pasa* algo. A veces, como se descubrió en las distintas observaciones, la sensación de vaciedad que en algunos momentos parece presentar el parque se debe ante todo a la falta movimientos en esa zona central. Si no hay mucha gente que cruza de un lado a otro ni gente que pasea

por allí sola o acompañada o con su perro, por ejemplo, parece un lugar muerto. Cuánto más actividad se perciba ahí más vida y más seguridad parece concentrar. La ocupación intensa de un lugar llama a más ocupación y alude a la satisfacción de ciertas condiciones materiales y sensoriales. En este caso la disposición visual desde todos los ámbitos hace que, en esencia, lo que llamo *centralidad interna* haga alusión a un campo creado (formal y/o prácticamente) para mirar y ser mirado.

Ahora bien, junto a esos elementos de centralidad esbozados arriba también hay que tener en cuenta el entorno inmediato del parque, pues es su proveedor de usuarios más representativo. Ello implica decir, que, a nivel general, los parques públicos no están en absoluto divorciados de sus funciones y usos tangibles y reales, prácticos; por lo cual, se comprende que tampoco estén divorciados de los muy reales y tangibles efectos que operan sobre ellos -para bien o para mal- los distritos urbanos circundantes y los usos que los afectan.¹⁴ Las características del ambiente circunvecino marcan la vida interna del parque y definen su éxito o su fracaso como lugar para el disfrute del ocio y la interacción social. En tal sentido no cabe duda que el dinamismo y variedad del entorno son elementos básicos para su permanencia, alejándolo de la sordidez y la sensación de fracaso que suelen tener aquellos lugares cuyas zonas aledañas son demasiado profilácticas, demasiado homogéneas que parecen, sencillamente, muertas. También puede ocurrir que si las calles adyacentes son conflictivas, peligrosas y desiertas, sin pares de ojos, eso mismo se extenderá al parque. Así que, como se demuestra en la práctica, simplemente será un lugar solitario, evitado en todos los sentidos.

“¿Hay algo en este dispositivo físico de la vecindad que afecta físicamente al parque?”, se pregunta Jacobs refiriéndose a uno que ella llama exitoso por el movimiento que presenta siempre. “Si. La variedad y con-fusión de usos de los distintos edificios produce -para el parque- una gran variedad y con-fusión de usuarios que entran y salen de allí a todas horas. Estos lo usan en horas diferentes porque sus ocupaciones cotidianas difieren. Por eso, el parque posee una compleja secuencia de usos y usuarios”.¹⁵ Desde esa perspectiva, es indudable, como ya se ha sugerido, que el Parc de les Planes

¹⁴ *Ibidem*, p. 120

¹⁵ *Ibidem*, p. 104

presenta un entorno lo suficientemente heterogéneo con una profusión de establecimientos educativos, comerciales, deportivos, de transporte público, etc., que se convierten en una fuente magnífica fuente de usuarios. Y junto con esto también es destacable una interesante combinación de usos que hace referencia a las razones por las cuales las personas van hasta allí: para reposar, entretenerse, tomar el sol, asolear pájaros, jugar, leer un libro o el periódico; pero también para encontrarse con alguien, para enamorarse, alejarse del “mundanal” ruido, contemplar la naturaleza, exhibirse o, sencillamente, para pasar el tiempo y entretenerse ejerciendo uno de los mejores oficios: mirar a los demás.

Los factores enunciados hasta aquí hablan de una convergencia interesante alrededor de elementos como el tiempo -climático y cronológico-, los rasgos formales que muestran una correlación entre espacio, luz y aire y espacio y gente -usuarios y usuarias- y por ello mismo la disposición de los objetos materiales para denotar no sólo cierta comodidad visual sino para propiciar acciones sociales; exploran también una aproximación física al parque a partir de su campo de centralidad externa e interna que hace alusión a una dimensión específica del espacio público en general: la accesibilidad. En este caso, la centralidad externa se toma a partir de las posibilidades reales de acceso a cualquier territorio físico relacionadas tanto con la ubicación como con la manera de allanar las distancias para entrar en él de manera efectiva. Cuánto mejor y más fluidamente se pueda acceder a un lugar mayor es su grado de centralidad y ello debería reflejarse en su utilización. La centralidad interna, mientras tanto, hace alusión a esas líneas indicadoras de un punto físico principal en donde confluyen objetos, acciones, senderos, etc., que igual puede estar definido en el diseño o a partir de las prácticas cotidianas de los usuarios y usuarias o por las dos cosas al mismo tiempo. Aquí no se manifiesta una relación de afuera/adentro signada por la accesibilidad en términos de distancia física sino otra de adentro/a-dentro formulada a partir de la accesibilidad visual de y en los territorios internos. Esa *centrifugación*, en principio, puede dar pistas claras a cerca de la confortabilidad de un lugar en términos de placidez, seguridad y *cercanía*, elementos cruciales a la hora de determinar el éxito de cualquier espacio público, pues de ellos depende también su grado de utilización y por tanto de vida social que allí despliegue.

1. El parque como escenario: descripción de lugares y núcleos de actividad

A nivel general, en principio, los parques urbanos cumplen -o deberían cumplir- una función social importante a través de los servicios y oportunidades que presta a las diferentes personas y colectivos sociales, es decir, de los usos que puede generar concretados en las actividades que ofrece, implícitas más en el diseño en su sentido funcional que en lo estético, aunque éste último aspecto también es fundamental. Lo funcional tiene que ver con una dimensión ergonómica y preventiva de riesgos de utilización y de seguridad, para hacer los parques más asequibles a la población, e implica también que en algunas ocasiones sus elementos de juegos o el mobiliario pueden inducir comportamientos de toda índole no previstos inicialmente en su diseño. Lo estético, se relaciona con la manera como se disponen los elementos dentro del parque para dotarlo de armonía, de belleza, de contenidos visualmente agradables; es decir, remite a esa dimensión fundamental en la que se puede percibir un equilibrio entre lo práctico-formal y el contenido ideal del lugar, lo cual constituye las atmósferas internas de los espacios, relacionadas más con lo intuitivo y sensorial que con lo racional. Junto con lo anterior, también es importante considerar la extensión del parque pues determina en gran medida los usos, ya que los lugares demasiado grandes no ofrecen las condiciones suficientes para un acceso tranquilo sino que llegan a constituirse en fronteras para los sectores colindantes. No es éste el caso del parque en estudio pues su extensión y diseño están hechos para conectar por lo cual durante el día ejerce de puente de comunicación entre los distintos barrios que lo envuelven; sin embargo, cabe mencionar su transformación nocturna cuando se suele convertir en una barrera importante para el tránsito tranquilo de personas, cuestión que parece común en espacios de esta clase.

Para iniciar ese acercamiento al escenario (el parque), es esencial puntualizar por un lado que el descubrimiento de los lugares y objetos señaladores -de acontecimientos y actividades-, permite aproximarse a las relaciones que establecen las personas entre sí y con el medio físico, es decir, a las interacciones que surgen y se desarrollan no en un espacio como simple marco sino como construcción constante cuyo sentido se avizora en las

prácticas, en los movimientos que en él aparecen y desaparecen. Y por el otro, que los núcleos o centros de actividad condensan la relación espacio-uso, pues constituyen aquellos puntos o sectores específicos (un trozo de territorio) en donde se manifiesta una mayor actividad cotidiana; en otras palabras, son esos lugares donde parece haber una concentración importante de la acción en determinados días y horas, y, por lo regular, coinciden con espacios versátiles que ofrecen múltiples oportunidades de uso.

En principio, para comprender la dinámica interna del parque es importante visualizarlo a partir de sus dos grandes áreas (A y B), identificadas a partir del accidente geográfico de la riera del cementerio que lo atraviesa de norte a sur (ver Figura 3). La riera, pues, perfila sus características más sobresalientes: hacia el oriente, limitando con el barrio La Florida y el Cementerio, es un terreno inclinado, cruzado de caminos y plataformas que hacen posible el acceso a los distintos ambientes y su mobiliario; y hacia el occidente, tocando la avenida Isabel la Católica, es un terreno de suaves ondulaciones y explanadas con un tipo de construcción en algunas ocasiones más urbano y en otras enfocado hacia la contemplación del paisaje, el paseo, o el encuentro. Esos rasgos topográficos señalan también las distintas clases de usos, el mayor o menor grado de utilización, el tipo de persona que ocupa los lugares en función de su ubicación dentro del parque no por la simple relación de cercanía con un determinado sector sino por las prestaciones y comodidades que brinda en determinado momento. Esas prestaciones tienen que ver con la posibilidad de acceso, el grado de visibilidad y de sol, la sensación de seguridad y como es obvio, con el equipamiento material del lugar.

No es fácil describir los movimientos de cada una de las áreas, pues su extensión considerable y la utilización de la vegetación para crear diversos ambientes, dificulta una mirada uniforme y simultánea, es decir, no es posible observar la totalidad del parque a un mismo tiempo. Por ello se ha optado por trazar unas líneas -vertical y horizontal- sobre un plano a manera de instrumento de aproximación. Estas líneas dividen el parque en cuatro subsectores más pequeños que facilitan el trabajo de acercamiento a las prácticas reiterativas, a los modos de ocupar el espacio y, por ende, a las interacciones más frecuentes (Figura 3). Siguiendo el curso de las mismas se

realizaron las distintas observaciones de manera secuencial para ir descubriendo, paso a paso, esas huellas de la vida social más evidentes en unos lugares que en otros, como se verá más adelante.

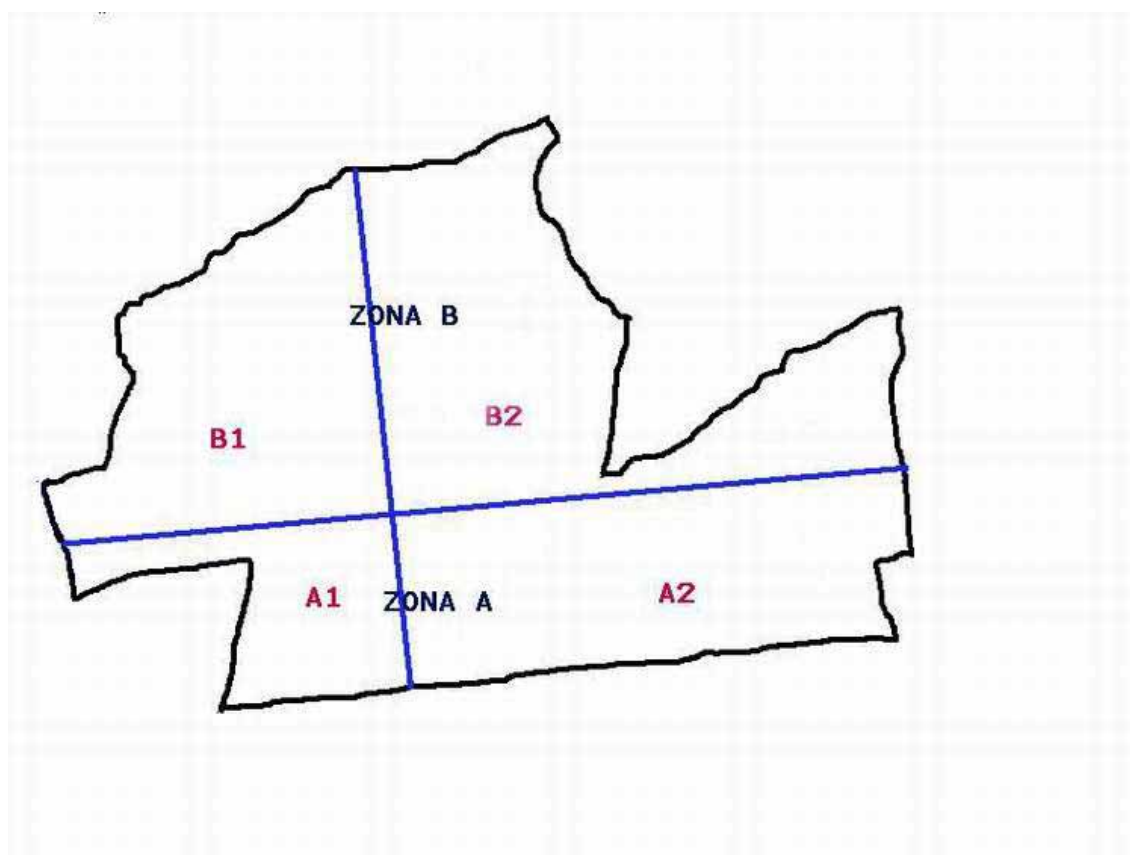


Figura 3. Abstracción que muestra las dos grandes área (A y B) y los subsectores en que se han dividido para facilitar la aproximación a los núcleos de actividad.

La Figura 4 es un plano que presenta los elementos materiales más significativos: la vegetación, el campo de fútbol, la plaza pavimentada, los caminos, las escaleras, etc., y las líneas que coinciden con los ejes principales. El eje horizontal corresponde a la antigua riera del Cementerio que hoy es la calle Menéndez Pidal; el eje vertical, es la vía central que termina en unas pronunciadas escaleras y cruza el parque de la Avenida Isabel la Católica (Can Serra) a la Calle Teide (La Florida). Allí se señalan los distintos espacios significativos -núcleos de actividad- dentro de cada uno de ellos, esbozados teniendo en cuenta no sólo el uso continuo sino las distintas formas de utilización observadas a lo largo del trabajo de campo. La determinación de esos objetos materiales es importante pues es allí donde se concentra la acción en ciertos días y horas. Lo anterior no significa que se excluyan otros elementos o parcelas que también promueven el movimiento social dentro del

parque y que de alguna manera se convierten en posibilidad, en variedad de formas de vivir el espacio. No obstante se hace énfasis sólo en aquellos que engloban mayor actividad vital ya sea por su posición estratégica, por la opción de uso que ofrecen o pueden ofrecer, por los elementos materiales que lo conforman, etc.



Figura 4. Plano del parque con las dos áreas generales, los subsectores y los objetos donde parece haber una mayor actividad social (núcleos de actividad). PU Plaza Urbana; PA parquecitos arbolados; M muros o miradores; ZP zonas de juegos pavimentadas; ZJ otras zonas de juegos; AI áreas infantiles; E escaleras; MA montículo artificial; CF campo de fútbol.

En la figura anterior se detallan algunos territorios y sus objetos específicos que, como se verá más adelante, condensan buena parte de la acción que se produce en el parque. Las placitas, los muros, los campos deportivos, los caminos y ejes secundarios, las escaleras, conforman los núcleos de actividad más visibles en dicho espacio público porque se convierten en elementos polifuncionales que los usuarios y usuarias casi siempre utilizan a su antojo.

1.1 Características y núcleos de actividad de la Zona A

A nivel general es el área más frecuentada y la de mayor tránsito especialmente en determinadas horas pues hay colegios, centros deportivos, comercios y paradas de transporte público en las proximidades; a través de ella se llega a los sectores ubicados en la parte alta (La Florida, Les Planes, el Cementerio) y a otros situados en la parte norte, la calle Sant Rafael y en el sureste, el aparcamiento y el barrio Sant Josep. Sus características geográficas facilitan la práctica de actividades como el *jogging*, la caminata y el paseo, y la exuberante vegetación crea atmósferas recogidas que permiten distintas clases de encuentros.



Foto 5: Grupo de hombres haciendo gimnasia

Dentro de esta zona se delimitan dos subsectores que sirven de puntos de referencia para visualizar la vida espacial que allí se manifiesta con cierto dinamismo.

El **subsector A1** ubicado al lado de la avenida Isabel la Católica, limita hacia el norte con la calle Vicenç Martorell; es un área que comparada con las otras tiene la dimensión más pequeña. En ella se destacan la placita arbolada y los muros que la dividen del resto de escenarios, la comarca para perros y un camino secundario que conecta con la calle sant Rafael, en la salida norte. Hay

también un área de césped considerable que es usada por familias, por parejas de enamorados o por chavales.

El **subsector A2** es uno de los más dinámicos porque posee variedad de ambientes desde el urbano, la plaza pública pavimentada situada en un costado de la entrada principal, hasta aquellos más íntimos rodeados de abetos, la plaza de la fuente y el montículo artificial que además de mirador también funciona como espacio de ocultamiento; pasando por supuesto por las áreas infantiles y deportivas. Esa diversidad de ambientes y elementos materiales promueven sin duda una alta variedad de usos reflejada en un sinnúmero de actividades llevadas a cabo por distintos usuarios.

Los núcleos de actividad, como ya se ha dicho, son esas áreas que se convierten en zonas naturales donde los usuarios (visitantes y ocupantes) desarrollan una serie de interacciones claramente ligadas al tipo de espacio (como en el caso de los pajareros); por ello sus relaciones pasan por diferentes fases de apropiación y por tanto de demarcación y privatización de territorios, lo que lleva a interacciones personales y espaciales fuertes y muchas veces contradictorias. Dichos núcleos se concentran, en la Zona A, en los parquecitos o plazas arboladas, la plaza pública, la zona de juegos infantiles, el montículo artificial y la pista de juegos.

Los parquecitos o plazas arboladas

No son plazas propiamente dichas ni parquecitos, sino sectores en forma de media luna rodeados de árboles, que tienen muros pequeños y bancos. En la zona A hay tres de esos sectores y son importantes porque allí se desarrollan todo tipo de actividades y contactos personales. En algunas ocasiones funcionan como lugares de encuentro, de reunión de jóvenes, de enamorados y de pajareros; pero también es usado como lugar de lectura, de contemplación o de interacciones entre individuos con distintos niveles de conocimiento mutuo; para asolear pájaros cuando las condiciones de sol y sombra son oportunas y/o simplemente para pasar el tiempo mirando lo que ocurre alrededor. En ocasiones se dan allí actividades simultáneas; por ejemplo hay una chica que espera a alguien (sus comportamientos hacen pensar en ello: observa con frecuencia para un lado y otro mientras juega con el móvil,

posiblemente escribe mensajes, cambia de posición corporal como si estuviese preocupada o impaciente, etc.), otra que observa solitaria en un banco mientras lee un libro y escribe de vez en cuando en una libreta, y un hombre mayor que limpia las jaulas de sus pájaros mientras fuma un cigarro y ojea a las chicas con disimulo. En otras, puede haber algún tipo de interacción más definido entre los actores, desconocidos entres sí, que comparten una misma porción territorial, casi siempre a raíz de un hecho o una circunstancia que la desencadena. De ese modo si sucede algo que llame su atención puede haber además de un intercambio visual algún tipo de lenguaje verbal como sucede cuando ocurre algún hecho inesperado: la caída de un objeto, la aparición súbita de un perro pero también cuando entre algunos de los copresentes ocurren comportamientos “no apropiados” o como mínimo disruptores que pueden ir desde la utilización de un tono de voz demasiado alto hasta el empleo de palabras que supuestamente sólo se utilizan en el ámbito muy íntimo o privado. Pero no falta llegar a esos extremos para que se produzca una interacción pues con sólo preguntar la hora se puede convocar las miradas y las voces, como se percibe en la siguiente anotación del diario de campo:

Una chica muy joven se aproxima hacia uno de los bancos del parquecito. Tiene el pelo y los ojos negros. Se sienta en el muro muy cerca de las jaulas del hombre. Se queda un rato ahí, mirando para todos los lados. Fuma con fruición. Han pasado algunos minutos y ahora saca el móvil.

“¿Hola, cómo estás? ¿Sabes dónde está el Xavi?” Habla fuerte y con un tono de enfado. *“No está aquí, que no, que yo estoy en la luna y no está”,* le dice a su interlocutor o interlocutora. *“Pues voy a llamar al Xavi para ver donde está... No, no, no -grita- no está en la luna, estoy yo”, “bueno, adiós”.* Se despide y llama nuevamente.

“Xavi, estoy en la luna; sí, exacto, en la luna y tu no estás” (pausa) *“Bueno, está bien, cuélgame que te estoy viendo, tío”,* grita entre divertida y molesta. Y sí; por la vía que cruza de norte a sur viene un chico bajo, delgado, vestido con vaquero y jersey azul, trae una cazadora en la mano. Ríe. *“Hola, Xavi ¿dónde estabas”,* pregunta. Y luego dice: *“¡Qué frío!”*. Él responde algo en tono bajo. No se entiende lo que dicen. Se quedan allí de pie como esperando a alguien mientras parecen conversar en un tono de voz muy bajo. Al mismo tiempo, el hombre de los pájaros sigue raspando la que

parece ser la última jaula mientras la chica bosteza, aburrida o con hambre, y el chico empieza a ponerse la chaqueta.

“Hace mucho frío, estoy tiritando” –insiste la chica. El hombre de los pájaros fuma y ahora se aproxima otra chica a los dos jóvenes.

“Voy a tomarme un café, pero lento”, dice. Y luego le cuenta entre risas a la recién llegada la conversación telefónica que tuvo con Xavi mientras le esperaba.

Por fin me atrevo a preguntar al hombre la hora y me responde con un marcado acento andaluz *“lar once”*. *“Gracias”*, le digo. Los chicos, que ahora están sentados en un banco contiguo al mío, también han dejado de hablar y hay un momento en que parece que todos nos percibimos abiertamente: intercambiamos miradas furtivas como de reconocimiento mutuo, pero luego cada quien a lo suyo. Las chicas y el chico no paran de hablar. Una de ellas se vio crónicas marcianas anoche y comenta lo buen programa que es... (jueves, 16 de octubre de 2003, 9:30-11:30 horas).

Esos lugares parecen tener o propiciar atmósferas para cierto tipo de encuentros. En ese sentido se puede pensar que la posición equidistante del parque con respecto a los sectores circundantes facilita que algunas de sus zonas se conviertan en un lugar para las citas previas. En el caso descrito en el diario de campo son jóvenes los que parecen haber acordado de antemano reunirse allí y la hora -11 de la mañana- y el día -jueves-, hacen pensar que o bien son estudiantes que han decidido no asistir a clase o bien están en paro. Lo cierto es que allí se encuentran y luego marchan aparentemente a un bar u otro sitio para prolongar esa compañía mutua que denota un tipo de relación más próxima. Durante el transcurso de las primeras observaciones, realizadas en el 2001, se percibió cómo un grupo numeroso de adolescentes muy jóvenes se reunían siempre en el parquecito que hay en el subsector A1. Permanecían siempre juntos y por lo regular hablaban, reían, fumaban y jugaban entre ellos. Sus encuentros, efectuados preferiblemente en las horas de la tarde, eran muy frecuentes y visibles, en el sentido de que sus voces, risas y gritos muchas veces convocaban la mirada de los transeúntes y visitantes. A veces daba la impresión de que su objetivo era justo eso: llamar la atención. El manejo de la proxemia dejaba entrever una distancia mínima entre los cuerpos y la desaparición de ésta mediante los tocamientos: empujones, palmadas en la espalda, manos en la pierna, roces. Algunas de las personas con las que se

habló entonces, hombres mayores y pajareros, le atribuían a este grupo de chavales ciertas conductas vandálicas como ataques al mobiliario, ruptura de focos, elaboración de pintadas y grafitos. Cosa que por supuesto no se pudo comprobar directamente. Es probable que este grupo, como otros que también se percibieron en la primavera del 2001 en la placita de la zona B2, ya no se reúna frecuentemente en ese lugar por la presencia de agentes policiales que lo vigilan constantemente. Ahora bien, eso no significa que ahora esos lugares no sean ocupados, al contrario, se siguen observando visitantes esporádicos, grupos de chavales, enamorados, solitarios y, por supuesto, a los pajareros, que como se dijo antes, parecen hacer parte del paisaje de este lugar; son “clientes” usuales de los parquecitos y sus bancos pues casi siempre brindan buenas condiciones de sol y sombra. Allí exponen a los pájaros y reposan cuando aprieta el calor pero también miran, comentan; intercambian opiniones, fuego, “instrumentos de trabajo”...

Es tarde y el parquecito medio encerrado por un muro pequeño, junto a la Vicenç Martorell, está ocupado por algunos jóvenes. Son muchachos cuya edad podría oscilar entre 13 y 16 años. Al principio había sólo tres, pero luego llegaron dos y después tres más. Es un grupo numeroso. Parece que tienen la costumbre de reunirse aquí por las tardes. Su aspecto tiene algo que no agrada, tal vez son demasiado desenfadados y hablan tan fuerte que sus “gilipollas” resuenan en todas partes. Paso rápidamente y logro situarme en unos bancos que me permite mirar lo que hacen sin que ellos lo noten. Aunque no los escucho claramente veo lo que hacen: hablan, se sientan; gesticulan con sus manos, las suben, las bajan, se pasan algo de mano en mano, fuman... Ríen estruendosamente y parece que se hacen bromas entre ellos. Se tocan mucho. Hay empujones. Un chico toca la cabeza a otro y luego se ríe. Parece existir entre ellos mucha confianza. Estos chavales son los mismos que he visto las últimas semanas a estas horas de la tarde, de hecho uno de los jóvenes encargados del parque me ha dicho que es un grupo muy constante en este lugar. Es curioso pero llaman la atención: la gente que pasa cerca no evita mirarlos, pero ellos continúan con lo suyo sin ningún tipo de cambio o modificación aparente de sus conductas en apariencia desenfadadas y espontáneas... (jueves, 15 de marzo 2001, 17:30 horas

.....

Son las 11:30 y hace muy buen tiempo; en la placita o parque pequeño que está en el costado norte junto a la calle Vicenç Martorell, hay un grupo de hombres mayores.

Deben ser pensionistas y conocerse desde hace cierto tiempo. Hablan muy alto. Son siete y durante los últimos días, a esta hora, siempre se ponen ahí. Están sentados en los bancos muy juntos y vigilan sus respectivas jaulas puestas en línea sobre el muro pequeño. No paran de conversar y de reír también. Paso junto a ellos casi deslizándome sobre mis propios pasos para no llamar su atención, pero me detengo porque muy cerca corre un perro enorme... uno de los hombres me mira y sonríe; lo tomo como un gesto de complicidad o de comprensión cívica. "No se está segura aquí con estos perros sueltos" pienso. Los otros hombres continúan con su charla como si nada. Parece que hoy, como en días anteriores, también hablan de política... (martes, 30 de septiembre de 2003)

Los bancos de estos parquecitos arbolados como de otras estancias del parque son elementos importantísimos donde tiene lugar una buena parte de la vida social. Allí se encuentra, se come, se mira, se descansa, se duerme, se pasa el tiempo... De ahí el empeño e interés en dedicarle algunos párrafos al final de este apartado.

La plaza pública urbana

Situada en la entrada principal, junto a la Avenida Isabel la Católica, es un lugar singular que permite especulaciones prácticas debido a sus características físicas y a su ubicación. Además de ser visible desde la calle, la disposición espacial de sus elementos, los bancos que la rodean, la verja-balcón y un espacio vacío, se antoja como un lugar dispuesto, ante todo, para la acción. Por una parte es un lugar que se cruza cuando se quiere ir a otros ambientes y por otra, es un espacio versátil que en ciertas ocasiones puede funcionar como un lugar totalmente independiente, es decir, parece tener vida por sí mismo.



Foto 6: Mujeres y fútbol en la plaza urbana

En términos generales esa versatilidad se manifiesta en las siguientes situaciones:

- a. Funciona como lugar de paso hacia otros ambientes.
- b. Es un sitio de encuentro de jóvenes y personas adultas especialmente cuando empieza el buen tiempo.
- c. Hace las veces de mirador pues termina en un balcón desde donde se puede tener una visión importante de la zona A y de otras áreas del parque, sin ser visto. De hecho fue un sitio básico para llevar a cabo muchas observaciones y registros del tránsito de personas por los ejes principales.
- d. Es utilizado frecuentemente por chavales y niños para jugar al fútbol, patinar y montar en bicicleta o para desarrollar otro tipo de actividades.
- e. Durante el invierno es ocupado constantemente por una variedad inusitada de personas para tomar el sol, leer, asolear pájaros, jugar con el perro o enamorarse.
- f. El hecho de estar rodeada de bancos la convierte en un lugar para la pausa y la contemplación del movimiento del entorno: la gente que pasa, las personas sentadas en el bar situado junto a la avenida, los chavales y niños que juegan o hacen cualquier actividad y, por supuesto, a los otros ocupantes dedicados a lo mismo: al placer de la mirada, de ver correr el tiempo sin premuras.

g. Es utilizada en algunas oportunidades para realizar actividades patrocinadas por el Ayuntamiento y por otras organizaciones de la ciudad.

En la plaza cercana a la entrada por Isabel la Católica hay algunas personas mayores sentadas en los bancos. Cuatro hombres y dos mujeres. Se entretienen mirando a la gente que pasa de prisa por ahí, ya sea que vienen de la calle o de las otras zonas del parque. Mientras tanto tres jóvenes juegan a la pelota. La patean indiscriminadamente sin darse cuenta del tránsito de las otras personas que deben recular e ir por un costado para salvaguardarse del balón; pero también interrumpen el paso a quienes quieran transitar hasta el puente que une este lugar con la montaña. Parecen chicos extranjeros. Más allá, en la plaza dura del reloj, unos muchachos negros juegan a la pelota, y otros, toman el camino del montículo artificial. Espero un rato mientras los chicos de la pelota se van y me asomo al montículo de manera discreta. Poco a poco me aproximo hasta el puentecillo intentando no fijar demasiado la atención en las dos parejas de chavales sentados sobre el muro que corona el montículo. Puedo darme cuenta que juegan con sus móviles animadamente. De vez en cuando alguno de ellos o ellas lanza echa un vistazo hacia fuera, hacia el puente o las otras zonas que se pueden apreciar desde ahí. Me doy cuenta que son muy jóvenes, supongo que no llegan a los 15 años. Las parejas se abrazan, se besan, ríen. “No hagas eso, tío, que no que no”, dice una de las chicas entre risas. Me quedo un momento más observándoles pero me parece que se han percatado de mi presencia, así que finjo mirar para otros lados mientras escribo algo en la libreta y poco a poco me voy desplazando, sin prisas, para ir a un costado de la plaza desde donde no se puede apreciar el montículo...Por la vía principal pasan algunos padres con sus hijos pequeños y una pareja lleva un cochecito de bebé. Un hombre corre y otros caminan veloces con mochilas de deportista. Hace un poco de frío pero antes de salir echo un último vistazo al parque que ahora se me antoja lánguido y silencioso (viernes, 3 de octubre de 2003, 16:00 – 17:30 horas).

Merece la pena destacar también otros usos de la plaza percibidos en observaciones recientes como por ejemplo la utilización por parte de un grupo de mujeres de América Latina para jugar al fútbol. Son chicas jóvenes que parecen encontrarse allí, en torno a un balón, los sábados por la tarde. Es interesante la vida que aglutinan alrededor suyo: desde los asientos del bar posiblemente sus familias y/o amigos siguen las incidencias del juego, gritan,

animan, -“¡Vamos dale duro!”, “¡No la dejes sola, Patricia!”-, mientras toman una cerveza o un refresco y hablan entre sí. Hay también algunos hombres de pie junto al marco de la plaza-campo de fútbol que gritan e indican movimientos constantemente. Pero se puede apreciar un hecho curioso: las personas ajenas a las situaciones del juego que simplemente cruzan por ahí parecen sorprenderse, como yo, con lo que ven: mujeres jugando al fútbol. Se quedan mirando atentamente hacia el espacio donde las chicas corren y patean el balón y otras personas, especialmente hombres, disminuyen el paso o paran un momento para observar ese acontecimiento en alguna medida “poco usual”. Las jugadoras, mientras tanto, parecen no percatarse de nada. Así como este caso puntual se convierte en un acontecimiento inesperado para el visitante casual o no, también hay otros que se visualizan allí y llaman la atención como el que se describe a continuación en el diario de campo:

Hay poca gente en los bancos de la plaza urbana porque a esta hora de la tarde –las 18:00- todavía pega fuerte el sol; así que, por lo visto, las personas han decidido sentarse en los asientos de las mesas del bar donde ahora hay una sombra espléndida. Además tienen la ventaja de mover los asientos para donde sea. De vez en cuando algunos hombres y mujeres cruzan la plaza con prisa. En los bancos que rodean la plaza solamente hay una mujer muy mayor con un niño. Corre detrás de él y le hace juegos con una pelota de colorines. Y más allá, hay una pareja. No recuerdo haberla visto antes pese a que llevo algún tiempo aquí. Me parece que acaban de llegar. Ella se pone encima de las piernas del chico. Se besan. Mientras tanto sigo observando a la gente que pasa: una mujer entrada en carnes con una bolsa de Zara, una pareja con una niña en un cochecito, dos mujeres negras con trenzas muy finas en el cabello, un hombre de mediana edad muy alto y bien parecido –lo miro con disimulo- y vuelvo a la pareja. Ahora están acostados en el banco. Una sobre el otro. Están en lo suyo y parece no darse cuenta o no importarles que la gente que pasa por su lado los mire de reojo pero insistentemente. Lllaman la atención. No se cuanto tiempo pasa. Una pareja mayor que está sentada en el bar habla entre sí y miran hacia donde están los chicos. Yo sonrío e intento seguir mirando con disimulo lo que discurre alrededor... (viernes, 14 de mayo de 2004).

Hay una dimensión importante de esta plaza que merece la pena destacar y es su carácter independiente pues parece funcionar en ocasiones como un lugar totalmente desligado del parque, lo cual se podría explicar por su ubicación justo en la entrada principal y especialmente por el hecho de que en uno de sus costados está el bar y los servicios.



Foto 7: Un banco en la plaza con pareja y sol

El funcionar como espacio con vida propia se manifiesta en que muchos de sus ocupantes llegan expresamente allí y no se dirigen a otros sectores del parque; algunos son personas mayores que viven en los sectores próximos y que por comodidad se desplazan en busca de sol y tranquilidad durante los días invernales. Otros son jóvenes y adultos que, cuando llega el buen tiempo, ocupan los asientos del bar y los bancos de la plaza. Vienen directamente de la calle Isabel la Católica o de otros sectores del parque y llenan la plaza de voces, gritos y otras acciones: beben, comen, se besan, juegan; este fenómeno es muy común especialmente el fin de semana en las horas de la tarde. Esos movimientos hacen de la plaza un reflejo de lo público, de la simultaneidad de acciones, de copresencias, de imágenes fugaces que, en algunas ocasiones, parecen ocupar todos sus espacios.

Áreas de juegos infantiles

Hay dos áreas destinadas a los niños, una está en el costado sur de la zona A y la otra en la parte alta de la B1 tocando la Calle Sant Rafael y la sede de los Mossos d'Esquadra. La conformación material de tales áreas de juego no ofrece muchos elementos que propicien una variedad de actividades entre los niños. En la zona de juegos del subsector A2, por ejemplo, se observa que pese a contar con un espacio bastante amplio está pobremente equipada: una construcción que contiene dos casitas, un puente, un tobogán y poco más, tal como se puede apreciar en la foto de abajo. La zona infantil del subsector B1, aunque es más pequeña está mejor equipada pues además de contar con dos toboganes tiene columpios, caballitos, una construcción de madera para escalar y hacer otras actividades. Ambas zonas tienen abundante arena y bancos desde donde los cuidadores -madres, padres, abuelos y abuelas-, vigilan a los niños y niñas.



Foto 8: zona de juegos infantiles del subsector A2

Un factor importante de mencionar es que ambas zonas presentan una relación de continuidad y amplitud visual con el entorno circundante al no estar separadas de éste por ninguna valla o algo similar. Ese hecho permite que los niños y niñas interactúen también con los objetos y espacios aledaños a la zona de juegos, aprovechándolos para realizar toda suerte de actividades,

recorridos y deambulaciones, es decir, para ampliar su campo de acción que no se limita solamente al menguado espacio construido sino que engloba todo el territorio circundante. Ello implica que los niños y niñas pueden darse a la aventura de explorar, de descubrir nuevos territorios y objetos al tiempo que están en contacto directo con un fragmento de mundo natural. Así que la búsqueda de bichos, de hojas, de piedrecillas; la recolección de caracoles, piñas y de otros objetos se convierten en actividades espontáneas que los niños y niñas realizan en el buen tiempo y siempre que los mayores no lo impidan. Pero también esa amplitud espacial invita a la realización de juegos como el escondite, el “pilla pilla”, y a otros que no están codificados de forma explícita, “juegos *inventados* en un momento dado, *derivas* lúdicas sin reglas, desde las cuales se construye intensamente el imaginario de cada niño”.¹⁶ En ese sentido los bancos, los árboles, los muros, las fuentes de agua... se convierten en lugares perfectos para ocultarse, para hacerse invisible a los otros, estableciendo con esos elementos una relación vital plena de nuevos usos y significados. Allí tales objetos cotidianos “se transforman en sus propios espacios mediante la lectura metafórica y el uso lúdico que el niño realiza sobre ellos”.¹⁷

Por otro lado, sin embargo, el hecho de que las zonas de juegos infantiles estén integradas con fluidez al conjunto del parque hace que también se evidencien, en algunas oportunidades, signos de conductas “poco cívicas” de las personas mayores. Esa falta de sensibilidad hacia un espacio destinado a la recreación de los niños queda manifiesta en las colillas de cigarro, en los restos de chicles y, a veces, hasta en los excrementos de perro que se pueden encontrar en la arena o cerca de los bancos, convirtiéndose en un elemento que afecta la salubridad del lugar y por lo tanto, altamente obstructor de las actividades de esparcimiento y descubrimiento de los infantes, sobre todo de los más pequeños.

De otra parte, el hecho de contar con pocos elementos construidos no es un óbice para que los niños utilicen masivamente los que hay, guardando los turnos respectivos que permiten compartirlos sin mayores problemas. Y cuando

¹⁶ Clara Eslava, “Territorios de la cultura infantil”, en Isabel Cabanellas y Clara Eslava (Coords.), *Territorios de la infancia. Diálogos entre arquitectura y pedagogía*. Graó, Barcelona, 2005, p. 117. Las cursivas son de la autora.

¹⁷ *Ibidem*, p. 114

éstos están muy llenos siempre queda la arena y el espacio que se puede transformar en cualquier cosa, tal como se enunció arriba. La arena, por ejemplo, se convierte en montículos de formas diversas y en material que se puede trasladar hacia otros objetos como los caballitos, los toboganes e incluso hacia los bancos –para disgusto de las personas mayores que los acompañan pero casi nunca para los otros niñas y niños-, o en un elemento perfecto para ponerse en la cabeza. En verano la arena y el agua se juntan en una mezcla interesante a la que las madres huyen pero que los niños aprovechan para hacer figuras de diversos tamaños utilizando los cubos y cualquier tipo de objeto, pero sobre todo para embadurnarse y comprobar texturas. Los mismos elementos materiales se convierten en una cosa distinta mediante la utilización lúdica: la parte de arriba de los toboganes en miradores, en casas donde las niñas y los niños se inventan juegos efímeros, y los toboganes en ríos de arena, en vías por donde se lanzan coches, pelotas y muñecos o en montañas a escalar por el lado contrario; los columpios, en nudos giratorios o en plataformas para apoyar los pies mientras se balancea; los caballitos, en coches, en trenes o en recipientes para poner cualquier objeto: arena, piedras, el bocadillo, los muñecos...



Foto 9: Grupo de niñas en la zona de juegos del subsector B1

El espacio de juegos como tal se convierte también en un elemento maleable, flexible, que no sólo alude al lugar donde están las cosas sino que él

mismo es una cosa por cuanto es producido por y en el accionar de los niños y niñas, a partir de lo cual existe y cobra significado. Ello implica que para jugar no es necesario usar los elementos materiales contruidos sino que ellos mismos, los niños, se convierten, efectivamente, en elementos lúdicos. Son el juego y lo que juega. Desde esa perspectiva los objetos materiales del parque no tienen ninguna importancia, están allí como simples testigos porque la verdadera acción ocurre en ese espacio pleno de cuerpos en movimiento, de versatilidades accionales que lo marcan, lo trazan, lo horadan, lo fijan y le dan sentido. El espacio son los niños y las niñas que lo llenan. Todo ello recuerda, además, que nuestra vivencia del espacio se configura desde el cuerpo inmerso entre los objetos que lo ocupan y construyen, vinculándose inseparablemente a ellos mediante la propia acción. El conocimiento del espacio por parte del niño evidencia estas relaciones, que, por otra parte, se producen en todos los niveles: tanto al habitar como al disponer del uso de un espacio, representados en las respectivas figuras del habitante y del usuario.¹⁸

Aparte de las cosas enunciadas hasta aquí, es interesante anotar que en esas áreas infantiles también se puede observar la interacción entre padres/abuelos con sus iguales, pues muchos de ellos se conocen de antes y cuando no es así, siempre surge un diálogo fugaz entre desconocidos que gira en torno a los críos, al tiempo o a cualquier otro acontecimiento trivial que surja sobre la marcha. Durante los días laborables no es muy frecuente ver a los niños acompañados de ambos padres, pero sí observarlos con la madre, con un abuelo o con ambos. Mientras los niños juegan las mujeres hablan de muchas cosas: la casa, los maridos, las noticias del corazón, la novela... Lo importante es que en esas áreas se desarrolla una serie de interacciones importantes entre los distintos ocupantes, cuya mayoría sí es femenina.

Al lado de la vía que sube hacia La Florida hay una pareja que conversa y lee el periódico, luego un poco más arriba, en la zona de juegos infantiles puedo ver a unos abuelos que ayudan a sus nietos a subir al columpio y luego los empujan; un hombre le da de comer a su hija pequeña y una madre ayuda a su niña a bajar por el tobogán. En los bancos contiguos una mujer y su hijo pequeño juegan a algo –arman un puzzle

¹⁸ Isabel Cabanellas y Clara Eslava, “Los territorios vitales de la infancia”, en *Territorios de la infancia*, pp. 43-44

o una cosa así mientras en otro de los bancos se sienta una chica negra que acaba de llegar con un niño. Ella tiene los ojos llorosos. Da la impresión de que llora o ha llorado. Intento mirarla sin ser irrespetuosa, pero oculta su cara con las manos. Pasa un momento y la mujer levanta la mirada. Busca a su hijo con los ojos y puedo verlos completamente enrojecidos. Me pongo en otro lugar y un señor mayor me pregunta la hora. "No tengo horas, señor, lo siento". Y en uno de los toboganes dos mujeres hablan y ríen entretenidas mientras sus hijos se deslizan. Vuelvo a mirar a la mujer negra y me parece que está más calmada. Ahora se levanta y va hasta donde su hijo juega con la arena. Está un momento con él y luego regresa al banco. Miro hacia otro lado porque cuando la mujer se va a sentar echa una mirada en derredor y descubre que yo la estoy mirando... (jueves, 27 de mayo de 2004, 16:30- 18:30 horas).

.....

En la zona de juegos hay muchos niños con sus madres, y/o abuelos. Montan en los toboganes, juegan con la arena mientras sus cuidadores hablan entre sí. Forman grupos de conocidos con los cuales arriban y marchan después de algunas horas en el lugar. Algunos niños parecen estudiar en los mismos colegios y sus madres de cara al calor, buscan el refugio de los árboles que pululan en este parquecito. Ellas hablan y ríen. Los abuelos también. Ayudan a los niños más pequeños a subir a los aparatos mientras que los mayorcitos se agrupan y juegan de manera más independiente, dejando espacio para que las personas adultas interaccionen. Después de la merienda y otra hora de juego empiezan a abandonar el lugar. Algunos marchan hacia arriba para salir a La Florida; otros hacia abajo para Pubilla Casas o Can Serra... (martes, 18 de mayo de 2004, 18:30 horas).

A finales de la primavera de 2004 se hizo el seguimiento a un grupo de madres, conocidas entre sí, que a partir del mes de abril se desplazaban con sus hijos e hijas hasta la zona de juegos infantiles situada en el costado norte del parque, junto a la sede de la Comisaría de los Mossos d'Esquadra. Eran mujeres entre los 25 y 38 años algunas de ellas trabajadoras en tareas de limpieza y otras, amas de casa. La reunión de mujeres comenzaba justo cuando los niños salían del colegio; así que poco después de las cinco todas se desplazaban hacia el parque infantil hablando entre sí y con los hijos de la mano. Una vez llegaban al lugar cada quien a lo suyo: los niños a los juegos y

las mujeres a los bancos que lentamente se llenaban con sus cuerpos y sus pertenencias: bolsos, mochilas de los hijos y bolsas de la compra. Formaban grupitos de conversación espontáneos y efímeros no obstante algunas veces enfocaban su atención en un asunto común, como sucedía cuando alguno de los niños se caía o simplemente cuando centraban su diálogo en el asunto del matrimonio real que parecía llamarles demasiado la atención convirtiéndose en un tema recurrente. Así entre charlas, risas y cotilleos las mujeres pasaban allí casi dos horas antes de volver a casa.



Foto 10: Grupo de madres en el área infantil B1

No cabe duda que la presencia reiterativa de mujeres y niños en un lugar como el parque es un factor que contribuye a la configuración de una imagen agradable y segura del mismo. Es un baremo muy importante a través del cual se puede medir el éxito o fracaso de un lugar de esa naturaleza. Por ello los parques y plazas más usados siempre tienden a tener una alta proporción de mujeres. Su presencia señala una utilización intensa, así sea sólo en zonas definidas para el juego de los niños, y un buen nivel de sociabilidad marcado por la animación y vitalidad que suele desprenderse, por ejemplo, de la reunión de madres de distintas edades y condición social. Junto con la presencia de mujeres y niños también es importante la de la gente mayor pues denota ante todo que un lugar es seguro y por tanto agradable para las visitas y los tránsitos. Invita a entrar en él con un mayor nivel de confianza. En el caso del

Parc de Les Planes es notoria la asistencia de madres, abuelos y abuelas -que hacen las veces de padres- y gente mayor en general, que, o bien pasea con el perro o asolea pájaros o contempla el paisaje o simplemente pasa el tiempo. Este grupo de personas es una fuente básica de usuarios cuya presencia reiterativa otorga ese matiz de apacibilidad y placidez que a veces suele percibirse en las atmósferas del parque durante ciertas horas del día.¹⁹

Montículo artificial

Es una montaña que conecta con la plaza urbana a través de un puente y con otras áreas del parque mediante una especie de escalera que desciende suavemente hacia uno de los caminos. Se ha visto en los distintos momentos de observación su utilización frecuente preferentemente por grupos de chavales o enamorados. Desde allí se puede tener una visión de un sector del parque y el entorno que lo rodea: los edificios y el tren cuando se aproxima a la estación. Está protegido por una exuberante vegetación y un muro en forma de caracol que va dando la vuelta hasta terminar en la cima donde hay un árbol.

Antes de irme quiero asomarme un poco al montículo para ver si ahora hay o no personas allí. En el puente hay una mujer extranjera con su hijito, le quiero hablar pero justo en ese instante ella se marcha. Voy hasta el puente y me fijo en el montículo: ahí están los dos chicos vestidos de negro y una jovencita muy delgada y rubia. Lleva un pantalón blanco muy ajustado y maquillaje un tanto excesivo. Me quedo un momento escuchándolos mientras finjo centrarme en otros detalles del lugar. Hablan y ríen. Fuman. Les observo de reojo y doy media vuelta para disimular mi interés sobre esos personajes. Ahora vienen otras personas: dos chicos y una chica. Me parecen muy jóvenes y, porque no decirlo, me produce curiosidad saber lo que hacen aquí pues a estas alturas –casi las 6 de la tarde- ya se empieza a oscurecer y a sentirse mucho frío. Los chavales pasan junto a mí y saludan con la mano a los otros que están en el montículo. Caminan muy rápido como si tuviesen prisa por llegar. Cruzan el puente y se reúnen con los demás. Uno de los chicos levanta en vilo a la chica rubia mientras la

¹⁹ La relación entre el uso reiterativo de un parque por padres, niños y personas mayores y menor índice de vandalismo e inseguridad, es una de las cosas que parece confirmarse en el Parc de Les Planes y que también fue percibida por Florian Boer, en su trabajo *Barcelona parks. Impact of environmental, architectural, urbanistic and social characteristics on littering and vandalism*. Monografies Psico-socio ambientals, Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1996, p. 111

besa. Se besan todos. Hay risas y buen rollo...se quedan muy juntos mientras yo cruzo la plaza rápidamente y regreso a casa... (lunes, 10 de noviembre de 2003, 17:45 horas).

Esa situación de escondite parece propiciar distintos comportamientos que pueden ir desde los encuentros entre parejas o grupos de chavales que se reúnen allí para hablar o fumarse unos porros hasta aquellos más cercanos al “incivismo” o conductas desaprobadas socialmente, traducidas en el ensuciamiento del lugar con bolsas, restos de comida y en algunas ocasiones hasta con heces y otra clase de objetos.

Las pistas deportivas

Una de ellas está ubicada en la parte sur, al final de todo, y tocando la avenida Isabel la Católica. Y la otra, justo al lado del campo de fútbol. Es una zona pavimentada en donde se pueden desarrollar distintas actividades deportivas. A nivel general son unos de los espacios más ocupados siempre por niños, jóvenes y adultos. En el caso de la ubicada en la parte sur se ha visto su ocupación asidua los fines de semana por distintos grupos de personas, especialmente latinoamericanos, cuya presencia fue notoria en el primer ciclo de observación llevado a cabo en el año 2001. Allí se reunían los fines de semana no sólo para jugar al fútbol sino para realizar otra clase de actividades como escuchar música, comer sus platos típicos, jugar balonmano entre los árboles o simplemente pasar el tiempo con la familia y los amigos disfrutando del aire libre. Era un grupo muy numeroso y bullicioso. Algunas personas me contaron que en ocasiones fácilmente podían superar los 200 individuos. Durante las observaciones se pudo comprobar, en efecto, su presencia masiva y sobre todo dinámica que daba pie a infinidad de interacciones y modos de apropiación espacial en donde los bancos o césped se convertían en elementos privatizados momentáneamente pero también en límites visibles de espacios socializados. En la actualidad aún se reúnen pero, en menor cantidad; ahora su presencia es menos visible posiblemente porque a partir de mediados de 2003 se instaló una sede de los Mossos d'Esquadra en la parte superior de la calle Sant Rafael en un costado del parque lo que ha

producido cierta panoptización: rondas de uniformados con perros, coches estacionados en sitios estratégicos, ojos que vigilan atentos para “mantener el orden público”. Sobre este asunto se volverá más adelante.

1.2 Características y núcleos de actividad de la Zona B

A pesar de ser la parte más inclinada, resalta el diseño de sus elementos que permiten el tránsito hacia los distintos ambientes a través de soluciones prácticas. A nivel general es una zona muy utilizada por los pajareros, y anteriormente, por grupos de adultos en aquellos lugares más cerrados a la vista de los otros. Se ve a muchas personas en la hierba, en los bancos o dando vueltas para pasar el rato, pues no hay muchas instalaciones para el desarrollo de actividades deportivas a parte del campo de fútbol. Por sus senderos se puede caminar, correr o simplemente deambular mirando alrededor mientras se está en contacto con la naturaleza. Quedan sin embargo, los resquicios de los distintos ambientes, el entramado de plataformas y las escaleras, abiertas para cualquier tipo de uso y de usuario.

El **subsector B1** limita hacia el norte con la calle Sant Rafael y hacia el oriente con la calle Maragda y Teide. Se destaca una zona de juegos infantiles, explanadas que hacen las veces de miradores, bancos situados estratégicamente, y plataformas y escaleras semiocultas que propician prácticas diversas. Tiene además, un camino pavimentado que comunica a la calle Sant Rafael con la Calle del Teide y que además conecta con el cementerio lo cual hace que sea muy transitado durante ciertas horas del día por personas que vienen y van.

El **subsector B2** limita con la calle del Teide y el cementerio municipal. En apariencia es una de las zonas menos concurridas de todas, especialmente en la parte superior quizá porque tiene una vegetación muy densa que permite los ocultamientos, aunque a veces es notorio el tránsito por el camino que lleva hasta el cementerio. Allí también hay una placita semioculta por los árboles y bancos dispuestos estratégicamente para la contemplación o el descanso en donde a veces se puede ver a hombres mayores con sus jaulas o a chicos con perros. En la parte baja está el campo de fútbol de La Florida que además de condensar mucha actividad cuando se disputa un partido -

especialmente los fines de semana-, también concentra las miradas de quienes transitan por la vía principal y propicia una serie de interacciones esporádicas entre las distintas personas que observan el espectáculo. De manera global la mayor actividad de la zona B parece concentrarse en las escaleras, en los bancos situados en su parte baja, en la placita arbolada, el parque infantil y el campo de fútbol, aunque también es destacable el tránsito continuo por algunos de sus caminos secundarios en ambos sentidos.

Las escaleras

Es la parte final de uno de los ejes principales que atraviesa el parque de Isabel la Católica a la calle del Teide, en el sector de La Florida. Además de permitir el acceso a las diversas zonas, hace las veces de mirador desde donde no sólo se puede observar la gran superficie del parque sino los edificios que le rodean y otros elementos más distantes. Pero además funcionan como lugares para tomar el sol, jugar cartas, encontrarse, reunirse con los amigos, asolear pájaros, jugar y realizar ejercicio físico, es decir, es uno de los elementos más polifuncionales que posee el parque.

Junto a las escaleras, en un área llena de árboles, hay cinco jóvenes de 18 a 25 años aproximadamente, hablan y se ríen y me doy cuenta de que son los mismos que he visto durante las últimas semanas en el mismo lugar. Parece que lo frecuentan desde hace tiempo. Su aspecto es descuidado y la forma de hablar y moverse en ese lugar ocupado sugiere cosas. Unas latas de cerveza sobre un banco, sus voces y risas que retumban en la mañana. Los miro y ellos se percatan de mi presencia. Todos se fijan en mí y me siento intimidada. Retiro mi mirada y me da la impresión de que mi presencia ha interrumpido algo, bajo las escaleras y evito ojear ese lugar pero escuchos sus gritos... (miércoles, 18 de abril de 2001, 16:30 horas).

.....

Subo las escaleras despacio y justo en uno de sus costados un grupo de seis mujeres y dos hombres juegan a las cartas en las gradas. Son bastante mayores y parecen alegres. A su alrededor revolotean algunos perros y unos niños se aproximan curiosos a mirar lo que hacen. Unas personas tienen un marcado acento gallego y otras, andaluz; pero todas están absortas en el juego. Ríen, hacen bromas y de vez en

cuando levantan la mirada para ojear a alguno de los animales... (martes, 7 de octubre de 2003, 16:00 – 18:00 horas).

.....

Estoy sentada en uno de los escalones superiores desde donde tengo una estupenda visión de gran parte del parque. Una pareja joven pasa junto a mí. Camina despacio. Ambos fuman y hablan fuerte. La mujer lleva un perro muy grande de una cuerda. El hombre es alto, de barba abundante y parece tener un ojo de vidrio. Abajo, en las gradas de la escalera hay una mujer mayor sentada de cara al sol, muchos perros juegan cerca de ella. No se si es la dueña de todos pero al menos me da la impresión de que los conoce de algo, que sabe quiénes son sus dueños. Siete animales que se aproximan, huelen, juegan entre ellos y luego algunos corren detrás de una pelota verde que la señora lanza escalas abajo. Y más allá, en los últimos escalones, un grupo de hombres conversa animadamente mientras sus pájaros se asolean en la tarde de octubre. *Que me meo de la risa* escucho decir a una mujer y giro hacia el lugar de donde proviene la voz. Es una señora mayor que acaba de llegar y se pone junto a otra mujer que ya está en la escalera. La acompaña un perrito pequeño muy mono. Se sienta en una de las gradas sin dejar de reír mientras habla con la mujer. Bajo lentamente las gradas pero antes echo un vistazo al otro costado del parque: un hombre está sentado en un banco con las piernas estiradas y el cuerpo completamente pegado al respaldo. No hace nada sólo está ahí observando lo que pasa o más bien lo que no pasa.

Junto a la entrada del campo de fútbol hay otro hombre de mediana edad, camina despacio y luego se detiene mientras mira a un grupo de palomas que revolotean hambrientas junto a él. Bajo las escaleras y me siento en uno de los bancos situado al frente de las gradas. Escucho las risas de las mujeres y veo cómo empiezan a llegar otras personas con perros y se van sentando junto a ellas hasta formar un grupo bastante grande. Los pajareros siguen hablando, uno de ellos saluda a un hombre que pasa. Hablan de lo bueno que se está hoy y del poco frío que hace para ser noviembre. Escucho algunos minutos su conversación que va de los pájaros a Aznar. Algunos de los mayores parecen fijarse en mí pero lo hacen de manera sutil: me miran un poco de reojo como sin querer...

Yo me quedé otro rato sentada en el banco observando con interés como la escalera se llena de vida, de gritos y de cuerpos que van y vienen. Se me antoja que de cara al frío este lugar empieza a tener más vitalidad pues deja de ser un simple camino para pasar a un territorio donde se pueden hacer cosas triviales mientras se aprovecha el sol... (jueves, 13 de noviembre de 2003, 15:30 – 17:30 horas)



Foto 11: Vía principal y escaleras

Las escaleras son más que una solución a un problema topográfico. No es sólo la vía principal por donde se sube para llegar a La Florida o se baja para Can Serra, es un elemento propiciador de prácticas e interacciones. Por allí la gente no sólo cruza sino que mira, ama, habla, lee, vigila; se relaciona, se ejercita y se muestra a los demás. Es también un lugar de referencia para los encuentros y las visiones. Estupendo mirador desde donde se puede percibir el movimiento humano de distintas zonas del parque. Pero también obstáculo que algunos prefieren evitar por el esfuerzo físico que implican. Es además el camino más visible, el que incita a la comunicación entre las distintas áreas y por el que se cruza con rapidez cuando apremian las sombras de la noche. Es, en últimas, un lugar potencial abierto a los usos y prácticas de quienes lo viven de una u otra manera; espacio donde cualquier cosa puede suceder.

El campo de fútbol

El Estadio de La Florida es una de las pocas instalaciones deportivas que están dentro del parque -de hecho ocupa un espacio considerable- que

además de brindar la posibilidad de recreación permite el desarrollo de interacciones personales de diversa índole, al tiempo que ofrece un espectáculo pasajero a quienes transitan por el lugar. No es el objetivo ahondar en esos aspectos sino introducir ese espacio como un objeto importante dentro del escenario en estudio, donde se despliegan toda una serie de rituales y comportamientos sociales, aspectos sobre los cuales se volverá en el siguiente apartado.

Esta tarde hay algarabía porque se está disputando un partido de fútbol entre chavales. En las graderías los padres, amigos o familiares aplauden cuando se hace una jugada interesante o meten un gol; se levantan, gritan, gesticulan, mueven los brazos, las manos, las piernas... en fin parecen cuerpos hipnotizados por el balón y las piernas que lo llevan. Observo el partido sin emoción más bien con curiosidad por el entorno que le rodea. Mientras estamos aquí, todas las personas que atraviesan el parque por lo que yo llamo la vía principal paran, casi hipnóticamente para mirar a través de la valla lo que sucede en el campo de fútbol: una pareja mayor, un grupo de jóvenes, una pareja de mediana edad, una familia con perro incluido. Y los que no se detienen para ver por un momento el partido sí disminuyen un poco el paso y miran hacia allí. Los bancos de algunas zonas del parque están solitarios, sin embargo aquellas destinadas a actividades deportivas están casi llenas. La cancha de fútbol alberga a un grupo de niños que juega un partido y en las graderías hay unas cuantas personas, imagino que sus padres, familiares o amigos. Y como siempre las personas que transitan por la vía principal se detienen cuando pasan junto al campo de fútbol y se quedan allí mirando unos minutos para después seguir su camino (sábado, 6 de diciembre de 2003, 15:00 – 17:00 horas).

Es conveniente matizar una vez más que aquí se están describiendo las áreas más visibles y las actividades generales, lo cual no obsta para enunciar que allí también se dan otros tipos de usos singulares. Así por ejemplo las distintas zonas de césped durante un fin de semana soleado se convierten en ambientes propicios para desarrollar diversos tipos de actividad desde jugar cartas, leer o hacer un picnic familiar. Y lo mismo ocurre con las zonas pavimentadas cuya versatilidad se traduce en una multiplicidad de usos y usuarios. Hay sin embargo, dos elementos sobre los cuales parece importante llamar la atención: los bancos y los caminos. Los primeros son más que objetos

del mobiliario y los segundos, más que trazados por donde se entra y sale del parque. Se constituyen en factores imprescindibles que señalan el dinamismo y versatilidad de la mayoría de las zonas que conforman un lugar de esta naturaleza, son elementos que vertebran, conectan, unen y al mismo tiempo propician, motivan y producen toda suerte de situaciones y prácticas sociales.

1.3 Los bancos

Los bancos son uno de los componentes fundamentales de un parque o jardín urbano, de ahí la importancia de su diseño, de los materiales que los constituyen y por supuesto de su ubicación espacial. Son más que lugares para sentarse, descansar y contemplar el paisaje y se convierten en objetos que propician toda suerte de interacciones y actividades.²⁰ Allí se despliegan también esas formas de urbanidad básicas en el espacio público que contienen un alto grado de consenso y que se traducen en una utilización y comportamiento social casi siempre apropiado a las circunstancias. En ese sentido es destacable la manera cómo en su uso se mantiene esa distancia física y visual mediante la puesta en práctica de la inatención civil a la que ya se ha hecho referencia, pues lo que desagrade a la gente es justo ese contacto directo con extraños. Gestos como el girar el cuerpo hacia el lado opuesto a donde se encuentran los otros ocupantes, por ejemplo, permiten mantener cierta privacidad y advertir acerca de nuestra indisposición para cualquier tipo de interacción, y lo mismo podría decirse del mantenimiento de la mirada en un estado de difusión constante. Nunca mirar a quien se tiene al lado de manera abierta, ni tampoco a los ocupantes de otros bancos próximos es una señal de cortesía básica para estar juntos guardando las distancias.²¹

²⁰ Parece al menos sugerente traer a cuento la película *Un banco en el parque*, de Agustí Vila (1999) dónde se muestra cómo su protagonista, Juan, decide olvidar a su novia Teresa que se ha marchado a Londres y para ello decide buscar a otra mujer de manera casual en dos escenarios: en el parque y en un bar. Así que opta por sentarse cada tarde a la misma hora en el mismo banco de un parque experimentando toda suerte de situaciones y produciendo otras. En el parque conocerá a Alicia, en el bar a Ana.

²¹ Cabe remitirse aquí a los trabajos clásicos de E.T. Hall sobre la dimensión proxémica de las relaciones sociales. Por ejemplo, *La dimensión oculta*. FCE, México DF., 1981 o *El lenguaje silencioso*. Madrid, Alianza, 1989

Whyte, en el trabajo seminal al que hemos hecho referencia en otras oportunidades, habla de la importancia del diseño de los bancos, de la distancia entre ellos, de sus dimensiones, pues son factores determinantes a la hora de su ocupación. Y también muestra las regularidades observables en las formas de uso: “El primero en llegar usualmente se hace en la parte final del banco, nunca en el medio. El siguiente en llegar se sienta al final del costado contrario. Los que lleguen después no tendrán en cuenta el espacio vacío entre los ocupantes y solamente cuando no hay otros sitios libres para sentarse lo harán en medio del banco, y otros decidirán quedarse de pie”.²² En tal sentido ese espacio desocupado, el medio, parece funcionar justo para ese fin -no ser utilizado- convirtiéndose en parachoques, en una especie de franja neutral que permite cierta seguridad personal de ahí que “social y psicológicamente los bancos son mejores cuando tienen proporciones generosas”.²³ No obstante esas generalidades anotadas por Whyte, es conveniente tener en cuenta otros aspectos relacionados con la ocupación de los bancos observadas en el parque en estudio, especialmente cuando en éstos ya hay una persona o más. En primera instancia el saludo suaviza la situación de entrada. Aunque no todas las veces quien llega saluda se pudo advertir por experiencia propia que las personas mayores siempre lo hacen y no necesariamente cuando desean compartir un mismo banco sino para generar un microambiente, como sucedía por ejemplo con los pajareros que al verme en uno de los bancos próximos a “su lugar” me saludaban, la mayoría de las veces conservando la distancia. Un “hola” y una mirada rápida indica las intenciones de tal manera que la persona que ya está sentada en el banco, así se encuentre al borde del mismo, seguramente hará el ademán de desplazarse hacia el final de todo (y si se encuentra en el medio, cosa poco frecuente, con mayor razón). Parece casi un acto reflejo que también podría leerse como una señal de atención con la que se advierte de la disposición de compartir ese bien público. Y en ese sentido tal gesto se acompaña con una mirada rápida y huidiza a quien llega, desviándola luego hacia el frente como haciendo de cuenta “que no ha pasado nada, que no ha llegado nadie”, aunque se sabe que hay otro cuerpo ahí. Una vez en el banco ambos ocupantes procurarán no mirar hacia el lado del otro y si lo hacen

²² Whyte, *City*, p. 117

²³ *Ibidem*, p. 117

intentarán indicar siempre que el objeto de la mirada no es la persona sino otra cosa. Cada quien estará en lo suyo lo cual no obsta para que, en ciertas circunstancias, pueda darse algún tipo de interacción.²⁴



Foto 12: Familia en los bancos

En los bancos del parque en estudio, en principio, no se perciben mayores niveles de saturación, como no sea en las áreas infantiles en determinados días y momentos (después de las cinco de la tarde cuando los niños salen del colegio en el buen tiempo). En ese caso los bancos se llenan no sólo con los cuerpos, sino con objetos escolares y/o infantiles. Y en esas condiciones es más probable que las mujeres ocupen esos espacios entre los cuerpos, siempre y cuando sean también de mujeres, así no se conozcan entre ellas. Lo que se aprovecha además para interactuar y establecer una clase de contacto más personal. Así que, exceptuando este factor, los demás bancos del parque (los hay en los parquecitos arbolados, en la plaza urbana, rodeando las zonas pavimentadas, a la vera de algunos caminos, etc.) casi nunca están totalmente ocupados. Y ello hace que, por ejemplo, cuando una persona se sienta al lado de otra teniendo un banco vacío al lado en cierta medida cometa una infracción o cuando menos una situación de ambigüedad. Ahora bien,

²⁴ Habría que tener en cuenta otras variables que también podrían determinar la manera como se ocupan y utilizan los bancos por ejemplo la edad, el género, la condición social. Y otras circunstancias extraordinarias en donde se podría observar una mayor laxitud en las normas consensuadas al momento de utilizarlos. Por ejemplo en la celebración de una fiesta o cualquier actividad lúdico-recreativa.

sobre los ocupantes de los bancos cabría decir que son las personas mayores acompañadas, solas o en parejas las que parecen permanecer más tiempo en ellos, al igual que los enamorados o grupos de chavales. No se observó en los distintos ciclos de observación a mujeres solas sentadas por mucho rato, exceptuando, claro, quien esto escribe.

En cuanto a su utilidad se podría decir, en el caso de los bancos de los parquecitos arbolados, que además de servir como espacios de reunión y reposo también funcionan como lugares de contemplación del entorno y como espacio de “avituallamiento”: lugar donde se come y se bebe. La papelera de la basura da constancia de eso: restos de comida, papel plata, envases de refresco, etc. Su ubicación y características privilegiadas permiten que se conviertan en elementos polifuncionales que puede albergar distinta clase de vida social. Si de día la utilización de estos bancos es relevante, de noche también lo es ya que pueden servir de refugio o cama provisional, en determinadas ocasiones, a quienes no tienen dónde pasar la noche (indigentes), para los afanes de los enamorados y seguramente para otros tipos de actividad, especialmente en el calor del estío. *Se ve que muchas veces algunas personas pasan la noche aquí... el otro día, cuando vine al parque muy de mañana, había un hombre acostado en uno de los bancos; sí, en ese donde estás sentada. Parecía que había pasado la noche aquí. (Pajarero)*

Después de estar un rato en la zona de juegos infantiles de la zona baja del parque tomo uno de los senderos para ir hasta una de las placitas arboladas que están cerca de la plaza urbana. Me quiero sentar un rato allí para mirar y esperar que pase algo importante. Pero, ¿qué es algo importante? Algún acontecimiento imprevisto o ¡qué se yo! Hay tres bancos y una fuente. Y un muro que los pajareros ocupan con sus jaulas; pero hoy no están, tal vez porque estamos en junio y a esta hora de la tarde aún aprieta el calor. Estoy a punto de llegar, pero descubro algo en uno de los bancos. Parece un hombre. Creo que duerme. Entro a la placita y lo miro subrepticamente. O mejor, de reojo, con disimulo. Camino muy despacio para poder ojearlo sin llamar su atención. En efecto, duerme. Pero, ¡no es un hombre! Es una mujer. Parece muy joven. Su cuerpo tendido sobre el banco refleja una actitud de placidez y abandono. Me extraña verla, lo confieso. Pero no es una mujer “normal”, me digo mientras acabo de estudiar sus signos corporales visibles. Viste de negro y tiene la piel muy blanca. Lleva rastas en el pelo rubio. Esta acostada boca arriba con las manos debajo de la

cabeza donde también hay una mochila pequeña; tiene las piernas encogidas. Parte de su vientre está al descubierto. Lleva tatuajes en los brazos y muchos collares. Vuelvo a mirar a la mujer y siento algo extraño. Me pregunto cosas ¿Quién es? ¿De dónde? ¿Por qué está aquí? Conjeturo dejándome llevar por las pistas que señalan su apariencia e indumentaria: parece una indigente a lo mejor de Europa del Este, digo, mientras pienso en su situación y algo se revuelve muy dentro de mí... (miércoles, 9 de junio de 2004, 17:00 – 20:00 horas)

Los bancos situados en la zona de la fuente, adyacente a la avenida Isabel la Católica, por ejemplo, casi siempre permanecen vacíos. Sólo de vez en cuando son ocupados preferentemente por parejas de chavales muy jóvenes u hombres solitarios. Esto no ocurre con los bancos de los caminos, sobre todo aquellos que están situados frente al parqueadero, en donde casi siempre a cualquier hora del día se puede ver a una diversidad de personas: chavales, pajareros, parejas, mujeres mayores, paseadores de perros, etc. Y la verdad no se entiende mucho esta predilección porque justo al frente está el cementerio y desde esos bancos se alcanzan a ver algunos nichos vacíos y muchas veces se siente un fuerte olor a flores muertas. La única explicación posible es el juego de sol y sombra que permite estar ahí tanto en verano como invierno. Otros bancos que gozan de una destacada ocupación son los situados alrededor de la plaza urbana, los campos deportivos y en la parte baja de las escaleras pues además de contar con esas condiciones para usarlo en cualquier época del año tienen otro aliciente: desde ahí se puede ver a la gente que cruza de un lado a otro, a quienes juegan con los perros o asolean pájaros, es decir, permiten una visibilidad notable del entorno.

No cabe duda que los bancos se convierten en elementos que propician toda suerte de actividades e interacciones. Allí es posible ver gran parte de esa vitalidad social que se manifiesta en un escenario como el parque. No tememos a equivocarnos cuando decimos que una de las fallas de un espacio público de esta naturaleza es la falta de “buenos” lugares para sentarse, lo que significa, por ejemplo, que un juego de bancos o de asientos funcionales, esto es pensados para ser utilizados y no para ser contemplados, puestos estratégicamente teniendo en cuenta las condiciones de sol y sombra de acuerdo al clima y la locación, puede hacer la diferencia entre un lugar atractivo

para estar y otro que no lo sea. De ahí que su diseño y los materiales de los que están hechos deban responder ante todo a un precepto básico: ser concebidos tanto para su uso como para su abuso. Para que se llenen con una gran diversidad de cuerpos, pero sobre todo de acciones.

1.4 Los caminos

La palabra camino es una de la más utilizadas en esta parte del trabajo. Y no podría ser de otra manera puesto que, en el caso del parque, éstos son uno de sus elementos configurantes más sobresalientes. Las vías, caminos, senderos, señalan trayectorias, conducen, llevan, propician toda clase de interacciones y estímulos. Esto entraña la importancia de sus trazados y de esos detalles formales que pueden motivar una mayor o menor utilización. Deben indicar a dónde se va, llegar a algún lado y que además resulten no sólo prácticos sino atractivos para los sentidos. Los caminos que no indican a la gente a dónde van, que no se adaptan a las condiciones del terreno, que no permiten el acceso de todas las personas (esto es acondicionado para que todas y todos pueden pasar, cruzar, estar en ellos), se suelen constituir en vías muertas, lo mismo que una calle ciega y con alrededores conflictivos. Los trazados que no conducen a ninguna parte son inútiles. Los caminos de un parque deben incitar a la gente a recorrerlos y deben también permitirles mirar el entorno, hacer una pausa, descansar y relajarse si es preciso.

En el caso del parque en estudio hay una red de caminos principales y secundarios claramente identificadas (Figura 5). En tal sentido, los ejes vertical y horizontal, de los que hablamos atrás, son también las vías que lo atraviesan en todas las direcciones y permiten los accesos y las salidas. La linealidad de su trazado contribuye a la fluidez en los tránsitos pese al obstáculo de la pendiente del eje horizontal superado, en parte, mediante las escaleras que a la vez hacen de miradores. Los caminos secundarios atraviesan áreas concretas y casi siempre conectan con los primarios permitiendo los tránsitos esporádicos o puntuales claramente relacionados con el lugar de donde se procede.

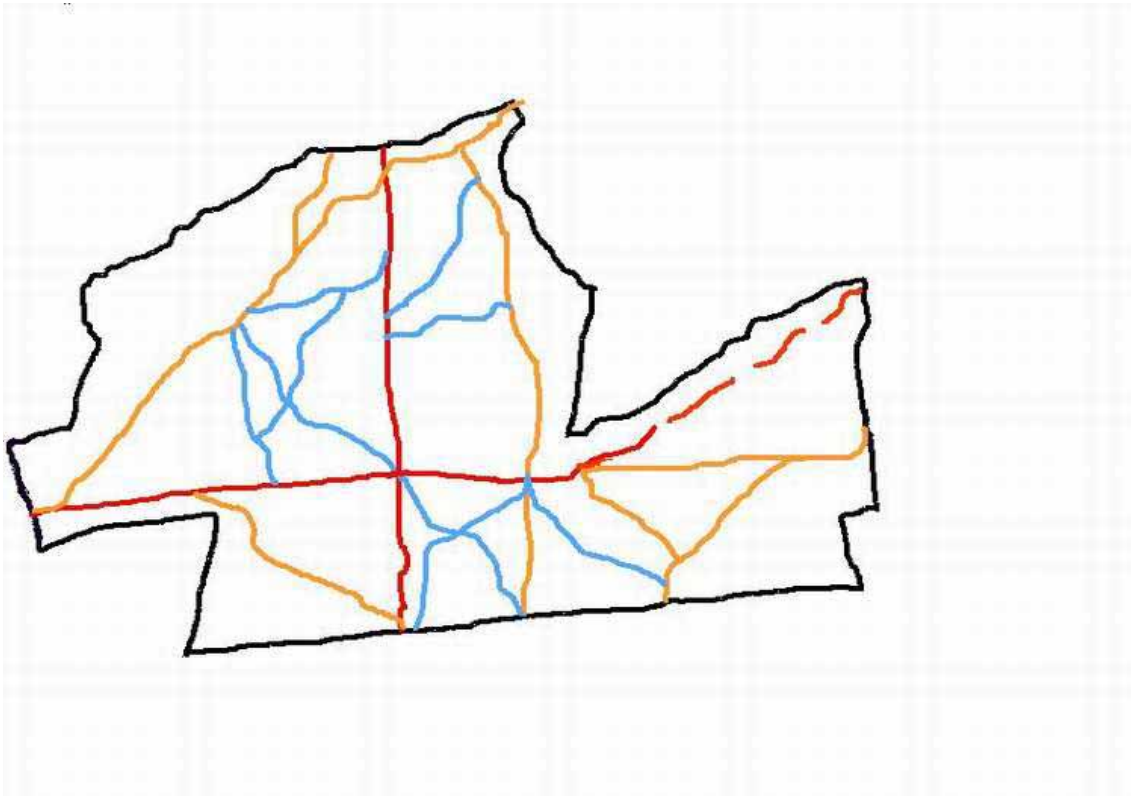


Figura 5. Red de caminos. Las líneas de color rojo indican las vías principales, las naranjas las secundarias y las azules aquellas menos transitadas y algunas veces no señaladas en el diseño como tales.

Así por ejemplo se ha visto que en la zona baja del parque, próxima a la avenida Isabel la Católica, se observa una mayor actividad a través de ellos ya sea de transeúntes que los utilizan para llegar a su lugar de destino o de paseantes y de practicantes del *jogging* o la caminata. Y eso se entiende en la suavidad del terreno y en la disposición formal y material de estas vías, amplias y medianamente adaptadas a una diversidad de usos y usuarios. Mientras que en la zona cercana a la calle Sant Rafael también se pueden observar esos tránsitos constantes aunque de gente que lo utiliza para ir a los barrios contiguos o para entrar y/o salir de los distintos escenarios del parque. Pero no sólo existen esos caminos demarcados sino que, como ya se ha sugerido antes, hay otros que se trazan en el acto. Senderos efímeros señalados únicamente por el hecho de cruzar de un lado a otro para abreviar tiempo y distancias. Algunos de ellos se hacen para llegar a la calle y otros para ir de una estancia a otra dentro del interior del parque. Los primeros indican una salida -aunque en verdad no se está dentro del parque-, se viene de una calle y solamente se *pasa* por allí, y los segundos señalan unos recorridos interiores que traducen unas permanencias mayores y otras maneras de uso. Sea como

fuere, en el caso que nos ocupa se ha podido observar que hay algunos caminos secundarios, sobre todo de las zonas altas (B1 y B2), que no permiten a todas las personas pasar o cruzar por ellos, no están completamente adaptados a sus necesidades. Y ello implica que individuos con limitaciones físicas o circunstancias particulares no puedan transitar por allí fluidamente: mujeres con cochecitos de bebé, mayores con problemas de desplazamiento, personas en sillas de ruedas, etc.

2. El paisaje sensible del parque: sonidos, olores, colores y tactos

Como se ha venido sugiriendo hay algunas dimensiones importantes a la hora de considerar la vida social que puede producirse en espacios públicos como los parques y jardines. Dimensiones que si bien pueden estar relacionadas con el dintorno de esos lugares, con su misma situación geográfica dentro de la ciudad y con su diseño, también pueden asociarse a elementos como el tiempo climático y cronológico, ya esbozados, y con otros relacionados con cierta noción estética del espacio, considerada como la enunciativa de un nivel de armonía en los elementos materiales sensibles; como esa conjunción que confiere un sentido de equilibrio y belleza que induce a la producción de distintas percepciones casi siempre ligadas a experiencias placenteras y sensualizantes. Pues, como se sabe, las relaciones de los seres humanos con el entorno son de naturaleza polisensorial; captamos lo que pasa a nuestro alrededor a través de los sentidos y no sólo de uno. De ahí que no sólo lo visual defina y cualifique el tiempo y el espacio sino también los sonidos, los olores y las percepciones táctiles. Sin embargo, tanto en los estudios sobre percepción como en el mismo diseño y concepción de los espacios parece haber una supremacía de la visualidad sobre los otros componentes sensoriales, olvidando que la identidad del lugar también depende de la calidad del conjunto de los estímulos presentes en el mismo como la luz, la temperatura, los sonidos, las formas, etc.²⁵

²⁵ Isabel López Barrio y José Luis Carles, "El significado del medio ambiente sonoro en el medio urbano", en Tomàs Vidal y Enric Pol (eds.) *Ciudad y medio ambiente. 5è Congrès de Psicologia Ambiental*. Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1996

... En la ideación de un jardín, equivalente simbólico del paraíso, el paisajismo activa la modalidad sensorial de la visión como estímulo más relevante del diseño. En los jardines es la animación sensorial del color y el olor, mediante la elaboración imaginaria del *loecus amoenus* y/o mediante la actividad de pasear, la que induce o provoca la amenidad o la intimidad que se puede definir como un paisaje interior. Un paisaje altamente poroso y versátil, a la manera de las moléculas de cualquier aroma, el olor de las cuales no mas se nota cuando se volatilizan, hecho también de movimiento de colores y contornos, así como de contrastes de luz y sombra. Conjunciones sensoriales que pueden llegar a transformar la experiencia en sensaciones sublimes, divinas y/o desagradables, salvajes y terroríficas, así como establecer todo tipo de asociaciones metafóricas como por ejemplo, el cielo y el infierno.²⁶

Pese a la relevancia de lo visual en esa clase de espacio de recreación no cabe duda que existen otras experiencias sensoriales igualmente importantes que en determinados contextos pueden inducir o no a practicar un lugar. No es la intención abordar aquí en profundidad esta temática, sino intentar una aproximación a ese paisaje sensible del parque a través de la descripción de los elementos captados por los sentidos ¿A qué huele el parque? ¿Cuáles son los sonidos que lo llenan? ¿Qué sensaciones táctiles se pueden experimentar en sus ambientes? ¿Qué visiones surgen ante nuestros ojos? Pues la experiencia de estar ahí, como ya se ha advertido, además de social es sensorial. Se vive y se siente. Allí no solamente es posible la interacción entre individuos sino también la experiencia individual de los sentidos. La percepción de sus colores, olores, sonidos, *tactos*, nos dan pistas sobre su naturaleza. Son esas marcas sensoriales particulares que lo definen y construyen y en cierta medida lo hacen único. Huellas signadas a su vez por el tiempo. Pues las experiencias sensoriales son también, parafraseando a Augoyard, tiempo percibido.²⁷

Sin entrar en consideraciones mayores es necesario esbozar algunos aspectos generales en relación con las maneras como se percibe el mundo exterior. En primera instancia recordar que es a través de los sentidos como se

²⁶ María Jesús Buxó Rey, "Diarquia contraposada: l'olor i el color en els paisatges de la religiositat", en *Revista d'Etnologia de Catalunya*, no. 26, abril 2005, p. 79

²⁷ Se pregunta Augoyard: ¿Cuál es la esencia del sonido, sino la de ser tiempo cualificado? Pero, ¿qué es pensar primero según el tiempo?, ¿qué es concebir un espacio comenzando por el tiempo? En "La sonorización antropológica del lugar", en Mari-José Amerlinck (compiladora) *Hacia una antropología arquitectónica*, Universidad de Guadalajara, México, 1997, p. 209

pueden captar todo un cúmulo de informaciones sobre el ambiente que nos circunda. Y que por tanto estamos dotados de sistemas perceptivos que permiten y facilitan esa función. El sistema de orientación (el oído interno) que sirve para la localización de las personas en el espacio; el sistema auditivo que resulta esencial a la hora de reconocer las informaciones sobre el entorno, que recoge el sentido y la naturaleza de las vibraciones “la percepción auditiva no sólo implica el hecho de oír, sino también el de escuchar, lo que supone un trabajo de los oídos y de los músculos en dirección al origen del sonido”.²⁸

El sistema visual, quizá al que se da más importancia en la sociedad occidental, que “no es sólo un instrumento de registro, sino que también permite escoger, de entre una serie de imágenes que van desfilando, aquellas que son más atractivas (...) la percepción visual es selectiva y el observador capta unas características que le parecen importantes”; el sistema táctil que permite recibir informaciones sobre el entorno en relación con el cuerpo pues todo él es receptor de sensaciones, el frío, el calor, las presiones, los choques, aplastamientos, la textura, peso y temperatura de los objetos, etc.²⁹ Es decir, la experiencia perceptual es en principio física: nuestro organismo está preparado básicamente para *sentir* no solamente las incidencias interiores sino también las que están fuera de nuestros cuerpos. Percibimos el mundo a través de los sentidos, un mundo que en el caso urbano está saturado de estímulos de toda laya:

El individuo se halla situado en un universo material que percibe por medio de todos sus sentidos (...) Así pues los mensajes -visuales, sonoros, táctiles y olfativos- proceden, mediante diversos canales, del medio vital y proporcionan la única posibilidad de recibir nuevas informaciones. El hombre de la ciudad está sometido, más que cualquier otro, a sonidos, olores, bloqueos de visión y microclimas, que son otros tantos elementos que influyen en su percepción del ambiente. Por ello el hombre desempeña un papel de receptor de los mensajes que el entorno le transmite...³⁰

²⁸Antonio S. Bailly, *La percepción del espacio urbano*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1979, pp. 72 y siguientes.

²⁹*Ibidem*, p. 82

³⁰*Ibidem*, p. 65

En segunda instancia recalcar que las formas de percepción sensorial superan su naturaleza fenomenológica y se clasifican también de acuerdo a los contextos culturales en los que se producen, pues ellos “se especializan en distinguir categorías sociales, ya sean de género o étnicas, en engalanar sistemas de prestigio y valores, y también en referenciar y situar dominaciones e inversiones simbólicas en los tránsitos rituales”.³¹ En otras palabras, las percepciones sensoriales más allá de meros fenómenos físicos deben entenderse como elementos que reflejan distintas visiones de mundo, esto es, códigos, ideas y sistemas de valores, modos de organizar la realidad. Así, por ejemplo, Augoyard muestra cómo lo que él llama efecto de ubicuidad, refiriéndose al sonido, consiste en una difuminación de la identidad de la emisión o emisor, es decir, que no es posible saber qué ni dónde ni quién origina el sonido, (el hilo musical de los centros comerciales, las voces en *off* de los aeropuertos, etc.), deja traducir su manejo como instrumento eficaz de poder.

En tales circunstancias la indistinción se constituye en un “vehículo de la presencia universal de la instancia política o religiosa”, en donde el sonido se utiliza para “transformar radicalmente la organización, las funciones y los usos del espacio”.³² Y lo mismo ocurre con la percepción de los olores pues, tal como señala Constance Classen en un reconocido texto, en muchas culturas el uso del simbolismo olfatorio es un medio para expresar y regular la identidad y la diferencia a partir de categorías sociales.³³ De ahí que en determinadas clasificaciones olfatorias de algunas sociedades sea común observar, por ejemplo, que la clase dominante se caracteriza a sí misma por poseer un olor agradable, o por ser desodorizada, mientras que a las subordinadas se señalan con un olor hediondo o desagradable.³⁴ Sea como fuere es claro que más allá

³¹ Buxó, “Diarquia contraposada”, p. 79

³² Augoyard, “La sonorización antropológica del lugar”, p. 210

³³ Constance Classen, “The odor of the other: olfactory symbolism and cultural categories”, en *Journal of the Society for Psychological Anthropology*, vol. 20, no. 2, Ethos, junio 1992, pp. 133-165

³⁴ En la cultura occidental de la modernidad existe la tendencia generalizada de borrar esos olores “naturales” de los cuerpos y ciertos espacios construidos. Así se desodorizan los primeros con infinidad de productos que olvidan los aromas más íntimos (mientras se engordan las cuentas de las industrias de productos de aseo); se inodorizan las cocinas, los teatros, los supermercados... Se borran, tapan, destierran los olores de los otros y de lo otro. Pues en algunas ocasiones el olor de los otros no sólo significa el desorden de lo otro sino el poder de lo otro para causar desorden.

de su carácter fenomenológico es importante la fuerza sensorial y simbólica de los colores y los olores que en algunos contextos pueden servir, por ejemplo, para virtualizar las creencias religiosas y las transformaciones rituales, como lo dilucida también Buxó en uno de sus artículos.³⁵ Allí mismo ella señala que “de lo que no se escapan los olores para significar es de su asociación con el sistema de valores. Son así buenos o malos según como se clasifiquen en la constitución del orden moral, social y estético... “.³⁶ Cuestión que también podría aplicarse, como se ha visto, a las otras clasificaciones sensoriales.



Foto 13: Algunos colores del verano

Ahora bien, la preocupación aquí es la de intentar una descripción de esos fenómenos sensoriales que se pueden experimentar en el parque en estudio, recordando una vez más la relación tiempo espacio a la que ya nos hemos referido. Hablamos por tanto de una conjunción sensorial: el paisaje sensible que condensa las percepciones. Vemos, escuchamos, olemos, tocamos en un proceso continuo sin separaciones arbitrarias, sin embargo aquí, por razones netamente procedimentales intentaremos delinear esas sensorialidades de manera separada. Empezaremos por describir los sonidos y los olores, luego los colores y sensaciones táctiles sin otro ánimo que el

³⁵ Buxó “Diarquía contraposada”, p. 80

³⁶ *Ibidem*, p. 80

acercarnos a esa *realidad* captada a través de los sentidos y por tanto en algunos aspectos subjetiva.

Para empezar a dilucidar *cómo suena* el Parc de les Planes es importante considerar su ubicación entre sectores urbanos densos que hace que allí se evidencien o reflejen algunos de esos elementos urbanos, especialmente en lo que respecta a los sonidos y a los olores. Y en ese sentido también se debe tener en cuenta la localización del cementerio, las vías del tren y la sede de los Mossos d'Esquadra en algunos de sus costados, lo mismo que la avenida Isabel la Católica y algunos colegios; y, más allá, la sede de los bomberos. ¿Por qué? Porque muchos de los sonidos que producen esos elementos se filtran en el parque. Así por ejemplo y según qué días y horas se puede observar su llenamiento por sonidos netamente urbanos: los ruidos de los coches, las sirenas de las ambulancias, de los coches de la policía, de los bomberos y el sonido del tren cuando se desplaza por los rieles. Aquí queda en evidencia esa propiedad acústica que Augoyard enuncia como “invasión del lugar por el sonido”, en donde se podría hallar además esa característica de la discontigüidad, es decir, una fuerte “discontinuidad entre las fuentes sonoras físicamente eficaces y una redistribución de las formas del lugar que raramente se corresponden, con lo que la organización visual nos hace ver”.³⁷ Esto significa, aplicado al parque en estudio, que pese a presentar un aspecto amable de paisaje verde, una especie de isla arbolada, a veces no *suena* como tal. Lo que vemos no tiene nada que ver con lo que escuchamos. Pues, mientras se pasea por sus rincones rodeados de vegetación, sentimos la presencia constante de ese mundo urbano que a veces no nos transporta totalmente a otro lugar: nos quedamos en la calle.³⁸ Sonidos que irrumpen de improviso pero que no logran opacar ni enmascarar totalmente los sonidos naturales del parque. El canto de los pájaros es un grito de sirena. Y ello también nos permite hablar de una disyunción entre lo escuchado y lo identificado. Esto es, el efecto de ubicuidad (deslocalización, multiplicidad de

³⁷ Augoyard, “La sonorización antropológica del lugar”... p. 207

³⁸ En una de las primeras películas de Vincent Minelli, *The Clock* (1944), Judy Garland y Robert Walker han iniciado una amistad espontánea, luego de un encuentro casual, y se dedican a una interminable deriva por Nueva York. Paseando una noche por el Central Park, en un momento dado el joven llama la atención sobre el silencio que allí parece reinar. Ella le rectifica y le emplaza a que preste atención a los sonidos que llegan desde lejos y entre los que acaban distinguiendo el transitar de los coches, las sirenas de los barcos, rumores cercanos de la ciudad que les rodea.

fuentes sonoras, etc.), del que se hablaba arriba: no sabemos de dónde provienen los sonidos y a veces es imposible distinguirlos claramente.³⁹ Ello nos recuerda que esos “puntos discretos, líneas de paso, masas confusas, los territorios sonoros de la ciudad son todo menos superficies claramente circunscritas y diferenciadas según el orden de la contigüidad y de la disyunción exclusiva”.⁴⁰

Esos rasgos que se han señalado también hacen referencia a la manera como los “elementos de un conjunto entran en relación de permutaciones y combinaciones jerarquizadas sin que ninguna configuración sea duradera”, los sonidos emergen como figuras y se pierden como fondo. En el caso del parque esos sonidos urbanos que se filtran no son persistentes y aunque hacen su aparición, a veces de manera inesperada, su presencia no es duradera y pueden cambiar, como ya se ha hecho notar, a lo largo del día y por supuesto de la noche (Augoyard llama a esto *metabolización*). Por ejemplo, los sonidos del tren son casi imperceptibles en las horas de mayor actividad urbana (días laborales, horas pico) en los ambientes más alejados de esa fuente acústica. Aunque los fines de semana se pueden escuchar en todos los ambientes del parque y fuera de él. Hay un rasgo curioso y es ese efecto de ubicuidad total que se tiene cuando se va por primera vez al parque y se escucha el ruido del tren. Se mira para todos los lados para localizarlo, pero no se ve. El tren está allí pero no es posible observarlo, sólo lo escuchamos. Cuando ya se conoce el parque aprendemos a ubicar esos lugares desde donde es posible observarlo (el montículo artificial o algunas zonas del costado sur). El sonido del tren cesa por la noche cuando se acaba su tráfico y aparece nuevamente en la madrugada. No así el de las sirenas de las ambulancias, los bomberos y la policía, que pueden irrumpir de improviso a cualquier hora y momento, su aparición no está signada tanto por el tiempo cronológico como por el circunstancial y accidental. En el caso del ruido de los vehículos se podría decir

³⁹ Augoyard y Torgue hablan de todo un repertorio de efectos sonoros englobados en las siguientes categorías: efectos elementales (por ejemplo: filtración, distorsión, resonancia, reverberación); Efectos de composición (máscara, corte, zumbido, efecto teléfono...); efectos ligados a la organización perceptiva (sinécdoque, engomado, remanencia, anticipación, metábola); efectos psicomotores (encadenamiento, almena, atracción, efecto fonotónico); efectos semánticos (diferencia, imitación). Véase Jean-François Augoyard y Henry Torgue, *A l'écoute de l'environnement. Répertoire des effets sonores*, Parenthèses, Marsella, 1995, pp. 15 y siguientes.

⁴⁰ Augoyard, “La sonorización...”, p. 208

que aunque es persistente su intensidad varía también con los tiempos: alta en las horas pico de los días laborables y baja los fines de semana y durante la noche. Hay otra fuente acústica dentro del parque a la que no se ha hecho mención y es el respiradero del metro. Objeto urbano insertado en el paisaje de manera abrupta. Está situado en la zona B1 y desde lejos es no es más que un objeto circular que rompe la armonía visual y, cuando se está cerca, también la acústica. Zumbido repetitivo que de día parece no cesar y que por lo mismo aleja a quienes están próximos.



Foto 14: Baganvillas en mayo

Todos los elementos enunciados hasta aquí hablan de cómo el sonido afecta el lugar mediante dos operaciones: llenar y separar. Sobre la primera ya se ha hablado y la segunda hace alusión a cómo en ciertas circunstancias los sonidos molestos vienen a turbar o impedir el uso o placer que se espera de un lugar. Eso se experimenta en el parque especialmente en las zonas adyacentes a la avenida Isabel la Católica en determinados momentos (las horas del medio día, por ejemplo), el ruido de los coches interfiere en el disfrute del lugar y en algunos casos, obliga a buscar otros escenarios dentro del

mismo parque donde esos ruidos se atenúen o desaparezcan, cosa poco probable. Pues en principio se espera que un lugar como ese esté pleno de sonidos “naturales” y bucólicos: el viento entre las ramas, el canto de las aves, etc., esto es, que corresponda con su acepción de paisaje verde.

Pero en el parque no solamente se perciben esos sonidos “técnicos”, producidos por el tráfico principalmente, sino por supuesto aquellos producidos por la interacción de las personas y las actividades que realizan dentro del parque: las conversaciones, las risas, el bullicio de los campos deportivos cuando se disputa un partido de fútbol o cualquier otra actividad; y, en determinados días, el murmullo de los niños y chavales de los colegios próximos que llega hasta allí.⁴¹ Murmullo que evidencia los ciclos escolares: la hora de entrada y salida, los descansos, la merienda; ecos de la vida social que hierve dentro y fuera del parque. Y, junto con esto, los sonidos “naturales” más evidentes cuando el mundo exterior se calma. El canto de los pájaros en las primeras horas del día (en ocasiones se pueden escuchar a algunas gaviotas despistadas y en la primavera e inicios del verano a las golondrinas); el viento que se cuele entre los árboles y se ve cuando mueve las ramas y las hojas, etc. Lo dicho hasta aquí habla, en efecto, del sonido como tiempo condensado pero también de que al existir físicamente cobra importancia la situación del lugar, su morfología, su organización interna, la meteorología, la disposición de la vegetación. Todos esos factores inciden en la percepción acústica para que los sonidos se conviertan en agentes sensibles que determinan la experiencia individual. Las acciones, las percepciones, la noción del tiempo. Traspasan la vida cotidiana y son, al mismo tiempo, la vida cotidiana.

Y lo mismo podría decirse de los olores que están impregnados de tiempo y de espacio que también cualifica y determina las relaciones de las personas con el ambiente. En los costados adyacentes a la avenida Isabel la Católica se pueden percibir esos “aromas” urbanos mezcla de combustible de automotores y de obras en construcción, aire a veces viciado y cargado de polvo. Olor a pavimento y ciudad que se diluye cuando llueve. Y, a la vez, en

⁴¹ Augoyard en la introducción de *À l'écoute de l'environnement*, señala la importancia del tratamiento de la variable temporal que aporta informaciones interesantes tanto del punto de vista arquitectural como sociológico pero cuya configuración es muy compleja. Así mismo señala que allí se tiende a describir “la rotación temporal de las disposiciones que ponen en juego cuatro clases de sonidos muy generales (sonidos naturales, animales, técnicos, humanos)”, p. 6.

algunos ambientes del parque y durante ciertos periodos estacionales, el aroma de las flores y sus visiones de color: el fucsia de las buganvillas, el amarillo de las acacias del Japón y las casuarinas, el blanco de los olivares. Y los olores de otros árboles: los pinos y cipreses, los eucaliptos, las magnolias, las alcinas... Y junto con esos aromas bucólicos y agradables que remiten efectivamente a un paisaje verde, también existen otros menos placenteros como aquellos que emergen de los lugares para perros o de cualquier sitio donde éstos han hecho sus necesidades (aunque también se ha podido observar en ciertos lugares recónditos la presencia de excrementos y no precisamente de perros). Además de estos factores olfativos también en determinados momentos se ha podido experimentar un fuerte olor a flores mustias que sale del cementerio cuando hay corrientes de aire, sobre todo cuando se está sentado en los bancos adyacentes al parqueadero. Lo que no siempre resulta grato (en mi caso particular siempre obraba como un elemento alejador tanto como la visión de los nichos abiertos). En esas circunstancias el olor también se constituye en un factor disruptor por cuanto aleja a las personas de sus contornos. Podría hablarse aquí del efecto atracción consistente en que según qué sonidos y olores atraen o repelen la atención de las personas y por tanto condicionan los usos y percepciones de los espacios.

A los elementos visuales ya se ha hecho referencia implícitamente en los apartados anteriores. Sin embargo huelga decir que se corporizan tanto en los elementos “naturales” como los materiales, en su combinación y disposición. Y en ese sentido la variedad es un factor importante: de ambientes, de árboles y especies de floración, de objetos, de trazados y caminos. El parque presenta escenarios diversos con sus propios contornos y elementos que funcionan como territorios independientes para ofrecer distintas visiones. Dentro de esos elementos materiales son destacables las chimeneas de las antiguas *bóbilas* de la construcción, dispuestas en la zona A2 y B1 que se convierten en puntos de referencia y en núcleos de atracción visual. Quizá porque en principio no se entiende claramente qué hacen ni por qué están allí (algunas personas con las que se habló, especialmente las extranjeras, no sabían lo que eran). Y por ello mismo se constituyen en elementos llamativos que rompen la monotonía visual y se convierten, en efecto, en objetos agradables para la vista, bellos. Cosa que no ocurre con la escultura situada en la zona B1, “una moderna escultura”

se dice en el catalogo oficial del parque. Quizá por ello sufre las pintadas de los grafiteros.



Foto 15: Chimenea de la zona B1

Sin ánimo de profundizar en el tema de las percepciones sensoriales que se pueden experimentar en el parque, merece la pena mencionar, como mera información, las opiniones que manifestaron algunas personas con las que se habló (madres de familia, pajareros, extranjeros, jóvenes, encargados) con respecto a las formas, a los olores y sonidos del parque que más les gustaba o desagradaba y que aquí se enunciarán en sentido general.⁴² El verde del césped, *“pues en medio de tanta mole de cemento ese verde me da la sensación de descanso”* (hombre joven); *“el silencio y la tranquilidad”* (madre de familia); *“La sombra de los árboles y el canto de lo pájaros”* (mujer mayor); *“Estas cosas (las chimeneas) me parecen bonitas”* (extranjero); *“Los olivares”* (pajarero). *“Las flores fucsias de las buganvillas”*; *“el olor de las flores”*; *“el campo de fútbol”* (hombre joven); Cosas que no les gustan: *“Las cacas de*

⁴² Es necesario, como se ha sugerido, la realización de estudios sistemáticos sobre las percepciones y uso del espacio a través de mecanismos formalizados para tal fin. En el caso que nos ocupa solamente se han obtenido impresiones generales mediante las conversaciones informales sostenidas a lo largo del trabajo de campo y que fueron plasmadas como anotaciones al margen, y las propias impresiones de la investigadora en distintos días, momentos y circunstancias atmosféricas. En síntesis, habría que hacer, como señala Augoyard, análisis de los fenómenos sensibles *in situ* (los sonoros por ejemplo), el montaje de métodos de observación pluri y transdisciplinarios, la descripción espacial y la encuesta psicossociológica... *A l'écoute de l'environnement*, p. 7

perro cerca de los bancos” (hombre joven); “*Los perros sueltos*” (todos); “*A veces se siente el ruido de los coches*” (pajarero), “*Los rincones poco visibles y escondidos*” (mujer joven); “*El ruido de los extranjeros cuando juegan*” (pajarero).⁴³ Así mismo se pudo apreciar que la mayoría de ellos hablaba de las zonas arboladas como las más agradables en contraposición con las pavimentadas como la plaza urbana que consideraban aptas solamente en ciertas circunstancias climáticas.

En términos generales se podría decir que el parque *huele, suena, se ve, se siente* distinto de acuerdo a las estaciones, a los días, a las horas, a los momentos. Los juegos de luz y sombra inciden en la coloración, en el brillo y el resaltado u ocultamiento de los detalles; la lluvia y el sol inciden en la intensificación de los olores y sonidos –agradables y desagradables-, en la dispersión y trasmutación de los aromas. Allí se advierte la combinación de experiencias y la mezcla de sonidos, olores, colores y sensaciones táctiles, estas últimas las eternas olvidadas de los estudios sobre percepción. Pero todo el cuerpo es receptor, la piel, las articulaciones..., percibimos las corrientes de aire, el frío el calor, el peso, el volumen y cuando tocamos notamos rugosidades, suavidades, asperezas y muchas veces lo que miramos no coincide con lo que tocamos, ni lo que vemos con lo que oímos u olemos. Y pese a la aparente confusión de percepciones hay, en ciertas circunstancias, una cierta armonización sensorial, un “ponerse de acuerdo” de los sentidos para dibujar las atmósferas agradables del parque, atmósferas configuradas también a partir del paisaje interior del individuo.

Para terminar, y parafraseando a Augoyard, podríamos decir: sintamos por fin nuestras ciudades ¿No corresponde a la misma naturaleza del medio ambiente urbanizado el poder oír, oler, ver, tectar lo variable, lo agradable y lo desagradable de los fenómenos sensoriales? Rumores, enmascaramientos, zumbidos, mezclas; colores, formas, perfiles; lo dulce, lo amargo, lo ácido; el frío, el calor, lo áspero, lo suave...: todo momento urbano lleva una firma

⁴³ En el estudio dentro del marco de la ecología acústica que Isabel López Barrio y José Luis Carles realizaron sobre las relaciones que se establecen entre el hombre y su entorno sonoro urbano en el ámbito de tres ciudades españolas -Madrid, Sevilla y Valencia-, concluyen entre otras cosas que el valor de los parques y jardines reside en su “capacidad para restituir la naturaleza en la ciudad (...) y que su silencio es relativo por cuanto está “relacionado con la posibilidad de escuchar diferentes sonidos en planos sucesivos y distantes sin estar enmascarados por el ruido del tráfico”. “El significado del medio ambiente sonoro en el medio urbano”, p. 216

sensible casi siempre compuesta. La ciudad -y el parque- suenan, huelen, se ven, se sienten.

3. Apariencias y perfiles: ocupantes, visitantes y transeúntes

¿Quiénes son los usuarios (ocupantes, visitantes, transeúntes) más frecuentes del parque? ¿Es posible configurar sus características generales a través de su apariencia? Y esas características, ¿responden a los modos de usar y practicar ese lugar? Si se parte de la base que dentro del espacio público las apariencias se constituyen en un hecho fundamental para categorizar a las personas y sus actividades, encontramos que es en la observación detallada de esas visibilidades, de esos elementos sensibles, como se puede intentar perfilar *a priori* los distintos usuarios que comparten y a veces se disputan un espacio. Ello implica, por supuesto, que dentro de ese proceso se tengan en cuenta las disposiciones de las personas en los distintos lugares, las maneras de comportarse –las conductas visibles-, las formas de interactuar con los distintos elementos del entorno, o lo que es lo mismo, el desglose de la producción de las apariencias.

Pero si en una calle cualquiera es necesario fijarse en esas visibilidades sensibles porque constituye casi el único mecanismo de conocimiento de los transeúntes, en el caso del parque no es suficiente o más bien, no es el único medio posible. Pues en éste, en el parque, se conjuga las características de un espacio público convencional –como una calle por ejemplo- esbozadas en su apertura física constante (no tiene vallas contundentes ni muros que lo encierren y por tanto un horario de uso establecido), es decir en la accesibilidad y en el hecho de que allí también tiene lugar el juego de copresencias, de simultaneidades y de la visibilidad mutua, y hasta de un cierto anonimato, que en últimas aluden a las formas de coexistencia en la vida pública; pero también es un espacio de los tiempos lentos, reflejados por un lado en el uso reiterativo de un mismo grupo de personas que en cierta medida han hecho suyo el espacio a través de prácticas conocidas, y por el otro, en la pérdida relativa del anonimato cuando las visitas se tornan reiterativas.

Ello explicaría, por ejemplo, porqué después de un tiempo de observación los pajareros ya se fijaban en la investigadora; no solamente había

un intercambio de miradas que denotaban cierta “complicidad pública”, cierto conocimiento mutuo resuelto mediante el descubrimiento o mantenimiento de las apariencias, sino que al final del trabajo de campo algunos de ellos se atrevían a saludar, a romper esa barrera e interactuar de una manera más directa, aceptando el hecho de ser, en el momento, “dueños” de un espacio relativamente cotidiano. Esto sucedía especialmente durante las mañanas, cuando se llegaba antes que ellos a un lugar en donde se reunían de ordinario a asolear pájaros. En ese caso, se compartía el mismo espacio poniendo en juego otras conductas no propias de una calle cualquiera sino ligadas a esos contactos personales más cercanos, más próximo a una vivencia cotidiana simultánea con ciertos signos de anclaje. Así que, recurriendo a ese juego de las apariencias observado a partir de la primera aproximación al parque, realizada entre enero y junio de 2001, se elaboró una clasificación general de los usuarios más frecuentes, que giraba en torno a las prácticas del encuentro, a esos contactos reiterativos producidos por diversos actores en determinados espacios y horas, cuya visibilidad era lo suficientemente sugerente como para intentar trazar algunas “identidades”:

- Encuentros masculinos: pajareros y grupos de adolescentes o adultos
- Parejas de enamorados
- Familias jóvenes o mayores
- Hombres y/o mujeres mayores que pasean con su perro y se topan con otros u otras en las mismas circunstancias
- Transeúntes que se cruzan con conocidos, se saludan y algunas veces paran y hablan un momento.
- Encuentros de extranjeros procedentes de América Latina y África.

Como sucede cuando se elabora cualquier taxonomía se corre el riesgo de parecer reduccionista; sin embargo, en este caso, se insiste en el hecho de que el objetivo fundamental era distinguir las prácticas del encuentro arraigadas dentro de espacios claramente apropiados, y por supuesto, con actores en apariencia definidos. Fue así como se descubrieron por ejemplo, los distintos grupos de jóvenes y de adultos que se reunían en sectores muy específicos desde hacía mucho tiempo y con una frecuencia notable, lo cual permitía su

identificación por parte de los otros usuarios y de los encargados del lugar. Ya sabían o intuían quiénes eran y lo que hacían durante su tiempo de reunión o encuentro. Tres años más tarde, sin embargo, se perciben ciertos cambios no sólo en la situación de los encuentros y sus actores, sino en algunos comportamientos de grupos específicos, como los de chavales y adultos y la del colectivo de extranjeros latinoamericanos que o bien cambiaron sus hábitos de encuentro (no se ubican en los mismos lugares, ni se juntan a las mismas horas ni con tanta frecuencia) o bien se marcharon hacia otros espacios de la ciudad, presionados quizá por la incompatibilidad que había surgido entre ellos y los otros ocupantes del lugar.

Respecto a la “identificación” de los usuarios del parque, es interesante retomar una encuesta realizada recientemente por el Área Metropolitana de Barcelona.⁴⁴ Según ese estudio, los ocupantes más frecuentes de acuerdo al sexo y la edad, corresponde en el primer caso a mujeres, 53%, mientras que los hombres sólo alcanzan un 46,8%; y en el segundo caso, muestra que son los adultos y los niños los ocupantes más asiduos, seguido de los mayores y los jóvenes respectivamente.⁴⁵ Paradójicamente, según esta encuesta, los jóvenes son los que menos frecuentan el parque. A nivel sociológico ese mismo estudio señala que la edad promedio de los ocupantes es casi de 40 años; que el nivel de estudios es medio bajo, que entre la población activa es destacado el colectivo de trabajadores/obreros (38,2%) y de empleados (11,9%), y que entre la población inactiva se encuentran las amas de casa, los jubilados/pensionistas y el resto son estudiantes y parados.⁴⁶

Otro aspecto importante que se destaca en ese estudio y que ya se había percibido en las conversaciones y observaciones, se relaciona con la procedencia de los ocupantes. En ambos casos se coincide en que la mayoría de ellos provienen de la misma ciudad, específicamente de los barrios que envuelven el parque: La Florida, Can Serra, Pubilla Casas, Sant Josep y en

⁴⁴ *Estudis i Avaluació, Enquesta Parcs Metropolitans*, Àrea Metropolitana de Barcelona, Direcció de Serveis de l'Espai Públic, febrero de 2004.

⁴⁵ Es conveniente mencionar que al contrastar los datos de la encuesta mencionada con los obtenidos en los distintos ciclos de observación, se observan algunas divergencias en lo que respecta al sexo de los usuarios más frecuentes. Mientras que en la encuesta se presenta mayoría de mujeres, en las observaciones se aprecia un mayor número de hombres, sean ocupantes o simples transeúntes, especialmente en las horas de la mañana, cuando el parque parece un espacio netamente masculino.

⁴⁶ Se debe tener en cuenta que los datos de la encuesta se elaboraron sobre una muestra de 203 entrevistas, realizadas en un lapso muy definido.

menor medida de Les Planes. Ello podría explicar el carácter reiterativo de las visitas muy relacionado con la noción de cercanía física que convierte el parque en un espacio cotidiano, pues para desplazarse hasta allí sólo necesitan las ganas y el movimiento de los pasos. Pero también podría ligarse con una noción de cercanía enfocada en lo sensorial, en lo perceptivo: de alguna manera el parque recrea atmósferas agradables para los sentidos que no están alejadas de la seguridad que confiere el estar en un lugar “conocido” y practicado muchas veces.

Es muy importante destacar cómo esa frecuentación es notoria en grupos que desarrollan actividades específicas: pajareros, paseantes, y algunos deportistas. En ese sentido, la encuesta antes mencionada, presenta cómo a nivel global la mayoría de las personas entrevistadas (99.5%) habían visitado con anterioridad el parque, algunas desde sus mismos comienzos y en un porcentaje apreciable. Así mismo parece confirmar un aspecto ya avizorado relacionado con la visita cotidiana, diaria, de una cantidad importante de personas, 46% según dicha encuesta. Esos índices de frecuentación elevados permiten explicar el “arraigo” espacial, la apropiación signada por el uso constante y reiterativo que parecen conformar los vaivenes de una vida cotidiana publicitada en el parque. Es más, la naturaleza colectiva de esa frecuentación es inseparable del proceso de denominación que caracteriza ese espacio, el parque; pero también se podría decir que la naturaleza colectiva de prácticas reiterativas es la que permite caracterizar no ya el espacio sino a las personas que lo ocupan.⁴⁷

Teniendo en cuenta los elementos anteriores se elabora una clasificación provisional, útil a la hora de desvelar “las identidades” visibles de aquellos cuya presencia no es sólo el cuerpo sino el espacio recreado. Por ello, se atiende tanto al juego de las apariencias como al de las acciones simultáneamente, a través de la observación de prácticas reiterativas, de usos habituales de ciertos espacios, de relaciones personales y espaciales determinadas. No se pretende, sin embargo, abarcar la totalidad de los usuarios del lugar, sino presentar las generalidades de aquellos cuya presencia es más habitual.

⁴⁷ Augoyard, *Pas à pas*, p. 85

1. Pajareros
2. Deportistas
3. Paseantes
4. Enamorados
5. Madres y niños
6. Extranjeros
7. Transeúntes

1. Pajareros. Por lo general son hombres mayores, pensionistas, que proceden de los barrios aledaños. Algunos de ellos parecen conocerse de tiempo atrás. Su llegada al parque depende del tiempo y de la estación: si es verano, por ejemplo, llegan más temprano en la mañana y más tarde después del medio día; en cambio durante el invierno aprovechan las horas de sol, así que ocupan el parque después de las 10 de la mañana y regresan a casa al filo de las cinco. Casi siempre llegan solos buscando el lugar que sea más apropiado para el desarrollo de su actividad, según las características climáticas imperantes, pero nunca permanecen así porque al cabo de un rato forman grupos de diversos tamaños que se sitúan en muchas zonas y rincones del parque. Merece la pena mencionar que *todos* son hombres. Durante las distintas etapas de observación nunca se observó a una mujer o un grupo de mujeres realizando esa actividad ni tampoco a hombres muy jóvenes. Los pajareros, como se verá más adelante, son uno de los ocupantes más frecuentes y quienes de alguna manera desarrollan mecanismos de apropiación espacial más visibles. *Los hombres de los pájaros son los que más vienen de todos, o sea, más diariamente y casi, casi todo el día... a lo mejor algún día pues están, no sé, por decirte 6 u 8 horas según cual que se va a comer y vuelve otra vez, o sea se está prácticamente todo el día aquí, los que más son los, los flojos, ya por decirlo así...* (Encargado del parque)

2. Deportistas. Dentro de este grupo están las personas que realizan algún tipo de actividad física en forma permanente o transitoria, la mayoría de las cuales es gente joven, de sexo masculino. Las personas que realizan *jogging* por lo general son hombres, aunque también hay unas cuantas mujeres jóvenes y hombres mayores (muy pocos, por cierto), que casi siempre corren

en la parte baja del parque (Zona A). En las observaciones no se pudo percibir una presencia considerable en todos los meses, pero siempre es más notable cuando empieza a mejorar el tiempo, lo cual coincide con el tónico. Y no se observan a las mismas personas siempre, sino que se van incorporando y son pocas las que persisten a través del tiempo de observación. En cuanto a los horarios su presencia, durante el tiempo frío, es más notable al medio día y en la tarde, mientras que cuando aprieta el calor lo es en las primeras horas de la mañana y últimas de la tarde.

Las mujeres son las que más se dedican a la caminata, aunque en el lapso de observación de octubre a diciembre de 2003 sólo se percibió la presencia reiterativa de tres: una caminaba sola casi siempre después de las 11 de la mañana por la vía de la riera y dos lo hacían en pareja dando la vuelta a la Zona A en las horas de la tarde. No obstante durante el primer ciclo de observación se percibió un mayor número de caminantes femeninas, principalmente a partir de los últimos días de abril, aunque como siempre no en solitario.

Los fines de semana hay deportistas esporádicos que se dedican al fútbol, ya sea en el campo de La Florida, situado casi en el centro del parque, o en otros espacios que no están dotados precisamente para ello. En el primer ciclo de observaciones realizadas en el 2001, se percibió la presencia constante durante los fines de semana de un grupo numeroso de extranjeros que jugaban al fútbol en el extremo sur del parque (Zona A2) y en una planicie cercana a la riera del cementerio en la Zona B1. Muchas veces también colocaban vallas para jugar al voleibol cerca de la chimenea en esa misma zona o entre los árboles de la A2. Su presencia fue notable de enero a junio de 2001, y luego también se pudieron observar durante los meses de julio y agosto de 2003; sin embargo en el último ciclo de observación se notó una reducción considerable de su presencia no sólo los días laborables sino los fines de semana; de hecho, durante los meses de noviembre a enero (de 2004) no desarrollaron ninguna actividad deportiva masiva en el parque y aunque actualmente se ven algunos paseando en grupo o con familia en el parque su presencia no llama tanto la atención.

En términos generales, de cara al buen tiempo, es común observar un mayor número de personas dedicadas a la práctica deportiva aprovechando las

pocas instalaciones destinadas para tal fin. De hecho, en la encuesta que se ha venido mencionando, se muestra cómo las personas entrevistadas sugieren la necesidad de poner otros equipamientos como piscinas, campos de tenis y básquet, más zonas para patinar, que permitan acceder a una mayor gama de posibilidades deportivas.

3. Paseantes. En su mayoría son hombres (adultos o mayores), mujeres mayores y parejas de enamorados. Es más visible el paseo masculino durante las mañanas mientras que en las tardes es más visible el femenino. Se podrían distinguir dos clases generales de paseantes: los que salen todos los días con el perro a determinadas horas de la mañana o de la tarde, y los que pasean solitarios o acompañados, sin tanta frecuencia o asiduidad.⁴⁸ Las mujeres casi siempre pasean acompañadas a no ser que lo hagan con el perro, mientras que los hombres son más dados a los devaneos solitarios. También es común ver a parejas o grupos de personas jóvenes de distinto sexo paseando durante las horas de la tarde, sobre todo en los meses más cálidos y con cierta preferencia los fines de semana. Por lo regular son paseos cortos que terminan en un sitio específico, lo que también se aplica a los paseos de los enamorados.

4. Enamorados. esta clasificación es muy ambigua porque “enamorados” puede ser cualquiera pareja sin importar su edad ni condición, pero en este caso se refiere especialmente a aquellas que utilizan el parque no sólo para los paseos sino para los encuentros amorosos y que por lo regular son parejas de chavales muy jóvenes, aunque suele darse el caso de parejas “mayores”. Según lo observado, algunas veces son estudiantes que después de las cinco de la tarde se quedan un rato en algún sector del parque que ofrezca cierta intimidad y, en otras ocasiones, son parejas conformadas por personas un poco más adultas que o bien llegan juntas o bien se encuentran allí para pasar un rato de ocio.

⁴⁸ Según la encuesta de parques metropolitanos es a las 5:30 de la tarde cuando se nota la mayor presencia de personas que sacan a pasear al perro.

5. Madres y niños. En esta categoría también entran los abuelos y abuelas que van con sus nietos y nietas al parque; y los padres, algunos hombres que están con sus hijos en la zona de juegos infantiles o en otras áreas. Los niños son, por lo tanto, otros de los ocupantes asiduos en dicho lugar. Siempre están acompañados de personas adultas y en ocasiones se desplazan hasta allí con sus respectivos colegios. La presencia de los más grandecitos es notable durante los fines de semana o después de las cinco de la tarde en los días laborales con buen tiempo; mientras que la de los más pequeños es visible después de las 11 de la mañana en invierno y en las horas de la tarde cuando hay más horas de sol. Ocupan como es obvio, las áreas destinadas a la recreación infantil y cuando son paseos familiares, el césped o las vías principales donde pueden montar en monopatín, en bici o simplemente jugar.

6. Extranjeros. Hay una dificultad en la definición de este término pues, es de por sí ambiguo y puede ser objeto de connotaciones excluyentes o discriminadoras. En algunas ocasiones se podría equiparar con el término *extraños*, sobre todo a la hora de analizar los espacios públicos, como lo hace Lyn Lofland, por ejemplo. Pero, ¿no es acaso el extranjero un extraño? ¿Se puede catalogar a alguien como extranjero solamente por la apariencia? ¿No somos acaso todos extranjeros -extraños- en el espacio público?

Pese a las ambigüedades y contradicciones que puede contener esa denominación, se ha optado por mantenerla para caracterizar a otros ocupantes, tal como se ha hecho con los pajareros o los enamorados, aunque siempre jugando con el error, con las dobles intenciones que puede encontrarse en la producción de las apariencias. Así que en este caso ha sido importante agudizar la percepción para poder captar las visibilidades, las características sensibles, los modos de hacer y de ser (conductas visibles), a través de la observación detallada, la escucha de conversaciones y el desglose de patrones comportamentales. Y aún así sigue pesando esta caracterización cuya intención solamente es la de formalizar los contenidos espaciales. Dentro de esta categoría son notables las personas de Latinoamérica y África. La presencia de los primeros fue más visible durante el primer ciclo de observación (enero-julio de 2001); en esa oportunidad se percibió una ocupación frecuente y numerosa de algunas zonas del parque, especialmente

los fines de semana (de personas ecuatorianas y peruanas), que desarrollaban allí distintas actividades. Pero además de los latinoamericanos también era visible la presencia de grupos o familias posiblemente de origen africano que en forma menos numerosa paseaba o desarrollaba algún tipo de actividad recreativa. En la actualidad también se percibe esa afluencia notable de extranjeros, especialmente durante los fines de semana, aunque parece que en menor cantidad, especialmente en lo correspondiente a la ocupación masiva de las pistas deportivas. Habría que agregar también la presencia cada vez más reiterativa de extranjeros de otros orígenes como por ejemplo de Europa del Este y Asia ya sea como ocupantes o transeúntes del parque. Lo que a su vez denota una heterogeneidad humana cada vez más palpable en los sectores aledaños al parque.

7. Transeúntes. No tienen el sentido de permanencia, sino de fugacidad, pues su ocupación dura lo que tardan en cruzar el parque por cualquiera de sus vías. Los hay habituales, como aquellos que deben pasar por allí cotidianamente para coger el transporte público, o los que lo hacen para ir al trabajo, a centros deportivos o de educación, etc. Y otros menos habituales que lo usan como atajo y/o camino para ir a algún lado un día cualquiera. Entre unos y otros conforman el universo de transeúntes que se desplaza casi siempre de prisa de un sector a otro sin detenerse en ningún tipo de contemplación o abandono, a no ser que se encuentren con alguien conocido (entonces se detienen un momento) que sería el caso de los pasantes frecuentes. Esta categoría es importante pues remite, por un lado, a ese carácter callejero del parque en el sentido de que sus vías suelen funcionar como una calle cualquiera de la ciudad, y, por el otro, al papel casi orgánico que éstas desempeñan

Ahora bien, esas categorías, cómo ya se ha dicho, corresponden a los seres que utilizan el parque como espacio de recreación, de encuentro, de juego, de placer, etc. Sin embargo habría que incluir a otros sujetos que cumplen allí funciones específicas, como por ejemplo los hombres encargados de su mantenimiento para los que éste es su lugar de trabajo. Su relación con el parque por lo tanto está mediada por esa condición que marca sus horas de ingreso y de salida y su papel dentro de ese contexto. Si bien su trabajo básico consiste en mantener a punto el parque en todos los sentidos, es obvio que su

presencia permanente los convierte en un referente importante para los otros ocupantes. De lunes a viernes *están* allí, en determinadas horas, cumpliendo con su labor, son siempre *visibles*. Y esa visibilidad opera en una doble vía: para los demás usuarios y usuarias se constituyen en presencias definidas (su caracterización personal a partir de una indumentaria con los respectivos rasgos identificatorios de la entidad para la que laboran, el uniforme, las herramientas de trabajo y sobre todo su *acción* concreta, no deja ningún margen de duda al respecto) que si bien reiterativas no obstaculizan en principio el desarrollo de ningún tipo de actividad sino que parecen contribuir a la configuración de una atmósfera de seguridad y acompañamiento. La gente los conoce no tanto por lo que son sino por lo que *hacen*. Y desde la otra vía, en ellos parece concentrarse una función distinta a la que deben desempeñar cotidianamente: la de vigías. Son visibles pero los demás también lo son para ellos. Desde una posición amparada en las circunstancias de su labor se convierten, quizá, en los observadores más persistentes y agudos del parque. Y además sin despertar sospechas. Con disimulo. Mientras usan el rastrillo usan también el ojo. Vigías silenciosos y en apariencia, opacos. Testigos de una sociedad efímera que continuamente se está haciendo y deshaciendo ante su mirada y de la que en principio, parecen no hacer parte. Esa es otra de sus funciones, digamos “informales”, mirar la vida que allí se exhiba casi por inercia. Por ello conocen a la gente, a los visitantes antiguos y nuevos; a los paseantes y sus perros; a los grupos que permanecen o no en el tiempo... En esa visibilidad mutua suelen darse también interacciones que superan las propias entre extraños para abarcar otras esferas pues se ha visto cómo hablan con los pajareros o con los hombres de los perros o con alguna mujer mayor, con cierto grado de confianza. Pero además así no haya un diálogo claro da la impresión de que hay entre algunos ocupantes y ellos un voto de confianza abierto y sostenido. En principio mantienen una relación pública sin atenuantes de ninguna clase, sin posiciones ambiguas así la función de los mantenedores del parque roce lo liminal. Los usuarios y usuarias saben, de entrada, no quiénes son sino qué hacen estos dos hombres -uno mayor y otro joven- y eso es suficiente para estar allí sin incertidumbres mayores.

Junto con los trabajadores hay otras personas que también se pueden observar en el parque cuyas funciones no tiene nada que ver con su naturaleza

de espacio de recreación, pero si con lo que allí pueda desplegarse de manera intempestiva. Me refiero a los Mossos d'Esquadra que desde finales del año 2003 se instalaron en un costado del parque justo en la parte superior de la calle Sant Rafael. Es común observarlos haciendo rondas por los distintos caminos y senderos. Lo hacen en solitario y algunas veces en compañía de un perro atado y con bozal. Su presencia tampoco da pie para ambigüedades mayores en el sentido de que son *identificables* inmediatamente. También suelen pasar, por las vías más amplias, en un coche patrulla oficial que en ocasiones aparcan en algún rincón donde se suele observar algún tipo de movimiento social, como se pudo notar en una observación llevada a cabo un domingo de mayo. En esa ocasión el coche estaba aparcado en un costado del campo deportivo de la zona A2 donde había un grupo de extranjeros jugando fútbol, hablando en los bancos y algunos padres en la zona de juegos infantiles. En el interior del vehículo había dos uniformados jóvenes; uno, con gafas oscuras, miraba por la ventanilla el movimiento de la gente. A veces hablaban entre ellos sin perder, en apariencia, la atención en el entorno, en las cosas que la gente hacía. Después de un rato se marcharon sin que pasara nada o más bien por ello. Estos personajes van al parque a cumplir una función de vigilancia específica cuyo fin, como es obvio, es la de controlar cualquier posible interrupción o mejor, prevenirla.

Esas categorías a las que se acaba de hacer referencia aparecen en muchos apartados de este trabajo no como partícipes directas en la acción, es decir, como personajes principales, sino como actores secundarios en especial los mossos d'esquadra. Sin embargo, existe la sensación de que éstos pueden entrar en la escena inesperada y abruptamente y salir de ella de la misma manera. Eso significa, que, en determinadas circunstancias, su papel iría más allá, en el sentido de que pueden intervenir en la acción y cambiar la secuencia o el sentido de la misma. En esa perspectiva se podrían considerar ciertamente como posibles disruptores o más bien *obstructores* de la acción social. Su presencia constante y completamente visible, en ciertos momentos, puede convertirse en barrera para el desarrollo fluido de actividades e interacciones humanas, sobre todo entre aquellos seres más vulnerables y estigmatizados. La función de este cuerpo-institución es oficialmente la de “velar” por y “preservar” la seguridad mediante la vigilancia y control del

espacio, o más bien, de los hechos sociales que allí se desarrollan o se puedan desarrollar. Voluntad que, por otra parte, habla de cierta panoptización del parque. Hay más ojos que vigilan, es cierto, pero también la sensación de que ahora, allí, existe una intención declarada de dominar el espacio para constreñir posibles fugas, corrientes, fluidos, reverberaciones, consideradas ilegítimas.

4. Los usos: lugar de recreación, de encuentro, de tránsito de fronteras y conflictos

El Parc de Les Planes es, al menos en principio, un espacio libre, abierto a las colectividades circundantes y cualesquiera otras; una comarca cuya actividad vital se define en dos aspectos relacionados con su carácter: la accesibilidad que denota su grado de apertura pública y la centralidad determinada a partir de la frecuentación intensa y variada. Ambos aspectos convergen de manera estrecha, para perfilar e identificar los atributos funcionales básicos de los que se desprende la diversidad de usos que allí se producen. La accesibilidad es una de las condiciones fundamentales para la constitución del espacio público y remite a la posibilidad de acceso legal a determinadas áreas de la ciudad.⁴⁹ Se entiende que la opción de entrar a un lugar público no depende sino de la voluntad individual y que por ello no debería existir ningún tipo de restricción a quien estuviera en condiciones de usarlo competentemente, es decir, respetando tanto las normativas explícitas de uso como las reglas no escritas que rigen la copresencia entre desconocidos en contextos de esta naturaleza. Sin embargo, con frecuencia se observa que el uso de algunos espacios verdes, como los parques por ejemplo, está limitado o bien por una franja horaria determinada o bien por su misma ubicación que impide las visitas frecuentes y los tránsitos. En este último sentido, aunque hay pleno acceso legal no se dan las condiciones adecuadas para que éste se ejerza, pues se constituye en un lugar marginal dentro del contexto urbano.

No es este el caso del parque en estudio, completamente abierto sin vallas separadoras contundentes y por lo tanto sin horarios preestablecidos

⁴⁹ Lyn H. Lofland, *A world of strangers*, p. 19

para su uso, ni otro tipo de barrera física que impidan visitarlo.⁵⁰ Además, está muy bien comunicado con todos los sectores aledaños; hasta allí se puede llegar caminando, en metro, autobús o en vehículo privado. Ese grado de centralidad importante se traduce en las características comunes de uso que permite identificar sus atributos funcionales básicos: paseo, ocio y juego de los niños; pero también contacto, reposo y circulación. Claro que haciendo la salvedad de que durante las franjas horarias tardías -la noche- tiende a convertirse en un lugar fronterizo que muy pocos se atreven a visitar o cruzar (sobre este tema se hablará más adelante); empero, lo mismo sucede con la mayoría de espacios de sus mismas características, pues, “por cualquier sitio donde uno vaya se encuentra pronto con alguna frontera (...) y la más desierta de todas estas fronteras, por la noche, ha sido el parque”.⁵¹

Entonces, los aspectos de accesibilidad y centralidad caracterizan este espacio cuya apertura se traduce también en la superposición de funciones y simultaneidades de prácticas, observables en los comportamientos individuales y colectivos que allí convergen. Sin olvidar otros asuntos ligados a esa misma sustancia pública que posibilita visibilidades, copresencias e interacciones en ciertas condiciones de anonimato. A partir de esos elementos se puede comprender la dinámica interna, su naturaleza compleja y ambigua, sus mecanismos vitales más relevantes.

Así pues, las observaciones realizadas en el parque durante sendos períodos permiten el descubrimiento de ciertas regularidades en las maneras de emplearlo, suficiente para trazar un esbozo general de los usos y prácticas que se producen, y por consiguiente de la variedad de significados que allí confluyen, enmarcados dentro de su carácter público.⁵² Además de percibir sus

⁵⁰ El Parc de Les Planes, junto con el de Bellvitge, es el único de la ciudad de L'Hospitalet con esas características de apertura. Otros como el de la Torrassa, la Alhambra, la Marquesa y Can Buxeres mantienen unos horarios de cierre bien demarcados. Aunque para algunas personas ese nivel de acceso tan grande es perjudicial, pues podría dar pie a un uso incorrecto del lugar, para otras en cambio es un aspecto positivo. En la encuesta sobre parques metropolitanos se muestra, por ejemplo, que el 64,6% de los consultados se manifiesta a favor de dejar abierto un parque como el de Les Planes, y el 35,4% dice que lo cerraría, especialmente por la seguridad y para evitar el gamberrismo en la noche. *Estudis i Avaluació, Enquesta Parcs Metropolitans*, p. 26

⁵¹ Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 278

⁵² Existe no obstante, un uso específico del parque metropolitano de Les Planes desde lo institucional, es decir, que en algunas ocasiones es utilizado por el Ayuntamiento u otras entidades para llevar a cabo distintas actividades. La más importante es la celebración del Día Cívico en el mes de junio en cuyo marco se organizan y desarrollan talleres ecológicos,

funciones básicas -mencionadas arriba- también ha sido posible vislumbrar otras funciones superpuestas que lo convierten en un espacio multidimensional. No de otra forma se puede entender la diversidad de usos, las interacciones, las emergencias visibles de sus usuarios; de ahí sus especulaciones prácticas y sus múltiples sentidos que le convierten, además de lugar de ocio y recreación, lugar de encuentro, de tránsito, de fronteras y de miedo. Y dentro de cada uno de esos niveles se pueden hallar formas de apropiación, de reivindicación de lugares, de simultaneidades y de contradicciones.

Con respecto a las funciones del parque, es conveniente destacar algunos datos aportados por la encuesta sobre Parcs Metropolitans a la que ya se ha hecho referencia en páginas anteriores, alrededor de las razones por las cuales las personas visitan el Parc de les Planes. En un primer término está el llevar a los niños a jugar y el pasear (35.6%), pasear, conocer el parque y ver la naturaleza (30.5%), pasear al perro (19.3%). Pero también se esbozan otros motivos como leer, encontrarse con gente y hablar, jugar y hacer deporte y otras actividades. En ese mismo documento se muestra que van al parque familias con niños (35.7%), individuos solos (33.8%) –no queda claro el porcentaje de hombres y mujeres solitarios-, con amigos (15.8%), con la pareja (9.8%) y familias sin niños (4.4%).⁵³ Aunque esta información es global y enfocada en períodos específicos y con un número limitado de personas, resulta interesante, pues desvela una tendencia que también se ha podido apreciar en el trabajo de campo. De alguna manera confirma los datos etnográficos que se han venido analizando a lo largo de estas páginas y las que siguen.

4.1 Lugar de recreación

Como se ha dicho en varias ocasiones, los parques públicos urbanos surgieron de la necesidad de crear espacios destinados al esparcimiento y entretenimiento de los habitantes de la ciudad, y que a su vez constituyeran

demostración de perros adiestrados, actividades deportivas, recogida de basura y limpieza de graffiti, entre otras actividades. En este trabajo, sin embargo, no se hará énfasis en ese tipo de actividades, sino en las enunciadas en el párrafo inmediatamente anterior.

⁵³*Estudis i Avaluació, Enquesta Parcs Metropolitans*, p. 15

esa porción natural dispuesta para airear sus atmósferas contaminadas. Por ello, en la mayoría de los casos, sus diseños corresponden -o deberían corresponder- a esos preceptos, de ahí la delimitación de las distintas zonas: áreas destinadas a las prácticas deportivas, zonas de juegos para niños, áreas de reposo, caminos para el paseo, etc., que posteriormente sus ocupantes pueden transformar o no a su antojo.

El domingo es uno de esos días largos en los que no se tiene deseos de nada o casi nada; por ello pasear por el parque se convierte en una opción saludable. Son las 4 de la tarde. Hoy se respira en el parque una sensación de tranquilidad: familias de diverso origen sentadas en la hierba; personas mayores en los bancos solas o acompañadas; una pareja negra, muy joven, tendida en el césped; mujeres y hombres mayores paseando y hablando; niños jugando a la pelota; otra pareja joven hablando debajo de un árbol con su motocicleta al lado, y nosotros, que vamos andando despacio para no salirnos de este ritmo de los tiempos lentos que habita el parque esta tarde de abril. Da la sensación de que la placidez y alargamiento de las horas, característica esencial de un lugar de ocio como éste, se percibe con mayor vigor los fines de semana, especialmente el domingo. A veces parece que las personas se movieran en cámara lenta y que sus actos fueran tan escasos que apenas se notasen.

Cuando se observa desde arriba este escenario es posible divisar a los actores como prolongación de cuerpos en los bancos, o en los senderos o en las gradas de la escalera, a no ser que haya un partido de fútbol y entonces allí se combinan los dos ritmos: el de los tiempos lentos y el de los tiempos veloces; pero cada uno definido en el espacio que ocupa en esos momentos.

Abajo una gran cantidad de personas cuyo aspecto denota un origen seguramente andino juega voleibol en una de las pistas deportivas. Es numeroso y ruidoso, conformado por mujeres y hombres jóvenes y niños y niñas pequeñas. Ocupan todo el espacio del costado sur tocando la avenida Isabel la Católica con sus voces y conversaciones. Son muchos y dan la impresión de ser un colectivo cohesionado, unido quizá en la misma situación de desarraigo... (15 de abril de 2001).

.....

- Un chico corre en la parte baja del parque. Un hombre mayor pasea a su perro y se planta justo en frente de mí. Me hago la desentendida mientras camina presuroso llamando al animal, que se ha ido detrás de otro perro. Un joven con gafas viene de la calle del cementerio y se adentra en el parque con su enorme perro...

-Una mujer mayor camina rápidamente por el sendero que va de la calle de San Rafael al cementerio y viceversa, lleva una bolsa con varias barras de pan en la mano. Una chica joven, vestida de caqui y con una boina del mismo color, entra por el cementerio y pasea a su diminuto perro mientras habla por su móvil. Un grupo de hombres viene de la parte alta del parque. Son ocho chicos y cuando pasan cerca algunos se quedan mirándome con curiosidad, al igual que unos hombres mayores que andan lentamente... Parece que hoy no logro pasar desapercibida, por ello me fijo en el libro que tengo abierto y disimulo, poniendo la cara y la disposición de quien lee un libro y levanta un poco la vista para descansar y reflexionar sobre lo leído. Así puedo disminuir un poco el cúmulo de sospechas que parecen recaer sobre mi y me hacen sentir más tranquila... A partir de las 11 de la mañana tres chicos empiezan a correr por el parque y otro pasa en bicicleta. Entre gente que viene y va, con mochilas de deportista, con bolsas o carritos de compra, transcurren estas primeras horas de la mañana... (martes, 1 de octubre de 2003).

Es importante considerar la estructura morfológica de un espacio público como éste, pero no creo, como plantea Jacobs, que el mayor o menor éxito de un parque público dependa única y exclusivamente de la gran variedad de actividades que se pueden desarrollar allí y de la diversidad de usos que ofrecen; me parece que sí son elementos importantes, pero no los únicos para que sea un lugar visitado constantemente.⁵⁴ Habría que añadir a lo anterior la ubicación, su medio circundante y algo más abstracto: ese “aire” especial que tienen ciertos lugares para atraer la atención de las personas y que podría estar relacionado con la armonía de sus elementos, con cierto sentido estético de sus componentes.⁵⁵ Whyte hace alusión a esas características especiales de algunas plazas y parques, que siempre están llenas de gente, relacionadas con un hecho simple: son lugares agradables visualmente.⁵⁶

Sin duda los fines utilitarios de recreación y esparcimiento son los que priman en los parques, o al menos, es la intención que esgrimen los urbanistas

⁵⁴ Jacobs, *Vida y muerte de las grandes ciudades*, p.159

⁵⁵ En la página electrónica de PPS, una organización dedicada a la creación y sostenimiento de espacios públicos, se dan datos interesantes en torno a ciertos elementos que aseguran el éxito de algunos espacios de esa naturaleza mediante la evaluación de más de 1.000 de ellos en varias partes del mundo. Allí se menciona que los mejor valorados tienen cuatro calidades claves: son accesibles, disponen de condiciones apropiadas para que la gente desarrolle variedad de actividades, son cómodos y tienen una buena imagen y, finalmente, son lugares sociables: allí la gente se encuentra mutuamente y ve a los demás cuando lo visitan...”. Ver *PPS Project for Public Space*, www.pps.org

⁵⁶ Whyte, *City...*, p. 109

para construirlos (dejando de lado otras connotaciones asociadas a la revalorización de los sectores circundantes, etc.) y es casi en lo primero que se piensa cuando se habla de sus fines, de ahí que cuando se pregunta a cualquier persona para qué sirve un parque, lo primero que responde es para pasear, para divertirse, para jugar, para pasar el tiempo, para recrearse... Aunque también sea empleado para otro tipo de cosas consideradas anómalas y en algunos casos, anunciadoras de cierto nivel de degradación, como por ejemplo la vandalización del mobiliario y de la vegetación, los graffiti, etc., padecidos por aquellos lugares que no tienen un buen acceso visual o están inmersos en lugares igualmente conflictivos o que son poco usados por los niños, las mujeres y la gente mayor, factores que también determinan el grado de satisfacción de la población que los utiliza diariamente.

Antes de proseguir con los lineamientos de la función recreativa del Parc de Les Planes, merece la pena resaltar los aspectos positivos que algunas personas le confieren, dentro de los cuales se encuentra su dimensión y amplitud, la vegetación y zonas verdes, la tranquilidad, la ubicación y la visibilidad (zonas abiertas y con vistas). Mientras que dentro de los negativos mencionan la inseguridad y poca vigilancia, la falta de servicios y la presencia de perros sueltos, entre otros.⁵⁷ Estos aspectos, como se verá más adelante, están latentes en esos sentidos generales desde los cuales se constituyen sus prácticas de uso.

La condición de lugar de recreación y ocio se traduce, primero, en la dotación de elementos materiales apropiados y variados y, segundo, en los usos generalizados de los mismos. Ello confiere unos rasgos específicos a un lugar que podría ser principalmente un núcleo recreativo desde la práctica deportiva diversa (si ofrece los equipamientos correspondientes) y/o un espacio de ocio desde la contemplación, el paseo y el andar a la deriva. O las dos cosas a la vez. El Parc de Les Planes está más cerca de lo último que de lo primero, pues la dotación para realizar actividades deportivas es muy limitada; así que, a excepción del fútbol, es poco lo que se puede encontrar allí. Esa falta de equipamientos se aprecia en las reflexiones de algunas personas cuando afirman que se podrían construir más áreas enfocadas hacia otros deportes, como el patinaje, básquet, tenis, etc. Otras veces también sugieren

⁵⁷ *Estudis i Avaluació, Enquesta Parcs Metropolitans*, pp. 33-34

que allí se podrían realizar más actividades recreativas desde lo institucional: talleres, concursos, conciertos (que ya se vienen realizando cada año, pero esporádicamente). Entonces, a nivel general, el uso para el ocio se evidencia en prácticas concretas tales como el fútbol, el paseo, la lectura, tomar el sol, la contemplación, sobre las cuales se hablará a continuación, y en otras más esporádicas como la realización de picnics familiares en las áreas de césped, jugar cartas, echar una siesta, bordar y tejer (se ha visto a algunas mujeres mayores realizando tal labor en los bancos), hacer ejercicios gimnásticos...

Fútbol e interacciones

Dentro del parque se encuentra el estadio de fútbol de La Florida, una de las áreas más ocupadas en oportunidades concretas, especialmente en las horas de la tarde y los fines de semana.⁵⁸ En torno a esa actividad tan popular casi en todo el mundo sucede una serie de acontecimientos que van más allá de las 23 personas inmersas directamente en el juego. Por lo general, y siguiendo la presunción en cierto modo machista de que es deporte un tanto "duro", quienes lo practican, al menos en Europa -al contrario de lo que sucede en buena parte del continente americano-, son casi siempre hombres: niños, adolescentes o adultos. Y eso mismo parece percibirse en este escenario. Sólo en una oportunidad pude observar a un grupo de chicas que estaba disputando un partido, cosa no muy cotidiana en ese espacio. Si los jugadores, actores principales del espectáculo, son casi siempre masculinos; en lo que respecta a los espectadores se ve una mayor variedad pues por lo general son familias que acompañan a sus hijos, amigos y amigas, conocidos o simplemente curiosos que no tienen nada que hacer y entran un momento para ver el partido. Lo rutinario allí, cuando hay un encuentro deportivo, es el lenguaje, las gesticulaciones y los gritos, casi todos masculinos, que llenan el escenario tanto de parte de los jugadores como de los espectadores; aunque también se

⁵⁸ Sobre las competiciones deportivas amateurs que hacen un uso intensivo del espacio público, me remito a Ricardo Sánchez, "Nuevos usos de la ciudad: actividades lúdico-deportivas y apropiación del espacio urbano", en C. Ortiz García, ed, *La ciudad es para ti. Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*. Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 165-182, y Maxime Traver, "Le "football de pied d'immeuble". Une pratique singulière au coeur d'une cité populaire". *Ethnologie française* (1997), pp. 188-196.

pueden escuchar de vez en cuando voces de mujeres animando a quienes están dentro del área de juego. De otro lado, el hecho de que el campo de fútbol esté situado casi en el centro del parque y enmarcado por una valla de tela metálica que prácticamente permite una mirada completa al escenario, implica que fuera de sus límites también se desarrolla una serie de actividades sociales interesantes: el encuentro espontáneo con el extraño, el diálogo fugaz, las miradas cómplices o los gestos de aprobación o desconcierto.

Esta tarde hay algarabía porque se está disputando un partido de fútbol entre chavales. En las graderías los padres, amigos o familiares aplauden cuando se hace una jugada interesante o meten un gol; se levantan, gritan, gesticulan, mueven los brazos, las manos, las piernas... en fin parecen cuerpos estupefactos por el balón y las piernas que lo llevan. Observo el partido sin emoción, más bien con curiosidad por el entorno que le rodea. Mientras estamos aquí, todas las personas que atraviesan el parque por lo que yo llamo la vía principal paran, casi hipnóticamente para mirar a través de la valla lo que sucede en el campo de fútbol: una pareja mayor, un grupo de jóvenes, una pareja de mediana edad, una familia con perro incluido. Y los que no se detienen para ver por un momento el partido sí disminuyen un poco el paso y miran hacia allí. Me percato de que la mayoría de los espectadores espontáneos son hombres. Van pasando por aquí y se van aproximando a la valla con paso seguro. Parecen concentrarse en el juego. Uno de ellos, que llegó hace poco, le pregunta la hora a un hombre que está próximo; me parece que no se conocen. Ahora miran lo que ocurre dentro y hablan. La persona que me acompaña le comenta algo a un hombre que está a su lado. "¿Ha visto la jugada de ese chaval? Es muy bueno". Dice. El otro hombre asiente y sonríe... (sábado, 15 de abril de 2001, 17:00 horas).

.....

Los bancos de algunas zonas del parque están solitarios, sin embargo los espacios destinados a actividades deportivas están casi llenos. En el campo de fútbol un grupo de niños juega un partido y en las graderías hay unas cuantas personas, imagino que sus padres, familiares o amigos. Gritan, los llaman por sus nombres y animan. Hoy no hay muchos curiosos mirando a través de la valla y los pocos que hay, como siempre, son hombres. Una pareja mayor pasa de la mano: él mira hacia el campo de fútbol y ella hacia las escaleras. Algunos paseantes se detienen cuando pasan junto al campo y se quedan allí mirando unos minutos para después seguir su camino (sábado, 13 de marzo de 2004, 16:00 horas).

En el transcurso de las observaciones se pudo percibir que el campo de fútbol ocupado no es sólo un foco de atención para los que están dentro de éste, en las graderías, sino también para quienes están fuera. Es un espectáculo visual llamativo que se despliega ante los ojos de quienes pasan, cruzan, caminan por las áreas próximas. De ahí que la mayoría de las personas se detengan para seguir, así sea sólo un momento, las acciones de los jugadores a través de la valla. Casi mecánicamente paran, observan unos minutos, pero los suficientes para cruzar miradas y, en algunas ocasiones, intercambiar palabras con la persona que está al lado en la misma situación. Allí surge una relación espontánea y efímera, unida a una actividad deportiva que en sí tiene inmersa la idea de colectivo.



Foto 16: Tardes de fútbol

Ese tipo de contacto entre extraños que comparten esporádica y fugazmente un mismo espacio y estímulo visual, no siempre empieza con un saludo y rara vez se cierra con una despedida, ritos interpersonales positivos, que, según Goffman, se advierten constantemente en la vida pública. Por lo regular la persona se acerca, observa el partido y de acuerdo a lo que allí se dé, una jugada interesante o un gol, se empieza un diálogo sobre la marcha que gira en torno a la impresión ofrecida primeramente. Luego las palabras se agotan mientras vuelve a ocurrir algo en el campo de fútbol y finalmente la persona se escurre para seguir su camino, muchas veces sin despedirse o sin

mirar a su interlocutor, lo cual indica que “la información acerca del individuo ayuda a definir la situación, permitiendo a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él. Así informados, los otros sabrán cómo actuar a fin de obtener de él una respuesta determinada (...) la expresividad del individuo involucra: la expresión que da y la expresión que emana de él. El primero incluye los símbolos verbales y la otra, todas las acciones...”⁵⁹

En ocasiones es un grupo de dos o más personas el que se acerca a la valla, en este caso, el colectivo establece mecanismos que, primero, le permiten funcionar como tal y, luego, enviar señales que informen a los otros de su tipo de vinculación para evitar la intromisión de “extraños”. La proximidad corporal, el tono coloquial y distendido de la conversación, hace que en cierta medida los demás mirones “respeten” ese espacio y se alejen un poco para no interferir. Dentro de la misma influencia del campo de fútbol, están aquellas personas que transitan por esa vía del parque, que, aunque no se detienen para observar el partido, si mantienen la cabeza volteada hacia allá en lo que coincide su recorrido con la visión del lugar. Otro aspecto importante que se pudo percibir es que los observadores, sean fugaces, permanentes, solitarios o acompañados, casi siempre son hombres. Durante el tiempo de observación rara vez se vio a una mujer o un grupo de mujeres detenerse y asomarse a la valla; la única fui yo y eso porque estaba interesada en el espectáculo desde otra perspectiva, es decir, desde los ojos de una investigadora social.

⁵⁹ Goffman, *Relaciones en público*, pp. 13-14

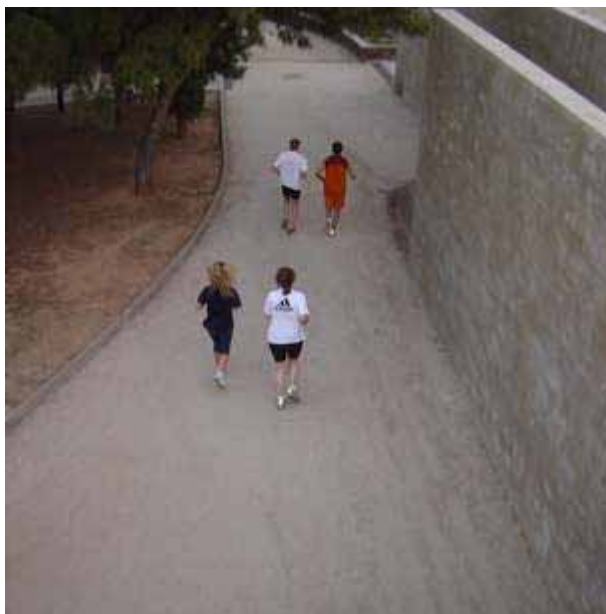


Foto 17: Jóvenes haciendo *jogging*

Pese a que el parque parece apropiado para desarrollar otro tipo de actividades como el *jogging* o la caminata, fueron muy pocas las personas observadas durante las distintas fases del trabajo de campo dedicándose a ese deporte y las que lo practicaban, en el primer caso, eran por lo general hombres y algunas mujeres jóvenes; y, en el segundo, hombres y mujeres más mayores.⁶⁰ Aunque es pertinente anotar que en visitas recientes se ha podido comprobar un cierto auge en el número de individuos que practican *jogging* por los senderos suaves del parque, eso sí, como en los ciclos de observación, la mayoría de ellos son hombres jóvenes y una que otra mujer. En ambos casos la tendencia global de los recorridos trazados están relacionados con las características del terreno; por ello los deportistas prefieren la parte baja del parque que es menos abrupta y por lo tanto ofrece un nivel menor de dificultad en la ejecución de sus acciones.

El paseo

Es necesario hacer una distinción entre la caminata y el paseo. La primera tiene un sentido puramente de ejercicio físico y se reconoce por la apariencia y disposición de los cuerpos. Por lo general las personas van

⁶⁰Sobre el tema del *jogging* se puede ver Jean-Pierre Martignon-Hutin, "Le joggeur urbaine". *Espaces et Sociétés* (1997), pp. 89-105.

vestidas y dispuestas para tal fin y el ritmo de los pasos es rápido y sostenido. Además la expresión de los rostros es de puro “tránsito”, es decir, no se fijan en el entorno más que para ojear por donde van y pareciera que no piensan en nada que no sea su propio cuerpo. Observar a estas personas es ver a las “unidades vehiculares” de las que habla Goffman en acción ya no en el ajetreo de la calle, sino en la apacibilidad de un parque. Los caminantes trazan en su recorrido un óvalo achatado en la parte baja del parque, que es la más adecuada por las condiciones suaves del terreno.⁶¹ También es notorio, en el caso de la caminata, el hecho de que sus practicantes, sean hombres o mujeres, siempre la ejecutan en grupo de dos o más personas. El paseo, por el contrario, no es un mero ejercicio físico. Es un estado casi catártico, que tiene que ver un tanto con la contemplación, con el paso lento, con la mirada cercana y lejana a la vez. Sus motivaciones suelen ser distintas, pero siempre están relacionadas con la capacidad de desplazamiento tanto del cuerpo como de las emociones que lo contienen.⁶²

Desde este punto de vista, el caminar, además de constituir “un estilo de aprehensión táctica y de apropiación cinética”, también es una forma de vivir el espacio desde lo interior y lo exterior.⁶³ El paseante del parque, al contrario del de la calle, deambula con su yo en aparente reposo, en él la lentitud es un tiempo destinado a la contemplación, a la mirada tranquila. De ahí su ensimismamiento exacerbado que llega a confundirse inexorablemente con el paisaje, con el entorno. Esa impresión de simbiosis recuerda, como lo dice Certeau, que “la variedad de pasos son hechuras de espacios”, es decir, que los caminantes como productores de espacio, lo hacen y re-hacen una y otra vez mediante las prácticas cotidianas del desplazamiento.⁶⁴ Pero además recuerda que existe una relación de fuera hacia dentro con ese mismo espacio,

⁶¹ Alrededor del hecho de caminar A. Moles y E. Rohmer advierten de las diversas formas de dar un paso, de mover o levantar los brazos o de dar una vuelta, de la misma manera que hay “muchas vestiduras poéticas para ponerle al esquema de pensamiento racional de una historia, muchas variantes de ejecución de una misma partitura musical”. *Psicología del espacio*, Ed. Ricardo Aguilera, Madrid, 1972, p. 143

⁶² Sobre el caminar como práctica culturalmente pautada y sobre la lógica de generación de itinerarios peatonales individuales en contextos urbanos, me remito al clásico y fundamental texto de Lincoln Ryave y James N. Schenkein. “Notes of the Art of Walking”, en R. Turner (ed.), *Ethnometodology*. Penguin, Middlesex, 1974, pp. pp. 265-274. Véase también Salvador Juan et al., *Les sentiers du quotidien. Rigidité, fluidité des espaces sociaux et trajets routiniers en ville*. L’Harmattan, París, 1997.

⁶³ Certeau, *La invención de lo cotidiano*, p.109

⁶⁴ *Ibidem*, p. 109

tomando como referente al individuo. Esto es, que además de constituirse en un elemento vivido a través de la experiencia del caminante (se vive el espacio), también se convierte en habitante del camino puesto que de alguna manera los elementos de su entorno se configuran en su cuerpo, en su expresión: el paseante es su paisaje, sus olores, sus formas, sus senderos. En ese sentido el paseante no sólo recorre los caminos señalados, delimitados, prefijados sino que va creando, tejiendo, esbozando otros mediante sus pasos casi siempre reposados.

Hoy, como todos los días, he visto algunas personas andar tranquilamente por el parque. Algunas lo hacen solas y otras en compañía; la mayor parte de ellas son hombres mayores, aunque he observado también a unas cuantas mujeres. Me parece, sin embargo, que, como siempre, son más los hombres quienes gustan deambular por el parque como si fuesen a la deriva: ora toman un camino, ora se sientan, ora se paran un rato debajo de un árbol...; en fin, se nota que están paseando porque la expresión de su rostro y su postura es distinta a la que se tiene cuando se va de tránsito o cuando se hace deporte: un cuerpo ajeno al paso de las horas y absorto completamente en el ambiente, tanto que a veces parece fundirse en él. Ahora observo a esos dos hombres que caminan por la parte baja del parque, lo hacen muy despacio mientras hablan, los sigo de cerca para percatarme de su recorrido: parece que entraron por la avenida Isabel la Católica y tomaron este camino que está sombreado por los árboles; ahora se desplazan por el sendero próximo al campo de fútbol, suben algunos escalones y toman el sendero de la izquierda. Van muy despacio, tanto que yo aprovecho para echar un vistazo alrededor y mirar otros acontecimientos, como a esos chicos sentados debajo de un árbol a un lado de las escaleras que hablan, fuman y se ríen. Los hombres han decidido sentarse en uno de los bancos próximos a la escultura, y entonces me fijo que en un banco contiguo hay algunas mujeres mayores hablando, y más arriba, por el camino junto a los árboles de plátano, una mujer deambula con una cuerda en la mano... (sábado, 14 de abril de 2001, 16:00 horas).

En el caso del parque en estudio, el paseo es una de las maneras más frecuentes de vivir sus espacios, aunque está condicionado a factores atmosféricos. El clima es un elemento de importancia dentro de la vida cotidiana, puesto que determina el marco de los haceres y las prácticas y

constituye en sí mismo un ambiente productor de sentidos que está indefectiblemente ligado a lo sensorial, a los olores, a los sonidos, a las imágenes. En términos generales, “el clima permite comprender al caminante y habitante” de un espacio puesto que “involucra todo momento de la vida cotidiana donde ella es el cielo, el horizonte”, y al mismo tiempo nos indica cierta cualificación “de estilos de estar dentro de un espacio, de habitar”.⁶⁵

Cuando se habla de fenómenos atmosféricos se remite, pues, no sólo a los elementos naturales, como la lluvia, por ejemplo, sino también a esos factores sensoriales que marcan la vivencia cotidiana de los espacios. Un lugar puede ser recorrido en un día soleado y sin embargo percibimos algo en su entorno que no nos acaba de convencer, que nos desagrada o nos molesta; decimos entonces que se respira un aire pesado porque nuestros sentidos se han agudizado para señalarnos una atmósfera donde algo no funciona bien. Por ello, los paseos en el parque ocurren durante el día: por la mañana, a mediodía, por la tarde, depende de las condiciones climáticas. Si los días son fríos pero soleados las personas lo andan después del mediodía y regresan a casa antes de que el sol se oculte. Si los días son muy calurosos lo hacen más temprano por la mañana y más tarde al finalizar el día, pero siempre con la luz del sol como guía para su estancia allí. Es impresionante cómo el sol y la sombra condicionan la vivencia de lugares como los parques, jardines y plazas públicas. Sobre ello hay una descripción de un parque estadounidense, elaborada por Jane Jacobs muy ilustrativa:

En Franklin Square, si el tiempo lo permite, puede tener durante todo el día una multitudinaria recepción al aire libre. Los bancos situados en el centro de la recepción están llenos, con una población flotante de a pie muy numerosa. Constantemente se forman y disuelven grupos de conversadores (...) De manera casi imperceptible, a la manera de las agujas del reloj, toda la cohorte se va desplazando alrededor del estanque circular que hay en el centro de la plaza. Y, verdaderamente, son las agujas del reloj, pues siguen el movimiento del sol y permanecen siempre dentro de sus cálidos rayos. Cuando el sol se va, el reloj se para: la recepción ha terminado; hasta el día siguiente.⁶⁶

⁶⁵ Augoyard, *Pas à Pas*, pp. 112-113

⁶⁶ Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p.108

Los perfiles generales del caminante están determinados por dos cosas: el sexo y la edad, que a su vez señalan la modalidad del paseo solitario o en compañía. El paseo solitario casi siempre es practicado por hombres -adultos o mayores- que por lo regular prefieren la parte baja del parque, donde las condiciones del terreno son menos duras y está mejor dispuesto para adaptarse a las tendencias climáticas. Si hace mucho frío hay espacios abiertos al sol y, si hace calor, hay grupos de árboles que permiten la marcha a través de senderos sombreados. El paseo por este parque no parece constituir una actividad cotidiana, entre las mujeres, pues son realmente pocas las que se han observado en ese tipo de prácticas a lo largo de los períodos de observación. Y si se habla del paseo en solitario la situación es más drástica, pues si se contaran las observadas durante todo el trabajo de campo no llegarían a seis, incluida quien esto escribe. Cabe mencionar, sin embargo, que se advierte un número *in crescendo* de aquellas que sacan a pasear al perro; mayores en las horas de la mañana y más jóvenes durante la tarde. Éstas tienen una excusa para hacerlo por lo que su presencia allí no parece provocar malos entendidos, pues de alguna manera esa actividad se relaciona con sus roles cotidianos. Cosa que no ocurriría si la visitante fuera una mujer solitaria y joven, cuya apariencia y comportamiento visible no enviara pistas claras sobre su identidad. El siguiente fragmento de una entrevista a uno de los empleados encargados del parque parece dar cuenta de ello:

Si la veo (a una mujer) muy temprano y la veo con carpetas y papeles evidentemente sé que es una mujer que está estudiando y que está estudiando diversas partes del parque (cuando el hombre dice esto se está refiriendo a mi, a lo que yo hago aquí: sin duda esa es la imagen que proyecto...); pues le doy ese trato; pero si la veo sin nada y solo con su bolso y sentada la verdad es que se me escaparía un poco (risas); claro, no pinta nada una mujer sola a las 10 de la mañana; de hecho incluso hasta yo las he visto hasta más pronto pero claro te quedas parado, porque dices, ostia; pero bueno, es que de casos pueden haber muchos, igual la mujer está esperando a alguien o no se, no, no tiene porque ser exclusivamente una buscona sino puede tener miles de cosas que uno no sabe. A veces uno se quiere meter en las cosas de los demás creyendo que es así y a lo mejor no es así, sino que su vida es de una manera,

se desarrolla de una manera y ya está (...); cada persona es un mundo y puede hacer lo que quiera, aparte de que puede venir porque es libre, libre de venir, lo que pasa es que extraña más, extraña más, pues como las mujeres normalmente solas pues es muy raro que se vean.

El paseo en compañía, al contrario, lo realizan tanto grupos de hombres como de mujeres, o mixtos. En este caso el andar se constituye en una excusa para la conversación: las personas trazan sus propios territorios en cada uno de sus pasos, mientras se dedican al diálogo, al intercambio de miradas y palabras. El paseo termina y comienza en un banco o en las calles anexas al parque. En términos generales el itinerario de un paseante solitario comienza cuando arriba al parque y se adentra por alguno de sus senderos (ya conocidos) para desplazarse extendiendo perezosamente los pasos. Su marcha es lenta y tranquila y casi siempre culmina en un banco desde el cual se puede tomar el sol o protegerse del calor, dependiendo del tiempo. Observar a esta persona es descubrir a alguien aparentemente absorto por el paisaje, de tal suerte que su presencia pasa desapercibida, como si estuviese fundida con y en el espacio. En algunas ocasiones este paseante solitario se detiene para contemplar el juego de los niños o simplemente para fijarse en el entorno y volver a encaminar su cuerpo hacia otros territorios. Da la impresión de que en él sólo existe el placer de andar a la deriva, supeditado a las motivaciones sensoriales inmediatas y sabiendo que cuando lo desee, puede salir del parque para volver a la calle, a su casa.⁶⁷

En resumidas cuentas, el paseo, el caminar por el parque, se constituye en un hecho cotidiano en donde el cuerpo y su movimiento es el personaje principal. Cuerpo que se desplaza lentamente para habitar el espacio a través de sus pasos, de “sus figuras de expresión espacio temporal”, inmersas en la corriente vital de la experiencia.⁶⁸ Cuerpo con su propio ritmo, recreado en el acto de andar a la deriva, sabiendo que hacerlo, como lo dice Certeau, es no

⁶⁷ Isaac Joseph, en *el Transeúnte y el espacio urbano*, se refiere a las derivas para enunciar que en ellas el “transeúnte ocioso, el paseante callejero tiene recorridos, digresiones del texto urbano que se disciernen en los rostros y que funcionan según el modo de una reciprocidad inmediata, como dice Simmel, en un espacio-tráfico que se extiende entre lo trivial y lo raro”, p. 25

⁶⁸ Manuel Delgado, *Tránsitos. Espacios públicos, masas corpóreas*. Universitat Politècnica de València, Valencia, 2001, p.17

tener un lugar, así se esté en un parque cubierto de árboles y bancos, y es, a la vez, una manera de subvertir los caminos prefijados, las líneas demarcadas en el diseño material del espacio.⁶⁹

Las lecturas

Las personas no sólo van al parque a jugar o a pasear; también lo utilizan para tomar el sol, para leer, para tenderse o sentarse en la hierba o en alguno de sus bancos con la única intención de no hacer aparentemente nada, sólo la de abandonarse al espacio. Por lo general son hombres adultos o mayores solitarios los que realizan este tipo de actividades, lo cual no significa que de vez en cuando se observe a mujeres -muy de vez en cuando y casi nunca solas- haciendo lo mismo. La manera como llegan al parque, sus movimientos seguros al andar y el dirigirse a un sitio específico sin titubear hacen pensar que ya tienen la costumbre de realizar esa actividad; quizá son personas que viven en los sectores próximos y con el suficiente tiempo como para sentarse un par de horas en un banco, ya sea por la mañana o por la tarde, cualquier día de la semana.

Son las 4 de la tarde. Aunque es noviembre hace buen tiempo. Hay un sol espléndido que se cuele por los árboles. En la plaza urbana de la entrada principal hay un hombre de apariencia relativamente joven. Está sentado en uno de los bancos, justo de cara al sol. Tiene un periódico sobre el regazo que lee con atención. Me ubico en uno de los bancos con la distancia suficiente como para no interferir y preservar mi integridad personal. Desde aquí puedo mirar lo que hace sin que él se sienta observado. Llevo casi 15 minutos y el hombre no ha levantado la vista del periódico. Pasan unas mujeres mayores por su lado. El hombre deja el periódico por un momento. Mira a su alrededor. Saca un cigarro y extiende las piernas. Deja el periódico encima del banco. Ahora estira el cuerpo. Me mira. Bajo la cabeza y vuelvo la vista sobre la carpeta que tengo en el regazo. Disimulo. Aparte de nosotros no hay nadie más aquí. Pasan unos minutos y no me atrevo a mirar de nuevo hacia donde está el hombre. Son las 4,30. El hombre ha vuelto a leer pero ahora parece menos concentrado. Un grupo de escolares pasa corriendo por el centro de la plaza. Empieza a soplar el viento y se siente un poco de frío. El hombre solamente tiene puesta una cazadora. Es hora de ir hacia otros lugares. El hombre continúa leyendo. Paso por su lado. Le miro. El hombre

⁶⁹ Augoyard, *Pas à Pas*. (p. 29), habla de esas figuras observadas y descritas por los habitantes; figuras que manifiestan sobre todo la manera como se articula el caminar, o más bien la manera cómo éste varía y procede por sustituciones y alternancias. En tal sentido no son simplemente unas figuras de estilo sino que encierran también la noción de una práctica espacial; indican la convergencia del lenguaje y el caminar en un mismo estilo de expresión.

levanta la cabeza y yo desvío la mirada hacia la escalera. He interrumpido su lectura... (jueves, 20 de noviembre de 2003).

Cabe resaltar, empero, que aunque esta práctica no es generalizada, sí refleja la manera de vivir estos espacios desde las otras experiencias individuales. Experiencias que son posibles gracias a las condiciones físicas y a esa atmósfera de tranquilidad y confianza que inspira este lugar durante los días soleados. Así que no es raro observar, en algunas oportunidades, a hombres tomando el sol sin camisa, sentados en un banco leyendo el periódico o un libro; pero también se pueden ver tendidos en el césped, en un banco o en un muro en actitud de simple presencia, es decir, como cuerpos que “no hacen nada”; pero justo esa condición es la que permite vislumbrar un dejo de lejanía y de profunda soledad, es como si a través de esos cuerpos abandonados en todo el sentido de la palabra, se vislumbrara la existencia de un mundo sin opciones ni esperanzas, un mundo Otro. Hay un caso específico de un hombre negro que llama especialmente la atención por la manera como estaba ocupando un espacio que aparentemente no se utiliza para ello, y por su misma actitud de dejación, de abandono:

(...) En las mismas escaleras que desembocan en la calle de La Florida están unas jovencitas sentadas hablando y un poco más abajo un hombre joven con sudadera que acompaña a su hijo pequeño. Y se ve mucha gente que sube y baja. De repente, observo, en un muro que circunda la escalera a una persona tendida encima. Me causa un poco de curiosidad. Mientras bajo los escalones me voy aproximando a esa persona. Es un hombre de piel negra. Está tendido cuan largo es tomando el sol. Está bocabajo. Parece dormido. La gente que pasa lo mira con indiferencia. Él no parece darse cuenta de nada. Lleva unos pantalones vaqueros raídos y una camiseta blanca. Me impresiona ver su gesto de abandono y desolación. Le miro nuevamente y siento nostalgia por su soledad; imagino su recorrido hasta aquí y pienso en tantos como él que han abandonado su tierra para buscar un sueño, para alcanzar un lugar que quizá no existe, una utopía. Me detengo frente al hombre y lo contemplo con sutilidad. Le miro nuevamente y unas chicas que pasan junto a mi parecen hacer lo mismo. Una pareja mayor pasa y como sin querer echa una mirada al hombre, luego parecen comentar algo entre sí. Más abajo hay un grupo de hombres y mujeres mayores que hablan y ríen fuerte. Llaman a sus perros. Bajo las escaleras y miro nuevamente hacia

atrás: el hombre no se ha movido, su cuerpo continúa expuesto al sol y a las miradas. Abajo, sentados en un banco, una pareja de mediana edad observa a su hija adolescente jugar con el perro (miércoles, 28 de marzo de 2001, 18:30 horas).

Es impresionista hablar de ello, pero es la primera sensación que se experimenta cuando se observa este hombre (cuya identidad *a priori*, fundada a partir de su apariencia, podría ser la de extranjero) tendido boca abajo en uno de los muros de la escalera del parque una tarde cualquiera de marzo: un cuerpo expuesto a la intemperie de las miradas y la indiferencia, cuyo rostro desconocido es el de muchos que han trashumado el tiempo y el espacio para asirse a la vida. Un simple cuerpo que en sí mismo metaforiza el cuerpo social de los desheredados, de los marginados, de los que no logran o no pueden “integrarse” (¿identificarse con y en los otros?) por su condición “distinta”, una manera eufemística de decir “inferior”; un cuerpo dispuesto, tal vez sin querer, a horadar el orden social, el *statu quo*, mediante su presencia aparentemente llana pero cargada de una profunda violencia, no por ella misma, sino por lo que simboliza en medio de un parque lleno de árboles y de personas de rostros apacibles que pasean felices a sus perros.



Foto 18: Jóvenes jugando en el césped

En últimas, en los casos anteriores se podrían perfilar algunas regularidades que tienen que ver con el desvelamiento de las apariencias.

Seres humanos solitarios que pasan su tiempo libre o que tienen todo el tiempo libre y lo usan para la contemplación y la lectura o para tomar el sol en el parque; o cuerpos humanos donde habitan seres huérfanos o seres “anómalos” incapaces de vertebrarse en la sociedad por su condición de otredad.⁷⁰ Seres humanos cuya presencia parece situarse siempre en la difusa línea de lo permitido y lo no permitido, o que la cruzan cotidianamente.

4.2 Lugar de encuentro

Uno de los usos clásicos de un parque público es el de servir de punto de referencia para algo, el de ser un lugar que posibilite distintos tipos de contacto interpersonal, es decir, el encontrarse con los (as) otros (as) en un espacio tranquilo y en cierta medida dispuesto para los tiempos lentos, para las no prisas. Encontrarse con alguien, en el sentido básico del término, es coincidir con ese otro (s) u otra (s) simultáneamente en un mismo espacio y tiempo, ya sea porque se ha tenido la intención previa de hacerlo o por obra y gracia del azar. El sentido general del encuentro dentro de los espacios públicos, se define a partir de elementos como el anonimato, la copresencia y la visibilidad mutua de los extraños que comparten un mismo lugar durante cierto tiempo.

Por la vía principal del parque no deambula nadie a esta hora, pero por otros senderos sí. Cerca de mi lugar de observación una mujer pasea a su perro y limpia su caca con disciplina: se agacha una y otra vez hasta cuando el animal decide no hacer más. Camina un par de metros y se encuentra con otra mujer que viene de los lados del aparcamiento. Se saludan con cierta efusividad y aunque hablan muy fuerte no logro entender el contenido de su conversación, así agudice mi oído hasta límites extremos.

-Venga

⁷⁰ La idea de la *otredad*, como plantea Octavio Paz, no es sino una de las formas en que se manifiesta uno de los problemas centrales del pensamiento: el Uno y la pluralidad, la unidad y la multiplicidad; el Uno y los muchos: “La *otredad* es una dimensión del uno. Doble movimiento: por una parte percepción de lo que no somos nosotros; por otra parte, esa percepción equivale a internarse en nosotros mismos (...) su presencia nos deshabita: nos hace salir de nosotros mismos para unirnos con ella; su ausencia nos habita: al buscarla por los interminables espejos de la ausencia, penetramos en nosotros mismos”. Es decir, se refiere a Los *otros* que somos nosotros. Véase: *Por las sendas de la memoria. Prólogos a una obra*. Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, p. 222 y siguientes.

- Hasta luego

Se despiden y cada una sigue su camino... (martes, 3 de abril de 2001, 9:30 horas)

.....

(...) A medida que el clima se torna cálido el parque se llena de gente en forma considerable: parejas de enamorados echados sobre la hierba, grupo de extranjeros, jugando voleibol o improvisando una cancha con un cordel amarrado de los árboles; grupo de chicos y chicas sentadas en los bancos con sus móviles y sus risas; personas mayores paseando solas y acompañadas o sentadas en los bancos a la sombra de algún árbol; adolescentes jugando con sus perros (los perros son también visitantes asiduos del parque); niños jugando en las zonas infantiles, a la pelota o montando en bicicleta; grupos de niños y chicos disputando un partido de fútbol en el estadio de La Florida; y siempre gente que conversa, que se relaciona, que utiliza el parque como lugar de encuentro, como espacio donde lo lúdico se mezcla con el ambiente para exaltar las individualidades o los colectivos momentáneos...(domingo, 22 de abril de 2001, 17: 00 horas).

.....

Llevo casi media hora aquí y pienso que ya empiezo a distinguir los visitantes habituales del parque: los que hacen deporte, los hombres que salen con los perros, las mujeres que caminan por la parte baja, los pajareros... En estos meses de observación he echado de menos a los grupos de chicos que se reunían aquí, ahora sólo he visto algunos grupos esporádicos casi siempre de estudiantes que después de las cinco de la tarde se sientan en algunos de los bancos de la plazoleta a hablar y a fumar antes de ir a casa. Uno de los encargados del parque me ha dicho que todavía se reúnen pero ahora con más cuidado.

Al contrario de las primeras observaciones que realicé aquí, en el 2001, ahora veo más mujeres que si bien no transitan solas, pasean o se sientan en los bancos. Hay especialmente una que me ha llamado la atención. Tiene el pelo blanco y dos perros. Se sienta en las gradas de la escalera de la parte alta de la vía principal. Llega sola con sus perros y poco a poco van llegando otras mujeres y algunos hombres. Todas son personas mayores. Al filo de las 4 hay más de seis personas sentadas allí. Hablan, rien, llaman a sus perros y juegan a las cartas como si el tiempo no pasara. Cuando el sol empieza a ocultarse se empiezan a recoger. Así todos los días soleados de la semana. Ahí en las mismas escaleras y a poca distancia, se forma otro grupo de pajareros. Colocan las jaulas en el muro mientras ellos se sientan en las gradas a

hablar. Muchas veces me he sentado en los bancos de enfrente para escucharlos. Casi siempre hablan de sus pájaros, de las razas que mejor cantan, de los nietos, otras veces hablan de política o de los inmigrantes. Cuando el sol se empieza a ocultar cogen sus jaulas y toman distintos caminos a casa... (jueves, 15 enero de 2004, 10:00 – 11:30 horas).

Goffman habla de tres circunstancias o “razones austeras o no ceremoniales” en las que se puede producir un encuentro o interacción personal: la realización de una actividad que obliga a los participantes a ponerse en contacto; cuando las partes en relación utilizan de forma independiente pero simultánea los mismos espacios o cuando coinciden en una misma actividad; y, por último, puede producirse porque el objetivo abierto y controlado de una de las partes o de ambas, es celebrar el ritual de apoyo.⁷¹ Estos planteamientos se tendrán en cuenta para distinguir los encuentros que he llamado arbitrariamente *intencionados* o señalados por los hábitos cotidianos de cierto grupo de habitantes, de los que se producen al azar, *accidentales*, que no tienen lugar exactamente entre extraños sino entre personas que poseen cierto nivel de conocimiento mutuo, dejando claro el hecho de que el Parc de les Planes, por ser un espacio público, también es territorio de extraños, de desconocidos entre sí.

El encuentro intencionado encierra una serie de aspectos que van desde la determinación previa del lugar y la hora específica del contacto personal hasta la suposición de que, quienes lo protagonizan, tienen cierto nivel de conocimiento mutuo, se conocen de algo. También implica la preparación de los detalles anteriores al contacto, es decir, los protagonistas de esa interacción dependiendo de con quién o quiénes se van a encontrar y su nivel de conocimiento o vinculación mutua, preparan con antelación los detalles concernientes no solo a su apariencia, selección del vestido (el decorado personal) sino también la disposición corporal y anímica y es posible que hasta se delinee con antelación la manera cómo se actuará o lo que se dirá.⁷² Es

⁷¹ Goffman, *Relaciones en público*, pp. 86-87

⁷² El término interacción se utiliza a la manera de Goffman para indicar “la influencia recíproca de un individuo sobre las acciones del otro cuando se encuentran ambos en presencia física inmediata “la interacción total que tiene lugar en cualquier ocasión en que un conjunto dado de

importante traer a colación una referencia de Simmel en que se dilucida la naturaleza de la cita, el encuentro intencionado, ligándola inexorablemente con una relación espacio-tiempo de doble vía:

La esencia sociológica de la cita consiste en la oposición entre la brevedad y el carácter pasajero del acontecimiento, por una parte, y su fijación en el espacio y tiempo, por la otra. (...) Se destaca psicológicamente de la forma crónica de la existencia, por su carácter de singularidad; es un estado agudo, algo que brota de la ocasión particular. De este modo adquiere un carácter singular y se separa del curso continuo de la vida, representando cierto punto de fijeza para la conciencia en los momentos formales de su tiempo y lugar.⁷³

Los encuentros accidentales podrían llamarse también *fortuitos* o *no intencionados*. Se está o transita por algún lugar y de repente se cruza con alguien conocido. Algunas veces -y esto depende de muchos factores: tipo de vínculo, nivel de conocimiento mutuo, disposición anímica, etc.-, la persona se detiene para iniciar una conversación con la otra, haciendo uso de los respectivos rituales interpersonales de los que habla Goffman, en este caso, “la conversación en forma de saludos desempeña funciones especiales para una compañía, y generalmente señala su formación y terminación y la llegada y la marcha de un miembro...”.⁷⁴ En otros casos, las personas inmersas en el encuentro sólo se saludan con la mano o con un simple “hola” y luego cada cual sigue su camino.

Ciertas características de los encuentros (contacto personal) entre conocidos y/o desconocidos, podrían condensarse en los planteamientos de Goffman entorno a las actuaciones en público de los individuos, siguiendo la metáfora de la puesta en escena teatral, donde éstos son actores que representan un papel determinado ante un público atento a las minucias de su desempeño. De ahí el control de las impresiones, de los elementos que refuerzan su máscara siempre afín con el rol social representado o con lo que se quiere representar, cuya fachada concebida como “la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo

individuos se encuentra en presencia mutua continua”. Ver *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, p. 27

⁷³ Simmel, *Sociología 2*, p. 665

⁷⁴ Goffman, *Relaciones en público*, p. 44

durante su actuación” ya tiene cierto nivel de definición a través de la práctica social.⁷⁵

El Parc de Les Planes parece ser uno de esos lugares donde se puede percibir la convergencia de todo tipo de encuentros: los que ocurren entre conocidos y perfilados en la costumbre cotidiana, los fortuitos o azarosos y los inmersos en el mundo de extraños, producidos por distintas identidades sociales.⁷⁶ Dentro de los primeros se encuentran el de los hombres pajareros, la de los enamorados, padres/abuelos con niños en las zonas infantiles, grupos de jóvenes o deportistas; dentro de los segundos están aquellos que surgen sobre la marcha y que parecen no establecidos de antemano: mujer(es) u hombre(s) que coincide con otro(s) y otra(s), se saludan y hablan; transeúntes que van en sentido contrario; jóvenes o adultos que se cruzan con conocidos. Y por supuesto los que suceden entre extraños: un hombre pregunta a una chica que está en la escalera dónde queda la estación del metro, una mujer pregunta la hora, una chica interpela a otra por un cigarro o por fuego; además de las interacciones ocasionadas por otros agentes estimulantes: el perro, los niños, el clima, etc., por el simple hecho de compartir simultáneamente el mismo espacio.

Durante la primera fase del trabajo de campo se tuvo la oportunidad de descubrir encuentros intencionados frecuentes entre los pajareros, entre los grupos de adolescentes o de adultos, los de extranjeros y entre los enamorados; y dentro de los accidentales se esbozaron los de familias jóvenes o mayores que coinciden con similares; hombres y/o mujeres mayores o jóvenes que pasean con su perro y se topan con otros u otras como ellos en las mismas circunstancias y lo de los transeúntes que se cruzan con conocidos, se saludan y algunas veces hablan un momento. Aunque en términos generales esa misma situación se pudo observar en la segunda fase, algunas cosas habían cambiado, sobre todo las relacionadas con los encuentros de grupos de jóvenes y de extranjeros los fines de semana.

Encuentros masculinos

⁷⁵ *Ibidem*, p. 34

⁷⁶ Goffman habla de identidades sociales para referirse a las grandes categorías sociales a las que puede pertenecer y verse que pertenece un individuo: grupo de edades, sexo, clase, regimiento, etc. *Ibidem*, p. 195

Desde el mismo momento en que se inició el trabajo de campo en el parque, se tuvo la impresión de que era un lugar de predominancia masculina especialmente durante las horas de la mañana, pues en ese lapso la presencia de varones era muy notoria; hecho que se manifestó a lo largo de todo el proceso de observación y en los datos aportados por la encuesta de parques metropolitanos a la que se ha hecho mención en varias oportunidades. Hay, entre los grupos ocupantes del parque, un colectivo de hombres generalmente mayores que se dedican a asolear a sus pequeños pájaros allí. Se ubican en los cuatro puntos cardinales según su procedencia vecinal y según el sol; si viven en La Florida se sitúan en la zona alta adyacente a este barrio, si viven en Pubilla Casas lo hacen en la parte baja que coincide con la avenida Isabel la Católica, y así sucesivamente. Su presencia es muy constante durante todo el año, tanto que durante los días fríos parecen ser los únicos usuarios del lugar. Son muy numerosos y desarrollan una serie de actividades interesantes que van más allá de la simple ocupación espacial.

El hombre saca todas las jaulas de sus respectivas fundas y las pone sobre el muro y luego empieza a limpiar la primera de heces y residuos de comida. Después raspa los barrotes con algo produciendo un sonido molesto que se confunde con el ronroneo metálico del tren que pasa en estos momentos. Ahora escucho que la golpea o sacude, no sé, porque estoy mirando hacia otro lado para que él no se dé cuenta de mi curiosidad.

Los dos hombres mayores que están a mi derecha conversan mientras sus pájaros toman el sol. Uno sentado en el banco y otro de pie. Ahora el hombre cojo limpia la segunda jaula, escucho sonidos parecidos a los anteriores, raspa, golpea y los pájaros cantan.

Mientras tanto en el lugar del hombre cojo ya hay cinco hombres con sus pájaros y los ritos de limpieza de jaulas. Me marcho y cuento: 11 hombres asoleando a sus pájaros. Me parece que los pájaros son el pretexto para el encuentro. Estos hombres por lo visto tienen la costumbre de venir casi todos los días aquí y después de limpiar las jaulas se sientan a conversar, a hablar de todo. A lo mejor son pensionados, personas solas que sienten la necesidad de encontrarse con sus iguales para compartir

cualquier momento de sol. Los pájaros son el motivo y el pretexto (viernes, 29 de marzo de 2001, 10:00 – 12:00 horas).

Las horas de visita están condicionadas por las circunstancias climáticas. Así, por ejemplo, durante los días muy fríos empiezan a llegar alrededor de las 10 de la mañana y permanecen allí hasta después del mediodía y otros, lo hacen por la tarde después de las 3 o 4 para aprovechar las horas de sol. Durante los días más cálidos suelen llegar más temprano por la mañana y más tarde después del medio día. Hay ocasiones en que los hombres permanecen allí casi todo el día y sólo *se van del parque cuando tienen que ir a comer*. (Conversación con uno de los cuidadores del parque)

Yo vengo aquí casi todos los días, vamos, cuando hace buen tiempo. Llego por la mañana, me quedo un rato y después voy a comer, y a veces también regreso por la tarde... No sé, depende de lo que surja en casa o así (...)
¿Desde cuándo hago esto? Desde siempre, desde que soy pensionista, vamos, aquí venimos muchos que nos conocemos del barrio... (Pajarero)

(...) Así entre apunte y apunte el hombre mayor empieza a hablar de los horarios en que baja al parque para que sus pájaros tomen el sol: durante el verano en las primeras horas de la mañana y casi en las últimas de la tarde, y en el invierno durante las últimas de la mañana y primeras de la tarde. “A las cinco estoy plegando para irme a casa”, dice divertido. Cuenta que se conoce con algunos de los hombres que sacan sus jaulas en el mismo lugar que él porque algunos llevan ya bastantes años haciendo lo mismo... (martes, 4 de noviembre de 2003, 3:00-5:30 horas)

La ubicación de estos hombres en el parque se rige por dos factores: por el sol en los días fríos y por la facilidad de la sombra en los días calurosos. Van rotando según va cambiando el tiempo y la postura del sol, pero eso no implica que busquen los sitios al azar sino que ya los tienen prefigurados por la costumbre, es decir, ya los conocen y saben cuándo y cómo usarlos. Aunque se nota cierta permanencia en la ocupación de lugares determinados para realizar su labor cotidiana, hay que decir que cualquiera que ofrezca condiciones adecuadas de acuerdo al tiempo, puede servir a las intenciones de

los pajareros, sobre todo cuando se anda solo o se es nuevo allí, pues en esas circunstancias se está más a la deriva y no hay una prefijación espacial.

Hay un hombre mayor muy cerca de mi lugar de observación (uno de los bancos de la placita arbolada de la zona baja del parque). Tiene unas jaulas pequeñas en la mano. Está de pie, casi inmóvil y mira para todos los lados como buscando algo. Ahora se fija en la placita arbolada situada muy cerca de la vía principal. Se aproxima con paso lento y una vez llega, coloca las jaulas con delicadeza sobre uno de los muros. Saca un cigarro, lo enciende, echa un vistazo en derredor y dice “hola”. Yo le respondo con otro hola aséptico e impersonal. Me da la impresión de que este hombre no está seguro del lugar. Da unas cuantas caladas al cigarro. Se queda un rato pensativo mirando las jaulas y luego las distribuye a lo largo del muro mientras va dando chupadas lentas al cigarro y una nube de humo vuela hasta los bancos cercanos. Algunos de los hombres que estaban con sus pájaros en el costado izquierdo ahora recogen sus jaulas y todo lo demás y se mudan para la parte baja de las escaleras donde calienta más el sol. Se saludan con otro hombre que está ahí y ubican sus jaulas a lo largo de una de las gradas mientras ellos se sientan en un banco cercano. Miran a sus pájaros y hablan... (jueves, 11 de diciembre 2003, 10:00-12:30 horas).

En términos generales, entonces, se puede decir que la ubicación espacial de los pajareros es relativa, aunque se nota cierta persistencia en lugares con elementos determinados: en las escaleras de la vía principal, en los muros que se encuentran en los parquecitos y en algunos bancos. La razón es sencilla: casi siempre atienden a sus propósitos de sol y facilitan el despliegue de las jaulas. El estudio de sus costumbres, de sus modos de relacionarse y apropiarse del espacio, daría datos interesantes sobre cómo se vertebra la vida social en un espacio público urbano y cómo las formas de habitarlo se convierten también en señas identificatorias del individuo, más visibles en un parque como éste donde se pueden vislumbrar fácilmente la confluencia de tiempos: los lentos de la espera y la contemplación y los veloces del tránsito y el paso.

Hay ciertas señas particulares que identifican a los pajareros. Algunas se relacionan con su apariencia física, son por lo regular hombres mayores (aunque también algunos relativamente jóvenes), vestidos con decoro que siempre llevan consigo una o varias “maletas” donde transportan las pequeñas

jaulas con sus respectivos ocupantes. Otras, más abstractas, están asociadas a la expresión corporal y la disposición gestual y anímica que reflejan. Son personas que se desplazan lentamente como aprehendiendo el tiempo en cada paso, como si no existiera el reloj, y eso mismo se percibe en sus caras, en su mirada.

Pero lo interesante no es sólo la ubicación, sino las prácticas e interacciones sociales que implica la actividad de estos hombres desde el momento en que llegan, pues no sólo realizan el ritual de limpieza de las jaulas, en el cual pueden tardar horas, sino que ese tiempo está lleno de conversaciones con los otros que van arribando al mismo lugar, y/o algunas veces, con desconocidos que ocupan los bancos cercanos y con los cuales entablan una relación frágil, que suele durar el tiempo que se comparte el mismo espacio.

El hombre quita las fundas de rayas de colores a cada una de las jaulas. De una bolsa de Consum saca una especie de cuchillo pequeño y un cepillo de cabeza redondeada. El hombre se ajusta las gafas sobre la nariz mientras un chico pasa lento por la calle del cementerio y mira con fijeza hacia donde está el hombre... Da la impresión de que busca algo, o a alguien, no se puede saber. Ahora coge una jaula, la raspa con el cuchillo, la cepilla por todos los lados quitando los residuos de heces y comida y luego se dirige a la fuente que está muy cerca para lavarla. Posteriormente pone en la jaula los compartimentos que había quitado al principio y la coloca aparte, lejos de las otras que están por limpiar. Ha tardado justo cinco minutos en hacer este proceso de limpieza y aún faltan siete jaulas...

Pasados algunos minutos llega una mujer joven a la placita que ocupa el hombre con sus pájaros. Dice "hola" mientras se sienta en el banco que está enfrente. El hombre responde con otro hola y continúa con su labor de limpieza. La mujer parece mirarlo con curiosidad y le dice, en tono casi coloquial: "Se está muy bien hoy aquí". "Sí, no hace tanto frío", responde el hombre... Hablan un par de minutos y luego la chica se despide y va hacia otro sector del parque (viernes, 19 de diciembre 2003, 11:00 horas).

También se percibieron ciertas rutinas establecidas entre ellos. El hombre llega, por lo regular, solo (sí ya hay otros allí los saluda y establece una conversación), se sitúa en su "propiedad", abre las maletas, saca las jaulas

mientras los pájaros cantan, las limpia una a una pacientemente para ubicarlas luego de cara al sol, ya sea en un muro, una pared o un árbol. Después contempla embelesado a sus pájaros y se queda allí un rato de pie hasta que se da cuenta que existe el parque o un banco donde sentarse. Aunque los hombres llegan solos, rara vez permanecen todo el tiempo así. Por lo general se van instalando alrededor de las jaulas hasta conformar un colectivo numeroso. Su encuentro no es casual sino perfilado por la costumbre, por el uso singular compartido desarrollado en esos espacios apropiados. Lo anterior además connota que no son totalmente extraños entre ellos, puesto que o bien se conocen desde hace tiempo por vivir en el mismo barrio o por coincidir siempre en los mismos lugares, o bien empiezan a distinguirse a partir del desarrollo de esas actividades comunes, propiciadoras de interacciones con cierto grado de permanencia en el tiempo. De ahí los diálogos, las risas, los movimientos que hacen parte de su vida cotidiana y la del parque.

No obstante, también suele darse el caso de hombres solitarios, dispersos entre los árboles: están allí junto a su animal, ora contemplándole, ora hablándole, ora mirando alrededor, pero siempre con ese dejo de quietud marcado en su cuerpo y sin aparente contacto activo con los demás: no está allí para el encuentro. En ese sentido, su presencia refleja que la persona “además de ser vehículo y unidad de participación también tiene otras dos capacidades en las que puede tener capacidad el individuo: la de coparticipante en un encuentro y la de ser alguien a quien se considera meramente presente en un contexto o una reunión social”.⁷⁷

La presencia continua de los pajareros parece haberlos convertido en parte del paisaje, en un elemento natural del espacio que habitan y llenan con sus prácticas. Pero también sugiere otro papel que se advierte en las observaciones y en las conversaciones con algunos de ellos: el de vigías; son testigos de los acontecimientos y vaivenes del parque. “*Pregúntale a los pajareros, ellos saben todo lo que ocurre aquí...*”, dice uno de los encargados cuando se le inquiriere por las cosas que pasan allí. Ellos miran desde “sus” lugares: los muros, los bancos, los escalones y saben quiénes son nuevos, quiénes se reúnen, qué hacen: son algunos de sus ojos permanentes.

⁷⁷ Goffman, *Relaciones en público*, p. 45

No recuerdo cuánto tiempo llevo viniendo al parque, pero son varios años ya. Aquí han pasado muchas cosas, pero desde la llegada de los mossos todo ha cambiado mucho; ahora es más seguro. Hasta los chavales que se hacían debajo de las escaleras a consumir se han marchado y los moros también (...). Aquí pasan muchas cosas..., y como la mayoría de los que venimos siempre nos conocemos, pues se comentan cosas. El otro día me dijeron que una noche habían habido disparos y que una chica había sido violada; no me consta; eso me dijeron. Lo que sé es que ya no se ve a esa gente que venía antes; ahora, pues se ven a personas que pasean con los perros, a chicos o chicas que corren, a familias, a los niños... (Pajarero)

Se podría decir, entonces, que estos hombres no sólo van al parque con el pretexto de asolear a sus pájaros sino, en cierta medida, a buscar a sus iguales, a los otros con los cuales puede establecer una conversación y unos lazos prolongados más allá del momento compartido. Van en búsqueda de un espacio vital que les brinda la posibilidad de “salir” de una vida cotidiana en donde quizá ya no encuentran mucho qué hacer. Por ello, cuando están allí, el tiempo no transcurre y los diálogos van y vienen: sus pájaros, la familia, los años de la guerra, de la carestía; la mili, la dictadura, la política actual, en fin, los temas recurrentes de una conversación evocadora, pero a la vez reivindicadora de sus vidas. De lejos, los cuerpos, las palabras, los gestos, las risas de estos hombres parecen convertirse en memoria, en paisaje anclado en un lugar que de alguna manera les permite la lentitud, el trasegar por las horas sin los vaivenes que ofrecen otros lugares como la calle, por ejemplo. En cierto modo se constituyen en parte del paisaje, en usuarios cuya presencia parece enraizarse en cada uno de los espacios y transmitir la sensación de seguridad, de compañía. Son ocupantes del día, habitantes de los muros, los bancos, y los troncos de los árboles; vigías cuyos ojos escudriñan los rostros y las acciones. Son a la vez actores, vigilantes y testigos.

Me ubico justo en un banco que está enfrente de uno de los pajareros, el más mayor. Mientras me aproximo les digo “hola” esbozando una sonrisa de deferencia. Los hombres me miran, tal vez un poco extrañados, y responden mi saludo. Me siento y empiezo a observarlos mientras terminan de ubicar sus jaulas a lo largo del muro. Una

vez terminan esa labor me parece apropiado decir algo para iniciar una conversación. Pienso en algo fático, un comentario sobre el tiempo o la belleza de los pájaros, pero no me atrevo a dar el primer paso. Espero a que uno de los hombres se siente en el banco donde estoy pues es el único donde hay sombra a esta hora de la tarde. El hombre se acerca y se sienta a mi lado y yo le digo les gusta mucho el sol a los pájaros, ¿no? “Como a todos”, responde (mi pregunta es estúpida, pienso). Sonríe un poco y puedo ver los rasgos de su cara pero sobre todo un diente de oro y un piñón que tiene en la boca y que desplaza con la lengua una y otra vez sin llegar a masticarlo. Percibo un hombre cascado, con unas arrugas profundas. Son muy bonitos. ¿Son canarios? Pregunto con aire de ignorancia a sabiendas de que no eran canarios; pero fue lo primero que se me ocurrió decir. “No, son jilgueros”. Ya, ya, dije mientras reía. Luego, de repente, me dice que me vende uno. Pero ¿son muy caros, no? pregunté. “No, no ¡que va!” A partir de ahí empezamos una conversación más fluida matizada por verdades a medias de mi parte. Qué de dónde soy, que si estoy casada y tengo hijos, que si trabajo o estudio, preguntas que el hombre me hace de manera insistente. Para aclararle algo le digo, en efecto, que no soy de aquí, que tengo una niña, que soy estudiante y que hago un trabajo sobre el parque para la universidad. Me dice que si he venido de tan lejos a estudiar debo tener pasta porque eso cuesta mucho dinero. “¿Qué estudias?” me pregunta. Antropología, le respondo. El hombre se queda mirándome y dice: “Y eso ¿qué es?” (Martes, 4 de noviembre de 2003, 15:00 – 17:30 horas).

En el primer ciclo de observación se pudo identificar a dos grupos masculinos y dos mixtos cuyos encuentros se verificaban en el parque. Dentro de los primeros había un grupo de chicos (del que ya se habló en otro apartado) que se ubicaba en la parte baja, paralela a la avenida Isabel la Católica. Otro de los grupos identificados fue uno de adultos entre los 20 y 25 años, aproximadamente. Se situaba en la parte alta del parque (subsector B2), cerca de las escaleras, en un lugar resguardado por los árboles y parecía tener cierto grado de consolidación. Se reunían casi todos los días, si las condiciones climáticas lo permitían, especialmente en las mañanas. Formaban una *colla* bastante numerosa: hasta de 15 miembros hombres.⁷⁸ Su apariencia personal, los gestos, las palabras y las horas en que se reunían daban pie para inferir

⁷⁸ Palabra catalana empleada por uno de los encargados del parque. En español significa “grupo” o más concretamente “peña” y es uno de los numerosos ejemplos de términos catalanes incorporados al habla habitual de los castellanoparlantes en Cataluña. Se usa para referirse a una asociación informal de amigos.

algunas cuestiones acerca de su posible procedencia y ocupación, lo que implicaba también asumir márgenes de error. Así que la caracterización a priori indicaba que podrían ser individuos en paro de las capas de población de nivel económico bajo de los barrios aledaños, desocupados, seres cercanos, quizá, al mundo de la droga o la delincuencia, como mencionó uno de los pajareros con el que se habló entonces: “esos *chavales no hacen nada, vienen aquí solamente a consumir*”. Tal vez simples individuos que se reunían allí para pasar el tiempo sin otras implicaciones mayores. Cuando estaban reunidos, las personas que transitaban cerca los miraban con cierta desconfianza, no tanto por su apariencia como por esa sensación de hermetismo que parecía flotar sobre su espacio de reunión. Una concentración de cuerpos bastante juntos que podía dar pie a que se pensara que a veces hacían cosas clandestinas o indebidas socialmente. En mi caso, cuando les veía, procuraba pasar por el otro costado de las escaleras, no tanto para que no me miraran sino para poder observarlos de reojo a una distancia prudencial; pero siempre me quedé con el deseo de observar eso que seguramente hacían mientras conversaban muy quedo y se arremolinaban entorno a uno de los bancos, donde habían algunas latas de cerveza y unas mochilas.

La disposición de los cuerpos, de las miradas, del entorno específico creado, producía la sensación de privacidad; de que ese espacio tenía “dueños”.⁷⁹ En últimas, se percibía un fenómeno de apropiación espacial cuyos límites, en este como en cualquier otro caso semejante, son demarcados en el momento de la interacción mediante la posición corporal, los gestos, el lenguaje y la ubicación de objetos señaladores que cumplen la función de prolongar esa apropiación más allá de las prácticas sincrónicas de los individuos pertenecientes al grupo. En este grupo el objeto demarcador de esos límites de propiedad espacial era un banco que, según uno de los encargados del parque, fue arrancado del sitio donde estaba ubicado originalmente para resituarlo allí. Según parece, cuando se dieron cuenta de ese hecho los mismos encargados volvieron a ponerlo en el sitio original (cerca al campo de

⁷⁹ Lyn Lofland, en *A world of strangers*, (pp. 151-155), habla de los principios de transformación simbólica, refiriéndose a la manera como las personas usan el cuerpo para en determinadas circunstancias crear para ellos mismos campos simbólicos de privacidad, a través de ciertas reglas como la minimización la expresividad y el contacto personal, el ojeo antes de sentarse y la desatención de urbanidad y la retirada a tiempo.

fútbol), pero a los pocos días fue nuevamente situado en “su” lugar de reunión. Al final los trabajadores optaron por dejarlo donde el grupo la había resituado, pues no había más opción: ya era parte de sus dominios.⁸⁰ Esta apropiación espacial se configura también por la frecuentación (tiempo) y las actividades que los chicos llevaban a cabo, pues no solamente era un espacio para la conversación sino también para comer, fumar y beber; y en esencia, para pasar el rato y mirar. Los integrantes de este grupo aunque producían un poco de desconfianza por su aspecto físico no eran ruidosos, al contrario, hablaban en voz baja, como si estuviesen tratando temas trascendentales e íntimos.

Dentro de los grupos mixtos, esto es, integrados por hombres y mujeres, había uno que se reunía en un costado del parqueadero. Sus comportamientos y su indumentaria no dejaban entrever mayores rasgos de desconfianza o inseguridad. Hablaban, se tendían en el césped y jugaban con sus perros. Parecían más tranquilos, por lo cual su presencia era menos notoria para los demás: no llamaban tanto la atención. Además la hora de su encuentro – después de las 5 de la tarde- hacía pensar que eran estudiantes o trabajadores. Se percibían más abiertos y distendidos en sus interacciones grupales, sin ese aire de “cerradura” grupal que de alguna manera se reflejaba en las reuniones de los dos casos inmediatamente mencionados.

En la actualidad la presencia de estos grupos es menos notable en la vida cotidiana del parque y, aunque no se les ve habitualmente, algunos de los ocupantes afirman que aún se reúnen, *pero son muy pocos y pasan casi desapercibidos*; otros dicen que *lo hacen por la noche cuando no hay nadie*. Pero todos coinciden en que la ubicación reciente de la sede de los Mossos d'Esquadra en uno de los costados del parque impide esos encuentros y las posibles conductas anómalas que de ellos se puedan desprender.⁸¹ De alguna

⁸⁰ El situar el banco en un lugar distinto al original implica además de una apropiación contundente una modificación del espacio para adaptarlo a las circunstancias particulares del grupo, a sus actividades cotidianas. Y este hecho en apariencia anodino parece muy usual en algunos parques y jardines, como encontró también Miguel Doñate en su trabajo *Normas y derechos subjetivos en los parques públicos. Reflexiones a partir de los “Jardins del Dr. Roig i Raventós”*, Trabajo de investigación de 2do. Año de Doctorado, Departament d'Antropologia Social, Universitat de Barcelona, junio de 2004, p. 43

⁸¹ La Comisaría de los Mossos d'Esquadra es la mayor del territorio catalán y está situada en la calle Teide en la confluencia con la calle Sant Rafael, junto al parque de Bomberos, en la Florida-Les Planes. El despliegue en la ciudad se hizo efectivo el 4 de octubre de 2003 con la inauguración de las instalaciones físicas antes mencionadas. Ver el artículo “Los Mossos se hacen cargo de la seguridad en L'H”, *L'Hospitalet*, 14 de octubre de 2003.

manera hay más ojos que vigilan y aunque se aprecien todavía ciertos comportamientos que podrían considerarse pocos cívicos de algunos de los usuarios, ya no se advierten las conductas vandálicas, muy frecuentes antes del establecimiento del destacamento policial.

Los encuentros entre extraños

Es pertinente considerar que una de las características del espacio público es el grado de desconocimiento entre las personas que lo practican. Los transeúntes o visitantes esporádicos son extraños entre sí, puesto que su nivel de conocimiento mutuo es nulo o escaso constituyen, en efecto, lo que Lyn H. Lofland, llama, titulado un importante libro suyo, “un mundo de extraños”. Por ello, en el espacio público todos somos extranjeros o migrantes, siempre de paso y expuestos a la intemperie, a la fragilidad de nuestra condición de desconocidos y por tanto con los sensores constantemente accionados para leer las huellas, los indicios y sobrevivir indemnes al tumulto y extrañamiento de la calle. Desde ese punto de vista lo público llevaría implícita -en teoría- la noción de democracia, de apertura e igualdad dentro de las diferencias; sin embargo en un espacio público como el parque la condición de extranjero se acentúa doblemente cuando el transeúnte o habitante temporal además de ser un extraño para los demás lo es también porque su apariencia o comportamientos son diferentes de los del entorno social inmediato dentro del cual está inmerso.

Son las 5 de la tarde y todavía se siente fuerte el sol. De la parte de abajo llega un murmullo de voces y gritos. Cuando empezamos a bajar por las escaleras vemos a muchas personas en el campo de fútbol y, más allá, hombres, mujeres y niños sentados en el césped. Bajamos lentamente por la vía principal y nos damos cuenta de que casi la mayoría de los que están aquí son extranjeros. Hay muchos. En el césped, en los bancos, en las vías con sus niños en bicicleta o jugando con la pelota; de hecho, han puesto una malla cerca de una de las chimeneas y allí juegan. Cuento más de 50 personas acompañando a los jugadores. Nos detenemos un momento para observar lo que pasa y nos damos cuenta de que, además de jugar, algunas de las personas se dedican a la venta de bebida y comida. Ya en la parte baja nos

encontramos con el mismo panorama: muchas personas latinoamericanas - presumiblemente ecuatorianos y peruanos- con sus familias enteras disfrutando de los últimos días del verano. Es un grupo numeroso y parece que todos se conocieran. Hablan, ríen y escuchan música a todo volumen mientras beben una cerveza o comen algunos de sus productos típicos. Nos sentamos un rato en uno de los pocos bancos que está desocupado y observo el tránsito de personas por las vías principales y a una pareja de mayores que pasea despacio por uno de los caminos. También veo a algunos hombres con sus perros y a un grupo de mujeres mayores que sube por la calle principal, mientras se paran un momento a mirar a la gente que juega en el césped. Ha pasado casi una hora y decidimos salir del parque, porque no hemos encontrado un espacio tranquilo para descansar y jugar con nuestra hija; hoy el parque está especialmente ocupado casi en todos sus rincones... (domingo, 13 de julio de 2003).

En las observaciones del 2001 se comprobó la afluencia intensa al Parc de Les Planes de gente al parecer de América Latina. Uno de esos ocupantes era un grupo muy visible, justamente por ese carácter numeroso, integrado por personas jóvenes de ambos sexos, por chavales y niños pequeños, que permanecía varias horas desarrollando distintas actividades. De alguna manera había hecho suyo el espacio a través de sus prácticas dotándolo de nuevos sentidos. Ya no era sólo el espacio de juego, sino un ámbito del encuentro con lo “propio”, con sus costumbres y formas de vida.⁸² Ese lugar los domingos era más que un parque: constituía un trozo plagado de significaciones, de arraigos y de nuevas prácticas. Era el grupo y su música, su comida, la conversación matizada de risas y nostalgias, la atmósfera recreada una y otra vez para asir lo conocido, lo que acaso les permite sobrevivir al naufragio al que unas condiciones de inserción social duras les condenan. Desde fuera el colectivo se percibía compacto y “extraño” a la vez. Las personas que transitaban cerca de ese lugar se fijaban con curiosidad en los eventos que allí se tejían, tal vez atraídas por el bullicio de los aplausos y de las conversaciones. Una sensación de sorpresa parecía dibujarse en sus rostros “¿Quiénes son esos otros?” Algunas personas con las que se habló -pajareros, hombres y mujeres mayores- comentaban sobre la presencia de “inmigrantes” en la parte baja del parque, especialmente los fines de semana, y los encargados hablaban de mucha actividad porque los lunes aparecían los vestigios en el suelo o en los botes de basura; les habían contado que los responsables eran un grupo de extranjeros “ruidosos” que siempre se reunía allí los domingos a jugar fútbol y a pasar la tarde con sus familias.

⁸² Sobre el tema del uso de espacios públicos como parques y jardines resulta sugerente el trabajo de Francisco Torres Pérez donde analiza los fenómenos de apropiación espacial y los reajustes sociales a que eso conlleva, “Espacios públicos, sociabilidad e inserción de los inmigrantes. El caso de los parques en Valencia”, comunicación presentada en el *4º Congreso sobre la inmigración en España. Ciudadanía y participación*. Girona, noviembre de 2004.



Foto 19: Grupo de extranjeros una tarde de domingo (Junio de 2001)

Esas actividades desarrolladas de forma masiva -casi hasta septiembre del 2003- permiten comprender la dinámica interna del parque, en donde se perciben elementos contradictorios entre la libertad de uso, el uso real y la condición del usuario. Y apuntan también a la dificultad, o más bien imposibilidad de ocupar libremente un espacio público, sobre todo para aquellas personas doblemente extrañas: por el nivel de desconocimiento entre ellas como usuarias de un lugar público, y extrañas también por su marca de “diferencia” percibida en la apariencia física, en el lenguaje, en la forma de comportarse y actuar. Desde esta perspectiva, los extranjeros, los mendigos, los enamorados, las solitarias (mucho más que los solitarios) pueden tener verdaderos problemas a la hora de reclamar su derecho a apropiarse de determinados espacios públicos para hacer uso de ellos abiertamente, aunque la teoría diga lo contrario.

Sea como fuere, es importante considerar que la presencia de extranjeros (o “inmigrantes”, como prefieren llamarlos algunos) contribuye a esa heterogeneidad que se evidencia en el parque pues no sólo desarrollan unas actividades y prácticas que por su carácter pueden ser vistas por los ocupantes “nativos” como raras en tal contexto sino toda una gama de interacciones, de maneras de proceder y comportarse. En cierta medida ocurre una re-creación y transformación espacial que en determinadas circunstancias suele ocasionar tensiones entre los otros usuarios; tensiones que parecen reposar sobre todo en la aparición de una diversidad a la que no se está

acostumbrado, pues “La presencia creciente de inmigrantes, como en general la de cualquier otro grupo nuevo, tiende a romper los equilibrios anteriores de grupos y usos, modifica las significaciones sociales de algunos lugares y obliga a reajustes mutuos, unos materiales y otros simbólicos”.⁸³

Pregunto a los dos hombres mayores que asolean a sus pájaros en un muro de la placita si les gusta el parque y uno de ellos dice que sí, pero que anda mucho perro suelto y que si no puedo escribirlo en alguna parte para que se tomen medidas al respecto (...) Uno de ellos me pregunta que si vengo mucho al parque y yo le digo que sí, pero que hace mucho tiempo no lo hago los fines de semana porque veo mucha gente (es una forma que utilizo para hacer que ellos hablen del tema de los extranjeros, ya que les he preguntado sobre la seguridad, sobre las cosas que se ven, sobre lo que les molesta y no han querido decir mucho). “Eso era antes”, dice el hombre mayor, “porque desde el 4 (de octubre) que vinieron esos policías de al lado (se refiere a los Mossos d’Esquadra), la gente que venía los domingos no ha vuelto por aquí”. ¿Qué gente era?, le pregunto. “Ecuatorianos o peruanos... Pero no han vuelto a venir. Comían, vendían cerveza y escuchaban música; también ponían una cuerda al pie de la chimenea y jugaban; decían que se hacían apuestas para ver quién ganaba. Eso se acabó. Se lo aseguro. Ya puede venir cualquier persona un domingo y verá que no hay nadie; ya todo está más seguro”, dice el hombre con voz fuerte y una sonrisa; ¿de alegría, quizá? El otro hombre que escucha en silencio, complementa: “Desde que vinieron los mossos todos los días hay uno o dos que pasan por aquí y dicen que los fines de semana vienen como 10 con unas listas”. “Sí, sí, llevan una carpeta como la tuya –dice mientras coge mi carpeta azul de estudiante– y allí llevan la lista. Parece que tienen las listas del padrón municipal para pedirles los papeles a la gente”. No puede ser el padrón, pienso, pero no digo nada. “Sí, llevan listas con los nombres de los chavales que vienen a consumir cosas o a hacer cosas, por eso ahora se han ido” ¿Para dónde se han ido?” Le pregunta el hombre al otro que tiene una jaula en la mano, y que niega con la cabeza para decir: “Habrán cogido otro parque en la Torrassa, yo no sé...”. (Miércoles, 5 de noviembre de 2003, 11:00-13:00 horas).

⁸³ Francisco Torres Pérez, “Espacios públicos, sociabilidad e inserción de los inmigrantes. El caso de los parques en Valencia”, comunicación presentada en el 4º Congreso sobre la inmigración en España. Ciudadanía y participación. Girona, noviembre de 2004.

¿Por qué los extranjeros, en especial los ecuatorianos, han dejado de ocupar masivamente el parque?⁸⁴ Se podría hablar de dos factores claves: la presión de ciertos usuarios que no veían con buenos ojos la “apropiación” numerosa a la que los fines de semana se sometían algunos de “sus” espacios, pues, según ellos -ocupantes “tradicionales” y vecinos del lugar-, no solamente se dedicaban a jugar, sino que desarrollaban otras actividades perjudiciales para la conservación del parque (suciedad, destrucción de prados y objetos materiales).⁸⁵ Algunas personas con las que hablé entonces -pajareros y madres- me dijeron que “todo el parque está ocupado por esa gente y no hay lugar para que los niños jueguen ni para pasear tranquilamente; hay mucha gente haciendo cosas: tumbada en la hierba, reunida en los bancos, jugando...”. El otro factor parece ser la ubicación de una comisaría de los Mossos d’Esquadra en el costado noreste del parque, lo que implica un mayor control social especialmente de los extranjeros “ilegales” y de los grupos dedicados al consumo o a la realización de actos vandálicos. Ello podría explicar también la desaparición o poca presencia de los otros grupos ya mencionados, cuya apariencia ambigua pudo contribuir a la formación de conceptos negativos en torno a sus comportamientos y actividades, y, por ende, a la imagen de seguridad y apacibilidad del parque.

⁸⁴ Esta presencia masiva de ciudadanos ecuatorianos en el parque es sólo un reflejo de lo que sucede en su entorno barrial. En el artículo “Los guettos ese pequeño Ecuador situado en L’Hospitalet” aparecido en el periódico *El Mundo*, 17 de julio de 2005, se hace un retrato descarnado de esta comunidad que ya representa una cifra considerable en el seno de España y Catalunya. Dice por ejemplo que “la mayor concentración de ecuatorianos en España –entre 500.000 y 600.000- está radicada en L’Hospitalet de Llobregat, localidad en la que uno de cada ocho pobladores, según la estadística oficial, son ecuatorianos...”. Así mismo en el *Anuari Estadístic de la ciutat de L’Hospitalet* del año 2003 se muestra que la cifra más alta de extranjeros en la ciudad corresponde en primer término a ecuatorianos 12.184, seguido de marroquíes, 4.972 y peruanos 3.105.

⁸⁵ Las nuevas maneras de ocupación espacial del Parc de Les Planes y las tensiones a que dieron lugar en un momento específico, especialmente entre los años 2001 y el 2003, coinciden en algunos de sus aspectos con las enunciadas en el trabajo de Torres en el caso del Jardín del Turia de Valencia, ocupado también por grupos numerosos de ecuatorianos: “Tal número de personas concentradas, en muchos casos para ‘pasar el día’, generó una demanda de servicios que fue inmediatamente cubierta por los propios ecuatorianos. Cada grupo familiar suele llevar sus víveres, pero en pocos meses se consolidaron las paradas de venta de comida y bebida, algunas de ellas con equipo de música. Más tarde, las actividades se diversifican. Se cocina en el parque, peluqueros ocasionales prestan sus servicios y se organizan “ligas” de fútbol y voleibol. El espacio se organiza. Se reservan lugares para las paradas, para hacer deporte, para comer y tumbarse en el césped. Así, en apenas dos años, este tramo del Jardín del Turia, se convierte en el ‘parque de los ecuatorianos’”. Torres, *Ibidem*.

Así que, posiblemente, la presión social y policial ha hecho que la presencia de esos grupos sea menos notable. Tanto que en las observaciones realizadas en el último período no se han visto los grupos de adultos ni de adolescentes que se habían detectado en la primera fase del estudio, lo cual podría indicar sino su desaparición como colectivo, si la transformación de sus costumbres de encuentro y sobre todo la elección de otras horas o quizá de otros lugares para esos contactos. Sin embargo, lo anterior no significa que ese tipo de ocupación grupal se haya acabado; al contrario, se han observado nuevos grupos cuya presencia parece ser menos reiterativa, menos constante y también menos numerosa. A tenor de lo que indica un hombre mayor, visitante asiduo del lugar, *ahora el parque está más tranquilo... no vienen esos chicos que destrozaban y consumían cosas*. La gente que ocupa el parque con frecuencia, especialmente los pajareros, dice que son menos visibles, pues las rondas diarias de los cuerpos de seguridad que se encargan de la vigilancia evitan la presencia de “indeseables” y comportamientos “antisociales” como los que se presentaban hace poco.

El grupo de arriba se suele mantener, eh; ya no vienen tantos como antes, pero algunos van viniendo. Lo que pasa que ahora hay mucho más control y claro, al estar los mossos la cosa ha cambiado; la gente, según qué gente ya no, ya no entra. Y aparte que este parque ha sido un poco conflictivo sobre todo por las noches (...). Ha habido, pues, robos, de todo, de todo, en general, de todo, todo lo que hay lo ha habido aquí; de hecho, lo de los tiros es una cosa que ha sido contada no sé exactamente, al cien por cien; no sé si es cierto, pero lo de los robos es evidente porque me encuentro las carteras, me los encuentro yo, bolsos y chicas que me han venido llorando diciéndome que si había encontrado el bolso. Y, bueno, esto sí (...), ahora con los mossos se ha ganado mucho; se ha ganado mucho, porque no hay lo que había antes (...) Mucho vandalismo y un poco de todo... Pues hace unos meses atrás que no me encuentro ni bolsos ni cosas, ni he escuchado a gente decir que la han robado. No sé si es porque estaba el proyecto de que iban a venir los mossos, pero si, ya el parque está más seguro (...). (Encargado del parque)

No se ven grupos numerosos que se reúnan con frecuencia durante el día en el parque, excepto lo pajareros; pero sí se advierten pequeños grupos de adolescentes que se juntan en el montículo artificial o en algunos de los bancos o en lugares más resguardados de las miradas, especialmente después de las cinco de la tarde. Por lo regular son muy jóvenes y parecen estudiantes de los centros cercanos al lugar:

Vienen unos grupitos, pero son más jóvenes; éstos ya tendrán pues entre 10, 12, 13 o 14 años, por ahí; chicos y chicas que están con la típica, y van de aquí para allá, pero no hacen tampoco nada. No molestan a nadie (...) ¿Por las tardes? Bueno, es que, ¡uf!, nosotros después de las cinco no estamos; entonces lo que podemos ver es que se ponen, pues, particularmente en todos los sitios; como esto tiene bastantes zonas, eh, reservadas, por decirlo así, pues claro allí están ellos a sus anchas y están menos controlados, sobre todo cuando se tiene 14 o 15 años- Eso creo que lo hemos hecho todos, eh. Sí, sobre todo las zonas de abetos y todo eso, digo yo. Si, si, exactamente los parquecitos, dentro del parque los parquecitos más pequeños, pues es ahí donde ellos se sienten más seguros...) (Encargado del parque)

La invisibilidad de tales grupos se podría deber en gran medida a que están conformados por pocas personas, que, por lo general, no muestran comportamientos que generen sensación de desconfianza entre quienes comparten simultáneamente algunas comarcas del parque. No son bulliciosos, ni mantienen actitudes gestuales y verbales “agresivas” ni “fuera de tono”. Casi siempre se dedican a hablar, fumar, a interactuar entre sí sin llamar demasiado la atención. Son jóvenes que simplemente parecen dedicarse a pasar el tiempo. Algunas veces los grupos suelen estar integrados por dos o más parejas de enamorados.

Son casi las 5 de la tarde. Busco el banco de siempre para hacer las observaciones de hoy. Un hombre, dos mujeres, dos chicas morenas, una pareja mayor; un grupo de chicos y chicas que bajan de la parte alta (parecen estudiantes que acaban de salir del colegio). Escribo mientras sigo ojeando alrededor. Son casi ocho jóvenes. Forman grupitos mientras andan. Se paran un momento en la vía principal, justo al

frente de donde me encuentro. Vienen hacia el banco donde yo estoy. Cuento bien: son nueve, cinco mujeres y cuatro hombres. Cuatro se sientan en el banco que está junto al mío, tres permanecen de pie y dos se sientan en el mismo banco donde estoy. Me desplazo un poco hacia la orilla, no tanto para dejar un espacio disponible sino para que no vean lo que escribo, para que no se percaten de que lo que hago. Cuando empiezan a hablar puedo descubrir su procedencia: hay una mexicana, una colombiana y las otras son ecuatorianas; y los chicos son colombianos y ecuatorianos. Les miro de reojo. Hablan muy poco entre ellos, parecen cansados, no fuman pero casi todos miran en algún momento sus móviles. A lo mejor mi presencia aquí los corta un poco. Yo también me siento un poco intimidada pues uno de los chicos mira con insistencia lo que hago. Pienso que han invadido mi privacidad; uno de los chicos casi se sienta encima de mi bolso; no ha respetado la distancia mínima que mantendría protegido mi espacio personal. Y ahora pienso en esos principios que rigen la distancia personal en las diferentes culturas: de los grandes palmos anglosajones, por ejemplo, a los pocos centímetros latinos, especialmente latinoamericanos. Eso lo describe muy bien E. T. Hall en algunos de sus libros. Pienso en *El lenguaje silencioso*, por ejemplo. Ello explica no sólo porqué en alguna oportunidad un hombre ecuatoriano casi se me sienta encima sino también la actitud de estos chicos que casi están sobre mi carpeta. En América Latina la distancia entre los cuerpos es tan mínima que cuando se habla al mismo tiempo se está tocando al otro, no como algo intencional sino como una forma de comunicación personal. De ahí que estos chicos se apretujen en los bancos y se aproximen demasiado a una extraña (yo). La proxemia da cuenta de estas cosas... Al cabo de unos momentos se despiden y cada uno toma por un lado distinto. Las últimas en irse son dos chicas. Yo marché después con un poco de frío... (miércoles, 5 de noviembre de 2003, 15:00-17:00 horas).

Aparte del encuentro de esos grupos poco llamativos y temporales, cuya presencia no es frecuente, hay otros que parecen formarse sobre la marcha, especialmente en la plaza urbana de la entrada principal, donde está el bar. Allí, cuando llega el buen tiempo, los chicos y adultos se encuentran especialmente en las últimas horas de la tarde y los fines de semana, para luego partir juntos hacia distintos lugares. Pero también se aprecian otros encuentros perfilados en la costumbre entre los paseantes habituales y/o las personas que sacan a pasear a los perros, ya sea en la mañana o en la tarde, principalmente después de las 5. Como al parecer ya se conocen entre sí, se

saludan, hablan un momento y en algunas ocasiones pasean o salen juntas del parque.

Son las 10:30 de esta mañana soleada de enero. Empiezan a llegar los primeros hombres con sus jaulas que van poniendo despacio donde se explaya el sol. Una mujer mayor entra por Isabel la Católica con su perro. No lo lleva al pipi can sino que lo suelta para que corra debajo de los árboles, mientras le habla como si fuera su hijo. “Ven aquí, Toby”. “Ven”. “No te vayas lejos”. La observo mientras camina detrás de su animalito y, justo al pasar en frente de los pajareros, se detiene un momento y saluda. Los tres hombres también le responden con cierto grado de confianza, me parece. Hablan del buen día que hace e intercambian sonrisas. Me da la impresión de que son conocidos de vista. Se despiden. La mujer continúa detrás del perro, riéndolo cuando se aparta de su lado husmeando los árboles o corriendo tras otro perro. La observo hasta perderla de vista. Los hombres la miran un momento y hablan... (jueves, 13 de enero de 2004).

En resumidas cuentas, hay ciertos indicios que señalan la presencia de asociaciones informales de conocidos que se encuentran en el parque para desarrollar distintas actividades ya sea para disfrutar del ocio o porque no se tiene otra cosa qué hacer. Sus perfiles en las dos etapas del trabajo de campo parecen claros. En la primera se observa un porcentaje notable de hombres jóvenes y adultos que se reúnen en comarcas específicas –los parquecitos arbolados de la Zona A y Zona B-, cuyas actividades producen cierto desconcierto dentro de los ocupantes del parque (a tenor de lo que me dijeron algunas personas mayores y pajareros) por la ambivalencia que despedían sus comportamientos y la apariencia de sus integrantes. En ese mismo período se percibió también a grupos mixtos de adolescentes cuyos encuentros parecían efectuarse en sectores abiertos como el césped, los bancos y otras zonas frontales, cuyos comportamientos en principio no generan ningún tipo de reticencia entre los usuarios y usuarias del lugar.

Durante ese mismo lapso es visible la presencia de extranjeros que se encuentran los fines de semana para desarrollar encuentros deportivos y otras actividades sociales. Y, como siempre, los encuentros de los hombres mayores tejidos en la costumbre de asolear pájaros. En la segunda etapa, mientras

tanto, los grupos numerosos de amigos o conocidos son menos visibles aunque se mantiene la presencia de los pajareros que continúan ocupando muchos sitios que llenan con sus acciones y palabras. No obstante se mantienen las reuniones de chavales, chicos y chicas, que se encuentran en cualquier lugar sin despertar reacciones ambiguas; como también la de los extranjeros, si bien en menor número, pero ahora con una diversidad mayor, en el sentido de que ya no sólo son ecuatorianos sino gente de diversas partes del mundo que no se dedican sólo a jugar fútbol sino que llevan a cabo todo tipo de actividades: patinar, correr, pasear, reposar, hablar, abrazarse o simplemente a tomarse un mate en uno de los bancos.

Un banco para los enamorados

El carácter amplio de un parque urbano hace posible que en él converjan usos y personas disímiles, que encuentran en sus ambientes un lugar adecuado para la conversación sin premuras, para la contemplación lenta de las horas, para ese contacto personal quizá más profundo, quizá más cercano, sobre todo entre aquellos individuos que muchas veces llegan a constituirse en seres un tanto intersticiales o ambiguos, como los son los enamorados y los extranjeros, por ejemplo; visitantes asiduos de esta clase de lugares. Las parejas descubren en sus recorridos los espacios adecuados para el encuentro, para deambular debajo de los árboles o para sentarse un largo rato sin las prisas ni los sobresaltos de la calle y muchas veces para desarrollar los rituales tradicionales del amor. Es posible verlos caminar, tomados de la mano o tomados del hombro y con una mirada de arrobamiento; a veces suelen ir acompañados de sus perros. Otras, prefieren hablar y acariciarse en los bancos protegidos por los árboles y resguardados de las miradas de los extraños. Y en algunas ocasiones optan por tenderse sobre el césped para formar un solo cuerpo trenzado de nervios y ropas. Pero también es muy frecuente verlos en los bancos frontales abiertos a todas las miradas y atenciones.



Foto 20: pareja en un banco

Hay amantes que llegan juntos al parque y hay otros que se citan allí especialmente en las tardes soleadas. Estos encuentros se perciben a través del juego de apariencias puestas en práctica: un chico/a solo/a permanece un buen rato en determinado sector o punto específico de encuentro, cuya ubicación permita un rápido acceso y buena visibilidad, en una típica actitud de espera: observa para un lado y otro con insistencia hasta detener su vista en un sendero por donde aparecerá su amada/o; mira el reloj mientras fuma un cigarro para disimular la ansiedad; permanece un buen rato así hasta que su gesto expresa cierta tensión y angustia si el otro o la otra tarda mucho en llegar. Una vez divisa a su pareja camina unos pasos hacia ella para encontrarla; se saludan, echan a andar por alguno de los caminos o se sientan en un banco donde puedan estar solos y tranquilos.

(...) En uno de los bancos de la plaza urbana hay una chica. Parece tranquila aunque de vez en cuando mira el reloj. Saca un cigarro. De repente se dirige hasta donde estoy y me pregunta si tengo fuego. Le digo que no. Se devuelve para el banco donde estaba. Parece que espera a alguien porque nuevamente mira el reloj. Han pasado más de 15 minutos y me da la impresión de que ha empezado a impacientarse. Saca el móvil y habla. No puedo escuchar lo que dice pero gesticula mucho. Ahora pasa una pareja de adolescentes por mi lado; van de la mano y se dirigen al puente que conecta con el montículo artificial. Parece que van hacia allí. La chica continúa esperando, pero ahora se levanta y mira para todos los lados. Se

sienta nuevamente. Por la entrada de Isabel la Católica se aproxima un hombre de mediana edad. Lleva una chaqueta negra y es alto. Va hacia donde está la chica. Imagino que es a quien espera. La mujer lo mira, aliviada quizá, y se levanta. Se dan un beso y ella parece que le reclama algo. Él la abraza. Se abrazan. Ella coge su bolso que esta en el banco y se van juntos de la mano por uno de los senderos del parque. Ha pasado media hora. Un grupo de jóvenes cruza rápidamente la plaza. Es casi de noche... (viernes, 17 de octubre 2003, 16:00-18:30 horas)

.....

Hoy es domingo y hace un sol radiante. A esta hora de la tarde no parece haber mucha gente en el parque. Algunos hombres caminan con sus perros, unas mujeres se sientan en las gradas de las escaleras de cara al sol. Ahora una pareja entra al parque. Son jóvenes, aunque a simple vista no se puede determinar su edad con precisión. Parecen de 30. Él es alto y rubio y ella morena, de carnes plenas. Ríen mientras pasan por mi lado. Desde aquí puedo ver lo que hacen. Se dirigen a la parte baja del parque. Los sigo desde lejos. Hablan mucho. Después de un rato se sientan en uno de los bancos. Están muy juntos. Paso por su lado con disimulo... (18 de enero 2004, 15:30-17:00 horas).

El aire bucólico de algunos parques, remite por antonomasia a senderos placidos, a árboles y rincones donde es posible cierto nivel de privacidad, de intimidad; por ello es uno de los lugares preferidos por los enamorados. En éste en especial se advierte que entre semana las parejas son en su mayoría personas muy jóvenes, con apariencia de estudiantes, que llegan alrededor de las cinco y marchan un rato después; mientras que los fines de semana son parejas de adultos que entran juntos o se encuentran allí. Según uno de los encargados del parque, en ciertas ocasiones y en las horas más insólitas, ha sorprendido a algunas con sus ropas encima de los bancos y en otras las ha visto desperezarse en las mañanas después de haber concluido una noche de copas allí (en verano, claro). En las horas de la noche también es frecuente observarlas como bultos que se mueven en la penumbra sobre el césped, como sombras deslizándose entre los árboles o superpuestas en los bancos. Son, junto con otros espectros, los visitantes nocturnos del parque sobre los cuales se hablará en otro apartado.

Los encuentros accidentales

Además de los encuentros programados en la costumbre y los determinados de antemano, hay otros que están dentro de la esfera del azar y que ocurren entre personas que tienen algún nivel de conocimiento entre sí. Son esos contactos que suelen ocurrir accidentalmente, sin una intención previa. En esas interacciones se han percibido las siguientes regularidades: la persona transita o pasea por alguna zona del parque y advierte al mismo tiempo la presencia de la otra; en este caso se saludan unas veces con efusividad, otras no; en ocasiones siguen de largo y otras paran un momento y entablan una conversación durante algunos minutos que se cierra con una despedida. Otras veces una de las personas no se da cuenta de la presencia de un conocido o conocida y entonces es interpelada para reclamar su atención, en este evento también se hacen los rituales personales de saludo pero no siempre se detienen a hablar; con un “hola” o un “adiós” es suficiente. O puede darse el caso que una persona sola o acompañada se percate de la presencia de un conocido (a) que puede llevar una ruta contraria a la suya, reclame su atención y una vez la consiga, ambas se busquen, paren y se saluden, para luego seguir juntas en una misma dirección mientras conversan.

Cabe señalar que existen situaciones en las cuales los encuentros entre conocidos se pueden evitar (cuando alguna de las dos partes no desea la interacción) a través del fingimiento; es decir, se ve a alguien pero se adopta un comportamiento específico (andar más de prisa, mirar para otro lado, tener una expresión de ensimismamiento y concentración) que permita lograr cierto grado de invisibilidad, pasar desapercibido y no llamar la atención del otro (s) u otra (s): se finge para no ser visto; o para indicar muy sutilmente que en ese momento no es posible esa interacción. Así se guardan las formas básicas y la voluntad individual. Eso fue justamente lo que hice en ciertas oportunidades cuando por los requerimientos del trabajo de campo no podía o no deseaba el contacto con algunos de los encargados del parque, que ya me conocían y casi siempre requerían mi atención, especialmente el hombre más joven. Los encuentros no culminados en una interacción cara a cara no se pueden determinar a través de la observación, pero se infieren mediante la experiencia personal y el sentido común.

Los encuentros accidentales se dan entre diversas clases de personas: solas o acompañadas, de ambos sexos, entre familias que acuden a acompañar a sus hijos a un partido de fútbol o que simplemente descansan en el césped, entre jóvenes transeúntes y visitantes del parque, etc.

Un momento después observo a una pareja mayor que pasa junto a la escalera por donde viene una mujer de mediana edad, rubia y ágil. Parece que se advierten mutuamente porque las mujeres sonríen y cuando están cerca se saludan de manera efusiva.

- Hola, ¿paseando sola? Pregunta la mujer mayor que va con su marido a la otra

-Sí, sola. Ando como perdida; tú sabes que no tengo marido...

Se escuchan nuevamente risas. El hombre no dice nada. Son las mujeres las que hablan; pero ahora no lo hacen ni en castellano ni en catalán, sino en gallego. Lo que parece sugerir, entre otras cosas, que a lo mejor se conocen de mucho tiempo atrás, quizá del mismo pueblo. Continúan hablando mientras bajan las escaleras, seguidas por el hombre, pero no comprendo lo que dicen. Los tres empiezan a bajar los escalones y se paran justo cuando éstos acaban y hablan durante varios minutos. Parece que al hombre no le interesa mucho la conversación porque se sienta a un lado, en una de las gradas, imagino que está escuchando algún partido de fútbol porque tiene los audífonos de su radio en las orejas. Después de un tiempo las mujeres se despiden con un beso. La señora rubia y ágil empieza a subir nuevamente las escaleras y la pareja continúa hacia la parte baja del parque; el hombre aún no se quita los cascos... (domingo, 28 de septiembre 2003, 17:00-20:00 horas).

Hay otro tipo de encuentros no programados ni fijados en la costumbre ni al azar entre conocidos, sino netamente entre desconocidos. No es la interacción fugaz que implica el compartir un mismo espacio simultáneamente a través de esos elementos básicos de las “buenas maneras”, sino un contacto que puede ser ambiguo y producir reacciones encontradas si no es deseado por ambas partes. Esos contactos pueden ser “peligrosos” cuando se vulnera la privacidad personal, es decir, cuando se pasa por encima de los elementos materiales y gestuales producidos para mantener el anonimato, la seguridad individual. Se desea estar en un lugar con la certeza mínima de que nadie invadirá nuestro espacio ni alterará el rumbo de nuestros actos. Para ello

hemos marcado nuestro territorio. Si estamos en un banco de un parque colocamos nuestras cosas al lado de tal manera que haya un espacio suficiente para mantenernos incólumes ante los posibles interruptores; adoptamos posición corporal (el manejo corporal es probablemente el uso mas extendido de todas las varias formas creativas para privatizar el espacio público) y unos gestos adecuados para no emitir señales erróneas: una actitud de concentración (un libro, un periódico o la escritura suelen elementos eficaces en algunas oportunidades), una buena administración de la mirada, evitando los contactos visuales prolongados, y un manejo del cuerpo en armonía con esos elementos esbozados anteriormente.⁸⁶ Y cuando se comparte un mismo espacio, un banco, por ejemplo, una acción tan sencilla como girar el cuerpo hacia el lado opuesto a donde está la otra u otras personas, es un mecanismo eficaz de privatización personal, de manifestar que se quiere estar solo y por tanto no disponible para ninguna clase de interacción o contacto personal. Es una manera de conservar, posiblemente, intacta nuestra individualidad en ciertos escenarios. Sin embargo, por experiencia propia, en algunas ocasiones todas esas medidas pueden resultar banales pues en la realidad cotidiana de un parque u otro sitio público puede pasar cualquier cosa, hasta que un extraño te aborde sin contemplaciones y con tal inminencia que resulta imposible actuar sobre la marcha de una manera apropiada, como se relata en el siguiente fragmento del diario de campo:

(...) Ha pasado más de una hora desde que me senté aquí y lo único molesto es que algunos hombres se han quedado observándome mientras avanzan por algún camino. Disimulo y tomo el libro que tengo abierto sobre el regazo, encima del cual he puesto estratégicamente la libreta de anotaciones. Ahora de manera inesperada aparece el hombre que había observado unos minutos antes hablando con la mujer del cochecito. Le veo casi encima de mí y me quedo perpleja. Le miro un instante con

⁸⁶ Lyn H. Lofland habla de unos principios de transformación simbólica, traducidos en los siguientes ítems:

1. Minimizar la expresividad: tener una expresión facial impasible.
2. Minimizar el contacto corporal: guardarse para si mismo.
3. Mirar antes de sentarse o ubicarse en un lugar, teniendo en cuenta los elementos exteriores
4. Minimizar el contacto visual: guardar los ojos para uno mismo.
5. Huir cuando no se sepa cómo actuar, para protegerse uno mismo.
6. Desatender cuando se dude: si no se puede huir actuar como si no pasara nada. *A world of strangers, order and action in urban public space*, pp. 153-155.

sorpresa y enfado mientras desvío la mirada hacia el libro, para indicarle que estoy ocupada en lo mío, pero inesperadamente me pregunta a boca de jarro si se puede sentar, no atino a responder cuando sin más, le veo ya sentado a mi lado, hablando sin parar

-¿Eres latina? ¿Eres española? ¿Eres ecuatoriana?

Me quedo callada porque aún no he salido del asombro, todo ha pasado tan rápido que no me ha dado tiempo de reaccionar de manera apropiada. Escribo algo en la libreta sin decir nada pero el hombre vuelve al ataque.

-Yo soy del Ecuador ¿Tú eres ecuatoriana?

No, le respondo entre turbada y molesta. Muy molesta. No me gusta que me interrumpen y mucho menos que me pregunten cosas personales. De nuevo, el etnógrafo o la etnógrafa se enfrentan con la paradoja de sentirse incómodos cuando el objeto de nuestro interés se interesa por nosotros empleando formas de intromisión no muy distintas a las nuestras. Estoy muy enfadada y mi primera intención es marcharme o decirle que no quiero hablar pero reflexiono un instante y me digo a mi misma que estoy haciendo un trabajo de investigación y que situaciones como ésta, además de ser comunes, demuestran las dificultades que tenemos las mujeres solas para pasar completamente desapercibidas en cualquier espacio público. Así que me relajo e intento escuchar al inesperado interlocutor que ha ocupado este espacio, “mi” banco, y que yo creía a salvo de intrusos, pues lo he privatizado con mi presencia, con el uso que estoy haciendo de él.

-Yo soy del Ecuador y ahora que me quedé sin trabajo; vengo al parque por las mañanas. Me gusta mucho venir aquí porque es muy tranquilo.

Y, ¿siempre vienes por la mañana? Le pregunto más calmada e intentando neutralizar de emociones la voz, y me dice que casi siempre, porque al medio día tiene que ir a casa a hacer la comida para su mujer que trabaja en una inmobiliaria. Me pregunta que si no sé de alguien que necesite un matrimonio para trabajar y luego me cuenta que vive aquí con su mujer, que se piensa casar para poder reagrupar a sus hijos que están en Salinas y que tienen 9 y 3 años. Dice que lleva tres años aquí y que su mujer uno. Me cuenta que trabajó como chófer y que su mujer reparte publicidad de una inmobiliaria y que la pagan 240 euros por cuatro horas de trabajo, pero me cuenta que a partir de la semana que viene ella también trabajará limpiando un bar en Cornellá; son tres horas y le pagarán 350 euros. Dice también que se piensa casar con ella aquí y que necesita a un testigo y me pide que le colabore. Yo le digo que lo siento pero que no puedo hacerlo, que me queda difícil porque tengo muchas cosas que hacer y que además no le conozco de nada. Me pregunta que si trabajo y que si hoy es mi día

libre. No le respondí inmediatamente porque de hecho sentía que aquí había un malentendido. Por un instante no supe si seguirle el juego y pasar por asistenta o decirle que era antropóloga y que ahora estaba haciendo un trabajo de investigación en el parque. Opté por lo segundo porque de alguna manera era poner cierta distancia y recobrar el dominio de la situación, además de cumplir con uno de los postulados fundamentales de la deontología antropológica.

El hombre me miró sorprendido y su comportamiento cambió, me dijo que si no me estaba interrumpiendo y le dije que no, pero que dentro de nada tenía que irme. Me hizo un par de preguntas sobre el lugar donde vivía, si era casada o no y yo le respondí cualquier cosa. Al final le deseé suerte en su búsqueda de trabajo y me despedí. El hombre aun insistió en preguntarme si volvería otra vez al parque; le dije que no lo sabía... Él se quedó sentado mirándome mientras yo salía por la vía principal y tomaba la avenida Isabel la Católica. (Lunes, 29 de septiembre de 2003, 9:30-11:30 horas).

De la experiencia anterior se podrían abstraer varias cosas:

1. En el espacio público se está expuesta/o a situaciones inesperadas y ambiguas.
2. No siempre las medidas privatizadoras que resguardan la integridad individual funcionan en el espacio público.
3. No siempre el juego de las apariencias es efectivo: a pesar de estar ubicada en cierto espacio con toda la parafernalia indicadora de una categoría *a priori* –estudiante-; no se leyó así, persistió la ambigüedad (¿asistenta? ¿buscona? ¿extranjera?)
4. Parece ser que las mujeres solas estamos más expuestas a ese tipo de interrupciones extrañas e indeseadas; ¿no podemos ocupar con tranquilidad un espacio público?
5. Pese a las posibles salidas a una situación inesperada, queda la sensación de interrupción, de incertidumbre y de fragilidad personal, lo cual refleja también una de las características del espacio público: la de ser un ámbito de *exposición*, en el doble sentido de exhibición y puesta en peligro.

Para terminar con el tema de los encuentros, cabe mencionar algunos asuntos relacionados con su naturaleza y sus implicaciones espaciales. En primera instancia, la práctica grupal revela ciertos aspectos singulares relacionados con las nociones de apropiación y privatización. Los pajareros y demás grupos, frecuentes o no, hacen suyo un territorio específico demarcándolo con elementos altamente significativos. Las jaulas dispuestas en un lugar no sólo lo ocupan sino que lo envuelven y en cierta medida lo separan del resto, fijando unos límites claros de hasta dónde se puede llegar. Pero también la disposición de los cuerpos, de las miradas, de los gestos en el entorno específico creado, fija esos límites y produce la sensación de privacidad: ese espacio tiene “dueño” o “dueños”. Se produce entonces un fenómeno de territorialización en el momento de la interacción, mediante la disposición de los elementos enunciados, el lenguaje y la ubicación de objetos señaladores, que cumplen la función de prolongar esa apropiación más allá de las prácticas sincrónicas de los individuos pertenecientes al grupo.⁸⁷

Esos límites se relacionan también con las sensaciones que los comportamientos y actitudes de los grupos producen en los otros ocupantes del lugar. Desde la percepción del miedo e inseguridad ante grupos cuyas conductas no parecen claras, hasta percepciones contrarias, como las que produce la presencia de los pajareros: tranquilidad, sentido de compañía, y cierta seguridad. Y en ambos casos siempre existe un aspecto ligado a la sensación de intimidad, de espacio altamente ocupado al cual no se puede ni se debe acceder so pena de provocar ruidos y molestias. Es un espacio con un gran nivel de exclusividad en el sentido expuesto por Augoyard, cuando afirma que la particularización espacial indica la exclusión: no puede ser particularizado por otros elementos simultáneamente. Así pues, si una pareja o un grupo de personas están en una de las zonas en la que los pajareros usualmente se encuentran, lo más probable es que éstos, si cuando llegan ya

⁸⁷ La ocupación del espacio público, como lo advierte Ana Martínez Pérez, se puede realizar mediante dos mecanismos definidos por las variables espacio temporales: “por un lado, el sujeto o la institución puede servirse de una gran variedad de materiales (incluidos los no visibles como la comunicación verbal y no verbal) para delimitar un territorio y, por otro, el establecimiento debe ser continuado”. Explica cómo algunos ocupantes de la Gran Vía a los que ella observa delimitan su territorio a través de objetos señaladores (una tela, un caballete, una mesa o un cartel). *La Gran Vía o la etnografía de un paseo*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1997, pp. 129-130

está ocupada, busquen otro sitio para desarrollar sus prácticas. Ello implica la alternancia de ocupantes y usos que se da en el espacio público, pero también cierto grado de coexistencia de los mismos, a través de reglas informales instauradas a partir de las prácticas cuando las condiciones espaciales lo permiten, aunque siempre separados por esos brumosos límites de lo público.⁸⁸

Una persona en compañía forma parte de un grupo de más de uno cuyos miembros están 'perceptiblemente' juntos. Mantienen una proximidad ecológica de algún tipo, asegurando una cercanía que normalmente permite una conversación fluida y la exclusión de los no miembros que, en caso contrario, podrían interceptar su conversación (...) las compañías, especialmente, cuando todos los miembros son varones, tienen muchas opciones acerca de dónde sentarse; quienes están solos tienen menos, pues deben mantenerse alerta a la invitación o la indicación que podría parecer constituye el lugar que escogen.⁸⁹

En todos los casos, los grupos e individuos se apropian de los espacios del parque a través de la constante frecuentación, de los diversos usos producidos allí, pues la cualidad de apropiación de un espacio no depende de la cantidad de espacio parcelado, ni de la inmutabilidad de los límites territoriales más que del grado de posibilidades que encierra; pero también esta apropiación se traduce en las disposiciones corporales desplegadas en esos lugares acompañadas siempre de algunos objetos al mismo tiempo identificatorios y señaladores de límites espaciales.⁹⁰ De tal suerte que nadie osaría "invadir" ni siquiera por un instante esas posesiones altamente demarcadas durante el lapso que sus dueños permanecen allí, puesto que esas posesiones territoriales "forman parte del equipo fijo en el contexto (sea de propiedad privada o pública) pero se ponen a disposición del público en forma de bienes reivindicados mientras se usan. Se percibe que interviene una

⁸⁸ Esas reglas básicas de la calle tienen que ver con la manera cómo se ocupan los espacios para no ocasionar interrupciones y conflictos, con las formas de uso establecidas por la costumbre en donde tiene gran importancia el sentido común y sobre todo, la confianza mutua. "Una de esas reglas de la calle no escrita está basada en el hecho de haber llegado primero a un territorio no ocupado previamente y mantener la ocupación de una forma prolongada. El incumplimiento de esta norma básica conlleva conflictos territoriales con frecuencia, dirimidos gracias a la intervención de terceros (policía, empleados de comercios, transeúntes), mediante enfrentamientos verbales o físicos o ambas cosas", dice Martínez en su trabajo. *Ibidem*, p. 130

⁸⁹ Goffman, *Relaciones en público*, pp. 38-39

⁹⁰ Augoyard, *Pas à Pas*, p. 20

ocupación pasajera, medida en segundos, minutos u horas, ejerciendo cuando comienza y cuándo termina la reivindicación, por ejemplo los bancos de los parques...”.⁹¹ En resumidas cuentas, lo que ese proceso de apropiación refleja son las formas de sociabilidad, las relaciones sociales que se tejen y destejen con y en las acciones cotidianas del encuentro. Si la presencia de grupos en el parque implica mecanismos de apropiación espacial -algunos sostenidos en el tiempo-, la ocupación individual de ciertos espacios, como se ha visto, también conlleva ese proceso. La privatización de pequeñas parcelas de espacio público a través del uso individual y/o colectivo se refiere a las maneras como éste es ostensiblemente transformado en un tipo de espacio privado o semiprivado, que implica a la vez una transformación en su carácter; por una parte pasa a ser un espacio no disponible para los otros potenciales usuarios, y, por la otra, se llena de nuevos movimientos dada su condición maleable: el espacio es su uso, y éste, sus significados.

En resumidas cuentas, en todas las situaciones enunciadas hasta aquí, se pueden observar distintos rasgos que muestran la acción social sobre y en el espacio: apropiaciones efímeras y prolongadas (en términos de minutos y horas) de ciertos lugares y objetos materiales como bancos, escaleras, muros, etc.; nuevas relaciones con los lugares y sus objetos a través de usos inéditos que en cierta medida subvierten el diseño y el carácter preformado del espacio construido; re-significación y re-construcción de los elementos materiales para dotarlos de nuevos significados a la luz de prácticas llevadas a cabo por actores de distinto origen, condición y procedencia social. Es decir, una recreación del espacio mediante las inscripciones reales de los usuarios y usuarias que no son ajenas a los marcos contextuales mayores, por eso allí se reflejan sus ambigüedades, sus conflictos, sus huellas políticas y económicas, sus contradicciones latentes y evidentes. Así, pues, como se sabe, el espacio es también quien lo produce.

4.3 Lugar de tránsito, lugar de paso

Lo que los sociólogos de Chicago llamaron “ciudad heterogénica” (ciudad generada por la propia diversidad humana que atraía o generaba) es

⁹¹ Goffman, *Relaciones en público*, p. 47

un foco de entrada y salida de nuevas formas vitales, de multitud de estímulos y movimientos en un aparente caos. El tránsito es uno de los fenómenos que mejor parece ilustrar esa dinámica, esa movilidad permanente, ese ir y venir constante que constituye el *summun* de lo urbano, o mejor dicho, de lo que implica la vida en la ciudad: “El tránsito no lleva consigo el choque y desgaste mutuos, sino un complemento, y por tanto, potenciación de energías que necesitan un punto de apoyo en el espacio, y lo crean”.⁹²

Dice Joseph que tres son las experiencias que sustentan “la estética del espacio público aprehensibles por percepciones y metáforas: experiencia del emigrante, experiencia de la conversación, experiencia de la copresencia y el tráfico”.⁹³ Desde tal perspectiva no hay duda que el Parc de les Planes encaja dentro de la espacialidad pública, no sólo por ser lugar de accesibilidades y visibilidades, sino conceptualmente por ser lugar en que se despliegan constantemente formas específicas de vida social entre extraños basadas en los principios de mundanidad y cortesía o urbanidad. De algunas de estas formas de sociabilidad ya se ha hablado en apartados anteriores, puesto que van implícitas en las interacciones del encuentro, en las prácticas del paseo o la contemplación, en las que estaría presente no sólo la conversación, la copresencia, sino también la vivencia del emigrante como ser frágil y lábil lector de indicios y huellas. Faltaría sin embargo, hablar sobre el tráfico como parte fundamental de la estética pública desde lo literal y lo metafórico, relacionada también con algunos de los aspectos antes señalados.

Por lo general los parques públicos urbanos no suelen ser lugares de tráfico constante, en un sentido similar al de una calle cualquiera. A no ser que su extensión sea razonable y que estén situados estratégicamente como puentes comunicantes dentro de varios sectores a los cuales se anuda y enlaza. Ello implica su disposición fluida para los tránsitos, es decir, la no existencia de fronteras que lo obstruyan. Y este parece ser el caso del Parc de Les Planes, donde se advierte un tráfico incesante de personas durante las franjas horarias diurnas en las vías que lo cruzan en varios sentidos. Para desvelar su carácter “transitivo” es menester puntuar acerca de algunos de sus aspectos que tienen que ver con su carácter fronterizo y, por tanto,

⁹² Simmel, *Sociología 2*, p. 664

⁹³ Joseph, *El transeúnte y el espacio urbano*, p. 31

ambivalente. Por un lado es el límite de cinco zonas definidas de la ciudad, que podría funcionar como una “barrera” separadora y formar en cierta medida “terminales muertas para la mayoría de los usuarios”⁹⁴ (lo que ocurre, en efecto, especialmente durante la noche); pero es justo esa condición la que se ha aprovechado para unir el parque a las calles contiguas, es decir, para anudar los barrios de su entorno de tal suerte que sus calles parecen prolongarse dentro del parque. Se cumple de nuevo ese principio de aspecto paradójico que hace que todas las cosas estén unidas entre sí precisamente por lo mismo que las separa.

Hace 20 minutos estoy en esta montaña y he notado con especial interés que mucha gente va y viene por la ruta del aparcamiento y no es precisamente por su coche, sino porque allí hay una calle que une este sector con el barrio Les Planes. Estas personas luego se dispersan por la salida Isabel la Católica o por la de la calle Sant Rafael. Mi apreciación inicial de que algunos senderos del parque a veces son simplemente una prolongación de las calles se confirma cada día más. El tránsito que hay por ellos demuestra que el parque no sólo separa distintos barrios de la ciudad sino que también permite la unión de los mismos y el recorte de camino a quienes deciden andar hasta su lugar de destino (...)

Pasa un buen rato antes de ver otras personas en el parque; aunque se nota cierto tránsito en el camino que va al parqueadero y al cementerio. Gente que va y viene. Seres que sólo atraviesan el parque porque les sirve de camino, de calle arbolada; para ellas no es un punto de llegada sino de tránsito. Los transeúntes del parque casi siempre van deprisa, llevan algún tipo de objeto en la mano o en el hombro (bolsos, mochilas, bolsas de compra, etc.) y no se detienen; miran al frente y la expresión del rostro es distante, como si estuviesen concentrados en sus propias preocupaciones. Cuando van acompañados hablan con voz muy fuerte; a veces ríen y sus cuerpos se mueven rítmicamente; además hay cierta coincidencia en el movimiento de los pies. Es la danza de andar acompañado... (martes, 3 de abril de 2001, 9:30-12:30 horas).

.....

Hay bastante tránsito en el parque hoy. Gente que viene y va, que lo cruza a través de las diversas vías, especialmente de Isabel la Católica a La Florida y viceversa, y la que conecta la Calle de Sant Rafael con la de Sant Josep. Al igual que durante la

⁹⁴Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 276

primera semana de observación, hay mucha gente que cruza el parque, especialmente hombres mayores. Algunas mujeres pasan con bolsas o con carros de la compra. (...). Sigo a un par de mujeres mientras conversan y bajan por las escaleras principales. Veo el carricoche que utiliza para movilizarse el hombre del parque que me saludó la semana pasada y cuando pasa junto a mí me lanza el mismo “hola” acompañada de la misma sonrisa amplia. En la parte próxima a la avenida Isabel la Católica hay algunos hombres mayores sentados en los bancos o detrás de sus perros, y gente que viene y va por las vías principales del parque: chicos con mochila de deportista; dos hombres negros que bajan por las escaleras y salen por Isabel la Católica; tres mujeres mayores van hacia la calle Sant Rafael; un chico baja corriendo por las escaleras; otro pasa en bicicleta; una mujer con un cochecito de bebé, un hombre con una bolsa de pan... (jueves, 11 de septiembre de 2003, 11:00-13:30 horas).

Los distintos ejes del parque coinciden con los sectores circundantes permitiendo el tráfico de personas por cada una de esas vías a cualquier hora del día. En el plano de abajo se pueden apreciar algunas de las calles internas y sus correlatos externos. En esa misma figura se perfilan las vías con más circulación de transeúntes durante el día, que justo son las que atraviesan el parque de norte a sur y de oriente a occidente. La primera corresponde a la antigua riera del cementerio que une a las carreras de Sant Rafael con el parqueadero y el cementerio (que en algunos mapas figura también como la calle Menéndez Pidal) ; y la segunda, une la avenida Isabel la Católica con las calles Maragda y Teide. Allí también se puede ver cómo la calle Sant Rafael parece bifurcarse para entrar al parque y luego conectar con la calle del Teide formando una línea continua, sin interrupciones, que hace posible los desplazamientos sin mayores dificultades. Esa relación fluida entre ciertas calles y las vías internas del parque marca, sin duda, su carácter “transitivo”, que habla de su naturaleza abierta y disponible para el tráfico constante, para el paso de individuos de un sector a otro con el añadido de cruzar por un lugar visualmente agradable.

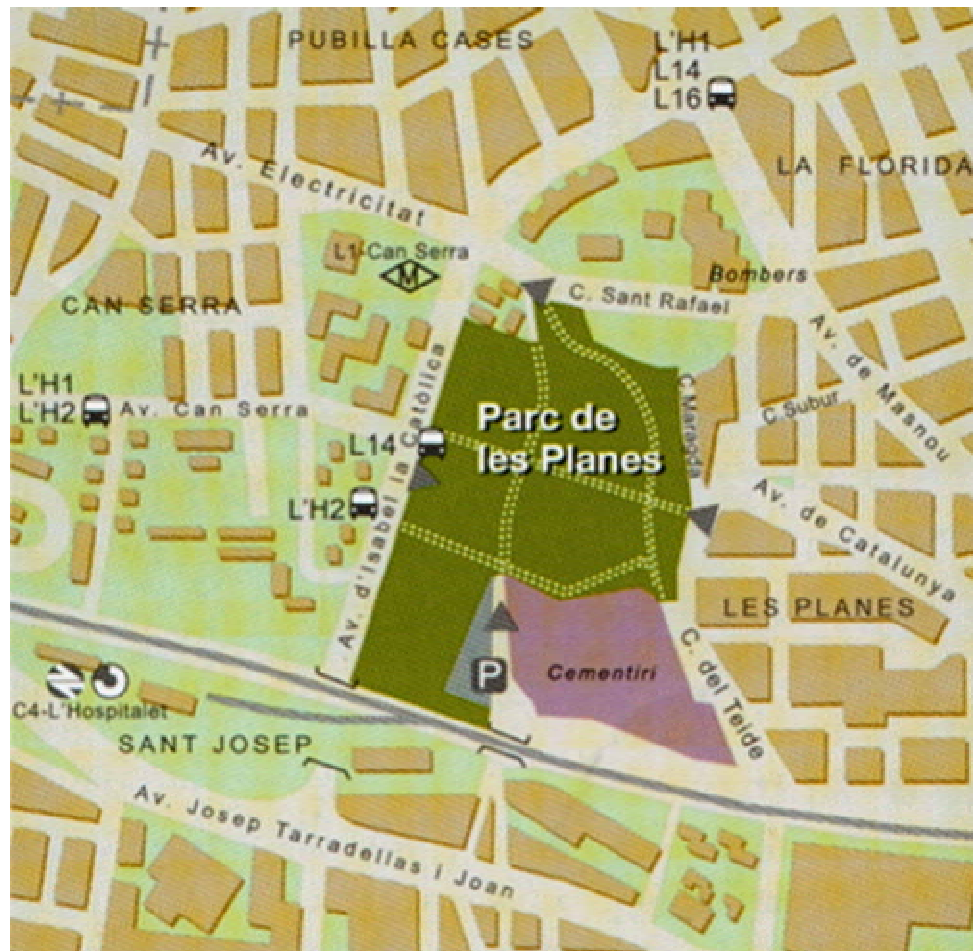


Figura 6: Plano del Parc Les Planes, sus barrios y calles circundantes. Fuente: Folleto Xarxa de Parcs de l'Àrea Metropolitana de Barcelona.

El constante tránsito a través de estas vías se explica, como se mencionó arriba, por su posición geográfica estratégica de frontera y enlace; pero también porque en su entorno hay lugares como el polideportivo Les Planes, situado al norte por la calle Sant Rafael, que ofrece múltiples opciones para emplear el tiempo libre practicando cualquier deporte, y, hacia el sur, el parqueadero y el Cementerio Municipal, constantemente visitado durante la semana. Además, sobre la avenida Isabel la Católica, justo frente a la entrada principal del parque, hay una estación del metro y autobuses y, un poco más allá, colegios y zonas comerciales. Y continuando hacia el sur por la misma avenida nos topamos con el centro comercial la Farga, la estación de Renfe y el centro de L'Hospitalet. Todo ello podría explicar los constantes tránsitos de personas de distinta condición: trabajadores (as), estudiantes, deportistas, madres y padres de familia, niños, jubilados, entre otros (as). Lo anterior refleja,

como lo indica Jacobs, que no es sólo la diversidad de usos y oportunidades la seña más importante que asegura una visitación constante de un parque o cualquier otro lugar público, sino también la diversidad de actividades y usos que se producen en su entorno.⁹⁵ En este sentido ocurre lo mismo que en cualquier calle de la ciudad: la animación y variedad atraen todavía más animación y variedad; la monotonía y la palidez repelen la vida, se convierten en señas concretas del fracaso de ciertos lugares, en especial, de las plazas y parques públicos.

Gente que pasa

Las observaciones y el conteo de viandantes realizado entre octubre y diciembre de 2003, en determinadas horas de la mañana (9:30 – 11:30) y de la tarde (3:30 – 5:30) muestran, por un lado, la persistencia del tránsito cuya intensidad varía de acuerdo a las franjas horarias; y por el otro, las categorías básicas de sus productores: son los hombres jóvenes, adultos y mayores los que más lo transitan (1.130), frente a las mujeres, que sólo alcanzan las 997 entre jóvenes, adultas y mayores como se refleja en la Figura 7. Las vías por donde se aprecia mayor circulación de personas es el eje que horizontal que cruza de norte a sur y viceversa, con 840 personas; seguido por el otro eje, el horizontal, que los sectores de Can Serra y La Florida, 554; posteriormente están los dos ejes secundarios que parten de Isabel la Católica hacia el sector de Sant Josep por el aparcamiento con 403 personas y el otro que va de la misma avenida hacia la calle Sant Rafael con 330 personas (ver Figura 7).⁹⁶

Ejes de tránsito	Jornada de registro	Hombres	Mujeres
Eje Principal de Occidente a oriente y viceversa (Avenida Isabel la Católica a Calle del Teide y Maragda)	Mañana 9:30– 11:30	119	93
	Tarde 3:30 – 5:30	185	157

⁹⁵ *Ibidem*, pp. 114-115

⁹⁶ En ningún caso los datos presentados en el cuadro anterior pretenden ser contundentes, pues solamente reflejan una tendencia en el cruce de personas por vías definidas, lo cual no agota el tránsito que se produce en otras horas del día ni en otras vías secundarias que no pudo ser registrado simultáneamente por las dimensiones del parque. Sin embargo, esos registros permiten comprobar su carácter transitivo, su papel de puente comunicador entre varios sectores de la ciudad.

Eje principal de norte a sur y viceversa (calle San Rafael a salida del aparcamiento y barrio Sant Josep)	Mañana	241	190
	Tarde	198	211
Eje secundario Zona A (de la Calle Sant Rafael a la avenida Isabel la Católica y viceversa).	Mañana	81	66
	Tarde	101	82
Eje secundario Zona A (de la Avenida Isabel la Católica a la salida del aparcamiento y barrio Sant Josep y viceversa)	Mañana	87	90
	Tarde	118	108
Totales		1130	997

Figura 7: Registro del tránsito de personas durante dos jornadas de observación.⁹⁷

A nivel general se puede apreciar que el tránsito es más intenso en las horas de la tarde y que pese a que se observa una mayor cantidad de “pasantes” masculinos en ambas franjas horarias, es mayor la proporción de mujeres que transita por allí en esas horas que en las de la mañana. En cuanto a las posibles identidades de los transeúntes se podrían inferir algunas cosas por el vestuario, por los objetos que llevan -carritos o bolsas de compra, bolsas con pan, mochilas de deportistas, bolsos formales, etc.- y posiblemente por el rumbo que toman dentro de las vías del parque. Así que podrían englobarse en asalariados (as), estudiantes, deportistas, amas de casa, jubilados (as), padres y madres de familia, parados; meras categorías inferidas mediante el juego de las apariencias en los lugares urbanos se utilizan los rasgos aparenciales, locativos y comportamentales para hacer identificaciones, y cada pieza de información refuerza, corrige y complementa la otra, aunque en este caso, dado el carácter fugaz del transeúnte, difícilmente se puede hacer una afirmación plena de su identidad. Si en las horas del día resulta difícil trazar un perfil general de los transeúntes, en las franjas tardías es peor, aunque en las

⁹⁷ El conteo de transeúntes que se desplazaban simultáneamente por las vías principales (por ello no se tuvieron en cuenta las otras vías secundarias que ameritaban la colaboración de otra persona para realizar esa tarea), se realizó desde un lugar en el que se podía tener visibilidad suficiente y durante dos jornadas distintas pero ambas durante los meses de octubre y diciembre del 2003 y en distintos días de la semana. En la primera jornada se hicieron los registros de 9:30 a 11:30 de la mañana, y en la segunda jornada de 3:30 a 5:30 de la tarde. Ambos procesos se llevaron a cabo en 10 días laborales, no necesariamente consecutivos, pero si con un componente climático definido: buen tiempo.

pocas observaciones realizadas se advierte el paso de grupo de jóvenes o parejas, que lo cruzan velozmente de oriente a occidente y viceversa.

Ya se ha hecho notar que el tránsito constante de personas a través de las distintas vías del parque permite considerarlo no sólo como un espacio de ocio y diversión, sino como un lugar de paso. Sus senderos y caminos se convierten en calles por donde la gente anda rápidamente. Por eso la disposición de los cuerpos, sus movimientos, “las glosas corporales”, como las llama Goffman, son los mismos que se observan en cualquier calle de la ciudad: gestos, negociaciones sobre la marcha, danza de piernas y brazos, simples unidades vehiculares desplazándose ora sobre el pavimento ora sobre la tierra. La velocidad, la seguridad en el andar, la habilidad para sortear obstáculos y hacer el camino, cuando se deja de lado las vías trazadas dentro del parque para pasar muchas veces por el medio de los árboles, son otras de las características de estos transeúntes. Otro rasgo importante es la rectitud de los trazados que siguen o hacen. Las rutas de los transeúntes convierten el parque, durante ciertos momentos, en escenario de cruzamientos y caminos móviles. Si se pudiera observar el parque desde arriba en una hora punta, en una jornada laboral al medio día o las 5 de la tarde, posiblemente se vería una serie de flujos en varias direcciones dando la sensación de una comarca marcada por movilidades constantes y a la vez pasajeras. Estos cruzamientos eliminan fronteras convirtiendo el parque en un cruce de vías que funciona como cualquier calle pero alejado de los problemas que podrían ocasionar los vehículos. Si se eliminan esos bordes se tienen solamente las flechas de los desplazamientos, las trayectorias por donde meramente se pasa. He ahí la naturaleza “callejera” de un lugar público cuya fisonomía es mero diagrama, recorrido y trayecto; trazado para llegar a cualquier parte.

En resumen, este parque se presenta, posiblemente, como uno de los más transitados de la ciudad de L’Hospitalet debido a su posición estratégica en un lugar de confluencia urbana; a su total apertura sin vallas ni otras barreras que obstaculicen el tránsito; a la disposición de las vías internas, que permite el cruce y el acceso hacia varios puntos coincidentes con distintos sectores; a la actividad diversa y variada producida en el entorno que lo envuelve: centros educativos, deportivos, comerciales, culturales, estaciones de metro y autobuses, entre otros.

Es posible hablar entonces de su carácter *sui generis*, por las condiciones ya explicitadas, al de otros de naturaleza similar; por un lado, es un sitio de llegada, es decir “un lugar” y, por el otro, es un espacio de tráfico, de tránsito, desde esta perspectiva sería un “no lugar”⁹⁸, es decir, como señala Certeau, “una manera de pasar” o, según Jean Duvignaud, un espacio nomádico.⁹⁹ En el primer caso se convierte en un sitio a donde se “va” a pasar el tiempo, a recrearse de distintas formas, y como tal señala unas prácticas de su espacio marcadas –casi literalmente– por las vivencias de sus habitantes, por sus preferencias y apropiaciones sobre la marcha o con cierto nivel de fijación de sus territorios, en cuyo seno, “las situaciones ‘arenas físicas’ que sirven de localización y escenario, constituyen ‘marcas’ en el recorrido de la existencia cotidiana”.¹⁰⁰ En el segundo caso, el parque se convierte en mera especulación, en ámbito de pasajes, en camino a través del cual es posible llegar a algún lado o a ninguno; en calle habitada por transeúntes que van y vienen con rapidez y que, en ese trasegar, deben emitir señales y leer otras para desplazarse con cierto grado de seguridad. Simples actores preparados para su función de “traficantes” con un papel esbozado en sus accesorios, en el decorado personal que atraviesa el escenario velozmente. Principio y fin de la actuación: el pasar siempre.

4.4 Lugar de Miedo: la frontera de la noche

A nivel general, la mayoría de parques públicos urbanos que de día suelen ser abiertos y muy frecuentados por distintos tipos de usuario, lo que señala su dinamismo y carácter social, durante las franjas horarias tardías se transforman en lugares de frontera, en espacios solitarios que no ofrecen las condiciones adecuadas para los tránsitos, pues, por un lado, sus elementos físicos (ubicación, extensión, estructura material) se convierten en barreras que sólo los muy osados intentarían saltar, y por el otro, la noche en sí misma despierta múltiples inquietudes relacionadas con la sensación de peligro e

⁹⁸ Certeau, *La invención de lo cotidiano*, p. 115

⁹⁹ Jean Duvignaud, *Lieux et no lieux*, Seuil, París, 1973, p. 4.

¹⁰⁰ Claude Javeau, “Lugares de memoria individuales y estructuración de las interacciones: acerca de los síndromes de Lamartine y de Proust”, en *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Anthropos, Barcelona, 2000, p. 172

inseguridad.¹⁰¹ En el primer caso, esas barreras forman terminales muertas para las personas de las zonas aledañas, agudizadas por la carencia de una iluminación adecuada y una cierta conformación espacial donde priman componentes naturales y materiales que podrían propiciar el escondite, el ocultamiento: masas densas de árboles, ambientes donde no llega la luz, estructuras urbanas inquietantes, etc. En tal sentido un parque nocturno funcionaría como cualquier calle de la ciudad considerada peligrosa: nadie se atreve a pasar por ella, está indefectiblemente ligada a la sensación de peligro. Sensación que se acrecienta cuando empiezan a surgir historias (reales o ficticias) sobre acontecimientos ocurridos en tales lugares, lo que aumenta las percepciones de inseguridad y la fama negativa que, a la larga, marca irremediablemente un lugar. En algunas ocasiones se necesita un solo hecho para que un lugar apacible se convierta, en el imaginario popular, en uno totalmente opuesto.

En el segundo caso, se podría decir que la noche es una metáfora recurrente en la vida cotidiana que deviene en múltiples significados asociados casi siempre a fuerzas maléficas, acrecentadas psíquicamente por fenómenos naturales como el viento o la niebla, por ejemplo. De hecho la literatura y el cine se han encargado de nutrir esas impresiones con sus historias, que muestran las irrupciones más desquiciadas de lo instintivo, lo sobrenatural, lo tanático. En el imaginario social el ciclo noche/día está cargado de múltiples sentidos; es polisémico, puesto que genera un cúmulo de sensibilidades contradictorias reguladoras de la vida cotidiana y por ende, de las prácticas en los espacios públicos. El día, por ejemplo, se asocia con lo claro, lo transparente, lo visible y por lo tanto a lo conocido y a los contenidos sensoriales que produce. La noche, al contrario, como se ha señalado arriba, se relaciona con lo desconocido, lo misterioso y genera una serie de vivencias sensitivas relacionadas con el temor, la inseguridad, el peligro, pues produce “una ambigüedad afectiva”, manifiesta en las distintas sensaciones que se entrecruzan para constituir las atmósferas urbanas, que en este caso, remiten al miedo, la inseguridad, la desazón, característicos de ciertos lugares. Por ello,

¹⁰¹ Sobre la noche urbana, véase Anne Cauquelin, *La ville et la nuit*. París: PUF, 1979, y Justin O'Connor, “Donner de l'espace public à la nuit”. *Les Annales de la Recherche Urbain*, 40-46 (1997).

la noche en sí misma puede constituirse en muro que impide los tránsitos, los encuentros y las actividades en ciertos lugares públicos.¹⁰² Pero la noche encierra en otra ambigüedad: permite liberarse de los encasillamientos de la vida cotidiana, en el sentido de que facilita desprenderse de máscaras, de prejuicios, de prohibiciones. Al amparo de las sombras algunos espacios públicos se llenan más que de personas, de acciones, de movimientos, de perfiles fluidos y casi espectrales, que se convierten en sus ocupantes permanentes.

La ciudad nocturna, toda silueta y perfiles, que varía con los meses y los días, es un inmenso decorado de teatro en el que todo se reduce a un entrelazado de intrigas y de conjuras y sobre la cual se reconstruyen las barreras, torres de control, pasajes y puentes levadizos. Las tinieblas liberan, cubren las actividades de los amantes, de los chiquillos, de los ladronzuelos, de los golfos, de los asesinos y los poetas, hora mágica en la que toda una población se saca la máscara, se emancipa de los papeles que le oprimían bajo la claridad y parte a la aventura de hacerse a la calle como a alta mar en una dinámica a un tiempo, motriz y onírica. La noche con su fauna, su conglomerado de jueguistas, de prostitutas, de gigolós, de alcohólicos, de maricas, de rasqueadores de guitarra, de maníacos, de vagabundos, de chulos, de extranjeros, de pasados, de fuguistas ojerosos, de civiles, aporta a las metrópolis un perfume de clandestinidad, de aroma silvestre y vagabundeo.¹⁰³

La “pulsión maléfica de lo nocturno”, referida a la inquietud psicológica, a la tonalidad afectiva signada por la confusión e incertidumbre, produce una relación singular entre el habitante de la ciudad y sus espacios públicos que se manifiesta en las diversas formas de concebirlo y practicarlo, no exentas de miradas ambiguas y contradictorias.¹⁰⁴ Por ello, algunos parques o calles que de día suelen parecer tranquilos y apacibles, adecuados para la experiencia general, de noche se podrían constituir en lugares nada agradables por el peligro real o imaginario que significan para sus potenciales visitantes o transeúntes. Se convierten en lugares para recorridos y actividades de los que apenas se intuye su naturaleza, en un paisaje cuyas estructuras conocidas

¹⁰² Augoyard, *Pas à pas*, p. 111

¹⁰³ Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut, *La aventura a la vuelta de la esquina*, Anagrama, Barcelona, 1980, pp. 219-220

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 133

dejan de serlo para transformarse en espacios para lo soterrado, lo invisible. ¿Cómo funciona el parque de noche? ¿Quiénes lo ocupan o lo transitan? ¿Cuál o cuáles son sus atmósferas? Estas son algunas de las inquietudes esbozadas a partir de la necesidad de descubrir esa vida nocturna que posiblemente alberga. Sin embargo, las pocas observaciones realizadas apenas dan luces sobre ese aspecto. El etnógrafo o la etnógrafa saben que hay aspectos de la vida social que investiga que van a permanecerle opacos, que no van a poder saberlo todo de todo porque hay una parte de lo que estudia que les va a ser vedada o escamoteada. Este estudio no desmentiría tal principio. Antes al contrario. Ciertamente, todas las sociedades -incluyendo las de los parques públicos urbanos- tienen su noche.

Una noche en el parque

La noche constituye otro paisaje del parque, se personifica en cada uno de sus elementos para indicar a nuestros sentidos múltiples percepciones relacionadas casi siempre con el peligro, con lo oscuro, con el temor. Por ello no es cotidiano ver a personas pasear por allí a esas horas, puesto que su atmósfera es otra, distante de aquella bucólica e idílica que se dibuja con la luz del día. Como era de esperar, el tránsito en las horas de la noche es escaso; sólo se observan unas cuantas parejas y grupos de jóvenes que de vez en cuando lo atraviesan de Can Serra hacia La Florida y viceversa, a través del sendero central que no está tan cercado por los árboles y siempre permanece iluminado. Es un trayecto amplio, con buena visibilidad para observar cualquier señal que indique peligro.

Cuando se habla con algunos de los ocupantes diurnos sobre la noche en el parque siempre responden lo mismo: no lo visitan ni ellos ni otras personas que conocen porque en ese lapso produce miedo. Cuentan historias de robos, de violaciones, hasta de disparos que se escuchan en el silencio nocturno. También dicen que, aunque ahora están los mossos, no se atreverían a cruzarlo muy tarde (después de la 1 de la madrugada), y recalcan la necesidad de una vigilancia más estricta en esas franjas problemáticas.

(...) Este es un parque que tendría que estar un poco más vigilado (...) a mi me asombra que haya habido todo el vandalismo que ha habido y no haya habido un control durante todo este tiempo. Yo creo que ahí, la gente de arriba, no quiero decir nombres, pero la gente de arriba tendría que haber puesto más medidas para que la gente, sobre todo las mujeres, no sufran no poder entrar aquí por la noche. El parque que teóricamente está abierto; puedes pasar; tiene su iluminación adecuada en cada lugar; pero es un sitio que no se puede transitar, que no se puede visitar de noche.... (Pajarero)

De plano se infiere la disminución de uso en las horas de la noche más tardías. Si en los meses de verano se observa una ocupación importante en la plaza pública donde está el bar, especialmente los fines de semana, es justo por eso: allí la gente se reúne para tomar una cerveza a la vez que se disfruta del fresco de la tarde. Algunas personas se quedan hasta cuando se cierra ese establecimiento para después salir y otras, especialmente las parejas, se marchan hacia los bancos más alejados dentro de la misma plaza. Después de las 12 de la noche ya no queda nadie en ese sitio, aunque se pueden escuchar voces y risas que vienen de otras áreas del parque.

Se ha advertido en las observaciones realizadas que son los grupos de jóvenes los que con más frecuencia cruzan el parque o se establecen en alguno de sus bancos con más luz (y posiblemente en otros espacios). Parece obvio que cuando se está acompañado es más fácil vencer la aprensión que produce el escenario nocturno, sobre todo la sensación de temor. El sentirse acompañado da la seguridad suficiente para los tránsitos y la ocupación de espacios que de otra manera nadie osaría visitar. Una vez vencida la sensación de inseguridad, la noche agudiza los sentidos creando atmósferas donde las acciones hablan de maneras ambiguas e inesperadas de vivir el espacio, tal como plantea Simmel:

La oscuridad presta a la reunión un sello particular en el que se funden, de un modo singular, la significación de lo estrecho y de lo amplio. De una parte, sólo se ven los más próximos; detrás de ellos se alza un muro de negro impenetrable; gracias a esto siéntense íntimamente ligados los que están próximos, y la delimitación frente al otro espacio, allende el campo visible, llega al maximun; parece que este espacio ha desaparecido en absoluto. Pero por otra parte, esto hace que desaparezcan los límites

efectivos; gracias a la fantasía, la oscuridad ofrece posibilidades exageradas; se siente el hombre como rodeado de un marco fantástico, vago e indeterminado. Al desaparecer el miedo e inseguridad naturales, producidos por la oscuridad, gracias a la reunión compacta de muchas personas, surge la temida excitación y el sentimiento de la irresponsabilidad, que produce la confusión en la oscuridad, representando una potenciación y combinación únicas de los dos efectos de la delimitación espacial: limita por una parte, y por otra parte favorece la expansión....¹⁰⁵

Junto con los grupos, las parejas de enamorados son otras de las identidades sociales que ocupan algunas veces el escenario nocturno. Se observan cruzándolo rápidamente por la vía principal que une Can Serra con los barrios de La Florida y Les Planes, en los bancos adyacentes a la misma y en el césped, ya no como personas, sino como sombras en movimiento.

Seguimos nuestro camino para que el hombre no se dé cuenta de nuestra presencia; hacemos un esfuerzo considerable para poder ver más lejos puesto que los árboles crean atmósferas oscuras, perfiles misteriosos. Observamos a una pareja sentada en uno de los bancos. No nos detenemos mucho en ella porque parece que nos ha visto y no queremos pasar por mirones, aunque ya parecemos raros (en este momento también somos seres extraños, en cierta medida liminales). Apuramos el paso. Siento cierta insatisfacción porque imaginaba que veríamos más cosas, pero es que sólo transitamos el parque por la vía principal dejando a un lado las otras por estar en semipenumbra y bajo el amparo perverso de los árboles. Llegamos cerca del campo del fútbol y la persona que me acompaña me advierte sobre algo. En el césped que está en un costado del parque hay bultos en movimiento, forman figuras oscuras cuyo perfiles apenas se advierten bajo la poca luz de las farolas. Ahora es solo una mancha negra en aparente quietud.

Parece ser una pareja pero no es posible asegurarlo con certeza. Mientras estamos allí en medio de la vía, un grupo de jóvenes entra por La Florida y empieza a bajar las escaleras. Son cuatro hombres y dos chicas. Hablan y ríen fuerte. Cuando empezamos a subir las escaleras nos damos cuenta de la presencia de otra persona, arriba en medio de los árboles, agachada, como mirando o haciendo algo. No sabemos lo que es, pues apenas hemos visto su sombra. Y nos encontramos con otra pareja joven que baja las escaleras lentamente mientras habla y cuando pasa junto a nosotros parece callarse un momento y nos mira con disimulo, a lo mejor

¹⁰⁵ Simmel, *Sociología 2*, p. 660

preguntándose qué hacemos allí pues tengo la leve impresión de que nos ha pillado mientras observábamos hacia ese lugar desde donde ahora parece llegar un murmullo de voces apagadas, un susurro... (sábado, 28 de abril de 2001, 1:00-2:00 horas).

El texto anterior sólo da cuenta de esos ocupantes nocturnos “más visibles” desde la vía principal, cuya cercanía a la misma podría sugerir la búsqueda de cierta seguridad, y su carácter menos inquietante. Ello no implica, sin embargo, que dentro de los ambientes más apartados y amparados en las sombras se muevan otros seres cuyas actividades apenas podrían inferirse en ciertos comportamientos oscuros y contradictorios.

Después de un tiempo he vuelto a la observación nocturna. Me acompañan otras personas porque en solitario no me atrevo ni a cruzar por aquí. A estas horas de la noche (11:00) aún hay unas cuantas personas en el bar. Están sentadas en las sillas rojas tomando el fresco mientras escuchan las últimas canciones de Estopa, como en la primera noche de observación allá, por el 2001. La gente habla y ríe. Algunos grupos de chavales cruzan el parque. En los bancos que rodean la plaza principal hay otros jóvenes y una pareja. Algunos tienen latas de bebidas y bolsas de patatas fritas. Después de un rato, el hombre del bar empieza a recoger las sillas, las pone una encima de las otras. Partimos hacia otros lugares del parque con el ánimo de recorrerlo en compañía. Poca cosa. Algunas personas en los bancos de las zonas adyacentes a la vía principal. Un hombre solo fuma un cigarro; se ve su sombra junto a uno de los árboles cercanos a una placita. Bajan las escaleras un grupo de adultos. Una pareja tomada de la mano camina deprisa. Vienen risas de lado del césped, pero no se ve a nadie. Se escuchan algunos murmullos en la parte alta, y aunque agudizamos la vista y los oídos no vemos a nadie, ni entendemos las palabras. Risas otra vez. Parece un grupo de jóvenes oculto en los árboles. Subimos las escaleras con calma. Desde arriba se pueden ver los pocos pasantes veloces, y algunas sombras que transitan más despacio por algunas de las zonas de abajo débilmente iluminadas. Después de recorrer las vías principales desandamos los pasos para volver a la plaza urbana. Aunque caminamos de prisa estamos pendientes de lo que, posiblemente, se vive en las sombras. Agudizamos los sentidos para percibir imágenes visuales, olfativas, sonoras que den pistas sobre lo que allí ocurre o puede ocurrir ahora, en este momento. Debo confesar cierto afán por ver y escuchar, por descubrir cosas, por ver aparecer fenómenos. Cuando regresamos a la parte baja el

bar está cerrado y en los bancos sólo hay una pareja. Experimento una sensación de frustración y pienso que me gustaría introducirme en otros senderos del parque para ver qué sucede, deambular por ahí dejando a un lado el miedo y la incertidumbre. “¿Estás loca? Es peligroso caminar por ahí a esta hora”. Es la 1:30 de la mañana y la verdad aún no tengo sueño... (viernes, 7 de mayo de 2004).

A partir de las observaciones y la propia experiencia personal, es posible recuperar algunas implicaciones y perfiles generales del parque como escenario nocturno, asociadas a las atmósferas que genera:

1. La sensación de temor asociada a la inseguridad que produce estar en un lugar público en apariencia solitario y con ambientes oscuros que pueden propiciar comportamientos socialmente desaprobados o peligrosos para las personas.
2. La disminución pronunciada de uso (tránsitos y ocupación)
3. La posible existencia de una vida agolpada en las sombras a la cual difícilmente se puede llegar.
4. El uso ambiguo que podría estimular la presencia de cualquier tipo de usuario, de actividades y comportamientos, dado su carácter de espacio permanentemente abierto.
5. La falta de un acondicionamiento físico adaptado a los tránsitos nocturnos: carece de una iluminación adecuada en todos los senderos, hay demasiadas zonas densas al borde de los senderos transitados, etc.; algunos afirmarían también que carece de una vigilancia constante.

Los aspectos señalados reflejan la frontera latente en que se transforma el parque durante la noche, debido a las sensaciones de temor e incertidumbre producidas por la falta de visibilidad, parecidas a las experimentadas en calles consideradas peligrosas, sin obviar el hecho de que este tipo de lugares tradicionalmente produce fronteras, límites, en las zonas donde se ubica.¹⁰⁶ Así, las sensaciones de temor asociadas a la inseguridad a causa de la “falta de ojos”, de visibilidad, impiden los tránsitos normales convirtiendo el parque en

¹⁰⁶ Sobre la noche como frontera simbólica, me remito a Murray Melbin, *Night as Frontier. Colonizing the World after Dark*. Free Press, Londres, 1987.

un espacio difícil de transitar por las sensaciones de temor e inseguridad que produce. Su dimensión, la masa densa de árboles, la iluminación en algunos senderos deficiente, y sobre todo, la aprehensión de que cualquier cosa puede acechar desde la penumbra solitaria, impiden los tránsitos sosegados.

Sin embargo, cuando se atraviesa el parque así sea velozmente se tiene la sensación de que hay mucha vida agazapada en sus sombras. De hecho durante una de las observaciones se pudo percibir la presencia de bultos entre los árboles, sentados en el césped o en los bancos semiocultos. ¿Qué tipo de persona frecuenta el parque a esas horas y qué hace ahí? Pregunta difícil de responder con exactitud sólo a través de unas cuentas impresiones; no obstante podría inferirse la condición de esos seres inmersos quizá en la vida marginal, en el mundo de la no-posibilidad, es decir, en el de los desheredados, los inferiorizados, los trashumantes: drogadictos, “inmigrantes”, mendigos, los eternos “indeseables”.¹⁰⁷ Pero así como hay sombras y perfiles indeterminados existen otros que se pueden esclarecer a simple mirada, como las parejas semiocultas en la penumbra de algún banco o como bultos movedizos sobre el césped.

En la noche todo es sugestivo; por ejemplo, el hombre taciturno, solitario que camina con su perro blanco a través de los árboles a las dos de la mañana un sábado cualquiera, es una imagen digna de cualquier película de suspense por su mismo carácter insólito, abierta a infinidad de especulaciones. Ese hombre podría ser un insomne en plena vigilia o un sonámbulo en duermevela cuya realidad pende de los hilos de la noche, como pende lo público de los pasos de los transeúntes, de sus vivencias y recorridos, ora anónimos, ora simultáneos y siempre visibles.

Son casi las 2 de la mañana, de este sábado de junio. Desde la plaza cuya iluminación y cercanía con la calle produce menos incertidumbre, se puede divisar la vía principal del parque, algunos bancos próximos y más arriba, las escaleras que ascienden hacia La Florida. Aparentemente no hay nadie. Sólo nosotros y el viento que sopla quedo entre la masa de árboles. Unos chavales cruzan desde Isabel la Católica, hablan, caminan de prisa hasta alcanzar las escaleras. No es mucho lo que se puede ver. Sin

¹⁰⁷ Algunas de las personas con las que se habló dicen que “inmigrantes y mendigos duermen muchas veces en los bancos del parque, especialmente cuando hace buen tiempo”.

embargo, la persona que me acompaña me alerta sobre algo: un cuerpo se desplaza por entre los árboles, camina despacio. Buscamos otra posición para observarlo mejor sin que nos vea; experimentamos una sensación extraña ¿Quién puede ser y qué hará a estas horas de la madrugada? Le vemos un momento y nos damos cuenta que delante de él va un perro grande, blanco. El hombre se ha perdido entre los árboles justo cerca de la zona de juegos infantiles. A lo mejor es alguien que ha decidido sacar a su perro a esta hora de la mañana y tomar un poco de fresco, nada más; alguien a quien no le inquieta la soledad, ni la penumbra, ni la diversidad de atmósferas; alguien que conoce el escenario nocturno y lo practica en esas condiciones (9 de junio de 2001).

Sin duda la noche transforma el parque en otro escenario, lo convierte en un espacio de sugerencias, de sensaciones relacionadas con el peligro real o infundado que puede albergar. Deja de ser el lugar de la apacibilidad, de lo conocido, para transformarse en territorio de la incertidumbre donde la cosa más trivial adquiere nuevas dimensiones, nuevos sentidos; se convierte en foco de estímulos e imágenes vertebradas o confundidas en la penumbra de sus rincones: la noche es presencia, personaje principal; marco y acción a la vez.

4.5 El escenario nocturno y las mujeres

Cuando se habla el habitante de la ciudad y su relación con la noche y sus espacios se remite tanto a hombres como a mujeres. Sin embargo, la relación no es idéntica para ambos sexos puesto que, si bien es cierto que algunos lugares suelen ser o generar ideas de peligrosidad para los dos, siempre resultan doblemente problemáticos para la mujer. Esta situación de miedo no se origina únicamente en las características físicas de ciertos espacios asociadas a lo seguro e inseguro y traducidas en la configuración mental que se tiene de las distintas zonas de la ciudad, sino también en la instauración de ese temor ancestral, anclado en la socialización femenina, que condiciona sus tránsitos nocturnos por cualquier espacio. A ese respecto Teresa del Valle desarrolla una reflexión lúcida sobre los espacios que nos negamos por ese miedo latente y cómo esa misma situación se transmite a la

generación siguiente.¹⁰⁸ Del Valle retoma las palabras de Mariasun Landa para mostrar esa privación espacial agudizada, pese a las transformaciones ocurridas en el marco de lo femenino y masculino y de lo público y lo privado: “Creo que me cuesta ser consciente de los espacios que me niego. Lo tengo tan asimilado- por ejemplo pasear la playa de noche sola- que me resulta difícil mencionarlo aquí (...) las mujeres deberíamos tener la libertad de movimiento que los hombres secularmente han tenido, la libertad de moverse y perderse por las calles me refiero. Me parece que en muchos casos, esta limitación está incrustada en nuestro ‘estar en la vida’...”.¹⁰⁹

La noche se constituye así misma en el tiempo y el lugar del peligro, rasgo que se acrecienta en los espacios públicos donde se “desvanece la identidad personal para pasar a ser un mero objeto de agresión”.¹¹⁰ Desde ese punto de vista las mujeres son los transeúntes anónimos más expuestos a la intemperie en todo el sentido de la palabra; intemperie donde los otros, los hombres, se constituyen en los potenciales agresores. El miedo femenino a trasegar ciertos espacios no deviene de la configuración de éstos sino de su profunda instalación a través de mecanismos socializadores desde la misma infancia, relacionados entre otras cosas con la separación de roles. Así, en la tradición occidental, los hombres parecían educados para ser los dueños, los amos de la calle: sus actos estaban dentro de la esfera de lo público –era el proveedor material de la familia-; y las mujeres para ser las “amas” del hogar, sus actos estaban dentro de la esfera de lo privado, lo familiar, lo cercano: la casa. En la actualidad esos esquemas se han flexibilizado, especialmente por la incursión de la mujer en el mercado de trabajo, de tal suerte que los límites entre lo público y lo privado tienden a desaparecer, a la par que las consabidas divisiones de género para su uso. No obstante, todavía se advierten elementos preocupantes que reflejan cómo esa “división (de lo privado y lo público y su relación con los géneros), consagra el punto de vista de una cultura de la exclusión política de las mujeres de los escenarios públicos, basada en la

¹⁰⁸ Teresa del Valle, *Andamios para una ciudad nueva. Lecturas desde la Antropología*, Cátedra, Madrid, 1997.

¹⁰⁹ Citado en *Ibidem*, p. 198

¹¹⁰ Teresa del Valle, “Procesos de la memoria: cronotopos genéricos”, en *Áreas, revista de ciencias sociales*, no. 19, p. 222

lógica dicotómica de la existencia de dos espacios excluyentes y de roles de asignación por naturaleza a cada género”.¹¹¹

Lo anterior también plantea la falacia entorno al criterio democrático y abierto de los espacios públicos, en donde supuestamente todo el mundo tiene acceso en igualdad de condiciones, puesto que, por una parte, desde el principio, los obstáculos para un disfrute igualitario de la calle por parte de hombres y mujeres se constituyeron sobre la base de las supuestas diferencias “naturales” (físicas e intelectuales) entre ambos y la connotación secular de lo público. “Si las calles eran para los hombres un lugar de la insinceridad y la incertidumbre, más lo iban a ser para unas mujeres a las que se atribuía no sólo una mayor debilidad muscular, sino también una endémica vulnerabilidad mental” y por la otra, ese lugar idealizado de la libertad, *summun* de la apertura urbanita, niega el derecho de acceso sin reservas a “los ciudadanos inferiorizados, los ciudadanos ‘a medias’ –las mujeres, los ancianos, los niños, los jóvenes, los disidentes, los pobres, los extranjeros ‘ilegales’-, (quienes) sólo la podrán usar igualmente ‘a medias’”.¹¹²



Foto 21: Mujer y perro

¹¹¹Jairo Muñoz, “Espacio y relaciones de género. Imensionamiento político de los espacios construidos culturalmente”. www.colciencias.gov.co/seiaal/congreso

¹¹² Delgado, “La mujer de la calle”, p. 7

Pese a que Whyte menciona que las aceras de las calles, por ejemplo, no son problemáticas para nadie, lo que incluiría a las mujeres, porque hay muchos ojos desplegados allí, la verdad es que el espacio público no es un espacio feliz, neutral, pues como ya se ha sugerido, esas comarcas ponen en desventajas a las mujeres y las obligan, en determinadas ocasiones, a soportar las amenazas de violencia así como las miradas y los asaltos verbales de hombres. Setha M. Low muestra cómo las mujeres experimentaban a menudo una sensación de intranquilidad cuando estaban solas en una de las plazas por ella estudiadas y raramente se sentaban por largo tiempo en alguno de sus bancos, especialmente durante los días laborables y cuenta su experiencia con una de ellas:

Quando pregunté a una mujer que estaba sentada junto a mi si venía aquí a menudo me dio la siguiente explicación: “No, pero yo estoy descansando aquí porque mi paquete es muy pesado”. Dijo que vivía en un suburbio y ahora iba a casa. “Normalmente solo vengo a la plaza el domingo” comentó ella. Yo pregunté por qué. “Porque hay un grupo de hombres desempleados aquí y las mujeres están usualmente trabajando o si no están trabajando, están en su casa. Los domingos es cuando las mujeres vienen a la plaza con los niños...”¹¹³

Mi propia experiencia personal durante el trabajo de campo en el parque me enfrentó a situaciones incómodas como miradas focalizadas, intentos de intrusión en mi espacio privado y en ocasiones, hasta la vulneración de mi deseo de soledad y anonimato por parte de algunos varones, especialmente en esas jornadas diurnas cuando se supone que las mujeres “normales” están en su casa o trabajando fuera de ella (las primeras horas de la mañana, por ejemplo). Parece, además, que dicha situación se acentúa si quien está en ese espacio es una fémina joven y sola que en apariencia no hace nada, sólo deambula de aquí para allá o mira desde uno de los bancos. Y, paradójicamente, de alguna manera, a veces yo también experimentaba la sensación de estar haciendo algo “raro” o como mínimo fuera de lo común. Y ello contribuyó para que, sobre todo al principio, me preocupara demasiado por buscar coartadas válidas, mecanismos visibles para que la gente, en este caso los hombres, no interpretaran de manera equívoca mi presencia, puesto que

¹¹³ Low, *On the Plaza*, pp. 139-140

los parámetros culturales dominantes imponen la presunta evidencia de que una mujer sola en el espacio público tiene permanentemente vacante y disponible un espacio a su lado, que debe ocupar “naturalmente” un hombre, en su defecto, cualquiera. Aunque era consciente que difícilmente podría pasar completamente desapercibida teniendo en cuenta ciertos atributos ya no sólo de género sino también relacionados con mi procedencia. Esa sensación de extrañeza me acompañó hasta el último momento del trabajo de campo y afectó mi relación con el espacio pues, pese a que no iba allí por placer en el sentido de disfrutar del tiempo libre, sino a hacer una labor investigativa, no pude entablar con éste un diálogo fluido, horizontal, sereno, laxo. Siempre existía una tensión permanente, una suerte de expectación constante que me mantenía con “cuatro ojos”. Curiosamente, hace poco, una amiga “nativa” con la que paseaba por allí me expresó que no vendría a este parque sola casi a ninguna hora porque era un lugar muy grande y con muchos rincones en donde una se podría encontrar con gente indeseable, hombres indeseables y que yo había sido muy valiente por haber estado allí tanto tiempo sola y expuesta a cualquier cosa. Los temores de mi amiga, sin embargo, me parecieron un tanto exagerados, quizá porque, en el fondo, siempre estaba comparando mi experiencia en otros contextos culturales en los que nuestra incursión en calles, parques, plazas y espacios abiertos en general suele ser todavía más problemática.¹¹⁴

¹¹⁴ En julio de 2004 realicé una jornada de observación en una plaza-parque de una ciudad colombiana intermedia. Quería hacer una comparación que diera pistas sobre la forma como se observa a una mujer sola en dos contextos culturales distintos. Uno situado en L'Hospitalet (Barcelona) y otro en Neiva (Colombia). Así que una mañana soleada me senté en el Parque Santander (en verdad un plaza arbolada, con jardines y bancos, ubicada en el corazón de la ciudad). Un lugar pequeño que también funciona como lugar de paso, como calle. Me puse justo en el centro por donde cruza mucha gente y donde permanece otra de pie o sentada en los bancos, hablando y mirando. Era un hervidero de actores y actividades: vendedores de comidas, de agua, de baratijas; lustradores de zapatos, mendigos, parados; transeúntes veloces: ejecutivos, obreros, secretarias, madres... El centro mismo del escenario era, sin embargo, un lugar netamente masculino. La mayoría de los pasantes también lo eran. Las mujeres cruzaban veloces y con el bolso hacia delante y una mano encima de él, como protegiéndolo. No era un lugar cómodo para estar. De hecho yo era la única mujer allí. La presión comenzó justo antes de sentarme: los hombres que estaban en los muros pequeños que delimitan las áreas ajardinadas se quedaron mirando sin disimulo *¿A dónde va tan solita, quiere que la acompañe? Adiós, mamacita; si como camina cocina...* Entre otras expresiones más explícitas que hacían alusión a ciertas partes corporales y que también lanzaban a las otras mujeres que pasaban por ahí veloces. Oídos sordos y pasos seguros. Una vez en el banco, que ya estaba ocupado en uno de sus costados por un señor mayor, comenzó el concierto de las miradas. Los que pasaban se quedaban mirándome con una expresión de extrañeza. Y algunos de los hombres que tenía al frente empezaron a observarme mientras comentaban algo entre sí. Yo no tenía ninguna coartada clara para estar allí. Sin embargo mi

En el trabajo de Duneier sobre las aceras de Nueva York hay un apunte interesante que muestra la naturaleza conflictiva de la relación entre género y espacio público, dada a partir de las distintas connotaciones que para uno y otro sexo puede encerrar el estar o transitar por la calle.¹¹⁵ Dice, por ejemplo, que para los hombres que están en las aceras (que pueden ser vendedores de periódicos, mendigos, etc.) pese a que saben que la mujer o mujeres que pasan por su lado están fuera de su alcance -en el sentido de la amistad, el romance o cualquier otro tipo de sociabilidad-, es común que las traten como objetos sobre las que parecen poner en juego los trucos de interacción por accidente. Esos "trucos" o "trampas" tienen como fin lograr un contacto más cercano así sea efímero y casi siempre se producen en una sola vía. Se utilizan para llamar la atención de mujeres con ciertas características físicas, por lo general jóvenes y atractivas. Estos mecanismos pueden ir desde abordar a una chica para preguntarle la hora, una dirección hasta fijarse en un objeto o cosa que llevan (el perro parece ser uno de los pretextos que no falla cuando de acceder a una mujer se trata). Mecanismos además muy comunes en otros contextos socioespaciales y que, como se ha dicho, tienen como fin establecer un contacto focalizado sin contar con la voluntad de la mujer, la única afectada. Para ésta tal comportamiento masculino representa no en pocas ocasiones una vulneración de su integridad individual, pues no sólo se obstruye su tránsito o paso por algún lugar sino que se violenta de manera contundente su derecho al anonimato y su condición de ser humano; se la pone en apuros enfrentándola a una situación inesperada y en la mayoría de los casos, desagradable de la cual debe salir inmune.

Así que, siguiendo a Duneier, esos "ojos sobre la calle" en muchas ocasiones no significan para las mujeres un sentido de seguridad sino más bien de profunda desconfianza. Allí en la acera es imposible tener "relaciones

fachada y el manejo corporal hacían prever que no era una prostituta, ni una indigente, ni una buscona. Al menos en eso confiaba. Algo curioso es que un grupito de mujeres jóvenes que transitaba deprisa por allí también se percató de mi presencia y me miró sin contemplaciones: comentarios entre sus integrantes y cierta mirada de reconvención, creo yo. Sin duda ese no era un lugar para una mujer sola como en efecto lo comprobé cuando, sin mayores preámbulos, dos de los hombres que estaban enfrente me abordaron sin miramientos: ¿Qué hace una *mujer* tan *linda* en este lugar? Dijo uno de ellos mientras se sentaba a mi lado y el otro hacía una abierta exploración visual. Nada, pensé, mientras cogí mis cosas y salí despavorida de allí... La jornada de observación duró justo media hora.

¹¹⁵ Duneier, *Sidewalk*, p. 216

sinceras con los hombres, por miedo a que la sinceridad sea explotada”¹¹⁶, de ahí la evitación de la mirada fija, el pasar por delante de ellos como si no estuvieran allí, hacer de cuenta que no existen. Pasos seguros y oídos sordos digo en otra parte. Todo eso contribuye a reforzar en ciertas circunstancias la evidencia de un espacio público en donde las mujeres tenemos verdaderos problemas para ser una persona cualquiera, para que no se nos cosifique, no en el sentido de ser una presencia más, un cuerpo que pasa como otro, sino al contrario, un objeto sobre el que se fija la atención y al que algunos se creen con el derecho de acceder so pena de ocasionar una profunda disrupción y una falta flagrante a la integridad personal. Estos comportamientos alientan también un estereotipo donde los hombres en general y mendigos, vendedores callejeros, etc., en particular, parecen constituirse en seres peligrosos, en potenciales enemigos para un disfrute igualitario de la mujer de los espacios públicos. Esa problemática, no obstante, encierra también otras cuestiones que hablan sobre las formas de coerción, sobre la movilidad, sobre los apuros a los que nos enfrentamos las mujeres en los ambientes urbanos y que Teresa del Valle perfila de la siguiente manera:

En la ciudad se dan manifestaciones de la imposición que traducimos por violencia en relación a la vida, movilidad de las mujeres, imagen que se proyecta. Aparece de forma pública, breve, directa o indirectamente en los anuncios, carteles, pintadas; en la inseguridad a que están expuestas niñas, mujeres en ciertos lugares y a ciertas horas; en los comentarios jocosos, el mal llamado piropo ya sea de forma individual o colectiva. La inseguridad que experimentan las mujeres incide negativamente en la amplitud de su movilidad y del espacio que pueden recorrer. En muchos casos, las mujeres, por miedo de que puedan ser atacadas, limitan las horas de su salida así como sus recorridos evitando los lugares en solitario o mal iluminados. Cuando lo hacen experimentan la ansiedad y el miedo. Hay casos en que evitan los viajes en transporte público.¹¹⁷

Lo dicho hasta aquí se relaciona con la creación y mantenimiento de las relaciones de género que en los espacios públicos y semipúblicos de recreo adoptan, al decir de Linda McDowell, formas características. Relaciones que a nivel general son también más confusas y complicadas de lo que a veces se

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 216

¹¹⁷ Teresa del Valle, *Andamios para una nueva ciudad*, p. 233

ha querido admitir, porque, entre otras cosas, “existen muchas actividades que desmienten la consabida asociación de lo femenino con lo íntimo, y de lo masculino con lo público”. Si bien es cierto que allí se puede comprobar las relaciones entre lo público y lo privado y el género que, siguiendo a McDowell, de alguna manera parten de una profunda identificación de la mujer con la casa y los espacios interiores del mundo doméstico que ha llevado a la investigación feminista de los lugares públicos (desde la antropología, la geografía y la sociología) a centrarse con frecuencia en los problemas y peligros que la mujer debe afrontar en el mundo exterior dando origen a un corpus literario bastante amplio sobre el miedo, la angustia, el peligro físico, el acoso, las agresiones en las calles y en los espacios abiertos. También lo es, de manera paradójica, que estos espacios urbanos han supuesto para las mujeres, pese a todos los obstáculos, una posibilidad de liberación del dominio masculino y de las normas burguesas de la sociedad moderna. En ese sentido los espacios públicos y semipúblicos representan también para las féminas una opción para salir de los marcos del mundo doméstico, la posibilidad de disfrutar de una relativa libertad individual. En determinadas circunstancias esos espacios se constituyen en los únicos intersticios por donde es posible escaparse de una cotidianidad que no ofrece mayores perspectivas. En la ciudad, sobre todo en aquellas grandes, las mujeres y demás seres estigmatizados pueden encontrar hendiduras en donde, al menos temporalmente, tienen la opción de disfrutar de una cierta amplitud de movimientos y de acciones.

Esta matización sirve para dejar claros algunos elementos. En primer lugar se reconoce que, en efecto, la relación género-espacio público continúa presentando formas problemáticas en lo que respecta a la mujer y su posibilidad de un disfrute igualitario y sin sobresaltos de cualquier espacio abierto. Y en segundo término, que esa relación no es simple ni llana sino que ofrece otras dimensiones ligadas a cambios en las perspectivas de lo femenino y lo masculino, a circunstancias que atenúan o perfilan nuevas interpretaciones de ocupación espacial. En esa perspectiva, se podría pensar que esa relación no es estática sino dinámica que se transforma en la medida en que lo hacen también los contextos socioculturales mayores, o más bien, por ello. Y por otra parte, también cabría decir que no sólo las mujeres tienen inconvenientes a la

hora de transitar, pasar, ocupar, *estar en* el espacio público pues como se ha venido esbozando “hay todo un conjunto de individuos y grupos sociales concretos que quedan fuera del espectro más amplio de acceso a los espacios públicos, bien por su actitud transgresora o su negativa a reconocer los derechos de los demás, bien porque se supone que necesitan protegerse del trasiego de la vida pública. A las mujeres se las ha excluido, y se las continúa excluyendo, con la excusa de que pertenecen al último grupo”.¹¹⁸ Habría que añadir aquí a otros colectivos, grupos o categorías que si bien no parecen ser excluidos abiertamente del espacio público, si tienen verdaderos problemas para acceder materialmente a él tales como los disminuidos físicos y mentales, los niños, los ancianos sin contar con los eternos estigmatizados a los que ya se ha hecho mención en otra parte de este trabajo. Así pues la “ciudadanía universal” parece un pretexto bajo el cual operan las políticas sistemáticas de exclusión social.

¿Cómo viven las mujeres el parque nocturno? Desde la propia experiencia como observadora-ocupante podría decir que a partir de las vivencias de la incertidumbre no solamente a ocuparlo y trasegarlo sola (cosa que pocas mujeres harían) sino en compañía de otra persona. Si se parte del hecho de que cualquier lugar de esa naturaleza puede constituirse en una frontera durante la noche, se entiende que la circulación de personas será mínima, como sucedería con ciertas calles de la ciudad que presentan características inquietantes. Y si a esta disminución de uso general se añade la “vulnerabilidad” y el temor, infundado o no, de las mujeres, se infiere su poca presencia en esta clase de espacio en las franjas horarias tardías. Por ello así se vaya acompañada, seguramente siempre se oirá decir: *“Es mejor que nos marchemos; no lo digo por mí, sino por ti... Cualquiera puede aparecer por ahí y yo me puedo defender, pero tú...”*

Si bien es cierto que los paseos nocturnos en solitario son todavía casi imposibles para las mujeres, también lo es que en determinadas circunstancias se experimentan los mismos temores a pasar o estar de día en según qué lugar llámese calle, parque, plaza, no sólo en donde no hay suficientes ojos sino donde hay demasiados. Me parece interesante traer a colación la reflexión acerca de caminar por una ciudad como Bogotá enunciada por Florence

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 222

Thomas, una experiencia irrealizable “cuando uno tiene cuerpo de mujer, cara de mujer, cartera al hombro, minifalda o falda hindú y boca pintada, es un imposible, a menos de estar acompañada de un hombre, o mejor de dos, obligadas así a reconfirmar los viejos estereotipos patriarcales. Bogotá nos niega el paseo solitario, el encuentro sensual con ella...”.¹¹⁹ Y si de día esos tránsitos femeninos son como mínimo problemáticos de noche son, en verdad, imposibles porque...

Justo cuando las mujeres iban a poder recuperar la rumba, la salsa, el bolero, el ron cubano y el aguardiente, Bogotá nos prohíbe la noche. Para nosotras, adentrarnos en la noche solas, conocer la noche, sentir su tiempo tan distinto del tiempo diurno, sus olores, sus sabores, su permisividad y la libertad que connota, sin ser brujas o putas, es algo que los hombres difícilmente pueden entender, porque la noche y sus aventuras siempre les pertenecieron. Y sé que me lo van a discutir. Sé que me van a decir que hoy por hoy el problema es el mismo para los hombres. Pues les cuento que no es cierto (y aun si lo fuera no sería ningún argumento). Nuestro cuerpo, nuestra sexualidad, desafortunadamente tienen una historia, una triste historia de apropiación por parte de los hombres. Nuestro cuerpo ha sido el lugar por excelencia del poder patriarcal...¹²⁰

En el caso del parque en estudio algunas mujeres -madres y jubiladas- con las que se habló respecto a sus visitas diurnas y nocturnas a ese lugar siempre manifestaban lo mismo: de día no hay problema porque hay mucha luz y se puede ver, pero de noche no se atreverían ni a cruzarlo, mucho menos solas. En cambio, algunas chicas me dijeron que sí habían pasado o estado allí en horas tardías pero no solas sino con un grupo de amigos y especialmente durante el buen tiempo. En ambos casos la causa que exponen para no visitarlo solas de noche es el temor, el miedo a lo que pueda ocurrir en una comarca de relativa extensión y con muchos recovecos. ¿Qué puede pasar aquí?, pregunto a una madre. *De todo -me responde-. Es un lugar demasiado grande. La verdad yo no me atrevería a venir sola ni siquiera de día, me produce un poco de temor tantos rincones...* Mientras una chica que pasea con un perro me dice *Yo lo veo normal. Un parque como cualquier otro. No me da*

¹¹⁹ Florence Thomas, “Pensar la ciudad para que ella nos piense... Una mirada femenina sobre la ciudad”, en Giraldo y Fernando Viviescas (compiladores) *Pensar la ciudad*, Fabio, TM Editores, Bogotá, 1998, p. 412

¹²⁰ *Ibidem*, p. 413

miedo venir de día pero de noche me lo pensaría así sea acompañada. La oscuridad de los espacios, la falta de visibilidad hace que cualquier movimiento por inocente que sea adquiere una nueva significación. Pero ese miedo no sólo se evidencia en los recorridos nocturnos pues algunas mujeres expresaron que durante el día también sentían cierto resquemor a estar completamente solas por mucho rato en lugares no muy visibles. El miedo al abordaje indeseado, a los maleantes, a los exhibicionistas o a cualquier otro fenómeno que ponga en juego su integridad personal, son algunas de las cuestiones a las que las mujeres temen en ese lugar demasiado abierto para unas cosas y demasiado cerrado y clandestino para otras.

Ya está oscuro. He venido sola al parque y a escondidas. Si hubiese dicho en casa que deseaba hacer una observación a estas horas habrían intentado disuadirme de no hacerlo. Pero no es muy tarde. Apenas son las 22 de un día cualquiera de febrero. Hace frío. A medida que me aproximo al parque experimento sensaciones encontradas. Por una parte tomo este pequeño gesto como una manera de reafirmarme en mi condición igualitaria ya no para disfrutar de un lugar público sino de pasar por él con naturalidad como si lo hiciese por una calle. Deseo ejercer mi derecho al tránsito como una persona cualquiera. Un ser humano sin atributos. Un individuo más que cruza, que pasa, que fluye. Me repito una y otra vez que no pasará nada si camino por allí mientras voy observando lo que sucede alrededor. Y por la otra, no obstante, siento miedo. Una cierta ansiedad que va justo a la boca del estómago. Y empiezo a trazar recorridos mentales, a recordar ese paisaje nocturno que he visto en otras ocasiones acompañada. Perfiló la atmósfera del escenario y esas características materiales sensibles: la iluminación, los ambientes oscuros, las formas, los caminos, los movimientos. Determino los lugares que deseo visitar o mejor transitar en función de esas características. Iré primero a la plaza urbana está muy bien iluminada y abierta a la calle. Es un lugar visible. Me asomaré desde su balcón mirador un momento para ver que ocurre alrededor. Bajaré luego las escaleras deprisa... Y me di cuenta que estaba trazando un recorrido en función de mi temor a estar allí, sola, expuesta a las sombras, a lo que de ellas surgiera. Señalaba sin proponérmelo la trayectoria del miedo. Estaba buscando lugares visibles que me ofrecieran cierta seguridad. Ya no podría recorrer el parque para hacer mi trabajo de observación. Si acaso lo podría cruzar de un lado a otro casi corriendo y sintiendo que en cualquier momento algo, una presencia oscura, brotara de la nada para atentarse contra mí. Tuve entonces la certeza de que era sólo un cuerpo, un cuerpo de mujer. Un objeto frágil y

vulnerable, indefenso ante la amenaza de ese, en efecto, animal público en evidencia: el hombre... (jueves, 5 de febrero de 2004).

La sensación de peligro asociada a la noche y a la falta de visibilidad en general se acentúa y refleja en los testimonios e historias, reales o no, relatados por algunas personas.¹²¹ Allí hablan de agresiones, de temores, cuyo trasfondo parece comprenderse en las situaciones relacionadas con el papel de la mujer en el escenario público; pero también, más ampliamente, con el papel de los seres considerados débiles, vulnerables o inferiores. El siguiente fragmento de una conversación sostenida con uno de los hombres encargados del parque refleja algo de ello:

- (...) *De hecho dijeron que habían intentado violarla. No se si llegó a su fin o no llegó, o si intervino antes la policía o no; esto es una cosa que te cuentan, entonces lo que te cuentan a veces lo pones un poco como en duda, no, la gente a veces se inventa muchas historias, pero bueno, de crérmelo sí que me lo creo; de hecho sí que me lo creo porque ha habido bastantes cosas aquí en este parque y por la noche es bastante peligroso; para una mujer es muy, muy peligroso. Muchas veces, pero ahora no; antes, venían llorando y me decían que le habían robado el bolso y cosas así...Y de hecho yo he encontrado carteras, muchas carteras, pero hace unos meses que no (...)*

- ¿Y se sabe quién o quiénes pueden ser los autores de estas agresiones?.

- *Si, de hecho no sé si era sudamericano o moro pero, de hecho..., me parece que era moro, ¿eh? (...) Incluso la policía, según me ha contado a mí, claro, que incluso se llegaron a pegar tiros y todo con la policía. Si, de hecho lo cogieron.*

Historias como esas pueblan las conversaciones de algunas personas y hablan de cómo los hombres se convierten en los agresores más latentes y

¹²¹ Dentro de las historias urbanas que se expanden en el boca a boca es posible encontrar casi siempre aquellas relacionadas con la presencia de violadores y otra serie de agresores. Judith R. Walkowitz, recupera algunos de esos relatos en su libro *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano*, Cátedra, Madrid, 1995.

evidentes en ciertos espacios públicos. Por eso, cuando empieza a caer la noche, las ocupantes del parque, sean mayores o no, marchan a sus casas. Así que difícilmente se podrá ver a una chica o a un grupo de chicas transitar el parque con absoluta tranquilidad. *Verás cuatro chavalitas que van con los chavales pero no son más, no las verás solas por la noche, casi seguro, vamos....* Me comenta uno de los pajareros.

Yo creo que cuando suele llegar estas horas (5: 40 de la tarde de noviembre de 2003) la mujer se suele recoger en su casa porque... se encuentra indefensa yo creo; la mujer se encuentra indefensa y lo veo normal, porque hoy en día tampoco te puedes fiar mucho; como está la cosa la verdad es que mucho no te puedes fiar (...) Hombre, de día quizás no hay tanto problema, pero cuando van entrando estas horas... Sobre todo en invierno se oscurece antes; las cinco o las seis ya puede ser hasta peligroso, si. En verano pues como, claro, quizá se oscurece hasta las 9 o las 10 pues claro aguanta más, la mujer aguanta más, más horas; pues quizá en el verano como que apetece más salir y la mujer a lo mejor se suelta más. Pero en invierno...no. Aparte de que es más friolera y luego, entre la friolera y el miedo al peligro, pues sale poco. Por eso no las verás en este parque por la noche... (Pajarero)

Las mujeres observadas durante los dos ciclos del trabajo de campo, en un número considerablemente inferior al de varones, siempre estaban en pareja o en compañía de otras personas, raramente solas o con otras mujeres. Es decir, pese a la apertura femenina a ciertos espacios públicos, a transitarlos y ocuparlos con cierta intensidad, aún persiste una frontera importante que obstaculiza una vivencia libre de los mismos: la noche, no ya como atmósfera productora de miedo, sino como realidad inquietante donde se puede ser más vulnerable, mas frágil hacia las agresiones, casi siempre de orden sexual, provocadas por los hombres. Es evidente, entonces, como lo enuncia Teresa del Valle que, en términos generales, “la ciudad se percibe por zonas que a su vez atraen o causan rechazo. Por un lado, se habla de la importancia de la luz y de los espacios abiertos, pero por otro lado, esos mismos espacios como los paseos y los parques son los que más atemorizan, a veces durante el día y

más cuando desciende la luz y las luces no proporcionan la claridad necesaria para que toda la acción quede al descubierto”.¹²²

Así que, en resumidas cuentas, el parque nocturno representa para las mujeres un escenario inaccesible en todos los sentidos. Se constituye en una frontera que obstaculiza cualquier tipo de tránsito y ocupación. Es más que una metáfora de la exclusión. Representa la geografía y la atmósfera del miedo que no difuminan los avances femeninos en el disfrute del espacio público y que encarnan la imposibilidad para las mujeres de acceder, efectivamente y de manera plena, a la vida pública en general.

Tendré que comenzar a contar que les tengo miedo de noche, cuando estoy en la calle sola, y que ese sentimiento destroza lo que, de día, estaba ilusionada con haber ganado: emancipación, seguridad de en mi misma, control sobre mi misma; que la noche es mi viaje en el tiempo en el que reencuentro el mismo miedo que de todas las mujeres que me han precedido; entonces me doy cuenta de lo terriblemente frágil que es todavía mi historia. Por la noche, cuando los hombres devienen sólo hombres y las mujeres devienen sólo mujeres, se me revela el último sentido, quizá el más profundo, de la relación entre los sexos que pertenece a nuestra cultura.¹²³

No es mi intención ahondar aquí sobre la compleja relación género espacio público, de la que, por otra parte, existe ahora una amplia literatura, sino mostrar cómo su complejidad se advierte en la forma como las mujeres usan (o mejor, no usan) un parque público concreto durante las horas de la noche. La no ocupación de ese escenario se explica en los temores femeninos hacia el lugar y el tiempo de la noche, cronotopo, para usar un término que utiliza Teresa del Valle, del miedo que encarna las dificultades reales que las mujeres solas tenemos para ocupar, transitar, pasar, por lugares abiertos y desolados en horas tardías.¹²⁴ La oscuridad en este caso se erige como mecanismo de coacción que muestra una conexión entre cuerpo, diseño y espacio.

¹²² Teresa del Valle, *Andamios...* p. 188

¹²³ Alexandra Bocchetti en Teresa del Valle, “Procesos de la memoria: cronotopos genéricos”, p. 220.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 126 y siguientes.

No cabe duda que, en efecto, algunos lugares nocturnos son problemáticos para cualquier persona; no obstante, hay unos matices que me parecen importantes de resaltar puesto que podrían señalar dimensiones distintas para uno y otro sexo. Durante mis observaciones y principalmente en los diálogos informales que sostuve con algunas mujeres y hombres pude notar ciertos elementos diferenciadores que por demás ya han sido evidenciados. Cuando les pregunté acerca de la noche en el parque y si lo ocupaban o no y las razones de ello, las unas y los otros coincidían en afirmar que en efecto experimentaban temor a ocupar ese escenario en horas tardías pero las razones de esos temores eran distintos.¹²⁵ Las mujeres sentían miedo a que se les agrediera físicamente, a que su cuerpo fuera violentado. Y los hombres a los asaltos, al robo, es decir, a que se atentara contra sus *objetos* personales y lo que de ello pudiera resultar: ser heridos con cualquier tipo de arma. En ambos casos, en efecto, el cuerpo es el objeto de agresión, un objeto por demás frágil y vulnerable en ciertas circunstancias. No obstante es evidente una diferencia: en el caso de la mujer su cuerpo parece ser el fin primero, inmediato, aquí la agresión corporal no sería la consecuencia de una negativa, aunque también puede serlo, sino la causa misma: se va a por él; mientras que en el caso del hombre la agresión física podría ser la consecuencia de una negativa. *¿Venir al parque, sola, de noche? Es una locura, ¿no? ¿A quién se le ocurre venir aquí a esas horas? Yo por supuesto no vendría... pues, hombre, me daría miedo que alguien apareciera por ahí y me hiciera daño... No sé, que me agarrara por sorpresa o me amenazara con algo y como este parque es tan grande pudiera abusar de mí sin que nadie se diera cuenta... Me dice una madre de familia que juega con su hijo pequeño. ¿Una violación? Pregunto. Sí, de hecho me han contado que aquí han ocurrido cosas como esas...yo creo que todas las mujeres, en el fondo, le tememos a eso...*

¹²⁵ Habría que matizar que ese miedo a transitar o estar en cualquier espacio público nocturno por temor a ser agredidas por parte de los hombres es, en alguna medida, sino infundado si una prolongación de lo que ocurre en el reino doméstico. No es un secreto para nadie que en nuestro medio hay una alta tasa de muertes femeninas a manos de sus parejas, maridos, novios, etc., que ocurren casi siempre, literalmente, entre las cuatro paredes de la casa. Como tampoco lo es que en ese mismo contexto de la familia y los conocidos es donde se cometen agresiones de todo tipo contra los niños y las niñas. Sobre el problema de la violencia doméstica se puede encontrar un análisis bien interesante en María Jesús Izquierdo, *El malestar en la desigualdad*, Cátedra, Madrid, 1998.

Hombre, yo no le tengo miedo a este parque. Te puedo decir que he pasado por aquí de noche y no he visto ni escuchado nada. Cuando vivía arriba en La Florida pasaba mucho por aquí... Ahora ya no, porque vivo en otro barrio desde que me casé... Y ¿pasabas solo? ¿Sentías miedo? Hombre, si, si, si, un poco, la verdad uno siempre piensa que aparezca por ahí alguien que te pueda robar... No sé, yo creo que es el miedo normal, cualquiera puede pensar... (Conversación con un hombre joven, visitante frecuente del parque).

En esas circunstancias, el poco uso nocturno femenino de cualquier lugar público indica además de una posición de indefensión corporal ligada a la noche y a las percepciones que produce una conexión destacada entre seguridad diseño. Es innegable que las mujeres nos sentimos más seguras en lugares visibles, bien iluminados, que reflejen fluidez y transparencia y una disposición adecuada de los elementos materiales que los conforman. En ese sentido y de manera global, el diseño opera como un factor que si bien no es determinante, como se ha visto en otro apartado, sí puede inducir a un mayor o menor uso. Y en esa medida es pertinente admitir que todavía hoy el diseño de los distintos espacios urbanos en la mayoría de los casos está en manos de los hombres. No pretendo discutir sobre este aspecto pero sí resaltar por ejemplo, ese predominio masculino en la arquitectura a través del tiempo; de hecho si consideramos quién o quiénes han sido los diseñadores de las construcciones más emblemáticas de las grandes ciudades nos encontraremos con nombres masculinos. En cualquier caso es indudable que, como bien lo advertiera Michel Foucault, la arquitectura contribuye sobremanera para la dominación de un grupo sobre otros, de unos individuos sobre otros, codificando sus desiguales relaciones en el espacio de tal manera que permite la vigilancia y el control del cuerpo.¹²⁶ Esto implica que en el diseño de los espacios públicos está implícita la mirada de quien lo concibe. Y en nuestro medio es claro que el entorno construido es, en su mayor parte, obra de una subjetividad blanca y masculina.

En el caso del parque en estudio merece la pena considerar ciertos aspectos que podrían ser también problemáticos para la ocupación nocturna no sólo de mujeres sino de todo tipo clase de persona. Le existencia de

¹²⁶ Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

microambientes encerrados ya sea por un tejido de árboles o por muros bajos que si bien de día producen atmósferas de tranquilidad y cierta privacidad, de noche se convierten en verdaderas “trampas”; la escasa iluminación de los senderos secundarios cuyos focos están a ras del suelo; la falta de rampas y caminos llanos que permitan los desplazamientos fluidos; la existencia de zonas intersticiales donde se pueden esconder agentes conflictivos... En fin, a simple vista da la impresión de que ha sido concebido pensando netamente en una ocupación diurna y sobre todo para unos usuarios “normales” que puedan desplazarse por si mismos sin complicaciones. Ello implica ciertamente que los minusválidos, ancianos con problemas para caminar y las mujeres con cochecitos no pueden acceder a todos los lugares con facilidad. Lo dicho hasta aquí no pretende generalizar; no obstante, me interesa dejar claro que pese a que cada vez se piensa más en esa población “invisible”, a la hora de diseñar los espacios aun se siguen ignorando efectivamente sus necesidades vitales.¹²⁷ En este sentido me parece pertinente traer a colación las palabras de una arquitecta que apunta hacia esos factores que hacen la diferencia entre un diseño grandilocuente y otro que da prioridad a los detalles, a la funcionalidad de los elementos para que cumplan con su cometido básico: permitir el uso, ser *usados* por cualquiera. Su relato, de cualquier modo, se antoja más un deseo que una realidad.

La arquitecta que diseña un parque con desniveles se acordará de incorporar rampas para salvar estos desniveles; cuando diseña la iluminación de una calle o de un parque, sabrá que el nivel de iluminación de un recorrido tiene una relación directa con su seguridad; sabrá que el tamaño de una acera permite o

¹²⁷ En las jornadas sobre urbanismo y género llevadas a cabo en Barcelona del 27 al 29 de abril de 2005, pensadas para incorporar la visión de género al diseño y construcción de la ciudad, se llegaron a conclusiones que recalcan sobre la necesidad de re-significar el urbanismo establecido para integrar temas y necesidades que atiendan a las nuevas pautas sociales en transición hacia una sociedad más compleja. Y en esa perspectiva impulsar procesos participativos, con presupuestos permanentes, que aporten el conocimiento real sobre la vida cotidiana de las mujeres y de otros grupos poco visibles socialmente, sus necesidades y sus conocimientos como usuarias intensivas de la ciudad. Allí también se reconoce la ausencia crónica de las mujeres en la historia, en la toma de decisiones y también en el diseño y gestión de la ciudad y se recalca sobre su posición de desventaja y la de otros grupos marginados y excluidos del ámbito público. Por ello asumen la urgencia de replantear el urbanismo en toda su complejidad con el trabajo de grupos pluridisciplinares que integren los saberes de las ciencias sociales y de otras aportaciones a los procesos de proyecto y planificación urbanística a todas las escalas y, por supuesto, advierten sobre la necesaria incorporación de las mujeres en todos esos procesos de re-elaboración urbana. <http://www.urbanismeigenere.net/inside.asp?secao=conc>

no su uso; sabrá que un parque urbano tiene que tener zonas de estancia al sol y a la sombra según las estaciones; sabrá que si el parque tienen un recinto cerrado, los niños disfrutan de mayor libertad de movimiento en su interior; sabrá que hacen falta zonas de tierra y zonas pavimentadas (...) Además de reflejar en sus diseños la diversidad de su experiencia, las arquitectas son más atentas al detalle y a la solución de pequeños problemas concretos que a la formalización de esquemas abstractos; a menudo rechazan la grandilocuencia de un discurso formal hueco y no temen realizar un diseño humilde pegado al terreno, que no atraerá la atención de la crítica especializada, pero que responderá a unas necesidades vitales a menudo ignoradas.¹²⁸

Sea como fuere, queda claro, entonces, que traspasar los umbrales de la casa para navegar por la ciudad es complejo. Significa desplazarse a través de un terreno problemático en donde las mujeres todavía no tenemos plenas garantías. Y en ese proceso es determinante una dimensión que parece cruzar el mundo femenino: la visibilidad. Salir del hogar, cuadrícula de lo íntimo y lo privado, significa no sólo pasar de dentro a fuera sino ante todo, “aparecer”, nunca mejor dicho, en el proscenio de la acción: ser visibles. Y ello entraña necesariamente pensar en un trasiego más allá de la mera experiencia física por un lugar, es decir, de adentrarse en él y recorrerlo, -cosa que, por otra parte, parece obvia si consideramos que en teoría el espacio público es por naturaleza *accesible a todos y todas*-; implica nuestra efectiva introducción en la esfera de la vida pública en general, es decir, en el escenario donde se debaten los asuntos de poder, allí donde se toman las decisiones que afectan a todos. La visibilidad, más que un requisito físico para el desplazamiento y estadía en un lugar público, se antoja como una condición para *ser*, causa y efecto al mismo tiempo. Y decir esto es reconocer nuestra invisibilidad en esos escenarios mayores, pues, pese al mejoramiento de ciertas condiciones, las mujeres todavía permanecemos en la penumbra de la vida pública en general.

La visibilidad entonces se convierte en una metáfora que representaría ante todo una relación de horizontalidad en las relaciones ya no sólo de género, sino en todas las esferas de la actividad social y ello implicaría, por

¹²⁸ Geneviève Christoff, “Percepción, diseño y gestión de ciudad”, en el portal *La mujer construye*, www.lamujerconstruye.org/actividades/es/otrosarticulos

supuesto, una noción de igualdad encarnada en la práctica efectiva, es decir, real. Los límites para los tránsitos femeninos en el espacio público, cualquiera sea su procedencia, son una pequeña parte de una problemática mayor vinculada a las políticas sistemáticas de exclusión. En ese sentido se podría decir que operan como una sinécdoque en cuanto la materia de los que están hechos no es otra que la de la desigualdad y la discriminación. Así que el miedo instaurado e instalado en el mundo femenino deja de ser una consecuencia y se convierte en uno de los instrumentos mediante el cual se perpetúa *un statu quo*, la situación de invisibilidad de las mujeres, ausentes de la historia, de la política, del diseño y construcción de la ciudad, por ejemplo.¹²⁹

4.6 Espacio de interacciones y conflictos

Parece reiterativo hablar sobre la sustancia social de los parques públicos por cuanto allí se producen una serie de relaciones, usos, prácticas, reflejo de la función que desempeñan. Así pues, a menos que sea un espacio vacío propiciador de barreras, en su seno proliferan movimientos vitales similares a los del contexto que los envuelven, aunque en un nivel menos amplio. Las interacciones, como ya se ha dicho, se producen entre los diversos usuarios conocidos o extraños entre sí. En los primeros tiene un carácter señalado por las prácticas y los tiempos, lo cual determina el tipo, la frecuencia y la duración del contacto; y, entre los segundos, su carácter se enmarca en la naturaleza pública y transitiva: contactos efímeros y superficiales, que duran el tiempo del cara a cara. En ambos casos esos contactos están caracterizados por las buenas maneras manifiestas en el trato “civilizado”, respetuoso, entre los participantes, que constituye una de las características principales del estar en un espacio público cualquiera.

Sin embargo, la variedad y la complejidad social de los agentes que ocupan el parque incluye prácticas que llevan a un proceso de reorganización espacial constante, a una apropiación de territorios que en algunas

¹²⁹ A este respecto dice E. Ann Kaplan que las mujeres “al haber estado relegadas a la ausencia, al silencio y a la marginalidad, han quedado relegadas también, en cierto modo, a los márgenes del discurso histórico, o incluso a una posición totalmente ajena a la historia (y a la cultura) definida como la historia de los hombres de raza blanca (normalmente burgueses)”. *Las mujeres y el cine*, Cátedra, Madrid, 1998, p. 17

oportunidades origina una serie de conflictos. Conflictos que muestran también cómo los diversos usuarios de un espacio no tienen intereses y necesidades comunes. Ello se traduce por un lado, en una diversidad de usos y actividades que podrían ser consideradas “indeseables”, relacionadas con el delito, el consumo, el gamberrismo, etc., y por otro, en la “disputa” de un mismo territorio por parte de diversos grupos cuyos intereses chocan. En el parque en estudio se han percibido algunos elementos que reflejan esa contradicción en el uso y la ocupación del espacio por parte de actores diversos. Se ve, por ejemplo, cómo la presencia constante de ciertos grupos de jóvenes (sobre todo los de aquellos más mayores y de apariencia un tanto marginal), durante las mañanas y las tardes, de manera frecuente, originó una contradicción importante, pues los otros ocupantes los veían como personas *non gratas*, justo por sus comportamientos y las circunstancias ambiguas de sus encuentros, en el sentido de que “no quedaba claro” cuál era su naturaleza. De alguna manera los asociaban con vandalismo y otras actividades negativas, fuera esto cierto o no.

Otra situación de tensión entre usuarios percibido durante el primer ciclo de observación tiene como protagonistas, por un lado, al grupo de ciudadanos latinoamericanos a los que ya se ha hecho referencia -la mayoría ecuatorianos y peruanos-, que ocupaban masivamente algunas de las áreas deportivas del parque los fines de semana, y por otro lado, a los demás ocupantes frecuentes del lugar (residentes también en los sectores aledaños al parque).

Quizá era la masa. No es lo mismo que venga un grupo de 20 o 30 a que te vengan 300. Yo creo que se nota y este es un parque bastante grande... Claro, más venían. Llegó el momento que aquí venían hasta de Santa Coloma y de todos los pueblos (...) Se suelen juntar muchos; el porqué si que lo puedo saber: son del mismo país. Uno vive en un pueblo y otro en el otro y se quieren juntar porque igual en su país ya se conocían, o no se conocían sino que se quieren reunir porque son del mismo país y yo lo entiendo, es una cosa normal y corriente. Es como si yo me voy a Alemania, yo no conozco a nadie y me encuentro a dos españoles y ostia, ¡el mundo abierto! Pero, claro, llega un momento que ya hay tantos... Aquí es verdad que se ha dejado entrar a mucha gente, pero claro tampoco puedes entrar a avasallar las cosas. Aquí somos

muy coherentes y dejamos mucho hacer las cosas. De hecho yo pienso que somos quizá de los más buenos que hay, de los países más buenos que hay, porque no, eso de que si que racismo que tal que cual; pero no, en el fondo yo creo que somos más buenos que casi ninguno, por lo menos esa es la opinión que yo tengo... (Pajarero)

La gente estaba un poco cabreada, incluso llegaron a hacer manifestaciones para que la gente que venía... ecuatorianos o peruanos... Pero bueno, eso es lo de menos, no importa de dónde seas sino lo que importa es que no dejaban hacer nada. Entonces, según los de aquí (...), las cosas como son, me han dicho que no los dejaban jugar; incluso venían madres con sus hijos; incluso se adueñaban un poco de todo y se sentían los de aquí un poco como aislados y muchos que ya ni venían. A mí me han contado de todo un poco, eh, de madres, o sea personas mayores, y más jóvenes me lo han contado un poco variado. No es que haya sido siempre una persona o dos, no, no. Me lo han contado mucha gente y estaba un poquito cansada la gente y de hecho, pues hicieron unas manifestaciones para que esta gente o bien la controlaran o bien la echaran, y al final se ve que optaron por sacarla. Dice uno de los hombres encargados del parque.

- ¿Y cómo la sacaron? Pregunto

- Pues no sé, yo tengo entendido que vino un domingo, según me han contado también, es que esta gente vendía joyas, vendía comida, bebida, y la verdad es que no sé qué más. Todo esto me lo contaba la gente que habitualmente yo conozco... Se ve que es una cosa que no es legal y evidentemente los mossos, que los sacaron vinieron con, no sé, un par de coches. No lo sé y se lo dijeron que tenían que abandonar el parque porque no estaban respetando las normas...Y, bueno, es que, claro, si se cogen un trozo, pero es que se adueñaban de todas las pistas y eso tampoco es; yo entiendo que todo el mundo tiene derecho a jugar en cualquier sitio del mundo, pero lo que no puedes es invadir un parque con 500 personas, según me han contado a mí. 300 o 500 personas, no sé porque no las he contado ni las he visto, pero muchas personas invadían las pistas de la primera fase, la segunda y la

tercera. Claro, entonces, tú puedes coger un poco, pero no cojas todo, o sea, no seas egoísta (...) Ahora, ¿negarle las cosas a la gente? No se debe de negar nunca, los parques están para que la gente los disfrute y no negarles así sea suramericano, negro, sea de donde sea; eso es quizá lo que menos importancia tiene; pero, claro, lo que no puedes es coger un parque invadirlo y no dejar jugar a los demás. Eso es un poco de egoísmo, hay que ser un poco racional... Incluso habían bandas que se peleaban entre ellos mismos si, si, eso también me lo han contado y se peleaban ellos mismos, de hecho incluso se sacaban navajas y todo. O sea era una pelea así a parte ensangrentadas, según me han contado a mí. Y, bueno, se ve que como se apostaba dinero jugando al fútbol, tienen esa costumbre de apostarse dinero jugando al fútbol, entonces..., el valor no lo sé, incluso hay gente que me ha dicho, no lo sé, ni sé si me lo podría creer o no, sino que lo han visto incluso hasta con fajos de billetes apostándose un partido. Yo no sé si será cierto o no, pero bueno, me lo puedo creer porque de todo hay, ¿no? Y bueno es una afición que ellos tienen, yo se que les gusta mucho el fútbol, pero claro de eso a que lo explotes... Los parques no están para explotarlos, están para disfrutarlos. Ya venían aquí, instalaban redes, los agujeros que hacían en el césped, montaban redes pero ya primero traían una, luego trajeron otras y esas si que las he visto yo, de hecho los agujeros están y yo he visto como las montaban. Se me quedaban mirando como diciendo: me dirá algo o no me dirá algo. Yo nunca les he dicho nada, porque no soy quien para decirles y bueno, creo que todo el mundo tiene derecho; quizá para la red no, para jugar si pero para la red no. Porque entonces si ese hace agujero todo el mundo tendría que hacer agujero, nadie le podría decir que no, si a uno dejas, tienes que dejar a todos o a uno o a ninguno; luego no se puede decir a unos sí y a otros no, porque entonces el malo eres tú...

Otra versión:

La gente tiene derecho a estar donde quiera... Este parque es público y todas las personas podemos estar aquí. Por mi parte no vengo, tanto sólo algunas veces los fines de semana. Antes veía a mucha gente jugando fútbol, eran sobre todo ecuatorianos como yo. Aunque yo no supe de ese problema con los

mossos si puedo decirle que la gente ha dejado de venir, o se va para otros parques, por ejemplo para el parque de los patos que está muy bien y hay muchas partes para jugar fútbol. Lo malo es que lo cierran muy rápido. Aquí nos encontramos con otras personas que viven por aquí cerca..., pero algunos de nosotros todavía venimos y jugamos un rato... (Joven ecuatoriano)

El parque de abajo, el de Les Planes, es un desastre. Gente tirada por todas partes; a mí ya no me gusta ir. La última vez que fuimos con mi hija salimos inmediatamente porque nos disgustó la manera como esa gente ocupaba el parque, no se podía ni caminar! Y es que además se ha puesto inseguro... (Madre de mediana edad)

En la actualidad la presencia de estos colectivos, tanto de los grupos de jóvenes como los de extranjeros, es menos notable debido quizá a ciertas circunstancias ya esbozadas en otro apartado relacionadas con la instalación de los Mossos d'Esquadra en un costado del parque. Algunas personas (pajareros, mujeres) me dicen que *ahora si se puede venir porque la policía vigila más y controla a los chavales que se dedicaban a consumir y hacer otras cosas... Ahora todo está más tranquilo*. Y de alguna manera es cierto. Durante el primer ciclo de observación llevado a cabo en el 2001, se percibió más agitación, más dinámica y variedad; pero sobre todo la presencia de muchos grupos en apariencia consolidados que actuaban a su albedrío y que en muchas ocasiones parecían ser también parte del paisaje cotidiano. Había si se quiere más vida agazapada, más movimientos a ras del suelo.

Y aunque esa vitalidad aún es notoria no cabe duda de que, como mínimo, la presencia del cuerpo policial en el interior del parque limita los movimientos y las posibles interrupciones en el orden social. Y al mismo tiempo se podría considerar como un factor que parece ahuyentar a los "indeseables" y demás seres estigmatizados, a los sin techo, los jóvenes desocupados, los inmigrantes sin papeles, los drogadictos, los mendigos, etc. La visibilidad de la figura policial en movimiento ya en los senderos ya dentro de un coche que cruza o se estaciona en alguno de los escenarios es para algunos ocupantes (hombres de los pájaros, mujeres, y algunos paseantes) un mecanismo que otorga seguridad a los tránsitos y recorridos: *ahora si se puede venir aquí con*

tranquilidad. Mientras que algunos de los extranjeros con los que se habló decían que no se sentían a gusto en esas condiciones porque les parecía que en cualquier momento les retendrían para pedirle los documentos solamente por su cara. *Ya no está uno tranquilo aquí porque así no haga nada malo siempre podrán pedirle a uno los papeles...*



Foto 22: Vigilantes y vigilados

Sea como fuere es claro que la figura de los Mossos d'Esquadra se ha convertido en una presencia reiterativa tal como la de los dos hombres encargados del mantenimiento del parque.¹³⁰ Ambos están allí no para disfrutar del ocio sino por trabajo y en los dos casos son los seres menos “ambiguos” en el sentido de que su identidad a priori es completamente visible. Pertenecen a un cuerpo institucional y su fachada está definida como tal. Por ello los usuarios y usuarias los identifican inmediatamente y el efecto que causa su presencia es contundente, sobre todo en el caso de los policías. Y de ahí también las distintas representaciones que de ellos se forma la gente que visita el lugar, las diversas acepciones, su grado de aceptación o no dentro de ese contexto, etc. En cualquier caso su presencia, como ya se ha sugerido,

¹³⁰ A estas personas que utilizan el parque como lugar de trabajo habría que añadirle otras vistas allí recientemente. Hombres que pertenecen a empresas de vigilancia privada, uniformados y equipados con artefactos comunicativos. Hacen rondas y se encargan de vigilar ese lugar para “que no ocurra nada raro; para que no se consuma aquí alcohol ni otras cosas... pero hasta ahora todo es normal”, me dice, con marcado acento extranjero, uno de esos vigilantes.

manifiesta ciertos rasgos de panoptización del parque en donde un cuerpo encargado de la seguridad oficial cumple con su papel de preservar y controlar un determinado orden social.¹³¹

Por otro lado, en el centro de la mayoría de los testimonios y conversaciones sostenidas con diversos ocupantes del parque se alude a las conductas poco “urbanas” de algunos grupos que en cierta medida también quedan reflejadas en la encuesta sobre parques metropolitanos en Barcelona, donde se hace alusión al “incivismo” de la gente, asociándolo con la presencia de los extranjeros. Las personas entrevistadas hablan de que “los ecuatorianos y peruanos utilizan los pipi can”; “los grupos de peruanos que hacen barbacoas y beben...”; “gente extranjera que se comporta de forma incívica venden bebidas y hacen sus necesidades fisiológicas donde les parece”.¹³²

Desde otro punto de vista, el control social ejercido sobre el grupo de extranjeros también se podría asociar a problemáticas originadas a partir de la significación de lo “otro”, lo extraño, lo diferente, que además podrían engendrar conductas discriminadoras o intimidatorias, más notables en un lugar como el parque, donde lo público remite también a tiempos lentos, a cierto grado de conocimiento y, por tanto, a cierta pérdida de anonimato. Pese a la situación descrita hasta aquí, los latinoamericanos han vuelto a ocupar el parque no de manera numerosa, pero sí constante, especialmente los fines de semana. Y, como siempre, se ubican principalmente en el costado sur de la zona A; en la pista deportiva, la zona infantil, los bancos, el césped y los parquecitos cobijados por los árboles.

A medida que me acerco al costado sur empiezo a escuchar el bullicio de muchas personas. Junto a la chimenea, sobre el césped, hay un grupo de diez chavales jugando con una pelota como si fuera voleibol. Son muy jóvenes y parecen hispanoamericanos. Hay unos cuantos más sentados en el parquecito en medio de

¹³¹ En el periódico *L'Hospitalet* del 11 de julio de 2005, se habla sobre otros vigilantes del parque en los siguientes términos: “El Ayuntamiento ha puesto en marcha la figura del vigilante del parque que, entre las 18.30 h y las 22.30 h, y hasta el mes de octubre, se encargará de velar por el civismo y la convivencia. Su presencia garantiza una vigilancia permanente en horario de máxima afluencia a los parques de la ciudad durante el período veraniego. Los parques que ya disponen de la figura del vigilante son los de Can Buxeres, Bellvitge, Les Planes, L'Alhambra y la Torrassa. Cada uno de ellos cuenta con una persona que vela por la seguridad y el civismo y que está en contacto permanente con la Guardia Urbana (...)”.

¹³² *Estudis i Avaluació, Enquesta Parcs Metropolitanos*, p. 44

los árboles. Hablan y ríen mucho. Un poco más allá, en la pista pavimentada hay otro grupo numeroso jugando fútbol, y en los bancos que la rodean mujeres jóvenes con chavales y niños pequeños. Hay bolsas con comida, botellas de agua llenas y vacías sobre el césped. También tienen una radio con música. Al lado, en la zona de juegos infantiles, unas madres ayudan a subir a sus hijos en los distintos aparatos. Hay un padre con una niña pequeña que le increpa cuando ésta no acude a su llamado. Me siento en uno de los bancos donde hay una chica con un niño pequeño. Intento entablar una conversación con ella. “¡Qué guapo!”, digo, mirando a su bebé; ella me sonrío y seguimos hablando sobre el tiempo que tiene y otras cosas. Después de un rato le pregunto de dónde es, ella me responde que de Guayaquil, pero que vivía en Quito antes de venir a Barcelona. Me dice que le gusta venir al parque para pasear al bebé y acompañar a su marido, que le gusta jugar al fútbol con otros amigos. ¿Vienen muchos? “Sí, pero antes se veía más gente aquí... Muchas personas ya no vienen porque les da miedo con la policía...; bueno, los que no tienen papeles”. Intenté que me hablara más sobre el tema pero fue inútil. Me despido amablemente y echo un vistazo a la pista deportiva donde los hombres juegan animadamente (sábado, 8 de mayo de 2004, 17:30 -20:00 horas).

En la actualidad, sin embargo, esta ocupación no parece ocasionar situaciones contradictorias mayores entre los ocupantes del parque. Los extranjeros continúan frecuentándolo aunque en menor número y sin realizar las actividades que acostumbraban en años anteriores (comer, beber, escuchar música a alto volumen, etc.) y los “nativos” se han habituado a su presencia reiterativa y de alguna manera menos llamativa. En las observaciones más recientes se pudo apreciar que existe cierto pacto de convivencia entre los diversos usuarios y usuarias, traducido en el respeto hacia las posesiones territoriales de cada uno, el seguimiento de patrones comportamentales “apropiados”, esto es, que no interfieran con la apacibilidad y limpieza del lugar en todos los sentidos; en últimas en el mantenimiento de esas formas de urbanidad básicas que permiten el uso y disfrute de un espacio que se entiende de todos y para todos.

Por otra parte se podría decir también que los extranjeros se han convertido en una fuente importante de usuarios para el parque lo que ha revertido en su mayor ocupación y utilización. Así, la presencia constante de personas de ambos sexos y de todas las edades ha contribuido a una cierta

oxigenación de sus distintos rincones y a la consolidación de una atmósfera de seguridad; pues, como se dijo en otro apartado, una de las cosas que ayuda a configurar el estatus de “buen” parque es que además de estar rodeado por un vecindario vital sea visitado frecuentemente por una notable variedad de personas, especialmente por mujeres, niños y gente mayor.¹³³ Esa oxigenación también se aprecia en la intensificación del uso de todos los escenarios del lugar y sobre todo en la reinención cotidiana de los objetos que lo constituyen a través de los nuevos usos y representaciones que se hacen de los mismos. La variedad de actividades, de prácticas, de presencias, de cuerpos, de acciones, hacen del parque, sin duda, un reflejo de lo que es la realidad social actual.

La situación contradictoria que a veces suele presentarse entre los usuarios de un mismo espacio, en este caso del parque, tiene como trasfondo también otras problemáticas asociadas con prejuicios sociales, con estigmatizaciones de sectores de la población como los inmigrantes, los jóvenes sin oficio claro, los chavales bulliciosos, los amantes, los drogadictos, los mendigos... y todo individuo que no encaje dentro de una “normalidad” enunciada a partir de ciertos estándares de modos de vida y comportamientos. Así, por ejemplo, lo que molestaba a algunos ocupantes del parque era que los chavales vandalizaran el mobiliario, -aún sin comprobar realmente que así fuera-, que se reunieran para fumar y hablar en horarios en los que deberían estar haciendo otras cosas, estudiando por ejemplo. Lo mismo pasaba con los grupos de jóvenes de entorno a 20 años o más; su indumentaria, sus comportamientos un tanto ambiguos, -no se sabía a ciencia cierta lo que hacían cuando se juntaban-, su apariencia, todo desentonaba con ese “deber ser”, con lo que se espera de hombres en edad de trabajar y hacer “cosas productivas”, sin intentar otras lecturas relacionadas con problemáticas sociales de exclusión, de falta de oportunidades laborales y hasta de un cierto desencanto y rabia contra una sociedad que les niega cualquier opción de crecimiento vital. Y lo mismo podría decirse de los extranjeros, a algunas personas les molestaba la ocupación masiva del lugar, el bullicio, esas formas de expresión y comportamiento “diferentes” y por ello “reprobables”. No les disgustaba tanto que ocuparan el espacio sino *cómo* lo ocupaban, lo que

¹³³ Boer, *Barcelona parks*, p. 111

hacían, esa especie de subversión territorial que propiciaban con sus actividades “extrañas” e inéditas. Por eso cuando dejaron de utilizar el parque de manera masiva y de realizar cierta clase de cosas, la situación contradictoria desapareció. Ahora su presencia es más leve, más sutil aunque sin perder ese grado de exotismo y colorido dado a partir de sus apariencias, de sus formas de hablar y comportarse. Con los amantes suele pasar algo parecido; llaman la atención por las *formas* de esa especie de sonambulismo crónico que los lleva a reinventar el espacio, a encontrar agujeros donde el mundo se convierte en cuerpos sobre los bancos, recostados en los muros o semiocultos en los abetos. No confunde su posible estado de enamoramiento sino, probablemente, lo explícito de algunos de sus comportamientos. Con respecto a los drogadictos, los mendigos, los desheredados en general, se podría decir que su presencia molesta porque es la evidencia de lo que no se quiere o no se desea ver en una sociedad de bienestar. La prueba tangible de que la miseria está también ahí donde pasean los perros rozagantes y sus amos tranquilos.

Otras situaciones conflictivas que todavía pueden percibirse en el parque en estudio, y seguramente en otros de la ciudad y el área metropolitana pese a las medidas institucionales para evitarlas y castigarlas, se relacionan con la presencia numerosa de perros sueltos. De hecho, algunas de las personas con las que se habló reincidían en sus apreciaciones entorno a la necesidad de controlarlos de una manera más efectiva. La gente se queja de la suciedad y de su invasión de las distintas zonas, especialmente de las dedicadas a los juegos infantiles.¹³⁴ También hablan del peligro que encierran estos animales

¹³⁴ Sobre las medidas que se toman desde el Ayuntamiento para evitar comportamientos inapropiados en el espacio público se puede ver el artículo “Tolerancia cero contra los comportamientos incívicos”, *L’Hospitalet*, 13 de diciembre de 2004, donde se enumeran las conductas consideradas negligentes y por tanto prohibidas. Dentro de esas acciones se pueden resaltar, entre otras, el consumo de bebidas alcohólicas en la vía pública, parques y jardines (excepto terrazas o en días de feria, fiesta y similares), escupir o hacer las necesidades fisiológicas en la vía pública, el tránsito de perros por la vía pública sin estar sujetos con correa, que los animales de compañía depositen sus defecaciones en parques infantiles, jardines o cualquier lugar de la vía pública, la entrada de perros en las áreas infantiles y zonas de plantación, la presencia de personas en los parques públicos fuera de los horarios de apertura, realizar cualquier tipo de pintada en las instalaciones, objetos o espacios comunes, así como en árboles y plantas de las plazas, jardines y calles, deteriorar zonas verdes, arbolado y mobiliario urbano... Las sanciones que se aplicarán a esos malos hábitos ciudadanos son económicas y su monto varía de acuerdo a la gravedad de la falta, que puede ser muy grave, grave y leve. Dentro de esta última llama la atención un comportamiento que también puede ser sancionado: tender ropa en los balcones. Pese a esas prohibiciones, en el Parc de Les Planes los perros siguen paseando a sus anchas y sus amos hacen la vista gorda

para los transeúntes y visitantes. Pues no es sólo la presencia de sus excrementos en muchas áreas destinadas al juego de los niños o al descanso, cerca de los bancos por ejemplo, sino la sensación de temor y peligro que ocasiona el deambular de estos animales, algunos de razas peligrosas, sin ningún tipo de sujeción, especialmente cuando se anda con niños pequeños. En la actualidad pese a las medidas que ha se han tomado desde el Ayuntamiento para evitar este tipo de comportamientos “incívicos” aún se evidencia esa situación esbozada, con la consecuente intranquilidad que ocasiona entre los ocupantes más vulnerables del parque.



Foto 23: Algunas pintadas (mayo de 2001)

Junto con las circunstancias conflictivas enunciadas hasta aquí merece la pena dilucidar otras generadas a partir del uso considerado indebido del mobiliario y otros equipamientos, que por demás son muy habituales en muchos parques y espacios públicos de la ciudad. Las pintadas, el

con sus excrementos; las pintadas se renuevan... y fuera de éste, la ropa continúa ondeando en los balcones.

ensuciamiento, la destrucción del mobiliario suelen ser pan de cada día en muchos espacios de esa naturaleza. Hay algunos factores que pueden motivar la menor o mayor evidencia de esos actos, tales como el poco acceso visual de ciertas áreas del parque, la existencia de elementos arquitectónicos o monumentos (los parques con un diseño moderno suelen ser más vandalizados que aquellos más 'clásicos' que tienen muchas áreas verdes), un vecindario altamente degradado y con elevados índices de pobreza (en ese caso dicho fenómeno se puede convertir en una manera de manifestar también la insatisfacción, la rabia, el inconformismo), la poca utilización por parte de padres, madres, niños y gente mayor, entre otros factores.

En el caso del Parc de Les Planes no se puede hablar de una vandalización pronunciada. Según el testimonio de los cuidadores del parque y de algunos pajareros, en la actualidad sólo aparecen de vez en cuando algunas pintadas en los muros, en los bancos, en la escultura u otros elementos urbanos. Aunque todavía se puede observar en algunas ocasiones cierto grado de ensuciamiento tanto en determinados objetos del mobiliario como del espacio en general por todo tipo de basuras. Dicen, sin embargo, que la situación era distinta antes de la llegada de los Mossos, cuando ese tipo de conductas y otras como la destrucción de focos, bancos y demás elementos eran más frecuentes:

¿El vandalismo? Pues antes había mucho: rotura de bancos, rotura de focos, o sea de cristales, globos de las farolas (...) Te podría contar muchas cosas y ahora mismo no me acuerdo de todas; pero romper, todo lo que puedan romper. O sea, lo que más es eso: los bancos y las farolas, son los que más, y las macayas; las macayas son las lucecitas cortas que hay en la parte de arriba. Una vez se cargaron veintitantas. Si, bueno, esto fue a uno que le dio por ahí: cogió una varilla de hierro y las fue rompiendo todas y además es un cristal bastante fuerte y todo; pero claro, cuando se hace adrede, tarde o temprano te lo cargas y bueno... Pues un poco de todo: de chapas, de barandillas, llevarse plantas, romper plantas, destrozar vallas de las plantas, o sea, los pipi can; la gente la verdad es poco cívica... (Encargado del parque)

Para resumir en términos generales lo enunciado hasta aquí, se podrían destacar varias cosas haciendo énfasis de modo especial en la relación espacio público, uso y conflicto:

1. Los problemas de accesibilidad plena a un espacio público, considerado “espacio de todos” y abierto a una pluralidad de prácticas sociales. En ese sentido su uso libre está condicionado a otras características alejadas de la retórica igualitaria, pero cercanas a ciertas “condiciones” o categorías de los usuarios que podrían incidir a la hora de ocupar plenamente cualquier lugar.
2. La contradicción existente entre el uso libre de un espacio público y los problemas generados a partir de una ocupación frecuente y numerosa considerada “molesta” por los otros participantes, es decir, el choque entre las distintas maneras de ocupación espacial.
3. La pugna territorial agudizada, quizá, por el hecho de que uno de los protagonistas sean “extraños”, “intrusos” o “diferentes”, dentro de un marco donde la mayoría de los usuarios frecuentes tienen cierto grado de conocimiento entre sí.
4. La privatización espacial a través de los distintos usos generan conflictos cuando hay otros agentes interesados en los mismos espacios, es decir, cuando se desea ocupar simultáneamente un lugar previamente ocupado por otros usuarios.
5. El control social de los espacios públicos urbanos, aunque intenta regularizar las prácticas cotidianas de uso, se torna incapaz de homogenizarlas y de someterlas de manera absoluta, convirtiendo en este caso al parque estudiado en el oasis de armonía y paz que prometía ser desde el proyecto.
6. Todos estos litigios derivados de las distintas ocupaciones espaciales son el reflejo también de otros conflictos producidos en la sociedad

mayor en que el parque se enmarca, que remiten a contradicciones sociales relacionadas con la inmigración y el miedo y desconfianza que parece producir en determinados contextos.¹³⁵

7. El derecho al libre acceso al y por el parque, como a cualquier espacio público de características semejantes, no puede ejercerse de forma plena, porque a las mujeres no les es dado ocuparlo plenamente, como tampoco lo pueden hacer las personas socialmente inferiorizadas por una u otra causa. Ello confirma de nuevo la evidencia de que la pretensión de un espacio público como proscenio de las libertades y la igualdad democráticas es una quimera que múltiples evidencias cotidianas contribuirían a desmentir.

Queda claro, como lo hemos mencionado en varias oportunidades, que el Parc de Les Planes, dado su carácter de espacio público abierto, es un lugar propicio para la emergencia de relaciones sociales, para múltiples formas de hacer y de practicar que casi siempre implican apropiaciones instantáneas, territorializaciones no exentas de matices contradictorios o conflictivos. La heterogeneidad de actores y de usos hace que la existencia colectiva allí si bien está traspasada por el “saber estar”, no se traduce en un modelo de concordia perenne. Y no podría ser de otra manera si tenemos en cuenta que en los contextos sociales inmediatos también se pueden percibir esas agitaciones y turbulencias que señalan una realidad en constante dinamismo, que se nutre de la variedad y la mezcla en todos los sentidos; pero también de la carencia, la exclusión, la desigualdad, la falta de oportunidades, el hacinamiento, la intransigencia, etc. El parque es su entorno, las colectividades que lo circundan y lo llenan de vida al atravesarlo u ocuparlo ocasionalmente. Y ello no hace más que reconocer, como advierte Maffesoli, que “la vida social descansa en un deslizamiento insensible, pero recíproco de experiencias,

¹³⁵ En ese sentido, una noticia aparecida en un periódico, habla también de ciertas refriegas entre distintos grupos neonazis y extranjeros, no sólo en este parque sino en otros espacios de la ciudad. En *El Mundo*, martes 14 de octubre de 2003, aparece una noticia que habla de la detención de unos jóvenes “...que ya habían intentado agredir a jóvenes magrebíes y sudamericanos en el Parc de Les Planes, aunque éstos habían podido huir. A los detenidos se les decomisaron varios instrumentos que utilizaron para agredir, además de abundante material de ideología de ultraderecha y neonazi”. Véase también la noticia “Los Mossos detienen a seis ‘skins’ en L’Hospitalet por agredir a un inmigrante”, *El País*, 14 de octubre de 2003.

situaciones, fenómenos; fenómenos, situaciones y experiencias que remiten analógicamente unas a otras".¹³⁶

En un sentido más general podríamos añadir que es justo esa dimensión de apertura lo que convierte al parque y a cualquier espacio público de naturaleza semejante en un lugar de interacciones que no escapa a un estado de latencia, permanente, es decir potencial, por cuanto allí puede surgir y desplegarse cualquier cosa, y el conflicto social es una de ellas. Pero éste no es un fenómeno aislado, sino que se inserta en una problemática que parece acrecentarse en los últimos años en las grandes urbes y que no es ajena a tendencias ideológicas globalizadoras que excluyen, parcelan, limitan, constriñen y controlan.

¹³⁶ Michael Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, p. 267

OBSERVACIÓN *POST SCRIPTUM*

(Domingo 31 de julio de 2005, 18:00 horas). Volver al lugar de los acontecimientos, al “escenario del crimen”; este cliché que, como tal, parece servir casi para todo me permite explicar un poco esa necesidad casi obsesiva de re-pasar el parque. Necesidad permanente de mirar, observar, husmear. De regresar una y otra vez y perderme en sus senderos con la esperanza de que pueda, por fin, desprenderme de esta conducta casi obsesiva que me obliga a estar allí constantemente para ver y comprobar que ciertamente he visto lo que he visto y no otra cosa. Corroborar, que en efecto, lo dicho hasta aquí *se parece* a esa realidad que se despliega ante los ojos. Verificar *in situ* que el cuerpo del delito sigue expuesto sin atenuantes. Explayado y abierto a las miradas pero al mismo tiempo oculto tras el velo de la cotidianidad. Me recuerda esa conducta un tanto persistente, benjamineana, que habla de que investigar es también una manera de vivir, una forma de “estar” en el mundo desde otra postura. Y está claro que el trabajo del investigador o investigadora no acaba cuando termina una tarea específica sino que continua más allá traspasando su vida cotidiana. Y esto significa que su labor debe estar, en y por principio teñida, plena, llena de pasión, de deseo persistente por descubrir, por encontrar huellas donde a veces sólo hay ligerezas y superficies lisas... Allí donde, a veces, los demás sólo ven nimiedades, intrascendencias, cosas sin importancia... En especial cuando se habla de ese objeto tembloroso que suele ser la vida social en el espacio público. Objeto, que por otra parte, se ha convertido, en mi caso, en una especie de nudo gordiano. Utopía, entelequia, sueño fallido, ¡qué se yo! Sea como fuere está claro que estoy tocada o más bien traspasada por él. Que algo de su naturaleza ha impregnado la mía indefectiblemente. Se ha operado una suerte de simbiosis: yo soy también eso que estudio, y al tiempo, eso que estudio está traspasado por mí... Nos necesitamos y beneficiamos mutuamente.

Pero vuelvo a los hechos. En efecto, este parque en domingo es como cualquier otro, como él mismo cuatro años atrás. En principio no parece haber cambiado nada. La atmósfera dominguera de los tiempos lentos continúa y se condensa en esa especie de aletargamiento corporal. Hombres solitarios sentados en los bancos próximos a la zona de juegos infantiles, que miran ora al frente donde están los niños con sus padres, ora hacia el campo pavimentado donde hay un grupo de chavales jugando fútbol. Miran sin prisas, apenas mueven la cabeza. Les observo y me producen una sensación extraña. Están en un semicírculo donde hay cuatro bancos y en cada uno

de ellos hay un hombre. No se hablan ni se miran entre sí –parecen desconocidos mutuos- pero coinciden en las formas. Es como si se hubieran puesto de acuerdo en sus posturas, en la forma de no moverse: el cuerpo recostado en el respaldo del banco, las piernas estiradas hacia delante y las manos puestas sobre el regazo o sobre el banco. Tienen la misma posición de distensión corporal. Y miran lentamente. Es como si el tiempo habitara sus cuerpos y a la vez éstos habitaran el tiempo.

Arriba, en el costado próximo a los Mossos d'Esquadra, un grupo de personas ha tendido una manta sobre el césped. Son seis. Un hombre y una mujer tumbados, y los otros sentados junto a éstos, muy cerca. La mayoría son blancos y rubios. Ríen. Hablan. Comen. Parecen ciudadanos de Europa del Este. En un costado de la manta hay restos de papel plata, servilletas y vasos desechables. Y más allá envases con refrescos aún llenos. No se antojan muy jóvenes. El hombre que está acostado parece mayor, lo mismo que dos de las mujeres. Los observo con disimulo. Sus cuerpos aparentan abandonarse a la apacibilidad y conjugarse con esta quietud que parece reinar hoy en el parque.

Por las escaleras, como siempre, gente que viene y va ahora lentamente. Un chico con una cámara de video, sube dos, tres, cuatro escalones de prisa y da la vuelta para alcanzar a grabar a una chica de pelo negro y faldas largas que ahora está al frente suyo. Ella sonríe y sigue subiendo los escalones como si nada. El chico insiste en seguir grabándola y cuando la chica se aproxima demasiado él vuelve a realizar la acción anterior: sube varios escalones deprisa para enfocar a la mujer que seguramente es su novia o algo parecido. Esta vez cuando están muy cerca se abrazan y se besan e inmediatamente siguen subiendo las escaleras de la mano.

En un costado de las escaleras, debajo de los árboles y sobre los muretes que separan las plataformas, hay un grupo numeroso de personas. ¿De Pakistán? ¿De la India? Son 20 personas, mujeres con manto, hombres mayores y jóvenes, muchos jóvenes y niños. Son morenos. Están muy cerca y hablan entre sí. Miran hacia abajo donde hay un grupo de hombres que juegan con los perros y después comentan algo. Ríen. Una de las mujeres riñe a un niño que corre entre los árboles. Uno de los hombres, el más mayor, habla algo, los demás lo miran y parecen escucharlo con respeto o al menos con atención. Cuando deja de hablar los demás vuelven a lo suyo pero sin descuidar cualquier nuevo comentario del viejo. Los observo de reojo mientras bajo los escalones con lentitud, intentando alargar el tiempo. No quiero que se den cuenta de que les detallo. Sin embargo, de repente, mi mirada se ha

encontrado con la de uno de los hombres jóvenes. Hago de cuenta que mi foco de atención es otro pero me siento turbada. El hombre se fija en mi presencia más de la cuenta y entonces apuro el paso.

En la parte baja de la escalera, justo en una zona despejada y con bancos donde en las horas de la mañana se pueden ver a los pajareros, hay varias personas mayores, parejas y algunos jóvenes, casi todos con perros. Los perros se relacionan y los individuos también. Les tiran pelotas o trozos de ramas secas y los perros todos sin excepción van a por ellos. Los dueños se ríen y las otras personas que están en los bancos miran con atención ese espectáculo anodino y trivial, ese movimiento sin importancia. Miran, miran y miran, como si no tuvieran otra cosa que hacer. Y es curioso cómo esa forma de mirar está ligada con la expresión corporal. Como en el caso de los hombres solitarios, se nota una suerte de flexibilidad en la visión y en el cuerpo. No hay en apariencia ninguna intención. Mueven los cuerpos como sin querer y rara vez hablan. Solamente miran. Mientras termino de bajar del todo las escaleras y me aproximo al lugar me fijo en algo que me llama la atención. En uno de los bancos que le dan la espalda a la vía principal hay un hombre en compañía de otras personas, pero este hombre destaca por algo: tiene un gato persa de color gris. Es precioso. Es la primera vez que veo a un gato doméstico en el parque. El hombre joven y rubio lo contempla y le pasa reiterativamente una mano por el lomo. El gato tiene los ojos color naranja. Y yo miro al hombre y al gato. Ambos parecen sonreírme. Lo cual me da pie para acercarme y contactar con ellos. La mirada y la sonrisa del hombre me indican que no seré inoportuna. Además el gato es una perfecta excusa. Es más, me parece que el hombre lo utiliza para llamar la atención. Me acerco. “¡Qué gato tan lindo! ¿Puedo tocarlo?” “*Claro que sí, guapa*”. “¡Mira que guapo, que pelito más suave! ¡Es una monada!” “*Si es muy bonito, pero no es mío. ¿Ves aquella chica que está allá?*” Miro hacia donde me indica el hombre y la verdad no alcanzo a identificar a la mujer, sólo veo a una pareja que tiene un perro muy grande y a algunos hombres mayores que conversan mientras sus perros juegan. “*Es de ella*”. “Ya”. Junto al hombre hay un señor mayor que ha seguido la situación divertido. En todo el rato no ha dejado de mirar. Sonríe con amabilidad. Y luego dice: “*Es muy majo ¿verdad?*” “Si que lo es”. “*Se ve que te gustan los gatos*”. “Si, mucho”. “*¿Quieres cogerlo?*”, me pregunta el hombre del gato. “No. Ya está bien”. “Bueno, adiós”. “*Adiós, guapa*”. Dejo al gato y los hombres y los perros que corretean de aquí para allá y sigo caminando a la deriva y sin prisa... Hoy, como ya lo he dicho, todo el mundo parece andar despacio. Y también hoy, paradójicamente, ese lugar central donde confluyen las vías principales del parque está vacío. No hay concentración de vida allí como no sea la de los

transeúntes esporádicos que cruzan de un lado a otro. De ahí la impresión de vaciedad, de que está desierto. Pero no es verdad. Hoy su vida está en las márgenes, o mejor dicho, en los extremos. Que es donde siempre suele suceder lo importante. Las oscilaciones de la periferia mueven el centro.

Así que continúo deambulando para apreciar esa vida en los contornos. Voy hacia “mi lugar de observación”, ese banco privilegiado situado en uno de los parquecitos arbolados de la parte baja. Ahí donde pasé tantas horas mirando a veces con calma a veces con desesperación ese mundo trivial explayado ante mis ojos. Atenta a los detalles y con los cinco sentidos puestos para apreciar lo inasible. Y porque no decirlo, esperando que sucediera “algo importante” sin saber exactamente lo que era. Días, horas y minutos dedicada a ese oficio que no por cotidiano deja de ser nuevo. Y mientras me dirijo al banco observo a un personaje que no había visto ni en mi trabajo de campo ni en mis visitas de “placer” (que siempre se convierten en visitas de trabajo). Un hombre vestido de azul y gris. Es un caminante más, otro visitante del parque, pienso. Pero hay algunos detalles que me advierten de que no se trata de un usuario normal (en el sentido que estaba allí para recrearse): la forma de caminar, la manera de mirar, y un artefacto de comunicación que tiene en la mano. Le observo mientras pasa junto a mí y quiero abordarlo de alguna manera pero dudo en hacerlo. No es un empleado del parque, ni un mosso d’esquadra ni un guardia urbano. No. Su uniforme es diferente y es de color gris y azul. Tiene unas iniciales en el hombro. Lleva gafas oscuras. Advierte que lo miro. El hombre traza un semicírculo y toma por otro camino que rodea esta plazoleta arbolada. No lo dudo más. Camino de prisa para situarme muy cerca de él. “Señor, perdone, ¿puedo hablar con usted un momento?” Abordaje sin contemplaciones. El hombre voltea un poco, me mira y se detiene. “*Si, diga, ¿que quiere?*” Me responde en un tono casi militar. Le explico lo que soy y lo que hago. El hombre parece no entenderme. “*Que usted es ¿antropóloga?*” Busco términos más claros: soy estudiante y hago un trabajo sobre el parque para la universidad ¿puedo hacerle unas preguntas? *Bueno si, más o menos, si... pero si son muchas cosas es mejor que llame a la empresa donde trabajo.* Me dice el hombre. Por su acento me doy cuenta de que no es un “nativo”. “¿Usted vigila el parque?” Le pregunto. “*Si, soy un trabajador de una empresa de vigilancia privada. Hoy tengo turno de las 6:00 a las 10:30 de la noche.*” “¿Y después viene otra persona?” “*No, no que va. El parque queda solo. Todo el mundo se va. Y ya no hay nadie aquí, me dice convencido.*” “Y ¿Qué cosas mira usted?” “*Pues miro que la gente no haga cosas indebidas, que no se consuma alcohol -porque aquí no se puede tomar licor-, que no destruyan las cosas del parque... esas cosas, que todo esté bien... pero si quiere más*

información llame a la empresa". "Bueno, está bien, muchas gracias. ¡Ah!, por último usted no es de aquí, ¿verdad?" "No, no. Soy de Perú pero llevo muchos años aquí". "Bueno, muy bien, adiós". "Adiós". El hombre sigue su camino y yo el mío.

Antes de irme cruzo por la plaza urbana. Hay dos familias jóvenes en los bancos. Una niña monta en patines y otra en bicicleta. Un niño juega con una pelota junto al puente que conecta con el montículo artificial. Una pareja mayor tomada de la mano camina lentamente y sale a la calle. Dos hombres hablan en la entrada de la plaza... y todo parece seguir igual: los tiempos lentos de los domingos, los cuerpos apacibles sobre los bancos, las presencias simultáneas, las actividades triviales y anodinas, la luz sobre los árboles, el sonido del tren. Pero también, a la vez, todo parece ser nuevo: perenne ciclo de los haceres cotidianos, el eterno retorno, la circularidad del tiempo y el espacio. Y regreso a casa pero este lugar y su paisaje vienen conmigo...

CONCLUSIONES: ESPACIO PÚBLICO, OCASIONES Y LÍMITES

“No, que no se ha acabado”.
C. Pavese (*El oficio de vivir*)

Hemos llegado al final, al momento en que es necesario extraer, condensar, abreviar cosas, pero también replantear y reconstruir otras. Nos hemos propuesto responder a la vieja pregunta simmeliana sobre cómo es posible la sociedad, es decir como se tejen los acuerdos que permiten una determinada manera de vivir juntos a los seres humanos. En este caso, el escenario escogido para tal escrutamiento es un espacio público concreto, un parque urbano en una ciudad del extrarradio de Barcelona. Para alcanzar ese objetivo hemos llegado a reconocer, en un proceso circular, que no hay nada nuevo, ni inédito, ni exclusivo, así se hable de la ciudad y su espacio público. Volvemos a lo mismo. O más bien tornamos al comienzo. A preguntarnos sobre las bases en las que reposa esta investigación alrededor de un parque cualquiera situado en un barrio cualquiera de una ciudad cualquiera. Apuntamos a la cotidianidad pero nos salimos de ella en el preciso instante en que la sabemos parte de una sociedad que emerge de manera efímera y continua, cuando la reconocemos, al tiempo, objeto y consecuencia. Emergencia visible, *detritus*, *residuo*, *exigüidad*, *migajas* del mundo social. Hemos operado bajo mínimos en el sentido de que hemos puesto la mirada en esas partículas ínfimas de la vida social, a lo que por obvias se ignora o no se reconoce. A los desechos de una vida *de y en* el asfalto. Pero no hablamos de una vida insular, como una mancha en una pared blanca, sino de una materia *porosa*, erosionada que se imbrica y conforma una realidad social. Allí cobra sentido. Por tanto, no olvidamos los contextos; al contrario, mostramos cómo esas minucias cotidianas estructuran y dan cuerpo a las relaciones que se establecen en una sociedad mayor. Y eso significa, de hecho, nuestra constatación de ello.

Ese regreso a la vida de todos los días, empero, ha entrañado, tal como indica Mafessoli, un esfuerzo por pasar de una lógica del deber ser a una lógica encarnada que “no es nada fácil cuando se conoce el desprecio de lo banal, de lo ordinario y de la vida cotidiana en el que se halla fundada la cultura erudita, la cual, independientemente de cuales sean las tendencias políticas,

sigue animando en profundidad numerosos análisis acerca de la realidad social”.¹³⁷ De ahí nuestra intención de privilegiar la empiria para dirigir nuestra mirada hacia ese “concreto más extremo” del que habla Benjamín: la complejidad cotidiana. O hacia esos “imponderables de la vida social” a los que Malinowski dedicó lo mejor de su obra. Por ello hemos empleado una suerte de *microscopia* para ahondar en la supuesta superficialidad del detalle, para explorar un mundo de acciones hecho de cuerpos y movimientos; para percibir formas, texturas, olores, briznas de un universo social que si bien se explaya efímeramente ante nuestros ojos, también se mantiene en la reiteración de los pactos, de los entendimientos automáticos, en las formas de desplazarse, en el juego de las apariencias y los saberes aprendidos en la práctica, en las rutinas cotidianas.

En ese ballet de lo trivial está el hecho social en su forma más “pura”, en el sentido de que muestra la manera como se estructura, o más bien intenta estructurarse, a cada momento, una sociedad. Pero se queda en ello, en la manifestación de lo que Delgado menciona –parafraseando a Bourdieu– como una estructura estructurante pero no estructurada, sino estructurándose.¹³⁸ Proceso continuo y permanente del que nunca nos es dado ver su resultado final, porque no lo tiene ni lo puede tener. Y por ello al principio podría pensarse que no conduce a nada cuando en verdad conduce a todo. Su función no es otra que la de vertebrar el mundo social en un espacio más que erosionado, horadado, fracturado y compuesto de arenas movedizas: el espacio público, la calle y los escenarios con ella emparentados. Materialización de lo fugaz, lo transitorio, lo casuístico, lo “in-trascendente”, pero que ocupa una buena parte de la vida de cada uno de nosotros y que, en secreto, la determina. Explosión de contrastes, urgencias y emergencias, asaltos, fracasos, brotes, espirales. Mundo donde la visibilidad, en todos los sentidos, es el lazo estructurante en vivo y en directo. Es, a la vez, acción y reacción. Causa y efecto.

Ahora bien, es el momento de centrarnos en los sedimentos de este recorrido. Es obvio que hemos empezado a aproximarnos a nuestro objeto de

¹³⁷ Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, p. 262.

¹³⁸ Manuel Delgado, *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Anagrama, Barcelona, 1999, p. 104.

estudio casi desde los bordes, en el sentido de que optamos por una temática y unas formas de hacer sino inéditas si poco utilizadas en la investigación social en general. En cierta medida desechadas, excluidas sistemáticamente de su esfera luminosa. O quizás opacadas por el brillo de otros tópicos grandilocuentes que parecen llenar los requerimientos de unas disciplinas enfocadas mayoritariamente hacia el desvelamiento de los asuntos consolidados o, más bien, solidificados de la vida social. Nuestro ánimo ha sido, en primera y principal instancia, el de explorar una realidad social procurando, en la medida de lo posible, ver y reflejar, en el acto, cómo se manifiesta ante nuestros ojos. Esa vocación naturalista consiste en intentar aprehender y describir el mundo de tal modo que, en la medida de lo posible, el producto obtenido se le parezca. Es decir acercarnos a ella mediante un tipo de observación que nos permitiera estar allí en el lugar de los acontecimientos para, pese a su complejidad perceptual, tratar de dibujarla de la misma manera como se presenta o emerge. Nuestro afán era inducir más que traducir, porque teníamos claro que lo que allí se despliega no es una escritura, ni un lenguaje, con un significante y un significado saussuriano, sino una trama y una tesitura. No obstante si tuviésemos que retomar algunos de los componentes del signo lingüístico para explicar nuestro trabajo nos quedaríamos, sin duda, con el significante sobre todo en lo que atañe a su carácter sensorial, físico, a lo audible y visible, a su estado, digámoslo así, de endémica superficialidad. En principio el significado sólo nos interesa como categoría para comprender la manera en que se evidencian y asocian esos “vistemas” para decirnos, si es que dicen algo, que allí está trabajando una sociedad transitoria y diversa, continua y persistentemente, una sociedad cuyo fin último parece ser el de mantenerse a flote en cualquier circunstancia.

Los apuntes anteriores significan que hemos asumido nuestra posición epistemológica y deontológica con determinación. Acudimos a enunciados que se avienen a nuestros intereses concretos, escudriñando en trabajos paradigmáticos sobre los contenidos de la ciudad que nos permitieran asirnos y comprobar que no estábamos hilando en un terreno de argucias, sino, al contrario, en un campo minado de estudios reiterativos, de miradas distintas y complementarias, de descubrimientos rigurosos llevados a cabo en distintos marcos, casi siempre coincidentes e iluminadores. Ahora bien, la asunción de

esos elementos se hizo desde una postura casi instrumental, es decir, como un medio para llegar a nuestro propósito, que no era otro que el desentrañamiento de la vida social dentro de un espacio público específico. Desde ese punto de vista los elementos teóricos no operan como una camisa de fuerza, sino como *marco laxo*, donde se reajustan sus componentes continuamente y por tanto son, ante todo, un constructo maleado y maleable al mismo tiempo en y con la realidad social que se ha creído observar. Es decir, a través suyo llegamos a esos lineamientos teóricos y metodológicos, no a la inversa. Así que de partida asumimos una posición sin fundamentalismos, pero, eso sí, con el convencimiento de que los presupuestos seleccionados de manera arbitraria no lo eran tanto porque surgían en principio del mismo mundo empírico. De un regreso contundente a los flujos, movimientos, imprecisiones, irrupciones de la vida social. De nuestra permanencia en una realidad móvil y en cierto modo, impredecible. Sin embargo no nos hemos arrogado nada ni siquiera la intención de ser nuevos en un terreno transitado, aunque no lo suficiente, por textos y autores de los que nos confesamos deudores.

Y, en conjunción con lo anterior, nuestra posición deontológica ha estado determinada por dos cosas fundamentales: el regreso al mundo empírico, del que nunca nos hemos ido, mediante el reconocimiento *in situ* de lo que está allá afuera, en la calle, el parque, la plaza, cociéndose bajo las aguas de la cotidianidad. Y, en consecuencia con ello, el empleo de unos mecanismos de inspección lo más cercanos posibles a esa realidad. Hemos operado entonces en concordancia con el objeto y los enunciados teóricos que intentan abarcarlo en términos mayores. Proceso sísifco, por cuanto ha significado un constante ir y venir, una adaptación y readaptación continua de elementos, un trabajo circular donde los esfuerzos no siempre cristalizan, puesto que el objeto que persiguen –captar y describir los hechos que atienden– siempre acaba por escaparse de entre los dedos. Por tanto no hemos llegado a la cima, pero tampoco era nuestra pretensión hacerlo; sólo hemos empujado la piedra con la intención de subirla a lo más alto, para ver como rueda de nuevo para regresar al punto en que habíamos comenzado. Sin embargo, aceptamos el riesgo y nos responsabilizamos de su éxito o fracaso relativos.

Pero volvamos a los sedimentos concretos. Hay dos campos generales desde donde se pueden redondear las conclusiones de este trabajo y que se

dejan entrever en las líneas anteriores. Uno se relaciona con los instrumentos metodológicos que se emplean en el acercamiento a los espacios públicos urbanos y otro con la propia noción de espacio público en donde subyacen elementos problemáticos que incitan a considerarlo, en ciertas circunstancias, cuando es presentado como la realización de un principio político abstracto, como una entelequia, una cosa irreal producto más de una aspiración que de una realización, más fábula que realidad. Y en algunos aspectos este trabajo sobre el parque es una prueba de ello.

Emergencias, ocasiones y presencias

Se hecha en falta la existencia de unos mecanismos a la vez prácticos y flexibles que permitan el estudio próximo y riguroso (en el sentido de intensidad y puesta en sistema, no de rigidez) de los espacios públicos urbanos. Pero sobre todo se echa en falta más trabajo de campo sobre ese ámbito ya importante con sólo considerar que más de la mitad de la población mundial vive en las ciudades y un número mayor camina, pasea, deambula, marca o merodea por sus calles alguna vez. El mundo se ha urbanizado pero en cierta medida algunos intereses científicos no. ¿Cómo es posible que exista en nuestro medio un corpus literario tan menguado sobre la vida que aflora y se explaya allí, en la calle (la empleamos como la parte de un todo), ese campo de cuerpos que se cruzan, de movimientos leves o que estallan de manera impredecible y brutal? No se entiende esa exclusión sistemática de la vida pública urbana –aquella que se visibiliza en los lugares públicos- del ámbito de las prioridades de algunas disciplinas sociales. Y eso hace que, se nos considere a quienes intentamos introducirnos allí cuando menos raros y en cierta manera irrelevantes. Queda la sospecha, no obstante, de que existe poco trabajo de campo sobre la vida en el espacio urbano porque no hay instrumentos delineados claramente para ello, aunque acaso sea justamente lo contrario: no existen esos instrumentos porque no se han hecho aproximaciones rigurosas, ni acercamientos concretos que los pongan a prueba y que permitan descubrir y ensayar otros que se avengan a una labor investigativa de por sí difícil, por cuanto, como se ha visto, allí, afuera, reina lo efímero, las entropías aparentes, lo que está en constante movimiento y

cambio. O, simplemente, son las dos cosas a la vez, sin término ni comienzo, sino como una secuencia crónica de ausencias.

Ahora bien, eso no significa, como bien lo hemos repetido a lo largo de las páginas que preceden, que no existan acercamientos válidos y que no hayamos tenido en cuenta esos puntales específicos aplicables a nuestro medio. Sin ellos nuestra labor hubiese sido imposible. Así que hemos partido, en efecto, de un deber ser arraigado en la práctica, en la inmersión en el mundo empírico tal como lo aprendimos de los maestros de la Escuela de Chicago. Quisimos estudiar la acción social y para ello acudimos a la observación naturalista, aquel mecanismo cuyos orígenes en la literatura nos muestra que estamos en un presente, en un aquí y un ahora a partir del cual es posible percibir y describir los fenómenos que surgen en cualquier escenario social, en el convencimiento de estar ante una realidad compacta y compleja en la que, como percibieron los literatos naturalistas del XIX, “los elementos individuales de este microcosmos están unidos entre sí de manera inseparable, porque las figuras son inimaginables sin su dintorno, los caracteres sin su constitución física y los cuerpos sin los objetos de que están rodeados”.¹³⁹ Y no huimos a la responsabilidad de estar, ciertamente, navegando en aguas turbulentas, literal y metafóricamente.

Y no obstante, en cierta medida, estuvimos en el campo desarmados, casi desnudos en un mundo desplegado ante nuestros ojos con sus ruidos y sus silencios. Y en esa encrucijada nos dimos cuenta de cuán poco servían los instrumentos que habíamos delineado justo allí en la práctica, en el lugar de los acontecimientos. De que lo válido era nuestro interés por hacer de la observación *in situ* un elemento fundamental para adentrarnos en el seno de una realidad fractal, porosa, estocástica, que vive dispersa en el pluralismo que la mueve a profundidad. Pretendíamos captar las cosas tal como ocurren allí, sin filtros mayores, con los mínimos y más inevitables prejuicios, solamente con el deseo a veces lancinante de ver, escuchar, oler y tocar una complejidad social en una labor de autoforjamiento continuo. Y para ello acudimos a tipos de observación acordes con esa perspectiva, con esa manera de ser. Llegamos al campo, a la práctica, con herramientas específicas que ensayamos, probamos, afinamos; y, al tiempo que descubrimos su pertinencia,

¹³⁹ Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y del arte* 3, Labor, Barcelona, 1994, p. 64.

también encontramos sus fisuras, sus límites, sus fallas. Así, nos dimos cuenta de que la observación natural encubierta que proponían los Lofland, por ejemplo, es difícil de aplicar tal como la esbozan en su trabajo, porque implicaría algunos problemas éticos graves. No podemos ocultarnos, denotativamente hablando, en un espacio público o semipúblico. Allí estamos a la vista de cualquiera, puesto que es por ello que son realmente *públicos*. Pero ese no es el asunto. Es que, en esa esfera, hacernos pasar sistemáticamente por otra u otro con una intención determinada implicaría un engaño: ocultar nuestra identidad subrepticamente. Encubrir en su acepción básica remite a tapar, solapar, ocultar, impedir que se sepa algo, en este caso, quiénes somos y lo que queremos. La sospecha planearía sobre un tipo de investigación llevada a cabo bajo esos términos.

Ahora un matiz importante. La idea que subyace a la propuesta anterior es sin duda relevante cuando se aplica al terreno de los espacios públicos como proscenio de la vida social donde la visibilidad se convierte en un vínculo orgánico. De hecho cuando se habla de copresentes se condensa además de la categoría tiempo-espacio la de la acción y visibilidad mutua. Somos copresentes porque *existimos* en la coincidencia y podemos percatarnos recíprocamente de nuestros cuerpos, meras presencias que ejecutan no digamos una sinfonía sino una melodía cualquiera. En esas circunstancias el *mirar* es la acción misma. Si bien es cierto que existimos independientemente de la vista también lo es que sin ella difícilmente seríamos capaces de estar en el espacio público por nuestros propios medios. Con eso no se descarta, por supuesto, la importancia de los otros sentidos, pero se entiende la supremacía de la visualidad en tales escenarios urbanos. De ahí la dificultad de los individuos con disminuciones visuales para transitar fluidamente por cualquier espacio público sin ayudas materiales o el soporte de otra persona, pues sabemos que, en esas circunstancias, cualquier falla en los elementos comunicativos puede ser fatal en todos los sentidos del término. Para ellos es necesario otro tipo de imágenes y soportes que anuncien los cruces, las intempestivas, los tránsitos corporales, los nudos, los remolinos.

Volviendo a nuestro tema central, es evidente que hemos optado por una observación más que encubierta u oculta, disimulada, *de reojo*. Es decir, del mismo tipo que se produce de ordinario y de forma generaliza entre los

usuarios de cualquier calle, una manera de *tener en cuenta* cuyo fin último no parece ser otro que el de la coordinación efectiva en los tránsitos, en las esperas, en los cruces, en las ocupaciones espaciales. Y todo ello bajo el presupuesto básico de que en los espacios públicos somos recíprocamente visibles y eso significa que allí operamos bajo un gobierno escópico, en principio sin ningún tipo de cortapisas como no sea la del mantenimiento de esas normas básicas de las que hemos hablado –la desatención cortés o la indiferencia de urbanidad– y que se convierten en mecanismos importantes del orden y control social.

Y si esa observación naturalista encubierta era improcedente por cuestiones deontológicas, la no obstrusiva o no intrusiva lo era por cuestiones procedimentales prácticas. De partida se advierte que lo que subyace a ésta es una oposición bastante discutida entre observación participante/no participante, que en la investigación en la calle y demás espacios públicos no tiene sentido. Y no lo tiene porque ahí “ese mirar de lejos”, sin inmiscuirse, es ante todo una pretensión fallida, o, más bien, un pleonasma: estamos en la calle y por tanto participamos en sus movimientos, nuestras acciones son parte del engranaje vital que allí surge y se despliega. Como copartícipes nuestro hacer no es un hecho aislado sino, a la vez, resultado y causa de otros haceres, de ahí la importancia de un “buen obrar” en tales escenarios pues de ello depende que todo fluya con “normalidad”, para que no haya fracturas en el orden social que allí se despliega y se mantiene gracias a ese pacto constantemente renovado que firman los accionantes individuales. En ese sentido el actuar con propiedad en el espacio público, es, simplemente, la concreción de un sentido común acordado con frecuencia *in situ* e *ipso facto*. Y es la puesta en práctica de éste lo que hace posible la organización de las acciones y las apariencias que de otro modo convertiría esa comarca en tierra de nadie pues, simplemente, no se podría existir en ella en sociedad. Así que es ese sentido común y no otra cosa lo que evita los taponamientos, los cierres, los bloqueos. Todo esto para decir que la investigadora o investigador son o deberían ser, necesariamente, partícipes no intrusivos en el escenario público que estudian pues su condición es la misma que la de cualquier transeúnte, pasante, ocupante temporal: hace parte de la trama general sin inmiscuirse en las acciones particulares de otros

actores, salvo lo indispensable o inevitable. Así que hablar de una observación no intrusiva en los espacios públicos, es cuando mínimo, una redundancia.

Con ello no desestimamos que se pueda hacer una cierta investigación donde sea mayor el distanciamiento físico del investigador con su objeto de estudio mediante el uso de herramientas técnicas que lo permitan. En ese caso tales instrumentos desplazarían su labor en la recolección de los datos y asegurarían esa especie de “asepsia” que muchos se preocupan por conseguir de cualquier manera. Es fácil reflexionar, sin embargo, sobre los límites que este tipo de proceder entraña con respecto a las temáticas y a las maneras de operar. Pues en últimas no se puede sustituir la flexibilidad, la amplitud, ni el *zoom* del ojo y oído humano, por aparatos formalizados, por más sofisticados que éstos sean así pretendan echar una mirada al entorno desde afuera. Con esto no mostramos nuestro desacuerdo con el empleo de herramientas técnicas que, dentro de su papel secundario, nos permitan complementar y agudizar nuestra mirada sobre los aspectos de la vida social que nos interesa estudiar, como de hecho hicimos en este proceso de investigación.

Junto con los anteriores tipos de observación estaba otra técnica de atención que también utilizamos digamos que de manera experimental: la flotante, tal y como nos la proponía Colette Pétonnet. Este tipo de mirada es un intento por llevar a las últimas consecuencias la observación natural. Su epifanía extrema. A la vez que condensa los sentidos básicos de las dos anteriores, lo que la convierte al instante en un tipo de observación disimulada no intrusiva, aporta un componente distintivo a quien conoce. O, más bien, un requisito. Al investigador o investigadora se le pide en principio una *disposición* total hacia los elementos del entorno, esto es, captar lo que sucede alrededor pero sin detenerse en los detalles, en las cosas pequeñas. Fijarse en todo sin fijarse en nada, al mismo tiempo. Esa paradoja aparente nos conduce sin embargo a una cierta característica de la vida que se despliega en los espacios públicos: la superficialidad, lo que emerge y se sostiene allí efímeramente. En este sentido lo que flota es lo que está y se mantiene en la exterioridad, lo más liviano y, por lo tanto, lo *visible*. Desde ese punto de vista la observación flotante haría referencia, por un lado, a una disposición de quien investiga, consistente en mantener la atención abierta para aprehender lo que sucede en el entorno; por el otro, a la naturaleza de la realidad que nos ocupa: aquella

cuyos flujos y temblores se expresan en la superficie. Y si vamos más allá también alude al tipo de vida social que se manifiesta en los espacios públicos determinada por relaciones y usos transversales, por prácticas diversas y dispersas, por amplitudes sensoriales, por hiperestimulaciones de toda laya. ¿Bajo qué herramientas concretas podemos llevar a cabo una observación de esta clase? ¿Cómo hacerlo de manera efectiva si estamos bajo el imperio de los sentidos? ¿Podemos plasmar sin filtros, sin un a priori, esa realidad social en constante movimiento y cambio que llega hasta nosotros muchas veces de manera impredecible? ¿Existe una suerte de escritura automática que nos permita registrar mecánicamente lo que percibimos en el exterior, a la manera como lo haría una cámara cinematográfica? Ya lo hemos advertido: más que una técnica de observación concreta, alude a una cierta cualidad perceptual de quien observa, así que en principio es menos una acción que una disposición. Y por lo tanto, en la práctica, ha sido una mera guía para la inteligibilidad de nuestros pasos en el campo de los hechos reales.

De entrada asumimos las fisuras y tratamos de solventarlas con elementos que surgieron sobre la marcha dentro del mismo proceso investigativo. Pues siempre fuimos conscientes de las enormes dificultades para identificar, registrar y analizar ese tipo de vida social que se despliega en los espacios públicos por su misma naturaleza altamente inestable. Sin embargo, teníamos claras algunas cosas: nos interesaban las relaciones entre los individuos y no sus individualidades; las actividades, los usos, las apropiaciones y las trayectorias, menos que las representaciones; las prácticas, mucho más que los discursos; las acciones, mucho más que los actores; el quehacer por encima de los imaginarios. Y a partir de esos elementos fuimos capaces de descubrir trazos de esa existencia colectiva humana desplegada en un parque cualquiera. Allí pudimos darnos cuenta de sus actividades y de cómo éstas inscriben el espacio, lo marcan, lo perforan: lo construyen, al tiempo que resultan determinadas por ese mismo espacio que determinan. Pero también que en y para su surgimiento operan otras variables como el tiempo, la clase de día, la morfología diseñada, las atmósferas preceptuales. Nos percatamos, además, como ya lo habían hecho otros, de que ese proceso está regido por pautas de comportamiento aprendidas a veces inmediatamente antes y puestas en práctica, la mayoría de ocasiones, de manera eficaz. Y de que esa

existencia colectiva opera, casi siempre, de manera consuetudinaria, lo que en últimas demuestra su competencia para ocupar y practicar un espacio no pese, sino merced a las incongruencias y ambivalencias que en ocasiones parecen vertebrarlo.

Resumiendo: nos acercamos a las minucias, a esos hechos en apariencia insignificantes, irrelevantes de la vida social. Sólo así fuimos capaces de perfilar lo que *pasa, acontece, emerge* en un espacio público urbano, en este caso un parque público. Se ha intentado lo que antes otros intentaron: una etnografía de lo trivial, lo pequeño, lo que se antojaría en primera instancia irrelevante. Ajustamos las herramientas: no hicimos una observación natural encubierta no intrusiva, sino una observación natural en movimiento y de reajo. Fuimos transeúntes, paseantes, merodeadores, deportistas, amantes, mirones. Así cumplimos con la demanda fundamental de nuestro oficio de etnógrafos: observar participando. Fuimos cuerpo y acción. Interactuamos, concertamos, dudamos, comunicamos. Fuimos víctimas de los dobles lenguajes y los malentendidos, esa materia prima fundamental de la vida pública. Y al tiempo que éramos parte del entorno sabíamos que nuestra función era otra: mirar desde la distancia a sabiendas de ser, a la vez, mirados y auscultados. Intentamos los registros: *una mujer sube la escalera con paso lento, un hombre pasa por su lado y la mira con disimulo, hay dos hombres jóvenes sentados en un banco cerca del campo de fútbol y, más allá, una mujer vestida con una chaqueta negra pasea a un perro de la cuerda. O: junto a mi pasan dos cuerpos veloces, los veo de espaldas, llevan pantalón corto, corren, y en el banco cercano un hombre mayor se fuma un cigarro mientras de vez en cuando me mira sutilmente. "Se está muy bien aquí", dice...* Y anotamos lo que vimos, oímos, sentimos; lo que estuvo al frente, al lado, atrás. Y, no nos escondimos ni tratamos de hacernos pasar sistemáticamente por otros que no fuéramos; desempeñamos nuestro rol ordinario y esencial: alguien que está ahí. Miramos, registramos y procuramos relatar luego esa realidad a veces serena y pausada, a veces enrevesada y múltiple. Cosas que suceden, acontecimientos triviales, repetitivos o excepcionales. Intentamos el análisis: revisamos el cuerpo de datos, los registros, las anotaciones al margen, las conversaciones informales. Nos fijamos en los puntos en común, las repeticiones, las redundancias pero también en lo raro, lo inesperado, lo fractal,

lo que parece salirse del contexto. Sólo así descubrimos los usos, las prácticas, las relaciones, las formas de hacer que se desplazan en un espacio público concreto y singular: el Parc de Les Planes. De esa manera percibimos esa existencia colectiva diversa, consensual, competente, conflictiva, ambigua y cuajada de contrastes que allí se manifiesta una y otra vez.

Empero, después de todo, parecen subsistir las mismas preguntas con las que iniciamos este proceso de investigación ¿Qué hacer con las esperas en apariencia infructuosas, con esos momentos en que no sucede nada importante? ¿Qué hacer con nuestros cuerpos, medio y mensaje al mismo tiempo? ¿Cómo actuar para ser otro y no dejar de ser? ¿Cómo nos ponemos en un contexto literalmente móvil donde lo contrario podría significar una obstrucción flagrante a la fluidez natural de las acciones sociales? ¿Cómo hacer para captar y describir lo que ocurre ante nuestros ojos del mismo modo en que aparece? ¿Es lo que se ha transcrito en las páginas precedentes lo que realmente se ha visto y se ha vivido? Así que, de entrada, bien podríamos decir que este intento es ante todo un fracaso, un malogro anunciado o mejor, presentido. Bajo esas circunstancias, sin embargo, tenemos la convicción de que no hicimos otra cosa que una antropología como otra cualquiera, con problemas no muy distintos de los que procuraría cualquier otro objeto de conocimiento, por mucho que más agudo aquí, cuando la sustancia social a tratar no para de agitarse, está hecha de cuerpos en movimiento, de ocasiones y emergencias y de la manera como se sostienen en una especie de suspensión crónica y al mismo tiempo fugaz. Así que lo exterior y próximo, lo somero, lo perceptible a simple vista, las presencias y las apariencias han sido nuestras preocupaciones, pues era de ese tipo de materiales que la sociedad estudiada se hilvanaba.

Parc de Les Planes: espacio público de intermediaciones

Si nos atenemos a las tomas de posición teóricas generales esbozadas en el segundo capítulo de este trabajo es oportuno señalar que el Parc de Les Planes puede considerarse, en efecto, un espacio público en la mayoría de las acepciones del término. Es, en primera instancia, un lugar que tiene un grado de accesibilidad importante en todos los sentidos. Su conformación material y

su ubicación lo convierten en un territorio con notables características de centralidad lo que facilita y estimula una variedad importante de usos. Esa accesibilidad se refleja en la disposición de los elementos materiales, en las formas prácticas y efectivas de acceder a él. Su situación en un área de confluencia barrial, cuyo dinamismo se aprecia en la variedad poblacional, también le convierte en lugar de enlace entre sectores, sin contar con el hecho de que no tiene vallas que lo separen abruptamente de las calles circundantes sino más bien algunas de ellas parecen entrar en su interior, y, en consonancia con esto, la no existencia de horarios prefijados para su uso, lo que no suele suceder con otros parques de la ciudad. Ese grado de apertura lo convierte sin duda en un lugar de intermediaciones, escenario amplio y polifuncional donde es posible vislumbrar, al tiempo, una serie de elementos característicos de lo *urbano* tal como lo concebimos en este trabajo, y esas burbujas comunitarias de las que habla Lyn H. Lofland, sin que por ello pierda su acepción primera de espacio público.

Lo anterior nos lleva a anclar en una segunda instancia que hace suponer que el parque en estudio es, de veras, un espacio público, en el sentido de espacio de y para la accesibilidad, la visibilidad y la comunicación generalizadas: allí hay acciones, huellas y vestigios de lo urbano, entendido a su vez como sociedad que se vertebra en torno a sus propias agitaciones y en la que el movimiento descubre sus cualidades estructurantes. Vida social que se manifiesta y se autoorganiza a partir del juego de las miradas, de las apariencias, de los devaneos, de los tránsitos, que se nutre de las ocasiones y las emergencias para subsistir como tal. Hervidero de acontecimientos contruidos a partir de planos paralelos y, a la par, superpuestos unos a otros. Y no podía ser de otra manera puesto que todo parece apuntar a esa perspectiva, desde la conformación material que le convierten en un escenario dispuesto para representaciones múltiples y sincrónicas mediante la definición de una variedad de ambientes, hasta su ubicación y nivel de apertura que incitan a una no menos cantidad y diversidad de usos y usuarios, en una compleja articulación que sin embargo redundante en fluidez y entendimiento práctico inmediato. En consonancia con lo anterior nos encontramos en una comarca singular compuesta por microescenarios donde se llevan a cabo un sinnúmero de ejecuciones igualmente variadas: interacciones, prácticas, usos,

apropiaciones, movimientos, flujos, trayectorias... En ese orden de ideas percibimos lo heterogéneo como lazo vinculante y sustrato de la vida social, especialmente de aquella que se origina en exteriores urbanos, en este caso el parque, ámbito en que se manifiesta esa *urbanidad* a la que nos hemos venido refiriendo, entendida como las puestas en común de las competencias prácticas y esa suerte de colaboración mínima entre los copresentes a la hora de establecer unos principios elementales de inteligibilidad recíproca. Estos aspectos se constituyen en el mecanismo práctico mediante el cual es posible compartir simultáneamente el mismo espacio, es decir, convivir desde el distanciamiento y la reserva, pero preservando a la vez la integridad individual en el ambiente accional en el cual se está inmerso.

Ello no implica, sin embargo, que descartemos las interrupciones, los asaltos, las fracturas, las fisuras, por donde se cuele una realidad plena de turbulencias y en un perpetuo re-hacer. Hablamos por tanto de un mundo social que no es rectilíneo, ni transparente ni completamente enmarcable, a pesar de los esfuerzos porque así sea. En ese sentido podemos decir que el espacio público es en principio un espacio sucio, impuro, literal y metafóricamente hablando. Ello nos llevaría a fijarnos en otra característica de lo público: pleno y cruzado de manchas, de oscuridades, de inmundicias, entendidas éstas como lo que al mismo tiempo le da vida y lo subvierte. Pero no hablamos de una escatología llana y simple, sino de una condición que le confiere justamente esa naturaleza digamos inabarcable y que se podría entender desde la perspectiva que hemos seguido a lo largo de este trabajo, que asume esa “suciedad” justamente como uno de los rasgos más significativos del espacio público, puesto que, como hemos repetido, connota mezcla, variedad, caos aparente, claroscuros. Y eso nos recuerda que estamos hablando también de un espacio traspasado por múltiples vectores que le convierten justamente en un territorio complejo y vital al mismo tiempo. Tal como la vida misma.

Ahora bien, no tenemos miedo de decir que esas “inmundicias” son las que lo llenan y le dan sentido; las mismas que tratan de hacer desaparecer los planeadores, constructores y gestores (casi siempre en masculino) de ciudad, los interesados en hacer del espacio público un objeto profiláctico, “sano”, donde todo discurra como sobre una superficie lisa y llana. Donde no pase nada, cuando en esencia allí pasa todo. Un espacio impoluto, transparente,

domeñado, preso de sus propios límites. De ahí las premuras por limpiarlo, por mantener una asepsia constante en todos los sentidos. Borrar las huellas y restos de la vida social implica también tratar de borrar aquello que no se ajusta a lo considerado “normal” o por lo menos deseable. En ese sentido el orden y la limpieza física de un lugar público casi siempre esta en consonancia con el orden y el control social. Por eso se esconden y restauran los lugares “inmundos” de las ciudades, se ocultan, se sacan del centro, de los recorridos para turistas y con ellos también se sacan a los indeseables, a los que no son más que una presencia desafinada, los que desentonan con un paisaje profiláctico y plano, perfecto para una postal de verano.¹⁴⁰ Lo no *mostrable*, lo que se debe ocultar para que no entorpezca esa visión apacible, serena y diáfana que señalan perspectivas ideológicas dominantes relacionadas con el “progreso social”, con calidad de vida, con armonía total con el entorno. No combatir la miseria ni la marginación, pero sí impedir a toda costa que se muestre. Se debe ante todo crear la apariencia de que nada desencaja, ni desdice en ese escenario de bonanza, prosperidad y libertades civiles en que parecen haberse convertido algunas de nuestras ciudades.

A nuestros hallazgos: hemos puesto de manifiesto que el tema de los parques urbanos ha sido relativamente poco estudiado pese a su posición trascendental en el tejido de las ciudades contemporáneas, que no prescinden de su presencia en los contextos más inquietantes, algunas veces para constituirlos en elementos salvadores y otras simplemente como respuesta a las necesidades básicas de la población que los albergará literalmente “a ratos”. En este sentido tales espacios se convierten en factores que supuestamente contribuyen al mejoramiento de la calidad de vida, haciendo eco quizá de aquellos planteamientos decimonónicos en que convergen las posibilidades altruistas de la naturaleza con planteamientos más funcionales, asociados a las utilidades prácticas, para hacer de ellos espacios de oxigenación en todo el sentido de la palabra. Pero también, esos lugares suelen aparecer como pretextos adecuados en la implementación de políticas

¹⁴⁰ Ramón Fernández Durán, habla, por ejemplo, de cómo el centro de la ciudad, “lugar por excelencia del encuentro, de la actividad urbana multifuncional, y espacio igualmente utilizado para la fiesta, con toda la potencialidad subversiva que ésta conlleva pasa a convertirse en un espacio unifuncional, de ‘comando’, desplazando paulatinamente a todas las otras actividades y a la población que lo habitaba; o en todo caso, ciertos sectores del mismo quedan como un museo para la contemplación”. *La Explosión del desorden*, Fundamentos, Madrid, 1993, p. 137.

urbanísticas cuya motivación última no suele ser siempre la satisfacción de los individuos y las colectividades, sino la acción efectiva para la revalorización del suelo urbano. En esos términos, los parques son constructos concebidos a partir de supuestas necesidades humanas y ambientales en cuyo seno reposan concepciones ideológicas que, lejos de adherirse a las políticas abiertas de uso, reflejan una utilización de la política en aras de crear y por tanto domeñar el espacio para y de *uso público*.

Empero, no podemos negar que el Parc de les Planes, como cualquier lugar de su especie, ha inscrito en su diseño las huellas de la naturaleza como metáfora de bienestar y las del funcionalismo como dimensión utilitaria. Esto permite considerarlo, en primera instancia, como un lugar de esparcimiento y recreación que ofrece la posibilidad de llevar a cabo prácticas deportivas específicas y la realización de actividades relacionadas con el paseo o la mera contemplación. En segunda instancia, como espacio abierto, sus ambientes trazan infinidad de posibilidades que van desde aquellas inmersas en la noción de lugar de encuentro hasta las implícitas en los efímeros devaneos de lo público traducidas en los cruces de camino, en los tránsitos, en los cuerpos que se desplazan como meras unidades de automoción. Y por ello mismo, es uno de esos lugares donde mejor se perciben los vericuetos de la vida cotidiana, esa espuma de los días, con sus rutinas y palpitaciones apenas perceptibles. Y no podía ser de otra manera, puesto que allí lo urbano se teje en las interacciones y prácticas desarrolladas en un espacio-tiempo, sin otras pretensiones que la de ser acción y momento. En el parque esa cotidianidad se percibe en los usos transversales, en esas actividades diarias y banales, sujetas no sólo a los factores materiales sino también a aquellos asociados con el sol, con la lluvia, con el ciclo noche y día. Son, en últimas, los usos y prácticas, los recorridos de la rutina, a través de los cuales aprehendemos y comprendemos la complejidad de la realidad social. Conocimiento primero que no hemos desechado, sino que hemos llevado casi al paroxismo en este acercamiento antropológico –tan cargado de elogio– a las minucias de la vida de cada día. Y en ese orden de cosas hemos indagado en las esferas usuales del parque mediante el decantamiento de sus funciones básicas que reflejan su *modus operandi*: lugar de recreación y ocio, de encuentro, de tránsito o de paso, de miedo, de fronteras y conflictos.

Hemos visto cómo su ubicación geográfica, límite de cinco sectores definidos de la ciudad (La Florida, Can Serra, Les Planes, Sant Josep y Pubilla Casas), hace de este espacio algo más que una simple frontera para constituirlo también en un nexo, en elemento activo de comunicación. Por ello se convierte en un lugar propicio para el encuentro, para esos contactos que, sin abandonar nunca la esfera de lo público, también rondan la de los acercamientos más cercanos, más lentos, insertos dentro de las relaciones de vecindad establecidas por la costumbre o la afinidad. Son en efecto, esas burbujas de privacidad o vida comunitaria las que suelen manifestarse en el reino de lo público como grumos o condensaciones provisionales. Y a la par con los encuentros que contienen cierto grado de concertación se producen otros más próximos a la dimensión de lo público entendida como ámbito de lo difuso, en cierto modo casi como lo contrario de lo comunitario o fusional, esto es, hecho de contactos efímeros entre conocidos que apenas se saludan y desconocidos que interseccionan sus itinerarios. Ahora bien, esa posición liminal o de umbral del parque, dada a partir de estar entre varias zonas, hace que sus senderos se constituyan muchas veces en una prolongación de las calles externas. Así sus ejes fundamentales no sólo unen en todas direcciones a los diversos sectores del entorno sino que funcionan como verdaderas oberturas por donde circula a cualquier hora del día una cantidad importante de personas, personas para las que el parque no es más que un lugar de tránsito, una comarca por donde *se pasa*, más que donde *se está*. En ese caso, las intenciones prácticas y los movimientos corporales de los trashumantes son los mismos de cualquier unidad de locomoción de una vía pública: pasos ligeros y seguros, mirada al frente sin detenerse aparentemente en los detalles. Mero desplazamiento cotidiano.

Esos usos cotidianos son los que permiten hablar de los diferentes ritmos del parque, sujetos en determinados casos a los elementos materiales estables y a otros que varían: el tiempo, la estación del año, el día de la semana, la temperatura, el ciclo noche-día, etc. Así, por ejemplo, en la claridad del día se constituye un escenario dispuesto para usos visibles, para prácticas que permiten recorrerlo, habitarlo sin otros obstáculos que los ofrecidos por la accidentalidad del terreno o por los vaivenes del clima y de las horas. Sin embargo, este panorama cambia al caer la noche: los bancos dejan de ser el

lugar para el reposo tranquilo, para la contemplación; sus senderos más ocultos entre los árboles se niegan al recorrido y a la mirada. Durante la noche los usos y prácticas apenas se intuyen en los perfiles dispersos o fragmentarios de las sombras que se mueven entre los árboles o en el césped, en esas presencias ocultas tras la penumbra; en los cuerpos tejidos en los bancos. Sus vías ya no son constantemente transitadas; sólo parejas o grupos de jóvenes pasan por ahí con prisa, como impulsados por una especie de sonambulismo fugaz. En el ciclo nocturno el parque es otro escenario, deja de ser el sitio plácido, tranquilo, para convertirse en un lugar inseguro, incierto, inquietante, productor de sensaciones encontradas ligadas a hechos reales o imaginarios que se asocian a su vez con su imagen como lugar de miedo; espacio propicio para todo tipo de acontecimientos atroces, de expresiones de lo que ronda las fronteras difusas de lo permitido, en un orden social no sujeto a instancias visibles, por lo que sus ocupantes tenderán a remitir a esas mismas características: vagabundos, desheredados, estigmatizados de diferente índole, seres cuya vida en los bordes o más allá reflejan la otra cara de la ciudadanía y la igualdad.

Queda claro, como no se ha dejado de sugerir, que los parques públicos urbanos son un excelente campo para indagar acerca de la vida pública de las ciudades, puesto que en su seno se desarrollan una serie de eventos que reflejan, por un lado, la cotidianidad más elemental y, por el otro, las relaciones y movimientos tejidos en la sociedad mayor. Lugares singulares donde, como hemos visto, muchas veces es posible descubrir la confluencia entre algunas dimensiones de lo público traducidas en la fragmentariedad y ambigüedad de los contactos, pero también una vida cotidiana más lenta y cálida que vendría a ser su reverso. Es decir, la posición limítrofe del parque público respecto de la vida urbana, de la que es su negación y su extremo, naturaleza doble que lo convierte en un espacio abierto a toda clase de personas desconocidas entre sí y donde tienen lugar una serie de prácticas, de relaciones, de interacciones que responden a las dimensiones más inciertas y frías de la vida urbana. Pero también, por otro lado, es un lugar de llegada, de reposo y hasta de cierto recogimiento, donde parece habitar la lentitud de las horas, la serenidad de los encuentros afectivos, el paseo solitario y toda una gama de actividades relacionadas con los usos más amables del tiempo libre. El parque es pues un

lugar de intermediaciones en donde conviven las manifestaciones más extremas de la vida pública y aquellas otras que hacen referencia a lazos comunitarios, a un modo de vida cotidiano donde el conocimiento mutuo entre muchos de sus ocupantes o practicantes frecuentes habla de un tipo *distinto* de relación. *Lo mismo* más radical y, al tiempo, *lo otro* de la vida urbana.

Un espacio público bajo sospecha

Hemos pretendido hilar fino para aprehender esa realidad exployada, de manera tantas veces fugaz, ante nuestros ojos y extraer de allí sus permanencias generales. Las reincidencias, las repeticiones, es decir, las manifestaciones de una vida social en el acto en el seno de un espacio público concreto, entendiendo *espacio público* como aquel básicamente *accesible*, en donde convive un universo de extraños, totales o a medias, en unas condiciones de pasaje posibles gracias a la puesta en práctica de dispositivos sutiles de *urbanidad*, de un “saber estar” que es una pragmática de los usos y las prácticas. Es, como lo hemos mencionado en otro apartado, un escenario de agitaciones y turbulencias en donde los copresentes procuran no ser más que masas corpóreas, cuerpos comunicantes cuyas operaciones y procedimientos prácticos se autoorganizan gracias a la mirada, a esa visibilidad recíproca que les permite estar juntos simultáneamente, es decir, en un mismo espacio/tiempo. Seres casi siempre *anónimos* que en principio no buscan un cobijo ni una protección pues saben de antemano que allí están literal y metafóricamente *a la intemperie*. Su objetivo es simple: circular, pasar, cruzar, transitar; como mucho, permanecer un lapso de tiempo limitado, ocupado en actividades que la sociología clásica definiría como *secundarias*, en el sentido de estructuralmente irrelevantes. Es por tanto, un espacio de reciprocidades y exposiciones que se llena de experiencias y de haceres. Escenario de y para la acción. Espacio de interobjetividades, por cuanto está basado en las apariencias y apariciones. Allí surge y se despliega un tipo de vida social –la urbana- con todas sus exaltaciones, sus flujos, sus circularidades. No hay nada más. Pero tampoco nada menos.

Ese es el espacio público del que hemos hecho la descripción, el análisis y en buena medida, sin poder evitarlo, el elogio. Otra cosa muy distinta es la

noción de *espacio público* que vemos manejar a urbanistas, teóricos oficiales y administradores. Si hemos hablado de una realidad social ahora es el momento de des-bordarla, de mirarla bajo la óptica de la duda y la sospecha, cuando vemos esa categoría, la de *espacio público*, en manos de los discursos, mutuamente dependientes, de las instituciones y del urbanismo y la arquitectura como ideologías. Y empezaremos por decir que, llegados a este punto, dudamos efectivamente de la existencia de ese espacio público como lugar naturalmente democrático donde la igualdad y libertad son, por fin, posibles. No hablamos de las manchas ni suciedades que lo impregnan, pues éstas, cómo hemos visto, no reflejan otra cosa que su vitalidad, sino de los peligros reales que se ciernen sobre él a partir del interés político por mantenerlo aséptico, pulcro e impoluto. Nos referimos también a una acepción -la institucional y la urbanística- que en el caso que nos ocupa está claramente marcada por un punto de vista occidental, masculino, blanco y afín a los intereses políticos y económicos de una minoría. Es por ello una noción etnocéntrica que parece no aplicarse a otros contextos “diferentes” o poco conocidos. Así que de partida nos encontramos con un concepto que opera como un marco rígido a partir del cual se debería entender lo que es público y lo que no lo es. Se define el espacio público a partir de su grado de accesibilidad, de anonimato, de visibilidad, de apertura general. Sin embargo, vemos cómo en nuestro propio medio existen límites reales para el acceso general a espacios así catalogados. Y no hablamos del acceso “legal”, pues hemos asumido que lo público como tal no va en esa dirección, sino en el de las prácticas y los usos. Para no ir tan lejos, en el propio parque en estudio hemos descubierto esa falta de fluidez en el acceso general que, en la práctica, es limitado para los seres que afrontan algún grado de estigmatización o algún problema de desplazamiento o disfunción física. Allí, por ejemplo, los extranjeros “ilegales” sin papeles, las mujeres solas, quienes padecen algún tipo de incapacidad física o mental no pueden acceder totalmente. Y no lo pueden hacer o porque existe un ojo que mira, que vigila o porque hay un peligro latente o evidente para la integridad personal, o porque, simplemente, el diseño no se adapta a las necesidades de otros colectivos humanos que tienen el mismo derecho nominal de disfrutar de un lugar público de esas características.

Así que hemos hablado que el parque es, sobre el papel, un lugar público por su accesibilidad, pero vemos cómo planea la sospecha de que no lo sea, en efecto, real y ampliamente para todos los sectores de la población. En este caso, lo que subyace en la noción urbanístico-institucional de espacio público es la exclusión. Podríamos decir que esa exclusión se traduce en el propio diseño de cualquier espacio público que, bajo el pretexto de un interés general (el interés público), suele ser concebido por y para un tipo de individuo bajo unos estándares preestablecidos: la “normalidad”, recordándonos el poder de la arquitectura para ordenar y controlar los cuerpos y sus movimientos en el espacio. Una normalidad que parece aludir no sólo a características físicas específicas, sino a formas de ocupación, a usos, a maneras de recrearse pero también a ciertas condiciones socio-culturales y económicas. Por tanto el individuo “normal” al que se destinará un espacio de esas características podría describirse como joven (la mayoría de las veces hombre y siempre que su aspecto no lo haga sospechoso de ingobernable), sano, con deseos y apetencias definidas y que hace o se ocupa en algo: trabaja, estudia, etc., y que por supuesto pertenece a una especie de clase media universal.

Ahora bien no estamos enunciando aquí una situación de causa efecto inflexible, sino mostrando cómo en el diseño del espacio urbano operan intereses específicos, llámense como se llamen, que implican la inclusión de unos individuos y unos grupos y la exclusión de otros. Espacios concebidos y diseñados para cierta clase de usos y de usuarios. En la práctica hemos visto que el parque en estudio, por ejemplo, se adapta mejor a las necesidades de unos colectivos que de otros. Por eso allí es común ver a hombres jóvenes y, a mayores activos, es decir, en uso de sus capacidades físicas y mentales. No hemos visto a inválidos en sillas de ruedas, ni a personas con muletas, ni a ancianos; tampoco a mendigos (al menos no de día), ni a homosexuales que explicitasen su condición, ni a mujeres solitarias en ciertas horas, ni a jugadoras de petanca, ni a lectoras de libros o periódicos, ni a mujeres montando en bicicleta... Si antes habíamos visto a jóvenes en los días laborales y en horarios considerados como de trabajo o estudio, ya no; tampoco hemos visto a grupos contraculturales, ni a raperos, ni a pintores ambulantes, ni a vendedores de sueños... Pero no le achacamos toda la culpa al diseño, porque al fin de cuentas éste es una pieza más de un engranaje cuyo

fin último parecer ser, como ya lo hemos advertido, el de concebir ambientes impolutos, pero sobre todo el de mantenerlos siempre en esas condiciones, en todas las acepciones del término.

Es verdad que el Parc de Les Planes es un espacio público abierto en el sentido que le hemos dado en este trabajo, pero también es que lo traspasa la sombra de la sospecha. No sólo por la fallida noción de accesibilidad democrática total de la que acabamos de hablar, sino porque, de un tiempo a aquí, existe una intención palpable de convertirlo en una cuadrícula, de perfilar sus bordes, de enmarcarlo a toda costa. Sobrevuela el peligro de la profilaxis para transformarlo en un lugar aséptico, liso, alejado de movimientos y personas “indeseables” y por tanto de conflictos, de marcas, de huellas que indiquen su naturaleza altamente potencial para que en él todo pueda suceder. Se pretende evitar y controlar esa corriente impetuosa que en cualquier momento puede hacer surgir o provocar alteraciones o sorpresas. Guerra frontal contra el acontecimiento, en nombre de la prevalencia de la estructura. Sólo así se entiende la presencia cada vez más reiterativa de ojos vigilantes: los Mossos d’Esquadra, la Guardia Urbana y más recientemente otros cuerpos de seguridad privada que, equipados para el caso, recorren palmo a palmo el parque. La movilidad es una de sus características. Están aquí y allí observando lo que *hace* la gente. Miran de lejos y de cerca. Su presencia interrumpe la fluidez de las acciones, porque indica que éstas son controladas desde afuera, que hay cosas que no se pueden hacer; pero también condiciona el acceso y la ocupación espacial de ciertos individuos considerados *non gratos* por *x* o *y* circunstancias. Se regulariza y se controla. Pero esta reciente panoptización del parque no es un fenómeno aislado de lo que sucede en los contextos mayores, sino que responde a una política cada vez más aguzada y acusada de control social sobre los espacios públicos de la ciudad.

Con ello se pretende limpiar la calle y sus variantes de agentes inquietantes que en determinados momentos puedan horadar su supuesta pulcritud y serenidad. Agentes “indeseables” que, en la esfera de la seguridad mundial actual, tienen un color de piel, unas creencias, una forma de ser y comportarse determinada. Bajo esa excusa todos y todas estamos constantemente vigilados, controlados, la mayoría de las veces sin darnos cuenta. Existe un ojo omnisciente que no deja nunca de observarnos. Hay

cientos de cámaras en las calles que desde su presencia sutil vigilan cada uno de nuestros movimientos, pero también las hay en las estaciones de metro, de autobuses, en el aeropuerto, en los supermercados, en los centros culturales, en los bancos... Y hay cuerpos de seguridad “públicos” y privados: ojos en constante vigilia. Estamos bajo un régimen escópico, no como una condición inherente a la existencia colectiva fluida y simultánea en el espacio público, sino porque somos constantemente escrutados, pues por el mero hecho de estar, de pasar o de permanecer en él todos y todas estamos bajo sospecha, aunque no sepamos a ciencia cierta de qué. Así que, en medio de los ojos que nos vigilan insistente y constantemente, ¿podemos decir que existe realmente un espacio público como aquel del que nos hablan las campañas de promoción municipal de un número creciente de ciudades del mundo, en el que somos seres anónimos y libres, donde miramos y nos miran solamente como un recurso para transitar y evitar dificultades en los desplazamientos y estadías o por el simple placer de mirar o ser mirados?

Lo anterior parece remitir, a nivel general, a esa fragilidad real del espacio público manifiesta en el modo como se aplican técnicas para su fiscalización y por el constante ímpetu de privatización que parece acecharlo sin contemplaciones. En tales circunstancias es fácil considerar cómo esas intenciones de constreñimiento responden también a unas lógicas de inclusión y exclusión a través del diseño del espacio y su uso. La exclusión es, casi siempre, más intencional que accidental e ilustra cómo el espacio público es definido y reforzado a través de la regulación. Por ello cuando se pretende afanosamente crear “más espacios públicos” o “espacios públicos de calidad” en verdad se está hablando de lugares planos, impolutos, fácilmente controlables, dispuestos para el encuentro apacible, para la reunión sosegada, más que de lugares donde hay una activa vida social y por tanto, preparados para las situaciones y emergencias, no pocas veces impredecibles. En esas circunstancias, la calle y sus aledaños se conciben como territorios meramente accesibles pero pasivos, puesto que en su control y regulación no toman parte activa los sujetos a través de sus usos y prácticas. En ese escenario rigurosamente vigilado, el usuario, el practicante, son vistos casi como indeseables, inconvenientes inevitables de los que sólo se espera que se avengan a colaborar, que actúen como figurantes en una representación teatral

de la que no son autores ni protagonistas y que bajo ningún concepto desentonen con el paisaje armónico y sumiso previsto desde el plan y promocionado por la publicidad institucional. En cuanto a los parques, bajo ningún concepto debe aparecer visible allí lo que hay, lo real: la miseria, la desigualdad, la marginación, ni siquiera la simple diversidad humana, todo lo que existe pero debe mantenerse a raya para no contrariar la imperturbable placidez que se espera que reine en ellos. No son verdaderamente esos los espacios públicos que nos prometiera el gran proyecto cultural de la Modernidad.

Privatización, exclusión, segregación espacial, comercialización, monitorización de la vida cotidiana, arquitecturización a manos del “diseño urbano”, regulación... He ahí algunas de las amenazas que rondan a los espacios públicos como lugares donde bien se podría esperar un estado mínimo de derechos democráticos. El libre acceso y tránsito de cuerpos e ideas; el anonimato, la indiferenciación pueden estar en peligro en un espacio donde se recortan los derechos y se socavan las libertades individuales, tanto las que se reclaman en solitario como las que se requieren a otros para ejercerse. ¿Podemos hablar, entonces, de espacio público cuando se vigila, se controla, se hostiga bajo el pretexto de la seguridad? Y, por lo tanto, ¿existe un espacio público democrático donde todos y todas tienen garantizado el derecho de acceso, uso y circulación? Y, ¿qué nociones de espacio público son válidas para otros contextos socioculturales y económicos? En últimas, ¿qué es el espacio público del que nos hablan políticos y diseñadores? ¿Realidad? ¿Entelequia? ¿Una aspiración? ¿O acaso una mera coartada ideológica al servicio de una ciudad hecha de poder y de dinero, en la que los usuarios reales –sobre todo los menos dóciles– sean contemplados como intrusos o usurpadores?

ANEXOS

Anexo 1

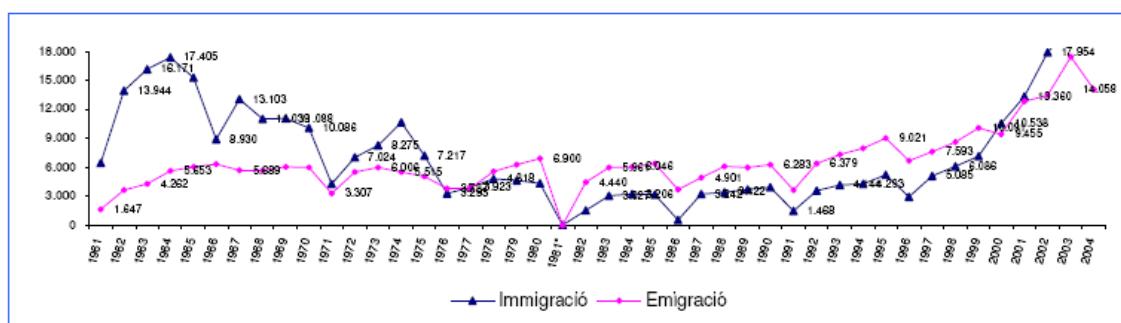
Evolución de la población de derecho

	Anys	Habitants	Anys	Habitants	Anys	Habitants	Anys	Habitants	Anys	Habitants
(1)	1857	3.072	1951	73.338	1967	193.290	1984	288.290	2000	242.480
	1877	3.644	1952	78.015	1968	198.448	1985	287.734	2001	239.019
	1887	4.295	1953	80.739	1969	221.817	1986	279.779	(4)2001	244.323
	1897	4.975	1954	82.376	1970	240.665	1987	278.449	2002	246.415
(2)	1900	4.891	1955	83.704	1971	243.182	1988	277.407	2003	250.536
	1910	6.226	1956	84.945	1972	251.672	1989	276.198	* 2004	259.135
	1920	12.393	1957	92.099	1973	260.643	1990	274.559		
	1930	33.567	1958	100.607	1974	267.359	1991	272.578		
	1940	50.070	1959	107.142	1975	282.141	1992	268.850		
	1941	51.526	1960	123.282	1976	283.965	1993	266.242		
	1942	53.936	1961	124.461	1977	289.747	1994	262.501		
	1943	57.543	1962	132.875	1978	294.284	1995	258.624		
	1946	59.343	1963	146.441	1979	294.627	1996	255.050		
	1947	61.001	1964	162.612	(3) 1981	295.073	1997	248.521		
	1948	64.289	1965	175.397	1982	294.021	1998	247.986		
	1950	71.580	1966	185.767	1983	291.066	1999	241.782		

Fuente: Anuari Estadístic de L'Hospitalet 2004.

Anexo 2

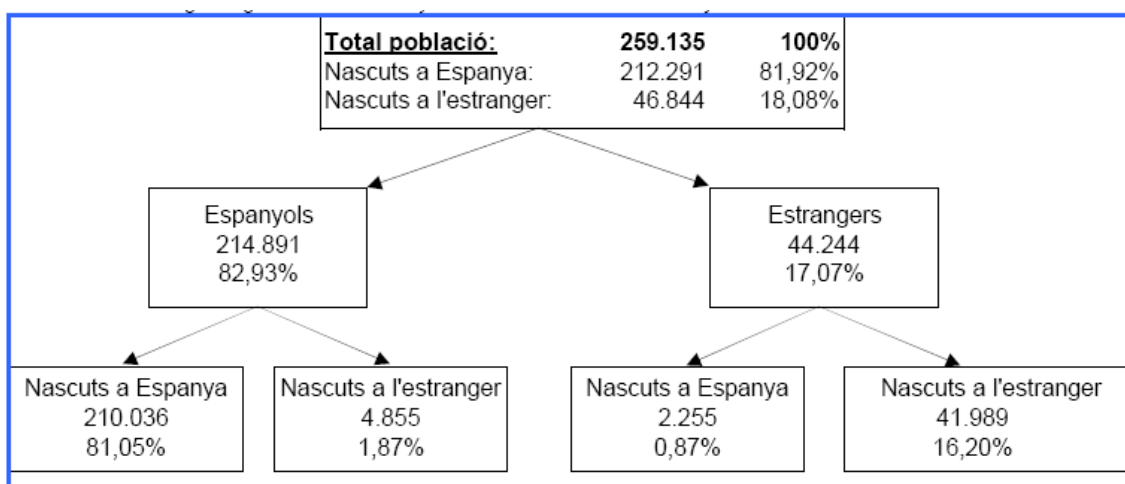
Evolución del movimiento migratorio



Fuente: Anuari Estadístic de L'Hospitalet 2004

Anexo 3

Población según lugar de nacimiento y nacionalidad 2004. Porcentajes



Fuente: Anuari Estadístic de L'Hospitalet 2004

Anexo 4

Evolución del movimiento migratorio por barrios de residencia

Immigrants							
Distr./Barri	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004
1 Centre	461	517	730	854	1.291	1.423	1.209
2 Sanfeliu	188	193	179	173	314	390	424
3 Sant Josep	365	434	555	811	965	1.056	1.004
4 La Torrassa	819	989	1.615	1.907	2.693	3.088	2.777
5 Collblanc	686	816	1.183	1.578	2.281	2.497	2.332
6 Santa Eulàlia	1.030	1.167	1.571	1.984	2.415	2.771	2.285
7 La Florida	654	792	1.207	1.667	2.236	2.537	2.604
8 Les Planes	319	394	653	918	1.321	1.533	1.528
9 Can Serra	196	197	283	363	399	597	414
10 Pubilla Casas	812	925	1.713	2.039	2.738	3.114	2.993
11 Gornal	111	181	158	164	205	249	203
12 Bellvitge	445	538	691	902	1.096	1.351	1.187
Total	6.086	7.143	10.538	13.360	17.954	20.606	18.960

Fuente: Anuari Estadístic de L'Hospitalet 2004